

La MADRE PERFECTA

UN ADICTIVO THRILLER PSICOLÓGICO DE SUSPENSE

SERENA SINCLAIR

LA MADRE PERFECTA

UN ADICTIVO THRILLER PSICOLÓGICO DE SUSPENSE

SERENA SINCLAIR

Copyright © 2025 Serena Sinclair

Reservados todos los derechos.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

1

Se oye un pitido rítmico a lo lejos. Al principio, creo que es otro de mis nuevos y extraños sueños, de esos en los que estoy perdido en una espesa niebla y no puedo ver ni un solo punto de referencia familiar. Pero a medida que la niebla retrocede, el pitido se hace más fuerte. Trato de tragar, con la garganta irritada como papel de lija, y siento un dolor sordo y palpitante en las sienes.

Parpadeo una y dos veces.

Una luz fluorescente brillante me hace estremecerme. Tengo los ojos secos y quiero frotármelos, pero siento los brazos flojos. No puedo moverme bien. Cuando por fin consigo levantar la mano izquierda, veo una aguja intravenosa pegada con cinta adhesiva en el dorso, el tubo serpenteando hacia una bolsa de líquido transparente.

Hospital.

Esa palabra me golpea como un camión. Pero, ¿por qué estoy aquí? Mi corazón empieza a latir con fuerza y el pitido -ahora claramente un monitor cardíaco- se acelera, igual que el frenético tamborileo de mi pecho.

Intento hablar, pero tengo la garganta tan irritada que sólo me sale un graznido. Se me acelera el pulso y siento pánico. Me remuevo en la cama, con todos los músculos doloridos. Es entonces cuando noto movimiento junto a la puerta.

«¿Peyton?», me llama una voz suave, silenciosa por el alivio.

Mi mirada se desvía hacia una figura que se encuentra a los pies de la cama. Es una mujer de complexión delgada, pelo castaño recogido en una coleta desordenada y ojos enrojecidos como si llevara días llorando. Lleva una camiseta arrugada y un pantalón de chándal, que no es el uniforme de una enfermera. Parpadeo con más fuerza, obligándome a concentrarme. La mujer se acerca y mi mente nublada la reconoce.

«¿Juliet? ronco.

Ella asiente rápidamente, con una sonrisa temblorosa en los labios. «Gracias a Dios», susurra. «Estás despierta».

Su voz es como un ancla en un mar tormentoso. Se me afloja un poco el pecho. «¿Qué ha

pasado? Intento ignorar la sequedad de mi garganta. Siento los labios agrietados y no sé cómo he acabado aquí.

Juliet se aparta de la cama y mira hacia el pasillo. «Voy a buscar a una enfermera», dice, pero me agarro débilmente a su muñeca antes de que pueda irse.

«Dímelo», digo, con la voz entrecortada, “solo... solo dímelo”.

Los ojos de Juliet se ablandan. Exhala y se sienta en la silla de plástico que hay junto a mi cama. «Tuviste un accidente», empieza en voz baja. «Tu coche se salió de la carretera durante la tormenta. Cayó por un barranco».

Sus palabras salen apresuradas y siento que se me revuelve el estómago. Accidente. Barranco. Las imágenes se arremolinan en mi mente, pero son turbias, como pesadillas a medio recordar. No puedo aferrarme a nada concreto, sólo a la sensación de que ha ocurrido algo terrible.

«¿Cómo de terrible?» pregunto, y casi temo la respuesta. Me duele todo el cuerpo, pero no de una forma que parezca catastrófica. Me duele la cabeza y siento una opresión en el hombro izquierdo, pero aparte de eso... Juliet esboza una pequeña sonrisa temblorosa. «Has tenido suerte. Los médicos dicen que podría haber sido mucho peor. Tienes una contusión, un hombro dislocado, algunas costillas magulladas. Muchos cortes y rasguños. Pero estás vivo».

Vivo. Eso es algo, al menos. Trago saliva de nuevo, con una mueca de dolor agudo. «¿Cuánto tiempo...?»

«Llevas unos días entrando y saliendo», dice Juliet. «Al principio te sedaron. Te despertaste un par de veces, pero no estoy segura de que recuerdes nada». Su mirada se dirige a la vía y luego a mí. «Dijeron que te pondrías bien, pero que tu memoria podría estar... apagada».

Frunzo el ceño. Definitivamente, no tengo memoria. Entre sus palabras, mi mente se agita tratando de evocar imágenes del accidente. Veo ráfagas de color, un remolino gris de la noche lluviosa. Pero eso es todo.

«¿Dónde está Mitchell?» pregunto de repente, alarmada por no ver a mi hijo por ninguna parte. Mi hijo de seis años suele estar pegado a mi lado, sobre todo si estoy herida o enferma.

El rostro de Juliet se tensa. «Ahora está con Ross. Ross lo trajo antes, pero seguías inconsciente. Fue demasiado para Mitch verte así». Titubea y luego añade suavemente: «No estaba herido, Peyton. Está bien».

Siento un alivio tan repentino que casi vuelvo a desmayarme. Mitchell está bien. Mi dulce niño de ojos brillantes está ileso. Pero entonces se me revuelve el estómago. ¿Por qué estaba en el coche?

«¿Cómo ha...? Me tiembla la voz y se me saltan las lágrimas. «¿Estaba conmigo en el accidente?

Juliet asiente, con cara de dolor. «Sí, pero está bien. Físicamente está bien», repite, probablemente al notar la expresión de horror en mi rostro. «Algunos moratones, pero el cinturón de seguridad le protegió. Los médicos dijeron que fue milagroso».

Milagroso. Me imagino a Mitchell en su asiento elevador, los ojos muy abiertos en el retrovisor, el chirrido del metal... Stop. No puedo permitirme pensar en eso ahora; me parece demasiado

grande, demasiado abrumador.

Juliet me aprieta la mano. «Voy a buscar a la enfermera. «Querrán comprobar tus constantes vitales y avisar al médico de que estás despierta».

Esta vez la dejo escapar y mi mano cae sobre la arrugada sábana del hospital. La cabeza me da vueltas en cuanto se va y mi mirada recorre la habitación. Las paredes son de un color cáscara de huevo. Las máquinas se alinean en la pared de mi izquierda; el suave silbido del oxígeno y el pitido de mi monitor cardíaco crean una estéril canción de cuna. El aire huele ligeramente a desinfectante y a algo acre, como alcohol de quemar.

Cierro los ojos. En la oscuridad que hay tras mis párpados, aflora un destello de memoria: La noche. Un relámpago. Lluvia azotando el parabrisas. Un grito, ¿mío? ¿O el de otra persona? El corazón me late con fuerza. Veo mis manos agarrando el volante, los nudillos blancos, un borrón oscuro fuera de la ventanilla cuando el coche se desvía.

Luego desaparece, escurriéndose entre mis dedos. Abro los ojos y respiro con dificultad. El recuerdo ha desaparecido, dejando sólo el poso del terror en mis venas.

Un minuto después, una enfermera alta con el pelo oscuro recogido en una coleta entra, Juliet detrás de ella. La enfermera se presenta como Liana y empieza a comprobar mis monitores, iluminándome los ojos con una pequeña linterna. Entrecierro los ojos por la repentina claridad.

«Bien», dice, con voz firme y tranquilizadora. «Tus pupilas reaccionan con normalidad. ¿Cómo te sientes, Peyton?».

«Confundida», admito, la palabra se me escapa de los labios al mirar a Juliet. Está de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, aliviada pero también extrañamente... ansiosa. La tensión de sus hombros traiciona su fachada tranquila y no puedo evitar la sensación de que se está guardando algo importante.

«Es comprensible», responde Liana. «Has sufrido una conmoción cerebral importante y has estado tomando analgésicos fuertes. Es normal que tengas lagunas de memoria. El Dr. Patel vendrá pronto para hablar con usted. Mientras tanto, haremos todo lo posible para que estés cómoda. Intente descansar».

Quiero protestar, exigir más información, como cuánto tiempo llevo aquí exactamente o si la policía ha dicho algo sobre el accidente, pero estoy demasiado débil para discutir. La enfermera comprueba mi suero, garabatea algo en mi historial y se marcha con una sonrisa cortés.

En cuanto se cierra la puerta, Juliet se sienta en el borde de mi cama. Me aparta el pelo de la frente. El gesto es cariñoso, pero su contacto resulta incómodo, como forzado. Mi mejor amiga y yo siempre hemos estado muy unidas y, por lo general, su contacto no resulta incómodo. Por alguna razón, hace que una pequeña pizca de inquietud se instale bajo mi piel.

«Ross traerá a Mitchell más tarde», dice Juliet en voz baja. «Puedo quedarme si quieres. Ayudar en la casa cuando te den el alta».

Vuelvo a mirar las paredes verde pálido, fijándome en una grieta de la pintura. Mi casa. Llevo fuera varios días, quizá más. Se me revuelve el estómago al pensar en volver sin tener ni idea de cómo he acabado en un barranco. «Eso podría ser bueno», digo en voz baja. «Pero... no lo

entiendo. ¿Por qué conducía con esa tormenta?».

Julieta baja la mirada. «No estoy segura», dice, con voz grave, y hay algo en su tono que me punza los oídos. «Sólo sé que me llamaste esa noche. Parecías disgustada».

Busco su rostro. «¿Yo te llamé?

Un destello de culpabilidad cruza su expresión. «Sí, yo...» Se interrumpe y mira hacia la puerta como si temiera que alguien estuviera escuchando. «Peyton, te encontré. Después de que te estrellaras». Sus ojos se vuelven brillantes, amenazando lágrimas. «Me preocupé cuando colgaste bruscamente, así que salí a buscarte. Vi tu coche en la cuneta y llamé al 911».

Parece realmente conmocionada, pero algo en mí se retuerce. Es una explicación demasiado perfecta, como si estuviera recitando frases ensayadas. No sé por qué mi mente se fija en ese detalle, pero lo hace y se niega a olvidarlo. Tal vez esté paranoica, aún conmocionada.

Estudio su rostro, buscando la calidez familiar que suele irradiar mi mejor amiga. ¿Por qué no iba a confiar en ella? Hay un vínculo entre nosotras que ha resistido tormentas, pero ahora me corroe la duda.

Pero mi cuerpo se niega a relajarse. Siento la piel húmeda, resbaladiza por un frío inquietante que me cala hasta los huesos. «Gracias», digo despacio, sintiendo el peso de las palabras en mi lengua como una piedra de plomo. «Nos has salvado.

Sonríe, un gesto que parece casi forzado y que no llega a sus ojos, nublados por la preocupación. En lugar de dar más detalles, me da una suave palmada en el brazo, una caricia reconfortante y fugaz a la vez. «Tienes que descansar», insiste con firmeza, sin dejar lugar a discusión. «Estaré aquí si me necesitas».

El agotamiento se apodera de mí, una combinación de analgésicos y sobrecarga emocional. Dejo que se me cierren los ojos, casi esperando que las pesadillas vuelvan en cuanto me duerma.

Cuando me duermo, vuelvo a estar en el asiento del conductor. La lluvia golpea el parabrisas y los faros atraviesan la oscuridad a mi espalda. No puedo ver quién conduce el otro coche, pero me está pisando los talones. Se oye una voz a mi lado, amortiguada por el estruendo de la tormenta. No distingo las palabras, pero el tono es desesperado, frenético. Miro a mi lado, pero el asiento del copiloto es un borrón de sombras.

Hay un relámpago y, por una fracción de segundo, veo la cara de una mujer contorsionada por el miedo. Entonces una mano agarra el volante y lo empuja hacia un lado. El coche se desvía, los neumáticos chirrían y me despierto con un grito ahogado.

Juliet sigue aquí, dormitando en la silla junto a la ventanilla. Las luces son tenues: alguien debe de haberlas apagado por la noche. Tengo todo el cuerpo bañado en sudor y siento el sabor del miedo en la lengua. Miro el reloj: 3:14 a.m. Algo de mi sueño me atormenta, la sensación de que había otra persona en el coche además de Mitchell. Pero eso es imposible. Juliet dijo que sólo estábamos él y yo. Me tiembla el pulso, la ansiedad se enrosca como un resorte en mi pecho. ¿Podría haber sido una alucinación? La medicación podría estar distorsionando mis sueños. O puede que solo sea la extrañeza de un recuerdo parcial.

Al otro lado de la habitación, Juliet se levanta y parpadea al verme despierto. «¿Estás bien?»,

pregunta en voz baja, poniéndose de pie para acercarse a la cama.

Trago saliva. «Una pesadilla».

Asiente comprensiva. «Es normal, dado el trauma que has sufrido». Revisa la bolsa de suero, como si ya lo hubiera hecho cientos de veces. Luego cruza la habitación y rebusca en su bolso. «Intenta dormir un poco más. El médico vendrá por la mañana y Ross traerá a Mitchell otra vez».

«Quiero verle ahora», protesto, o al menos lo intento. Pero el esfuerzo es débil; mis párpados ya están caídos. La somnolencia me vuelve a arrastrar hacia abajo y apenas oigo el silbido de Juliet.

Duermo, flotando entre pesadillas grises en las que aparecen metales retorcidos y gritos de mujer.

Por la mañana recupero algo de claridad, aunque la cabeza me sigue doliendo. Otra enfermera -mayor, con gafas y rostro amable- me ayuda a sentarme en una silla de ruedas y me hace una exploración. Sigo haciendo preguntas, pero la enfermera sólo me tranquiliza vagamente: El médico me lo explicará todo pronto. Sí, tengo una conmoción cerebral. Sí, puede afectar a la memoria. Sí, tengo amnesia retrógrada leve, lo que significa que he perdido fragmentos del tiempo anterior al accidente.

Cuando vuelvo a mi habitación, llega el Dr. Patel. Es un hombre bajo, de barba recortada y voz tranquila. Me habla de mis lesiones de forma clínica y precisa. Conmoción cerebral. Daños en los tejidos blandos del hombro. Contusiones extensas. Posibles fracturas en las costillas, aunque aparentemente no son graves. Sólo tengo que descansar y curarme.

«¿Y mi memoria?» Pregunto, temiendo la respuesta. «¿Recuperaré la memoria?»

El Dr. Patel duda. «Es probable», dice, »pero no está garantizado. Las conmociones cerebrales pueden alterar la memoria. Es posible que nunca recuerde los momentos exactos previos al choque, pero con el tiempo debería recuperar la mayor parte de su memoria a corto plazo. Si tiene alguna laguna importante, es importante que nos lo haga saber».

Me resisto a gemir. Mi mente ya está plagada de agujeros, como un queso suizo. Y aunque no recuerdo del todo el accidente, las pesadillas me hacen sospechar que me estoy perdiendo algo importante. Algo más que el horrible momento final.

«Peyton», dice suavemente el Dr. Patel, »te animo a que hables con un terapeuta si te sientes abrumada. Y es crucial que tengas a alguien contigo cuando vuelvas a casa. Necesitarás ayuda con las tareas cotidianas durante un tiempo».

Asiento automáticamente. Juliet ya se ha ofrecido. Pero se me hace un nudo en la garganta al recordar la tensión de su postura, el parpadeo incómodo de sus ojos cuando hablaba de aquella noche.

Ross aparece hacia el mediodía. Mi ex marido es guapo y pulcro: pelo corto y bien peinado, ropa impecable. Entra con un ramo de margaritas brillantes bajo el brazo. Mi corazón da un vuelco cuando veo a Mitchell detrás de él, agarrado a su pierna.

«¡Mamá!» grita Mitchell, separándose y corriendo a mi lado.

El calor de su pequeño cuerpo contra mí es abrumador, y las lágrimas me escuecen en los ojos mientras lo abrazo lo más fuerte que puedo sin que me duelan las costillas. «Hola, colega», susurro, besándole la frente. «Te he echado de menos.

Entierra la cara en mi bata de hospital. «Tenía miedo», murmura. «Estuviste dormido tanto tiempo».

Ross se aclara la garganta y se adelanta para dejar las margaritas en el alféizar. «Nos alegramos de que estés bien», dice, ofreciéndome una sonrisa cortés que no le llega a los ojos. «Mitchell estaba preocupado.

Le miro por encima de la cabeza de Mitchell. La presencia de Ross aquí también me resulta extraña. Este es el hombre que nos abandonó hace dos años, que ha estado casi ausente en cualquier sentido real, excepto por el fin de semana ocasional con Mitchell. Ahora está en mi habitación del hospital, haciendo de ex marido preocupado.

«¿Cómo te encuentras?», pregunta, tomando asiento.

«Como si me hubiera atropellado un camión», digo sinceramente, con la mano libre apoyada en la pequeña espalda de Mitchell. «Pero me las apaño». Mi mirada se dirige a Juliet, que está de pie en una esquina con los brazos cruzados. Nos observa atentamente. Ross también se fija en ella y comparten un pequeño gesto de asentimiento, como si fueran conspiradores. Me sacudo la idea. Están aliviados de que esté viva... ¿no?

Ross se aclara la garganta, un sonido que corta la tensa atmósfera. «Juliet me ha informado de tu estado», dice, adoptando un tono casi oficial, como si estuviera dando instrucciones en lugar de ver cómo está su ex mujer. «Ayudaré en lo que pueda. Especialmente con Mitchell».

Mitchell me mira con ojos muy abiertos que reflejan una mezcla de confianza e incertidumbre. «Papá estuvo conmigo anoche», susurra, con la voz apenas por encima de un murmullo. Mira a Juliet, que está de centinela en un rincón, y luego vuelve a mirarme a mí, con su carita marcada por la preocupación. «Pero quiero ir a casa contigo».

Sus palabras me dan un vuelco doloroso en el corazón; el anhelo de su voz atraviesa la bruma de mi agotamiento. «Pronto estaremos en casa», le prometo, apartándole suavemente unos mechones de pelo de la frente, queriendo consolarlo lo mejor que puedo. «El médico dice que quizá dentro de un día o dos, si todo va bien».

La expresión de Mitchell vacila, la incertidumbre se dibuja en sus rasgos. Se acerca un paso, su pequeño cuerpo casi tiembla al acercar sus labios a mi oído, compartiendo un secreto destinado solo a nosotros. «Ya no me gustan las tormentas», confiesa, con la voz ligeramente temblorosa. «Me recuerdan a... aquella noche».

Sus palabras me revuelven el estómago, un nudo de culpa y dolor se forma en mi interior. Deseo más que nada poder borrar todos sus malos recuerdos, borrar las sombras que le persiguen. «No pasa nada», murmuro suavemente, pero se me hace un nudo en la garganta al pronunciar las palabras, el peso de mi propia impotencia me oprime el pecho.

Ross vuelve a aclararse la garganta, esta vez más alto, como si quisiera volver a centrar la atención en él. «Nos aseguraremos de que estés cómoda en casa. Juliet dijo que se quedaría, pero si me necesitas, estoy a una llamada de distancia. O puedo dormir en el sofá».

Parpadeo. «Eso... eso no es necesario», digo. La idea de que Ross vuelva a instalarse en mi casa después de tanto tiempo es chocante. Pero Mitchell parece esperanzado durante una fracción de segundo, y la culpa me corroe. Quizá le ayude a sentirse más seguro tenernos a los dos cerca.

Juliet esboza una sonrisa tensa. «Creo que es bueno que Peyton tenga varias personas en las que confiar». Cambia de postura, con los brazos cruzados. «No será fácil lidiar con el dolor y con un niño al mismo tiempo».

Quiero protestar, pero estoy agotada. El dolor del hombro se me ha extendido por el brazo y los analgésicos deben de estar haciendo efecto. «Ya lo solucionaremos», digo, forzando una débil sonrisa. «Gracias a los dos.

Ross asiente y rebusca en su bolsillo. Saca una bolsita de plástico con un móvil roto dentro. «La policía me lo dio: es tu móvil», explica. «Estaba muy estropeado. Puedo llevarlo a un taller, a ver si pueden repararlo o, al menos, recuperar tus datos».

Cojo la bolsa y siento un extraño temor al ver la pantalla destrozada de mi teléfono. Es como una metáfora de mi memoria: rota, astillada, y no puedo acceder a lo que hay dentro.

Antes de que pueda responder, Mitchell se mueve y tira de mi manga. «¿Mamá?», dice casi susurrando. «¿Recuerdas lo que dijiste aquella noche? ¿Antes de que el coche cayera por la colina?

Se me acelera el pulso, una sacudida de ansiedad recorre mis venas. «¿Qué quieres decir, cariño? pregunto, tratando de mantener la voz firme a pesar del aleteo en mi pecho.

Dirige una mirada nerviosa a Ross y Juliet, como si su sola presencia pudiera amplificar de algún modo el peso de sus palabras. Baja la voz hasta casi susurrar y se inclina hacia mí. «Me dijiste... que nunca lo contara». La gravedad de su afirmación flota en el aire, cargada de implicaciones tácitas.

¿Que nunca contara qué? Se me seca la boca. Un destello de memoria me asalta en el borde de la conciencia: un vago esbozo de mí hablando urgentemente con Mitchell, diciéndole... algo. Pero se me escapa antes de que pueda atraparlo.

Me fuerzo a sonreír, aunque un escalofrío me recorre la piel y me produce una tensión inquietante. «No... no recuerdo haber dicho eso, cariño», murmuro, con la voz entrecortada por la incertidumbre, mientras lo abrazo un poco más fuerte, intentando reconfortarlo en medio de la confusión.

Mitchell mira hacia abajo, su mirada cae al suelo como si le pesara una pesada carga de vergüenza. «Está bien», dice en voz baja, apenas por encima de un susurro, luego cambia de posición y se sienta a los pies de la cama, el colchón cruje ligeramente bajo su peso, creando una pequeña distancia entre nosotros que parece tan necesaria como dolorosa.

Se hace un silencio incómodo en la habitación. Siento la mirada de Ross, pesada e inescrutable, y los ojos de Juliet pasan entre los tres como si estuviera calculando los ángulos.

Por fin, Ross se levanta y rompe la tensión de la habitación. «Será mejor que te dejemos descansar. Vamos, Mitchell. Volveremos más tarde. La enfermera ha dicho que necesitas tranquilidad», afirma, con tono firme pero amable, como si supiera cuánto nos pesa a todos este

momento.

Mitchell frunce el ceño, como si quisiera rebatir la decisión, pero la pesadez del ambiente parece disuadirlo. Se baja de la cama lentamente, con movimientos deliberados, como si cada paso conllevara el peso de sus pensamientos no expresados. «Te quiero, mamá», me dice, rodeándome con los brazos para darme otro abrazo; su pequeño cuerpo me aprieta con una mezcla de afecto e incertidumbre.

Aguanto un segundo más de lo necesario, saboreando el calor de su abrazo mientras lidio con la tormenta de emociones que se arremolinan en mi interior. «Yo también te quiero», le susurro, con una voz que apenas rompe el silencio, esperando que no perciba la confusión que se agita en mi interior, el miedo y la preocupación que amenazan con abrumar mi corazón.

Ross acompaña a Mitchell hacia la puerta y se vuelve para dedicarme una media sonrisa que parece querer tranquilizarme. Pero sirve de poco para calmar el nudo que tengo en el estómago.

Juliet se queda un momento estudiándome. Intento ignorar la forma en que su mirada recorre mi rostro, como si buscara algo. «Te traeré agua», dice al fin y sale de la habitación tras ellos.

En cuanto me quedo sola, se me caen los hombros y se me escapa un suspiro entrecortado. Mi mente se llena de preguntas. Si le dije a Mitchell que nunca lo contara, ¿de qué se trataba? ¿Por qué conducía con una tormenta tan peligrosa? ¿Y con quién estaba hablando en esos recuerdos fragmentados, ese sueño aterrador de otro pasajero?

Una parte de mí quiere descartarlo como producto de un cerebro traumatizado, pero el resto no puede evitar la sensación de que falta algo crucial. Y por las miradas furtivas que se dirigen Ross y Juliet, tengo la sensación de que podrían saber mucho más de lo que dicen.

Miro hacia la puerta. Las margaritas que hay junto a la ventana parecen anormalmente brillantes, sus pétalos amarillos casi burlones en esta aburrida habitación de hospital. Una nota de pánico vibra en mi caja torácica.

La voz de Mitchell resuena en mi cabeza: Me dijiste que nunca lo contara.

¿Contar qué?

Cierro los ojos, luchando contra otra oleada de náuseas. Sea lo que sea, tengo la sensación de que está encerrado en esos recuerdos perdidos. Sólo espero que si todo vuelve, y cuando vuelva, no me destruya.

Fuera, oigo pasos en el pasillo, voces bajas y urgentes. Una de ellas es la de Juliet. La otra podría ser la de Ross. El corazón me late con más fuerza y estiro el cuello para escuchar, pero las paredes del hospital amortiguan las palabras.

Me doy cuenta de que me tiemblan las yemas de los dedos contra las sábanas. Quiero respuestas, pero también las temo. Mi mente evoca una sola imagen de aquel barranco: la pendiente de tierra fangosa, el choque del metal, el rugido de la lluvia y un grito que no sonaba como el mío.

Cierro los ojos contra una nueva oleada de terror.

Una cosa es cierta: puede que haya sobrevivido al accidente, pero aún no estoy fuera de peligro. Hay algo más acechando en las sombras de mi mente: un terrible secreto que una vez le dije a mi

hijo que tenía que guardar.

Y no tengo ni idea de por qué.

2

Me despierto con el zumbido sordo de las ruedas contra el suelo de linóleo. Abro los ojos y, por un segundo, me siento desorientada, esperando ver las paredes verde pálido de la habitación del hospital y el parpadeo constante de la luz fluorescente. En lugar de eso, el movimiento que veo debajo de mí es el suave rebote de una silla de ruedas empujada por un largo pasillo. El pasillo es más luminoso que mi habitación, y la luz del techo me hace entrecerrar los ojos.

Detrás de mí está Juliet. Huelo su loción con aroma a vainilla, la que usa desde que éramos adolescentes. Me guía por los pasillos del hospital en dirección al vestíbulo, con sus pasos enérgicos sobre las baldosas. El Dr. Patel ha decidido que estoy lo bastante estable como para que me den el alta, siempre que alguien se quede conmigo en todo momento. Debería sentirme aliviada por irme a casa, pero el miedo me revuelve el estómago. Todavía no recuerdo el accidente; los detalles siguen siendo confusos, ensombrecidos por ominosos destellos de pesadillas que parecen menos ficción y más fragmentos de realidad.

Lo único que sé con certeza es que me salí de la carretera con el coche durante una tormenta y que Mitchell iba en el asiento trasero. Mi dulce hijo, que no me mira a los ojos cuando le pregunto por aquella noche. Mi ex-marido, Ross, conduce por separado con Mitchell en su propio coche. Juliet se ofreció a llevarme a casa en su todoterreno.

«¿Va todo bien?» pregunta Juliet, su voz resuena en el pasillo.

«Sí», respondo, aunque la palabra suena hueca. Me duele el hombro izquierdo bajo el cabestrillo y cada vez que respiro me duelen las costillas magulladas. Estoy rígida, maltrecha, y un incierto remolino de ansiedad se agita en mi interior. «Estoy... cansada».

Juliet hace un pequeño gesto de simpatía. «Te acomodaremos en casa y nos aseguraremos de que estés cómoda», dice, como si leyera un guión. A la luz de la mañana, veo las ojeras y el sudor en su frente. También parece agotada. Pero a pesar de su preocupación, sigo teniendo la molesta sensación de que hay algo raro en ella. Que su amabilidad está demasiado ensayada.

Las puertas automáticas se abren y una ráfaga de aire frío nos golpea. Es un día nublado, con nubes grises en el cielo. El aparcamiento brilla por el chaparrón reciente y los charcos reflejan la cara estéril del edificio del hospital. El olor a asfalto mojado es penetrante en mis fosas nasales.

Juliet frena la silla de ruedas y me ayuda a levantarme. Estoy temblorosa, incluso con el brazo bueno agarrado a su hombro, pero doy unos pasos. Abre la puerta del acompañante de su todoterreno y me introduce con cuidado.

«¿Está bien?», me pregunta una vez que me he acomodado y me he abrochado el cinturón.

Asiento y apoyo la cabeza en el asiento. «Sí, vámonos».

Saca del bolso una bolsa de plástico de farmacia. «Analgésicos», me explica, dejándola caer suavemente sobre mi regazo. «Te he hecho la receta. Asegúrate de tomarlos con regularidad, ¿vale?».

Murmuro las gracias. El hospital se había ofrecido a tramitar mi alta médica, pero Juliet insistió en hacerlo mientras yo estaba demasiado atontada para protestar. Ha sido meticulosa, casi posesiva, con mis cuidados. Debería ser reconfortante, pero tiene un toque que no puedo definir.

Cuando se pone al volante, salimos del aparcamiento del hospital y nos adentramos en la carretera principal. Se hace el silencio entre nosotros, sólo roto por el suave zumbido del motor. Veo pasar las calles que me resultan familiares: la gasolinera de la esquina, la pequeña cafetería que solíamos frecuentar los domingos por la mañana, la escuela primaria con el luminoso patio de recreo.

Mi mente se distrae. Normalmente, conducir por mi ciudad natal me llena de calidez: recuerdos de cuando empujaba a Mitchell en los columpios o comía algo rápido con Juliet después de hacer recados. Pero ahora todo me parece sospechosamente normal. El letrero de la tienda de comestibles, la biblioteca de ladrillo rojo, la farmacia... todo sigue igual, indiferente al hecho de que toda mi vida acaba de descarrilar.

Cierro los ojos y veo destellos de mis pesadillas: el grito frenético en el asiento del copiloto, el chirrido de los neumáticos que pierden tracción, los faros que se acercan por el retrovisor. Después, la oscuridad. Cada vez que me sumerjo más en el recuerdo, se escapa como el humo entre los dedos apretados.

«¿Peyton?» La voz de Juliet me sobresalta y abro los ojos de golpe. Estamos girando hacia mi calle, tranquila y arbolada, con las casas limpias y bien cuidadas. «Ya hemos llegado», dice suavemente.

Me tiembla el pulso. Veo el coche de Ross en la entrada, la silueta de Mitchell visible en el asiento trasero. Cuando llegamos, Ross sale, nos mira y le abre la puerta a Mitchell. Mi hijo sale corriendo, abrazado a un osito de peluche.

Trago saliva. Incluso desde la distancia, me doy cuenta de que Mitchell parece inquieto, con los hombros encorvados y la mirada baja. La culpa se me anuda en el pecho: mi hijo ha sufrido un accidente casi mortal y no recuerdo nada de cómo ni por qué ocurrió. Me siento fracasada como madre.

Juliet aparca. Rodea rápidamente la parte delantera del coche para ayudarme a salir. «Con cuidado», murmura y me pasa un brazo por debajo del brazo bueno mientras pongo los pies en el suelo con cuidado. El movimiento me sacude las costillas y siseo de dolor.

Ross está de pie a unos metros, con el cuerpo tenso y rígido, como si todos sus músculos

estuvieran tensos por la preocupación. «¿Cómo está?», le pregunta a Juliet, con un tono entrecortado e impaciente que delata la ansiedad que flota en el aire.

«Se las arregla», responde Juliet, con voz firme y neutra, aunque detecto un destello de fastidio bajo la superficie. «Llevémosla dentro». Sus palabras transmiten una sensación de urgencia, un deseo de avanzar a pesar del peso del momento.

Aprieto los dientes. «Puedo hablar por mí misma», murmuro, frustrada por el hecho de que hablen a mi alrededor como si fuera un objeto frágil que hay que manipular. Ambos me lanzan miradas de sorpresa y siento una oleada de remordimiento. No quiero ser desagradecida, solo intentan ayudarme. Pero tengo los nervios a flor de piel.

Ross se acerca, salvando las distancias. «¿Quieres que te lleve algo? Mira fijamente mi cabestrillo y la pequeña bolsa de farmacia que llevo en la mano.

Asiento y le paso los medicamentos. «Gracias.

Mientras tanto, Mitchell se queda en el borde del patio, observando en silencio. Aprieta el oso de peluche contra su pecho. Le lanzo una sonrisa. «Hola, cielo. ¿Listo para entrar?»

Duda, pero da un paso adelante. «De acuerdo.

Juliet y Ross caminan a mi lado mientras nos dirigimos a la puerta principal. Mi casa es modesta, de una sola planta, pintada de azul claro con contraventanas blancas. Los parterres junto al porche están llenos de maleza, claramente descuidados en mi ausencia. Sólo por eso me siento extrañamente desorientada, como si el tiempo se hubiera precipitado sin mí. Sólo estuve una semana en el hospital, pero junto con mi pérdida de memoria, parece que ha pasado toda una temporada.

Juliet usa su llave -mi llave de repuesto, la que le había dado para emergencias- para abrir la puerta. En cuanto entro, me recibe una oleada de aire viciado. El salón está poco iluminado y las cortinas echadas. Un olor a humedad indica que hace días que no se abren las ventanas.

«¿Por qué no te sientas en el sofá? sugiere Juliet, con voz cálida, mientras enciende una lámpara cercana y proyecta una suave luz que ahuyenta algunas sombras. «Te traeré agua».

Ross asiente con agradecimiento, el peso del día evidente en su postura mientras deposita la bolsa de farmacia en la mesita con un leve ruido sordo. «Voy a acomodar a Mitchell», responde, con un deje de determinación en la voz, mientras se dirige a la parte trasera de la casa, dispuesto a atender a su hijo.

Antes de que pueda responder, ambos se alejan, dejándome sola en el salón. Doy unos pasos cautelosos, ignorando el dolor que siento en el costado. Hay algo raro en este lugar. Los muebles son los mismos -el sofá acogedor, el sillón estampado-, pero hay una capa de polvo en las superficies. Mi reflejo me mira desde la pantalla negra del televisor, dibujado y pálido.

Mitchell se asoma desde el pasillo poco iluminado, su pequeño cuerpo casi engullido por las sombras. «¿Mamá? Su voz transmite una pizca de incertidumbre, como si buscara consuelo.

«¿Sí, cariño?» Me enderezo en el asiento y fuerzo una cálida sonrisa para suavizar los bordes de mi preocupación.

Camina arrastrando los pies, con los ojos bajos, como si le diera vergüenza preguntar. «Tengo hambre. La simple petición flota en el aire, tirando de mi fibra sensible.

Me doy cuenta con una sacudida de que no estoy segura de en qué estado se encuentra mi cocina: ¿han hecho Ross o Juliet acopio de víveres? ¿Han estado alimentando a Mitchell aquí o en casa de Ross? «Ya se nos ocurrirá algo», digo. «Déjame...»

«¡Peyton!» Juliet llama, asomando la cabeza por la esquina. Tiene un vaso de agua en la mano. «Prepararé algo para Mitchell. Deberías descansar».

Quiero protestar, pero estoy demasiado agotada para discutir. Suspiro y me hundo en el sofá. Mitchell se acerca y se acurruca a mi lado, apoyando la cabeza en mi hombro ileso. Su cercanía es un bálsamo que necesito desesperadamente.

Ross reaparece, merodeando junto a la escalera. «Subiré a abrir las ventanas», dice. «Este lugar necesita aire fresco».

Asiento agradecida, aunque su repentino afán de ayudar aún me resulta chocante. Después de nuestro divorcio, Ross nunca estaba cerca. Apenas hablábamos, a menos que fuera sobre la agenda de Mitchell. Ahora está aquí, actuando como un compañero preocupado.

«Bueno», le digo a Mitchell en voz baja cuando Ross se ha ido y Juliet está sacudiendo los platos en la cocina. «¿Cómo te encuentras?» Apoyo la mano en su espalda, sintiendo su calor a través de la camiseta.

Hurga en la costura del cojín del sofá, sus dedos juguetean con los hilos deshilachados, una clara señal de su malestar. «Vale», dice, encogiéndose ligeramente de hombros, como si tratara de ignorar el peso de la conversación. Luego me mira, con los ojos muy abiertos y escrutadores, llenos de una mezcla de preocupación y vulnerabilidad. «No volverás a conducir bajo la lluvia, ¿verdad?

Su pregunta me aprieta el pecho, y una punzada de culpabilidad se apodera de mí. «No», le prometo, con voz firme pero suave. «No volveré a hacerlo. Siento mucho haberte asustado». Le tiendo la mano, esperando transmitirle la sinceridad de mis palabras, queriendo que se sienta reconfortado por mi compromiso.

Él asiente, apretando los labios. Intuyo que quiere decir algo más, pero guarda silencio y vuelve a juguetear con el cojín. La luz del techo capta un moratón en su antebrazo, ahora amarillento, pero aún visible. Me vuelve a doler el corazón.

Unos pasos suenan por encima de mi cabeza, probablemente Ross yendo de una habitación a otra. Las ventanas se abren chirriando, dejando entrar la fresca brisa otoñal. Fuera, en algún lugar, suena el claxon de un coche. Todo parece tan normal y, sin embargo, me siento todo lo contrario.

Echo un vistazo al salón y veo el correo amontonado en la mesa auxiliar. Debe de haberse acumulado mientras estaba en el hospital. Me acerco con cuidado y recojo la pila, sintiendo un tirón en el hombro. Mitchell me observa, curioso.

La mayor parte es correo basura: folletos, cupones y un par de facturas. Pero hay un sobre que me llama la atención. Es más pequeño que el resto, sin remitente. Mi nombre está garabateado en

el anverso con bolígrafo negro: Peyton Hayes.

Una pequeña oleada de aprensión me recorre. «Perdona, cielo», le digo a Mitchell, levantándome del sofá para ponerme de pie y acercarme a la mesa auxiliar. El corazón me late con fuerza cuando abro el sobre.

Dentro hay una hoja de papel doblada por la mitad. La desdoblo y leo las palabras impresas con la misma letra inestable:

SÉ LO QUE HICISTE.

Siento como si el suelo se inclinara bajo mis pies. La nota es breve, siniestra, y no puedo reprimir la aguda punzada de miedo que siento en el pecho. Mi mirada se dirige a Mitchell, pero está distraído con el mando a distancia de la televisión, poniendo un canal infantil. Vuelvo a doblar rápidamente el papel, ocultándolo de su vista.

Me tiemblan las manos. Sé lo que has hecho. Las palabras se arremolinan en mi mente, haciéndose eco de las preguntas no formuladas sobre aquella noche. ¿Es una broma de mal gusto? ¿O está relacionado con el accidente, con los trozos de memoria perdidos que siguen atormentándome?

Lo peor es que ni siquiera sé lo que hice. Ese es todo el problema, no tengo recuerdos de ello.

«¿Peyton?» La voz de Juliet me hace dar un respingo. Entra en el salón con un plato con un sándwich de mantequilla de cacahuete en las manos. Me mira a la cara y luego a la pila de correo. «¿Estás bien?

Vuelvo a meter rápidamente la nota en el sobre y la deslizo bajo el resto de las cartas. «Sí», digo, obligando a mi voz a ser firme. «Sólo... una factura».

Me mira un momento más de lo conveniente, pero luego se encoge de hombros y cruza hacia el sofá. Le pasa el plato a Mitchell, que empieza a mordisquear el bocadillo. «Voy a deshacer la compra que he traído», dice Juliet, dirigiéndose a la cocina.

Cuando se va, me quedo a solas con Mitchell y mis pensamientos acelerados. Me tiemblan los dedos cuando recojo el correo, sobre incluido, y lo dejo a un lado. SÉ LO QUE HICISTE. ¿Quién lo ha escrito? ¿Y qué creen exactamente que he hecho?

Ross sale del piso de arriba, sacudiéndose el polvo de las manos como si se sacudiera los restos de su trabajo. «Las ventanas están abiertas», dice, mirando a su alrededor antes de posar su mirada en mí. Se detiene y frunce un poco el ceño al ver lo pálida que estoy. «Hola, ¿estás bien?

Pego una sonrisa, aunque parece más una máscara que una expresión genuina. «Solo estoy cansada», respondo, intentando tranquilizarle.

La preocupación se dibuja en su rostro y las arrugas que rodean sus ojos se hacen más profundas. «Quizá deberías tumbarte. ¿Necesitas ayuda para acostarte? Su voz está impregnada de una pizca de preocupación, dejando claro que se preocupa.

Sacudo la cabeza, obligando a mis hombros a relajarse. «Todavía no. Descansaré aquí», digo, intentando transmitir una sensación de normalidad a pesar de la confusión que siento en mi interior.

Él asiente, mirando a Mitchell que mastica alegremente. «Podemos quedarnos un rato si quieres», dice. «Asegúrate de que estás instalada». Hay un deje de duda en su voz, como si estuviera tanteando mi reacción.

«Gracias, Ross», le respondo, con una gratitud genuina mezclada con una desconfianza subyacente que no puedo disipar. «Te lo agradezco mucho».

Asiente bruscamente con la cabeza y esboza una breve sonrisa antes de mirar el móvil. «Pronto tengo una llamada de trabajo», dice, mirando la pantalla, »pero puedo ocuparme desde aquí. No debería tardar mucho».

Se dirige a la cocina, presumiblemente para reunirse con Juliet. Empiezan a hablar en voz baja, las palabras se mezclan en un murmullo indistinto. Oigo mi nombre una vez y luego vuelven a susurrar. Tengo los nervios de punta. No puedo evitar preguntarme si estarán hablando del accidente o de la misteriosa nota.

Me aprieto la frente con la palma de la mano para tranquilizarme. El dolor sordo en el cráneo me recuerda que aún estoy curándome. Mi mirada recorre el salón. En la repisa de la chimenea hay una foto enmarcada de Mitchell y yo en la playa el verano pasado, los dos sonriendo con gafas de sol. Junto a ella, una foto más reciente: el retrato escolar de Mitchell, tomado hace apenas unos meses. Al menos reconozco esos momentos. Al menos no todos mis recuerdos han desaparecido.

Lo que está borroso es el último año. Los médicos dijeron que podría volver en flashes. Pero no puedo evitar la sensación de que hay algo realmente terrible acechando en esos meses perdidos. Algo que podría explicar la nota, las pesadillas y la inquietante tensión que rodea a Juliet y Ross.

Me muevo ligeramente y, sin querer, me golpeo el hombro. Siento un dolor agudo y reprimo un gemido, deseando que la molestia desaparezca. Mitchell, siempre perspicaz, se acerca a mí, con una expresión entre preocupada y confusa. «Mami, ¿te duele algo?», me pregunta con voz tímida, como si temiera la respuesta.

«Estoy bien», murmuro suavemente, intentando tranquilizarle a pesar de las oleadas de dolor que me recorren. «Sólo un poco dolorida».

Deja el bocadillo en el plato con un leve golpe y frunce el ceño mientras piensa en mis palabras. «¿Quieres mi osito?», me ofrece, con los ojos muy abiertos por la genuina preocupación, como si su querido animal de peluche pudiera aliviar de algún modo mi malestar.

Se me hace un nudo en la garganta ante su inocente generosidad. «Muy amable, Mitchell, pero quédate con tu osito, ¿vale? Me tomaré el analgésico en un minuto». Le revuelvo el pelo, sintiendo una punzada de culpabilidad por el hecho de que un niño de seis años se preocupe por mi comodidad. Debería ser yo quien lo tranquilizara, no al revés.

Desde la cocina, oigo el tintineo de un vaso contra la encimera. Juliet aparece con otro vaso de agua. «Toma», me dice, tendiéndomelo junto con una pastilla del frasco recetado. «Deberías tomártela ahora».

No me da ninguna explicación, sólo la tranquila autoridad de alguien que ha tomado las riendas. Dudo, pero recuerdo que el médico me dijo que siguiera con la medicación. Con cuidado, acepto el agua y la pastilla y me la trago.

Ross se queda en la puerta, con el teléfono en la mano y una expresión entre urgente y reticente. «Tengo que salir a hacer una llamada», anuncia, ligeramente compungido, mientras mira entre nosotros. «Vuelvo en unos minutos».

Juliet asiente en señal de comprensión, con una actitud tranquila y serena. «Claro», responde con voz firme. Luego se vuelve hacia mí, con ojos cálidos y tranquilizadores. «Peyton, voy a guardar el resto de tus cosas y luego podemos llevarte arriba si quieres echarte una siesta».

Miro a Mitchell, que está terminando el último bocado de su sándwich y le cae una pequeña miga en el plato. «Aquí estaremos bien», digo, intentando parecer más segura de lo que me siento. «Gracias.

Juliet me dedica una breve sonrisa y vuelve a la cocina. Ross sale, con el teléfono pegado a la oreja. Ahora volvemos a estar solos Mitchell y yo, y los dibujos animados de la tele ponen una banda sonora colorida y alegre a mis inquietos pensamientos.

Sin previo aviso, un recuerdo me golpea: el sonido de una respiración frenética, mía o de otra persona, resonando en un espacio reducido. Afuera está oscuro y los limpiaparabrisas se agitan contra el aguacero. El corazón me late en los oídos mientras los faros asoman por el retrovisor. Mi boca forma palabras: Mitchell, cierra los ojos. No digas ni una palabra.

Jadeo y abro los ojos de golpe. Sigo en el sofá, a salvo en mi salón. Pero esa imagen fugaz me hace temblar. Mitchell ve mi angustia y se acerca.

«¿Mamá?», pregunta con el ceño fruncido. «Pareces asustada».

Me fuerzo a sonreír. «Solo me duele un poco la cabeza», miento. «No te preocupes».

No parece convencido, pero asiente y vuelve a centrar su atención en la televisión. Mi corazón sigue acelerado. Ese recuerdo... ¿era real o una mezcla de mis propias ansiedades? No estoy segura. Pero las palabras resuenan en mi mente: No digas ni una palabra.

Es por la tarde cuando Ross por fin se marcha. Besa a Mitchell en la frente, murmura algo sobre la necesidad de comprobar unas obligaciones laborales y promete que volverá mañana si es necesario. Juliet se mueve eficientemente por la casa, ordenando, ventilando las habitaciones y, de vez en cuando, lanzándome miradas cautelosas.

Estoy tomando una taza de té que me ha preparado -de hierbas, insípido pero relajante- cuando suena el timbre. Juliet está metida hasta el codo en la colada, así que me levanto despacio, sosteniéndome el brazo herido. Mitchell me observa desde el sofá. «Quédate aquí», le digo suavemente, cojeando hacia la puerta principal.

Cuando la abro, me sorprende ver a mi vecina, la señora Poole, de pie en el porche. Tiene unos sesenta años, el pelo fino y canoso y el rostro marcado por la preocupación. Aprieta las manos en cuanto me ve.

«Oh, Peyton, querida», dice. «Siento mucho molestarte, pero he oído que hoy has vuelto a casa del hospital. ¿Cómo te encuentras?»

Esbozo una pequeña sonrisa. «Estoy bien, señora Poole. Todavía recuperándome, pero estaré bien. Gracias».

Ella vacila, cambiando de un pie a otro. «Es bueno oír eso. Quería preguntarle...» Ella mira por encima del hombro, como si le preocupara ser escuchada. «Algunos vecinos me han dicho que había alguien más en el coche cuando te estrellaste. Pero la policía dijo que sólo estaban Mitchell y tú. I-» Titubea, con la cara enrojecida. «Me preguntaba si era un rumor o...».

Se me corta la respiración y una oleada de ansiedad me invade. Por un momento, mi vista se estrecha y la pregunta resuena siniestramente en mi mente: Hay alguien más en el coche.

Fuerzo una risa temblorosa, un sonido extraño y quebradizo. «No, no. Solo Mitchell y yo», digo, esperando desesperadamente sonar lo bastante convincente como para disipar sus preocupaciones. «Yo... no sé dónde empezó ese rumor». Las palabras me saben amargas, pero sigo adelante, aferrándome a la fachada.

La señora Poole asiente, su expresión cambia a una de ligero alivio, pero aún puedo ver la preocupación grabada en sus rasgos. «Ya veo. Bueno, siento sacar el tema. Es que todo el mundo estaba preocupado». Su voz es suave, llena de auténtica preocupación, y me llega al corazón.

«Le agradezco que se haya preocupado», consigo responder, con el corazón martilleándome en el pecho como si intentara escapar de la verdad que yace bajo la superficie. «Gracias. Su mirada me pesa y desvío la mirada, buscando algo en lo que apoyarme.

Ella me ofrece una sonrisa tensa, un gesto destinado a tranquilizarme pero que no hace más que aumentar mi malestar. «Si necesitas algo -sopa, comida-, dímelo, cariño. Estaré encantada de ayudarte». La amabilidad de su ofrecimiento es sincera, pero me recuerda lo frágil que es mi situación.

Asiento cortésmente y ella baja los escalones del porche. Cierro la puerta y me apoyo en ella, con la mente en blanco. Es la segunda vez en menos de un día que alguien insinúa que había otro pasajero en mi coche. La vecina del hospital que me hizo la misma pregunta. Ahora la señora Poole.

¿Había alguien más? Mis pesadillas sugieren un grito de mujer, una figura sombría. Pero el informe oficial de la policía decía que sólo Mitchell y yo estábamos en el coche. ¿Por qué los vecinos creerían otra cosa?

Un escalofrío me recorre la espalda. Sé lo que hiciste.

¿Y si la persona que escribió esa nota se refiere a un pasajero oculto? De repente, siento náuseas. El salón da vueltas y trago saliva. Vuelvo a entrar y me hundo en el sofá junto a Mitchell, que apenas levanta la vista de sus dibujos animados.

Juliet sale del pasillo con una toalla medio doblada en los brazos. Se fija en mi rostro ceniciento y frunce el ceño. «¿Estás bien? Parece que hayas visto un fantasma».

No puedo contarle lo de la pregunta de la señora Poole. No confío en leer la reacción de Juliet. En lugar de eso, opto por una verdad parcial. «Sólo me siento mareada», digo, frotándome la frente. «Quizá necesite tumbarme».

Su rostro se muestra preocupado. «Sí, vamos a tu habitación. Vamos».

Deja la toalla a un lado, me ayuda a levantarme y me guía suavemente por el pasillo hasta mi habitación. Mi cama no ha cambiado: suaves sábanas azules, un edredón arrugado. Cuando me

fui al hospital, no tenía ni idea de que tardaría días en volver. El aire está cargado, aunque me doy cuenta de que Ross ha abierto un poco la ventana. Oigo el leve susurro de las hojas.

Juliet me lleva a la cama y me pone una almohada a la espalda. «Te traeré más agua. Y quizá deberías tomarte otro analgésico», me dice, alejándose ya.

La miro fijamente, con una sensación de pesadez en el pecho. «Juliet», digo en voz baja, y ella hace una pausa. «Gracias por todo».

Su expresión se suaviza. «Por supuesto. Eres mi mejor amiga, Peyton». Pero mientras lo dice, una pizca de incertidumbre me atenaza las tripas.

Desaparece por el pasillo y me deja sola. Mi mirada se desvía hacia la mesilla de noche, donde hay una foto enmarcada de Juliet y yo, tomada hace años, cuando acabábamos de salir del instituto. La cojo y veo una fina capa de polvo en el cristal. Estamos sonriendo, abrazadas. Las mejores amigas.

Un recuerdo se agolpa en mi mente: Juliet, con los ojos llenos de lágrimas, inclinada sobre mí en el hospital, diciendo que me había encontrado después del accidente. Me dijo que la había llamado. Pero no había registro de esa llamada en mi teléfono, al menos que yo recuerde. Y luego estaba su historia sobre ver mi coche en la cuneta. ¿Por qué parecía tan ensayada?

Dejo la foto. Me duele la cabeza y cierro los ojos, dejando que la adrenalina se vaya. A pesar del miedo que se desliza por mi pecho, mi cuerpo está agotado. Los analgésicos me adormecen y pronto la oscuridad me envuelve de nuevo.

Un grito me saca del sueño.

Abro los ojos de golpe. Estoy en mi habitación, con la lámpara encendida y la ventana dejando entrar una brisa fría. El pulso me retumba en los oídos. ¿El grito ha sido real o parte de un sueño?

Me incorporo demasiado rápido y siento un dolor en el hombro. Me lo agarro y hago una mueca, tratando de oír algún sonido en el resto de la casa. La televisión está apagada. El pasillo está a oscuras. Sólo hay silencio.

«¿Juliet?» Llamo roncamente, con la voz entrecortada. No hay respuesta. «¿Mitchell?»

Nadie responde. Mi corazón palpita mientras balanceo las piernas sobre el borde de la cama y me pongo de pie. La vista se me nubla durante un segundo. Me aferro a la cómoda, respirando a pesar del mareo. ¿Habrá tenido Mitchell una pesadilla? Eso podría explicar el grito. Pero, ¿dónde está Juliet?

Cojeo hasta la puerta, cada paso me sacude las costillas doloridas. El pasillo está vacío, la luz del techo apagada. «¿Juliet?» Vuelvo a llamar, más alto. No hay respuesta.

Miro hacia el salón, pero está demasiado oscuro para distinguir formas. Mi ansiedad aumenta. ¿Se habrá llevado Ross a Mitchell a casa a pasar la noche sin decírmelo? Parece improbable, pero ahora todo me parece incierto.

Acciono el interruptor del pasillo, inundándolo de luz. Luego me asomo al salón. El sofá está vacío, pero el plato de Mitchell y el mando a distancia siguen allí, intactos. A través de la ventana, veo que el coche de Ross no está, así que debe de haberse marchado.

Me doy la vuelta y me dirijo a la cocina, encendiendo la luz mientras avanzo. El alivio me invade cuando veo a Juliet sentada en la mesita, con una taza de té delante. Levanta la vista, sorprendida por la repentina claridad.

«¿Peyton? Estás despierta. ¿Estás bien?» Se levanta de su asiento y camina hacia mí con expresión preocupada, sus delicados rasgos marcados por la inquietud.

«I-» Me froto los brazos, intentando alejar un ligero escalofrío que parece calarme hasta los huesos. «He oído un grito. ¿Has...?»

Frunce el ceño, confundida, y entrecierra ligeramente los ojos mientras procesa mis palabras. «¿Un grito? No he oído nada».

Se me hace un nudo en el estómago, un malestar creciente del que no puedo deshacerme. «Puede que haya sido un sueño», admito en voz baja, apenas por encima de un susurro. «¿Dónde está Mitchell?

«Se fue a la cama», responde ella, su tono tranquilizador mientras intenta tranquilizarme. «Le acompañé a su habitación hace un rato. Estaba cansado».

Miro el reloj del microondas: las 9:48 p.m. Los números brillantes parecen burlarse de mí; debo haber dormido durante horas, perdida en una bruma de sueños inquietos. La culpa me corroe, un insistente recordatorio de mi propia fragilidad. «Debería ir a ver cómo está».

Juliet vacila un momento, sus ojos buscan los míos, y luego asiente en señal de comprensión. «Por supuesto. Deja que te ayude».

Le hago un gesto con la mano, no quiero sentirme tan indefenso todo el tiempo, tan dependiente de los demás. «Puedo arreglármelas».

Lentamente, me dirijo a la habitación de Mitchell. El suave resplandor de una luz nocturna se filtra por debajo de su puerta. La abro en silencio y entro. Está acurrucado bajo las sábanas, con el oso de peluche bajo el brazo y el pecho subiendo y bajando al ritmo del sueño. Se me encoge el corazón al verlo tan tranquilo.

Exhalo y me invade una oleada de gratitud por que esté aquí, a salvo, respirando. Sean cuales sean los horrores desconocidos que acechan en mi memoria perdida, al menos le tengo a él.

Cierro la puerta con cuidado y vuelvo a la cocina, donde Juliet me espera. Tiene la cara desencajada, con la preocupación grabada en los rasgos.

«Las pesadillas son normales después de algo así», dice con suavidad. «El médico mencionó que podían aparecer síntomas similares a los del TEPT, sobre todo con lagunas de memoria».

Asiento con la cabeza, hundiéndome en una silla de la mesa. «Sí. Es... desconcertante». Mi mirada se desvía hacia la ventana en penumbra que hay sobre el lavabo. Un tenue reflejo de mi pálido rostro me devuelve la mirada. «Sigo oyendo gritos y no sé si son reales».

Juliet cruza la mesa y pone una mano sobre la mía. Su tacto es cálido. «Ahora estás a salvo», dice. «Tienes que concentrarte en curarte. Yo estaré aquí. Ross también puede ayudarte».

«Gracias», consigo decir, aunque un destello de sospecha sigue bailando en mi mente. «Significa

mucho para mí.

Retira la mano y da un sorbo a su té. El silencio se alarga. Me pregunto si debería sacar a colación el rumor que mencionó la señora Poole de que no estaba sola en el coche. Si Juliet me encontrara, ¿lo sabría? ¿Vio algo que la policía no vio?

Pero el miedo me aprieta la garganta. No estoy preparada para hacer esa pregunta, todavía no. Una voz en mi cabeza me advierte de que si presiono demasiado, podría obtener respuestas que no estoy preparada para oír.

En el silencio de mi cocina, casi puedo oír el eco de esa nota dentro de mi cráneo: Sé lo que hiciste.

Me estremezco. Tal vez sea la brisa de la ventana abierta, o tal vez sea la constatación de que, aunque esté en casa, estoy lejos de estar a salvo.

A mi alrededor, se ciernen las sombras de ese año perdido. Y no puedo evitar la sensación de que alguien -quizá más de una persona- desea desesperadamente que olvide lo que realmente ocurrió aquella noche en el barranco.

3

No duermo bien. Vuelven las pesadillas -carreteras oscuras, neumáticos que chirrían, faros que asoman por el retrovisor- y esa voz incorpórea que me suplica que no haga nada. Cuando me despierto justo antes del amanecer, tengo las mejillas mojadas por las lágrimas. Me palpita el hombro y recuerdo vagamente a Julieta rondando al borde de mis sueños medio lúcidos, instándome a beber agua, a tragar pastillas.

Ahora es de madrugada. La tenue luz que se filtra por la ventana tiene un tono grisáceo, y el cielo sigue cubierto de nubes. Me incorporo con una mueca de dolor en el costado. Los analgésicos ayudan, pero el dolor más profundo, esa sensación de miedo omnipresente, persiste bajo la superficie.

Levanto las piernas de la cama y dejo que mis pies toquen el frío suelo. Por un momento, me estabilizo, presionando suavemente las costillas lesionadas con la palma de la mano, consciente del cabestrillo del hombro. Hoy, me digo. Hoy intentaré recomponer las cosas, aunque solo sea para calmar la sensación de que hay algo crucial que he olvidado.

La casa está en silencio cuando salgo al pasillo. La puerta de Mitchell está entreabierta. Echo un vistazo dentro. Está hecho un ovillo bajo el edredón de Avengers, con los labios ligeramente entreabiertos por el sueño. Se me estruja el corazón al verlo, tan vulnerable. Ayer estaba tan callado; no puedo olvidar la mirada atormentada de sus ojos. Le dije que no le contara nada a nadie, pero ¿qué?

Exhalo y me dirijo al baño. Mi reflejo en el espejo me sobresalta: sombras amoratadas emborronan mis ojos, y hay un corte poco profundo cerca de la línea del pelo, cosido pero cicatrizando en una línea furiosa. Es la cara de alguien que ha pasado por una guerra. Quizá sea eso: una guerra con mi propia memoria fracturada.

Mientras me lavo, oigo un leve murmullo de voces en el piso de abajo. Me pongo rígida. ¿Juliet y... Ross? ¿O es solo Juliet al teléfono? El sonido es demasiado bajo para estar segura. Lentamente, termino en el baño, me pongo una camiseta holgada y unos pantalones suaves. Evito volver a mirarme, no quiero fijarme en mi aspecto frágil y demacrado.

Cuando bajo las escaleras, las voces se han apagado. La cocina está vacía, las encimeras limpias y un ligero aroma a limón en el aire. Sobre la mesa, una caja de cereales junto a un cartón de leche. Las huellas de Juliet están por todas partes: siempre ha sido una maniática de la limpieza y

lo deja todo en su sitio.

Junto a la caja de cereales hay una nota escrita a mano por Juliet:

P: He tenido que salir un momento. He comprado más comida para que no tengas que preocuparte de cocinar. Vuelvo pronto.

-J Dejé escapar un suspiro que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Así que no me estaba imaginando las voces; Juliet debía de estar al teléfono. Pero ya no hay rastro de ella. Una punzada cercana a la paranoia parpadea en mi mente: ¿Con quién hablaba tan temprano?

Estoy a punto de dejar de pensar en ello cuando veo algo más sobre la mesa: un móvil pequeño y roto en una bolsa de plástico. Mi móvil. Ross debió de dejarlo aquí después de recuperarlo de la policía.

La pantalla está completamente destrozada, una red de grietas que distorsiona cualquier posibilidad de leer textos o registros. Pero al verlo, siento una descarga de adrenalina. ¿Podría haber alguna pista encerrada en este teléfono, algún registro de esa hora perdida antes del accidente? Levanto la bolsa con cuidado y saco el teléfono. Incluso a través de las grietas de la tela de araña, veo que no se enciende. La batería está destrozada.

Recuerdo a Ross ofreciéndose a llevarlo a un taller. También recuerdo que Juliet intervino para decir que ella se encargaría de mis problemas telefónicos, igual que insistió en surtir mis recetas. Paso la yema del dedo por la pantalla rota, deseando poder ver a quién envié mensajes o llamé esa noche. Llamé a Juliet, me dijo. Pero el registro de llamadas había desaparecido, o eso recuerdo en una nebulosa. ¿El accidente había borrado los datos del teléfono?

«¿Mami?»

La voz de Mitchell me sobresalta. Me doy la vuelta y me duele el hombro. Está en la puerta, despeinado, con su pijama de dinosaurio. Me mira con ojos grandes y soñolientos.

«Buenos días, cariño», le digo suavemente, colgando el teléfono. «¿Tienes hambre?

Se frota los ojos y asiente. «Sí».

Dejo que me lleve a la mesa. Se sienta en una silla, abrazado a su osito de peluche, mientras yo echo los cereales en un cuenco. Con cuidado, cojo la jarra de leche, intentando no sacudirme demasiado el brazo herido.

«¿Has dormido bien? le pregunto, deslizando el cuenco hacia él, con el tintineo de la cerámica contra la mesa resonando suavemente en la tranquila mañana.

Se encoge de hombros, sin compromiso, con las manitas ocupadas en llevarse los cereales a la boca con cierta distracción. «Tuve una pesadilla», murmura entre dientes, frunciendo el ceño al recordar aquello. «Pero luego se me pasó».

Sus palabras me oprimen el pecho, y el peso de su miedo me oprime el corazón. «Sí. A veces las pesadillas ocurren después de cosas terroríficas», respondo con voz firme pero cargada de empatía.

Me mira, sus ojos grandes e inocentes me miran con una seriedad que hace que me duela el

corazón. «¿Podemos dejar de conducir en el coche?».

La pregunta casi me rompe. Me toca la fibra sensible y resuena en mi mente como un eco inquietante. Fuerzo una sonrisa tensa, desesperada por tranquilizarle a pesar de la agitación que siento en mi interior. «Podemos esperar hasta que los dos estemos preparados, ¿vale? le digo, con la esperanza de que mis palabras le reconforten y podamos afrontar esto juntos.

Asiente solemnemente y vuelve a concentrarse en sus cereales. Le miro comer, deseando poder disipar el miedo de sus ojos. Fuera, las nubes se ciernen sobre el horizonte, amenazando con otra tormenta. Sospecho que sólo el rumor de un trueno le haría caer en una espiral.

Cuando termina, llevo el cuenco al fregadero y lo enjuago con una mano. El agua silba contra la porcelana. Mi mente vuelve a la misteriosa llamada que Juliet afirma que hice y a la nota que llegó a mi buzón: SÉ LO QUE HICISTE. ¿Podría estar relacionado con el rumor de la mujer desaparecida?

Mis pensamientos se interrumpen al abrirse la puerta principal. Juliet entra haciendo malabarismos con dos bolsas de la compra. Está un poco sin aliento, con mechones de pelo pegados a la frente. Sonríe alegremente, casi demasiado.

«¡Buenos días!», exclama. «Te has levantado pronto. ¿Cómo has dormido?

Mitchell la mira con recelo, se levanta de la silla y entra en el salón. Me pregunto si percibe el mismo trasfondo que yo, como si la amabilidad de Juliet fuera una pantalla para ocultar algo más.

Cruzo los brazos sobre el pecho. «Un poco inquieta», admito. «Pesadillas».

La preocupación frunce su ceño. «Lo siento», murmura, dejando las bolsas sobre la encimera. «Compré fruta fresca, pan, huevos, zumo... pensé que podríamos hacer comidas fáciles».

«Gracias. Miro el teléfono sobre la mesa, pensando si sacar el tema.

Julieta sigue mi mirada, sus labios se separan en la realización. «Ah, claro. Ross dijo que se había dejado tu teléfono. Puedo llevarlo a un servicio técnico. Quizá puedan recuperar algunos datos».

La buena disposición de su oferta me provoca una inquietante sospecha. Tal vez sólo esté siendo realmente útil, o tal vez esté intentando ejercer control sobre lo que el taller de reparaciones descubra oculto en las profundidades de mi teléfono.

Trago saliva, sintiendo el peso de su mirada. «Yo me encargo», digo, intentando mantener mi tono lo más ligero y despreocupado posible, aunque parece forzado. «Quiero ver si pueden salvar algo importante».

Sus ojos parpadean sorprendidos, un atisbo de incertidumbre se cuela en su expresión. «Claro. Pero aún no deberías conducir...».

«No pasa nada. Puedo pedirle a Ross que lo haga», replico, sintiendo una oleada de desafío. «O tal vez lo mande por correo. Eso también podría funcionar».

Aprieta los labios, se le arruga un poco el entrecejo mientras procesa mis palabras y asiente

despacio. «Claro, por supuesto. Lo que usted quiera. Avísame si necesitas ayuda». Su voz tiene un tono de preocupación, y no puedo evitar apreciarlo, incluso en medio de mis reservas.

Se hace un silencio incómodo. Desplazo mi peso, sintiendo una punzada en el hombro, y Juliet se entretiene colocando la compra en la nevera. Una parte de mí quiere exigirle que me lo cuente todo -lo de la llamada, lo de cómo me encontró-, pero estoy demasiado desequilibrada para arriesgarme. Además, ni siquiera sé de qué la acusaría.

Finalmente, cierra la nevera y se vuelve hacia mí. «Peyton, he estado pensando... quizá sea hora de que hables con la policía. Nunca consiguieron una declaración tuya en detalle, debido a tus heridas. Ahora que te sientes un poco mejor...» »Espera, ¿qué?» interrumpí, con el estómago revuelto. «¿Crees que debería ir a la policía?».

Levanta una mano en un gesto apaciguador. «No de forma amenazante. Sólo para que cierren sus archivos. La gente del pueblo sigue hablando del accidente. Si les explicas que Mitchell y tú estabais solos, quizá se acaben los rumores».

La miro fijamente. Se cuida de no mirarme a los ojos y siento que me está empujando hacia algo. ¿Realmente quiere que se acaben los rumores o está intentando saber cuánto recuerdo?

«Quizá», digo despacio. «Pero aún no tengo muy claros los detalles, Juliet. ¿Cómo voy a darles una declaración si ni siquiera recuerdo esa noche?».

Ella disipa la preocupación y esboza una sonrisa. «Seguro que recuerdas bastante. Sólo que llovía y perdiste el control. Puede que no recuerdes el segundo exacto en que ocurrió, pero puedes asegurarles que no hubo nadie más implicado».

Un escalofrío me recorre la espina dorsal, una sensación escalofriante que envía una advertencia a mis instintos. Básicamente, me está dictando lo que debo decir a la policía, como si estuviera escribiendo mi historia línea por línea. Crece mi desconfianza, una sensación punzante en la boca del estómago. ¿Por qué hace esto?

Antes de que pueda ordenar mis pensamientos y responder, la voz de Mitchell irrumpe desde el salón, llena de la urgencia de un niño: «¡Mamá! La tele está rara».

Exhalo, agradecida por la distracción que me ofrece escapar de la penetrante intensidad de Juliet. «Voy a comprobarlo», le digo, con la esperanza de desviar la atención de la inquietante conversación hacia algo más sencillo, algo que pueda manejar.

Encuentro a Mitchell sentada en el sofá, con el mando a distancia en la mano y la pantalla atascada en un canal con estática. Jugueteo con el mando a distancia, cambiando la alimentación, intentando restablecer la entrada. Probablemente sea una mala conexión del cable.

Pero mientras aprieto botones, siento la mirada de Mitchell, una mezcla de curiosidad y preocupación en sus ojos grandes e inocentes. «¿Mamá?», pregunta en voz baja, apenas un susurro.

Dejo el mando en la mesita y el sonido sordo resuena en la quietud que nos separa. «¿Sí, cariño?» Respondo, intentando disimular el repentino revoloteo de ansiedad que me aprieta el pecho.

Se inclina más hacia mí, su pequeño cuerpo se mueve contra los cojines del sofá y baja aún más

la voz, como si estuviera compartiendo un secreto. «He recordado algo...

El corazón me martillea en el pecho, al ritmo de la expectación y el miedo. «¿De qué? pregunto, con la curiosidad despertada a pesar de la inquietud que me invade.

Juguetea con la oreja del oso de peluche, nervioso. «Sobre el accidente. Llovía mucho y dijiste...» Le tiembla la voz. «Dijiste que alguien nos seguía. Me dijiste que no me diera la vuelta. Pero miré y... había faros detrás de nosotros, muy cerca».

Mi respiración se entrecorta en mi pecho. «Oh, Mitchell», susurro, llevándome una mano a la boca. El recuerdo que está describiendo coincide con los flashes de mis pesadillas: los faros de cola. «Lo siento mucho.

Traga saliva y le tiembla el labio inferior. «No pasa nada. Es que... ¿nos perseguía alguien?».

Quiero tranquilizarlo, pero no sé si es verdad. Me duele la cabeza. «No me acuerdo, cariño», admito por fin, con la voz temblorosa. «Pero te prometo que haré todo lo que pueda para mantenernos a salvo».

Él asiente tembloroso. Luego, como si se sintiera abrumado, se acurruca contra mí, apretando la cara contra mi costado ileso. Le abrazo y mi mente da vueltas: ¿Nos estaban siguiendo? ¿Podría ser por eso que perdí el control?

Es muy posible. El recuerdo de una forma oscura detrás de nosotros, el miedo retumbando en mi pecho mientras me agarraba al volante... esas visiones me han perseguido. Y si Mitchell está recordando lo mismo, es probable que sea cierto.

Inhalo profundamente y le doy un beso suave en la coronilla, sintiendo el calor de su pelo contra mis labios. «Todo va a ir bien», murmuro en voz baja, aunque mis propias dudas se ciernen grandes e insistentes, amenazando con eclipsar mis palabras.

Detrás de nosotros, los pasos de Juliet resuenan en el suelo de madera mientras se acerca. Noto la tensión en Mitchell, que se pone rígido y se aparta instintivamente de mí. Ella se inclina sobre el sofá, con el ceño fruncido por la preocupación, y nos ofrece una sonrisa tranquilizadora que no llega a sus ojos. «¿Va todo bien?», pregunta, con voz de auténtica preocupación.

Niego con la cabeza, con la esperanza de calmar su inquietud. «La tele no funciona bien», respondo, forzando un tono despreocupado, aunque mi corazón se acelera con el peso de miedos no expresados.

Ella frunce ligeramente el ceño al ver los ojos rojos de Mitchell, pero no dice nada. Pasa un momento incómodo antes de que se aclare la garganta. «Voy a guardar la compra en la despensa. Avísame si me necesitas».

La vemos irse. La manita de Mitchell encuentra la mía. Me dijiste que nunca lo contara, me había susurrado antes. Ahora me lo cuenta de todas formas. Sea lo que sea, está empezando a salir a la superficie.

Esa misma mañana, Ross me manda un mensaje: «Voy para allá. Necesito ver cómo están Mitchell y tú. ¿Estás bien?»

Miro el mensaje, con el corazón palpitante. Ross no suele ser tan atento. Pero una parte de mí no

puede negar que necesito refuerzos, alguien que no esté siempre con Juliet. Aun así, la sospecha me corroe. Si el comportamiento de Juliet es sospechoso en un sentido, el de Ross lo es en otro. Los dos actúan fuera de lugar. Escribo una respuesta rápida:

«Sí, pásate, por favor. Creo que Mitchell querrá hablar contigo. Todavía está asustado por todo lo que ha pasado».

Su respuesta no se hace esperar: «Estaré allí en 30 minutos».

Me guardo el teléfono, que sigue tirado sobre la mesa como un ladrillo. Juliet está en la cocina, limpiando la encimera por tercera vez. Mitchell se ha retirado a su dormitorio a jugar con Legos. Miro la espalda de Juliet mientras limpia. Tararea suavemente, una melodía extrañamente alegre que contrasta con la tensión del ambiente.

«Hola», digo, forzando un tono informal. «Ross va a venir. Podríamos hablar de... ¿los próximos días? Organizarnos».

Deja de limpiarse y mira por encima del hombro. «Claro, probablemente sea una buena idea», dice suavemente. «Si necesitas que salga, puedo hacerlo. No quiero molestar».

Frunzo el ceño. «No molestas. Agradezco tu ayuda», añado, y no es del todo falso. Ha sido una roca en algunos aspectos: cocinando, limpiando, apoyándome físicamente. Pero la parte emocional es más complicada.

Ella asiente, baja la mirada. «De acuerdo.

Vuelvo al salón y me hundo en el sofá. A pesar de los medicamentos, me sigue doliendo la cabeza y el hombro. La conversación de Mitchell se repite en mi mente: faros detrás de nosotros, alguien siguiéndonos.

Suena el timbre y me sobresalto. Juliet aparece de la cocina, secándose las manos en una toalla. «Voy yo», me ofrece.

Yo también me levanto, ignorando la punzada de dolor, y la acompaño. Cuando abro la puerta, Ross está en el umbral, con una camisa de cuello planchado y vaqueros. Lleva una bolsa de papel en la mano.

«Buenos días», saluda, entrando cuando nos apartamos para hacerle sitio. «He traído pasteles y café». Su voz transmite una calidez que contrasta con el ligero frío del aire.

Mi estómago ruge en respuesta, un recordatorio de que no he comido más que un bocado de pan tostado hoy. El aroma a bollería fresca sale de la bolsa de papel, tentador y rico. Juliet se tensa detrás de mí, su presencia es una fuerza tranquilizadora, pero no dice nada, su silencio está cargado de pensamientos no expresados.

«Gracias», digo, extendiendo la mano para cogerle la bolsa. «Es... muy considerado». No puedo evitar sonreír, apreciando el gesto en medio de todo lo que se arremolina a nuestro alrededor.

Él asiente, mirando a su alrededor. Sus ojos se posan en Juliet, que está de pie en el vestíbulo, cruzada de brazos. Me sorprende lo rígida que parece, como preparándose para un enfrentamiento. La expresión de Ross es neutra, pero percibo un trasfondo.

«¿Dónde está Mitchell?», pregunta, volviéndose hacia mí, con el ceño ligeramente fruncido por la preocupación.

«En su habitación», le digo, esbozando una pequeña sonrisa para aliviar la tensión. «Estaba construyendo Legos. Ya sabes cómo se pierde con sus creaciones».

Ross deja el teléfono en la mesilla con un movimiento deliberado, y su suave tintineo rompe el silencio. «¿Te importa si voy a hablar con él? Su tono es tranquilo, pero noto la urgencia subyacente en su voz.

«Claro», respondo, con el corazón un poco más ligero al pensar en Ross consolándolo. «Tiene algunas preguntas sobre el accidente», añado en voz baja, con la esperanza de que Ross sea capaz de tranquilizarlo, de proporcionarle la seguridad que tan difícil se le presenta en estos momentos.

Asiente y se dirige al pasillo. Cuando desaparece, Juliet cambia de posición y suelta un largo suspiro. «Voy a ordenar la habitación de invitados». Me lanza una mirada rápida. «Por si Ross quiere quedarse a ayudar».

Me pongo rígida, no sé si quiero que Ross duerma aquí. Pero no es el momento de discutir. Me encojo de hombros. «De acuerdo.

Sube las escaleras y me deja sola en el vestíbulo con la tensión arremolinándose a mi alrededor como una niebla. De repente, los pasteles y el café me parecen poco apetecibles, el estómago revuelto por los nervios.

Unos minutos más tarde, Ross regresa, pensativo. «Mitchell me dijo que los dos creíais que alguien os seguía aquella noche». Su voz es tranquila, sus ojos escrutan mi rostro.

«Cada día se acuerda más», admito, volviendo al salón. Ross me sigue y nos quedamos de pie junto al sofá. «No sé qué pensar. ¿Nos seguía alguien?».

La mandíbula de Ross se tensa, los músculos de su cara se tensan visiblemente. «Ojalá lo supiera», dice, con la voz cargada de incertidumbre. «La policía dijo que derrapó. No mencionaron que hubiera otro coche implicado».

«Quizá no vieron ninguna huella, o quizá el otro coche se marchó antes de que nadie pudiera verlo bien», sugiero, con la voz temblorosa por el peso de la situación. «¿Por qué iba alguien a perseguirme? ¿Qué podría querer?

Me estudia detenidamente, frunciendo el ceño como si sopesara sus palabras. «No... no nos llevábamos muy bien. Tú...» Vacila, una sombra de incomodidad recorre sus facciones mientras se aclara la garganta. «Discutimos sobre la custodia. Las cosas se calentaron bastante entre nosotros».

Frunzo el ceño, la incredulidad se apodera de mi voz. «¿Crees que estaba huyendo de ti?». La idea me parece surrealista, como si el suelo bajo mis pies se moviera, y me esfuerzo por conciliar su insinuación con la realidad que he estado viviendo.

Levanta las manos. «¡No! No, Peyton, nunca haría eso. Sólo señalo que tuvimos tensión. ¿Podrías haber estado... no sé, preocupada por otra cosa? ¿Otro ex? ¿Algo relacionado con tu trabajo?».

Sacudo la cabeza, con la frustración hirviendo. «Dímelo tú. Tengo grandes lagunas de memoria, Ross. No puedo conjurarlas a voluntad».

Exhala. «Lo siento.»

Un silencio se extiende entre nosotros. Me doy cuenta de que lleva un reloj que no había visto antes, elegante y caro. Me sorprende lo mucho que nos hemos distanciado desde el divorcio. Lo poco que sé de su vida ahora.

Finalmente, deja una taza de café sobre la mesa. «Quizá deberíamos hablar. Tú, yo, Juliet. Repasar lo que recordamos de los últimos meses. Tal vez ayude a llenar los espacios en blanco».

Dudo, la sugerencia me atrae y me aterroriza a la vez. «Yo... tal vez», digo. «Hagámoslo cuando Mitchell esté ocupado. No quiero que escuche cosas que puedan asustarle».

Ross asiente, con una pizca de determinación en su expresión. «De acuerdo.»

En ese momento vuelve a sonar el timbre de la puerta, y el estridente sonido atraviesa la niebla de mi dolorida cabeza como un cuchillo. Ross y yo intercambiamos una mirada y nos entendemos en silencio. «¿Esperas a alguien?», pregunta, con el ceño fruncido por la preocupación.

Niego con la cabeza, con una oleada de pavor en el estómago que me aprieta como un tornillo de banco. «No. La incertidumbre flota en el aire, amplificando la tensión que se ha instalado entre nosotros.

Nos dirigimos al vestíbulo. A través del cristal esmerilado, distingo la silueta de un hombre. Mi corazón late con fuerza cuando abro la puerta. Hay un desconocido, vestido con una chaqueta oscura, el pelo corto y expresión seria.

Me enseña una placa antes de que pueda pronunciar una palabra. «Detective Mark Delaney, policía del condado. ¿Es esta la residencia de Peyton Hayes?» Su tono es autoritario, sin dejar lugar a dudas.

Se me revuelve el estómago, se me hace un nudo frío cuando me doy cuenta de la realidad de la situación. Detrás de mí, Ross se tensa, con los músculos tensos como un resorte, y noto que Juliet baja lentamente las escaleras, con la curiosidad despertada al intentar descifrar la escena que se desarrolla en la puerta.

«Sí», consigo decir, con la voz entrecortada y tensa, apenas por encima de un susurro. «Soy Peyton Hayes».

Sus labios se aprietan en una sonrisa cortés y apretada. «Señora, siento molestarla. Estoy investigando el caso de una persona desaparecida y su nombre apareció como posible contacto».

Se me hiela la sangre. ¿Persona desaparecida? Ross se mueve a mi lado y me lanza una mirada preocupada. Detrás de él, Juliet está de pie en las escaleras, con los ojos muy abiertos.

«¿Persona desaparecida?» resueno, obligando a mi cerebro a ponerse al día. «¿Quién ha desaparecido?

El detective echa un vistazo a su bloc de notas. «Claire Andrews. Lleva desaparecida una

semana. Estamos hablando con cualquiera que pueda haberla visto u oído hablar de ella recientemente. Tengo entendido que tuvo un accidente de coche cuando desapareció».

Mi corazón cae a mis pies. Claire Andrews. El nombre que escuché en el hospital mientras ojeaba las noticias locales, el nombre asociado al rumor de que había desaparecido. Se me hace un nudo en la garganta y apenas puedo responder. «Sí, pero...

La mirada de Delaney parpadea, registrando mi cabestrillo y los vendajes. «Has estado hospitalizada, lo sé. Siento la intrusión. Estamos tratando de reconstruir los últimos movimientos conocidos de la señorita Andrews. ¿Podría dedicar unos minutos a responder algunas preguntas?»

Siento la mano de Ross en mi codo, una presencia tranquilizadora que me ancla en este momento abrumador. «Todavía se está recuperando», dice, con voz mesurada y tranquila, como si intentara crear una barrera entre mí y el intenso escrutinio de las preguntas de Delaney. «¿Quizá puedas hablar conmigo en su lugar?».

Delaney levanta una ceja, su expresión cambia a una de curiosidad mezclada con escepticismo. «¿Y tú eres?», pregunta, evaluándolo.

«Ross Hayes», responde él, dando un ligero paso adelante, su postura exuda una tranquila confianza. «Soy su ex marido. Podemos hablar, pero por favor no la presiones demasiado. Ya ha sufrido bastante».

Agradezco su actitud protectora, pero una parte más grande de mí se siente agitada por la presencia del detective. Quiere saber si vi a Claire. ¿Por qué iba a verla?

Delaney asiente. «Lo comprendo. Pero me gustaría hablar directamente con la señora Hayes en algún momento, si es posible».

Juliet se aclara la garganta, bajando por fin el último escalón. «¿Detective? Soy Juliet Monroe. Fui la que encontró el coche de Peyton después del accidente». Su voz es tranquila, pero puedo ver que sus nudillos están blancos donde se agarra a la barandilla.

Delaney la mira y hojea su bloc de notas. «Yo también tengo preguntas para usted, señorita Monroe, si no le importa».

Siento la boca como papel de lija. «Pase», digo en voz baja, haciéndome a un lado. No estoy segura de quererlo en mi casa, pero no puedo rechazar a un detective que pregunta por una persona desaparecida.

Entra y mira a su alrededor con una neutralidad practicada. Ross lo guía hacia el salón y yo lo sigo, con las rodillas débiles. En cuanto nos sentamos, Delaney abre su bloc de notas.

«Sra. Hayes, empezaré por usted», dice con suavidad, con voz firme y tranquilizadora. «¿Conocía a Claire Andrews?».

Sacudo la cabeza, intentando disipar el inquietante remolino de náuseas que me sube al estómago como una marea. «Creo que no. Su nombre me resulta vagamente familiar, pero no consigo ubicarlo», admito, con la voz apenas por encima de un susurro, como si pronunciar su nombre pudiera evocar recuerdos indeseados.

Él asiente, garabateando una nota. «Fue vista por última vez en una cafetería local la tarde de la tormenta que causó tu accidente». Sus ojos se dirigen hacia mí. «Te estrellaste esa misma noche, ¿verdad?».

«Sí», susurro, humedeciéndome los labios en un intento de ordenar mis pensamientos. «Pero yo no... No recuerdo haberla visto». El peso de mi incertidumbre cuelga pesadamente en el aire, un inoportuno recordatorio de mis recuerdos fracturados.

«Peyton tiene alguna pérdida de memoria por el accidente», interviene Ross, ofreciendo al detective una sonrisa sombría que apenas roza sus ojos. «Una conmoción cerebral». Su tono lleva una preocupación subyacente, como si quisiera protegerme de más preguntas.

«Ya veo. Delaney estudia mi cara, su expresión es una mezcla de empatía y curiosidad profesional. «Siento oír eso. ¿Recuerda haber estado en esa cafetería o en algún otro lugar esa noche, antes del accidente?». Su voz es tranquila, pero hay una intensidad en su mirada que me hace sentir expuesta.

Me froto la frente, noto que me duele la cabeza en las sienes, un latido que parece hacerse eco de la confusión que se arremolina en mi mente. «No, conducía con mi hijo. Debíamos de estar de camino a casa». Pensar en mi hijo añade una capa de urgencia a mi desorientación, un destello de instinto que me impulsa a recordar más.

La mirada del detective se agudiza y se centra en mis palabras. «¿Su hijo estaba con usted? ¿Estaba despierto o puede recordar algo?». Sus preguntas son precisas, cada una de ellas diseñada para desvelar las capas de mis nebulosos recuerdos, y puedo sentir cómo se tensa la habitación mientras lucho por unir los fragmentos de aquella fatídica noche.

Ross se remueve en su asiento, con un aire de inquietud a su alrededor. «Sólo tiene seis años. No queremos traumatizarlo más», dice, con la voz llena de preocupación por el bienestar de su hijo.

Delaney asiente en señal de comprensión, con expresión seria. Luego dirige su atención a Juliet, que está cerca. «Srta. Monroe», empieza, con tono profesional pero amable, »ha dicho que encontró el coche de Peyton. ¿Puede decirnos dónde estaba exactamente?»

La postura de Juliet se pone rígida ante la pregunta, su cuerpo se tensa cuando los recuerdos le invaden. «Estaba en Baywood Road, cerca del barranco», responde, con voz firme pero marcada por la emoción. «Acababa de pasar la tormenta. Recibí una llamada de Peyton, pero se cortó bruscamente, así que me sentí obligada a ir en su busca.»

Delaney hace una anotación en su bloc de notas, el sonido del bolígrafo rascando contra el papel puntúa el tenso silencio. «Así que llegó al lugar del accidente antes que nadie», pregunta en busca de claridad.

«Sí, llamé al 911 inmediatamente después de encontrar el coche», responde Juliet, con voz firme al recordar los momentos frenéticos de aquella noche.

«¿Vio a alguien más por los alrededores? ¿Quizás otro coche, o tal vez un peatón?». Delaney insiste, su aguda mirada busca cualquier detalle adicional que pueda arrojar luz sobre la caótica situación.

Ella le mira, firme y decidida, negándose a pestañear. «No, sólo Peyton y Mitchell. Ambos

estaban inconscientes», afirma, con el peso de sus palabras suspendido en el aire entre ellos.

Él asiente despacio, con el bolígrafo rascando rítmicamente el bloc, un sonido metódico y conmovedor a la vez. «¿Y los paramédicos llegaron poco después?», pregunta él, con tono firme y alentador, instándola a continuar.

«Sí», confirma ella, con la voz firme pero impregnada de los restos de adrenalina que aún corren por sus venas desde aquella noche.

Se me encoge el corazón. Es exactamente la misma historia que me contó a mí, una historia de la que empiezo a dudar. El detective se aclara la garganta y vuelve a dirigirse a mí. «Señora Hayes, ¿tiene alguna idea de por qué su nombre podría haber aparecido en la investigación de la desaparición de Claire Andrews?».

Me tiembla el pulso. «No», digo, tragando saliva. «¿Podría ser... sólo por el momento?».

«Podría ser», concede Delaney. «O podría ser algo más. Estamos estudiando todas las posibilidades. A veces los individuos desaparecidos se cruzan con personas que ni siquiera se dan cuenta de que están conectadas.» Cierra su bloc de notas y me dirige una mirada cortés pero inquisitiva. «Gracias por su tiempo. Si se le ocurre algo, llámeme».

Me da una tarjeta de visita y se levanta. Ross y Juliet se levantan también, con la tensión ondulando en el aire.

Delaney asiente cortésmente. «Buenos días a todos.

Apenas consigo despedirme cortésmente mientras se dirige a la puerta. Una vez que se cierra tras él, todo mi cuerpo se hunde de alivio. Pero mi mente es un tornado de preguntas.

«¿Por qué aparecería mi nombre en un caso de persona desaparecida?». murmuro con voz temblorosa e insegura, con el peso de la situación sobre mi pecho.

Ross me da unas palmaditas tranquilizadoras en el hombro, su tacto cálido y firme en medio del caos que se arremolina en mi mente. «Podría ser una coincidencia, Peyton. Él lo dijo», responde, intentando aliviar mi creciente ansiedad con un atisbo de optimismo.

Pero Juliet tiene la mandíbula desencajada y los ojos encendidos por alguna emoción reprimida. «O puede que Claire Andrews le dijera a alguien que había quedado contigo», dice, con un tono más agudo de lo habitual.

La miro fijamente, con el corazón acelerado en el pecho y cada latido haciendo eco de mi incredulidad. ¿«Quedar conmigo»? Ni siquiera la conozco», protesto, las palabras suenan extrañas en mi lengua.

«¿Estás seguro? Los ojos de Juliet se desvían por un instante, un atisbo de incertidumbre se dibuja en su rostro. «Dijiste que no recordabas el último año. Quizá la conociste y te olvidaste», sugiere, con una voz de una intensidad inquietante.

Se me seca la boca, las implicaciones de sus palabras se me clavan como una piedra en el estómago. «¿Por qué iba a...? Me quedo en blanco, intentando comprender la posibilidad.

«De acuerdo», interviene Ross, levantando una mano para restablecer la calma. «No saquemos

conclusiones precipitadas. Tenemos que mantener la cabeza despejada», insiste, con expresión seria pero comprensiva.

Juliet exhala bruscamente, su tensión palpable mientras da un paso atrás, creando una pequeña distancia entre nosotros. «Ya. Lo siento», contesta, con voz más suave ahora, la agudeza desapareciendo a medida que procesa el peso de la conversación.

Pero no me tranquiliza. Mi mente repite los fragmentos que recuerdo: el grito de una mujer, la sensación de que alguien agarra el volante, los faros detrás de mí. El corazón me late con fuerza al darme cuenta de que podría haber habido otra mujer en el coche aquella noche, alguien como Claire Andrews. Pero la versión oficial, el informe policial, dice que estaba sola con Mitchell.

Capto la mirada de Juliet. Me observa atentamente, como retándome a que descubra algo. Y en ese momento, siento como si me estuviera diciendo en silencio: No recuerdes. No preguntes.

Pero es demasiado tarde para eso. Porque la visita del detective acaba de confirmar mi peor sospecha: Esto no ha terminado. Sea lo que sea lo que pasó esa noche, sólo está empezando a desvelarse.

4

La visita del detective me desconcierta más de lo que me gustaría admitir. Cuando se marcha, mis nervios zumban con una nueva urgencia. Claire Andrews. Una persona desaparecida. Y yo estoy relacionado de algún modo con su desaparición. O al menos la policía cree que podría estarlo. Mi memoria está demasiado fracturada para confirmar o negar nada, lo que no hace más que aumentar mi ansiedad.

Ross y Juliet se quedan en el salón, ambos parecen inquietos. Mitchell, por suerte, sigue en su habitación. No quiero que escuche más conversaciones de adultos sobre persecuciones en coche o mujeres desaparecidas. Sus angustiosas preguntas de antes sobre que me seguían ya me atormentan.

Me llevo una mano a la frente y noto el zumbido revelador de un dolor de cabeza inminente, un latido sordo que amenaza con intensificarse. «Necesito un poco de aire», murmuro, con la voz apenas por encima de un susurro, mientras me dirijo hacia la puerta principal, con la esperanza de que el frío exterior me despeje la mente.

Ross se adelanta, con la preocupación grabada en el rostro. «¿Estás segura de que deberías salir sola? Tu hombro...» “Me sentaré en el porche”, digo, con un tono más agudo de lo que pretendía, cortando la tensión de la habitación. «Necesito espacio para pensar. Lo último que quiero es que me mimen; necesito un momento para respirar y ordenar mis pensamientos.

Vacila e intercambia una mirada con Juliet. Ella se aprieta los brazos, con una expresión que oscila entre la preocupación y algo más, algo más reservado. «No exageres», dice finalmente. «Llama si necesitas ayuda».

Abro la puerta de un empujón y salgo. El aire de la mañana otoñal es fresco, con un regusto a hojas húmedas. Cojeo hasta el columpio del porche y me tumbo, exhalando cuando el mullido cojín se encuentra con mi cuerpo dolorido. Me duele el hombro, así que me muevo con suavidad.

Un grupo de hojas secas se desliza por el camino de entrada, arremolinándose con una ráfaga de viento. Al otro lado de la calle, las cortinas de la señora Poole se agitan, siempre vigilante. Seguramente ha visto antes el coche del detective y ya está dándole vueltas a las teorías. Mi calle, normalmente tan amistosa, parece estar bajo un microscopio.

Cierro los ojos y dejo que la brisa me acaricie la piel. Claire Andrews. El nombre resuena en mi

mente. El detective dijo que desapareció la misma noche de mi accidente. ¿Podría ser la mujer de mis recuerdos fragmentados, el rostro borroso del asiento del copiloto? ¿La que recuerdo a medias gritándome bajo la lluvia?

Una llamarada de pánico parpadea en mi pecho. Si eso es cierto... ¿qué le ha pasado? ¿Por qué no la encontraron en el lugar del accidente? ¿Y por qué el informe policial dice que sólo éramos Mitchell y yo?

«¿Estás bien?»

La voz me saca de mis pensamientos y doy un respingo. Mis ojos se abren de golpe y se centran en la figura familiar de la puerta. Ross está de pie, enmarcado por la suave luz que entra en la habitación, con una mano apoyada despreocupadamente en el marco de la puerta. Su expresión es una mezcla de preocupación y curiosidad, como si intentara descifrar un enigma con el que se ha topado.

«Estoy bien», respondo, forzando una sonrisa mientras me froto la mano buena por la cara, intentando limpiar los restos de mis confusos pensamientos. «Sólo... pensando». El peso de mis recuerdos persiste, pero lo aparto, no quiero cargarle con mi confusión.

Él asiente, sale al porche y se sienta en el columpio a mi lado. La cadena cruje bajo nuestro peso combinado. «¿Seguro que no quieres entrar y hablar de esto con Juliet?

Le miro. «Solo necesitaba un segundo para respirar. Siento que no puedo pensar con claridad cuando todo el mundo está pendiente».

Deja escapar un suspiro tranquilo. «Mira, Peyton, si hay algo que recuerdes sobre... bueno, sobre Claire...». Su voz se entrecorta, buscando las palabras adecuadas. «Puedes contármelo. O si hay algo más que estés ocultando...» Me erizo, echándome hacia atrás. «¿Ocultas? Ni siquiera la conozco».

Ross aprieta la mandíbula. «No te estoy acusando de nada. Pero tienes que admitir que esto es extraño. Ya has oído al detective: ha salido tu nombre. Quizá Claire le dijo a alguien que había quedado contigo».

Un recuerdo se agolpa en el borde de mi conciencia: el interior de una cafetería concurrida, el siseo de la máquina de café expreso. La lluvia salpica los cristales. Parpadeo y desaparece: un parpadeo, insuficiente para formar una imagen completa.

«No tiene sentido», digo, con la voz entrecortada. «No recuerdo haberla conocido. Y sin embargo... la noche del accidente sigue en blanco».

Ross vacila. «Tú... estuviste muy reservada el año pasado, Peyton. Apenas hablábamos, excepto sobre la agenda de Mitchell. Es posible que estuvieras saliendo con alguien que yo no conocía o... relacionándote con gente nueva».

Me pongo rígida. «¿Por qué supones eso?»

Se encoge de hombros, la culpa parpadea en sus ojos. «No lo digo con mala intención. Es que, después del divorcio, sé que te sentías... sola».

Me arden las mejillas. Me dejó por una mujer más joven y se marchó de casa con una

despreocupación que me dejó atónita. Si me sentía sola, era porque él se aseguraba de que me sintiera así. Pero cierro la boca, no quiero reavivar viejas discusiones.

Ross extiende las manos en un gesto apaciguador. «Mira, no tenemos por qué volver a hablar del pasado. Solo quiero que consideres la posibilidad de que conociste a Claire de algún modo, quizá incluso tuviste una amistad o relación secreta. Y con tus problemas de memoria...»

No respondo. El columpio del porche se balancea suavemente, la cadena traquetea con suavidad. Una parte de mí odia la idea de que haya ocultado algo, sobre todo si es lo bastante importante como para implicarme en un caso de desaparición. Pero la otra parte de mí sabe que mi memoria es un desastre. La verdad podría ser cualquier cosa.

Finalmente, Ross suspira y me da una suave palmada en la rodilla. «Te dejaré descansar. Avísame si necesitas algo».

Vuelve a entrar y me deja sola con el torbellino de preguntas. Un cuervo grazna en lo alto y mi mirada se desvía hacia el cielo, lleno de nubes grises. Puede que se avecine otra tormenta. La idea me revuelve el estómago.

Al cabo de un rato, entro y veo que Juliet ha desaparecido en el piso de arriba -dice que está ordenando- y Ross está en la cocina, hurgando en los pasteles que trajo antes. Mitchell está sentado a la mesa coloreando un libro de superhéroes, con una fila de lápices de colores desplegada delante de él.

Los rodeo y abro el pequeño cajón del escritorio del salón donde guardo el portátil. Me tiemblan los dedos al colocarlo en la mesita. Es el mismo modelo que he usado durante años, básico pero funcional. Si no puedo obtener ningún dato de mi teléfono estropeado, quizá pueda buscar en Internet información sobre Claire Andrews. La presencia del detective me recuerda que debe de haber noticias.

Mitchell levanta la vista de sus vibrantes dibujos, con el ceño fruncido por la preocupación. «Mamá, ¿qué haces?».

«Sólo busco algo, cariño», respondo suavemente, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora mientras pulso el botón de encendido del portátil. «Enseguida estoy aquí.

Sus ojos se detienen en mí, con una pizca de preocupación grabada en su pequeño rostro, pero al cabo de un momento vuelve a colorear, y los brillantes tonos de sus lápices de colores captan de nuevo su atención.

Al cabo de unos minutos, la pantalla del portátil me da la bienvenida. Se me acelera el corazón cuando abro el navegador y escribo Claire Andrews en la barra de búsqueda. Es surrealista, como si estuviera husmeando en algo tabú.

Aparecen una serie de titulares: «Mujer local sigue desaparecida tras la tormenta». «La familia de Claire Andrews pide ayuda». Se me hace un nudo en la garganta al hacer clic en el primer enlace.

Se carga una página web de noticias locales. Hay una foto de Claire: parece tener unos veinte años, pelo castaño con un elegante corte recto, ojos oscuros. Una sonrisa limpia y amable. El artículo dice que fue vista por última vez en una cafetería de la ciudad la noche de la tormenta.

Se marchó sobre las ocho de la tarde y no se ha vuelto a saber de ella. El artículo menciona la intensa lluvia de esa noche y especula con que podría haber tenido un accidente si hubiera intentado conducir con tan mal tiempo.

Miro la foto de Claire con el corazón palpitante. Hay algo en sus ojos que me resulta familiar, ¿o es sólo mi imaginación? ¿Podría haber estado esta mujer en mi coche?

Sigo leyendo. El artículo menciona a un amigo que vio a Claire hablando por teléfono poco antes de marcharse, con cara de disgusto. Otra mención: Claire había roto una relación recientemente, aunque el amigo se negó a dar detalles.

Exhalo temblorosamente y hago clic en otro artículo. Repite la mayor parte de la misma información: 27 años, trabaja en una agencia de publicidad local, sin enemigos conocidos. La palabra agencia de publicidad despierta un parpadeo en mi memoria: almorzar con una mujer, hablar de estrategias de marketing, su nombre en una tarjeta de visita. Pero el recuerdo es demasiado borroso para asirlo.

«¿Peyton?» La voz de Ross me sobresalta. Ni siquiera le había oído entrar en el salón. Se fija en el portátil, en el artículo de la pantalla, y su expresión se ensombrece. «¿Seguro que es una buena idea? Buscarla podría estresarte más».

«Necesito saberlo», le digo, tragando saliva por el nudo que se me hace en la garganta. «Si estuvo en mi coche, si... si pasó algo... no puedo ignorarlo».

Vacila y se sienta en el sofá a mi lado. Percibo la tensión en su postura mientras mira la pantalla. «Lo entiendo», dice en voz baja. «Pero deja que se encargue la policía. El médico dijo que debías evitar el estrés innecesario...» Juliet lo interrumpe bruscamente al bajar las escaleras, con su presencia llamando la atención. Rápidamente evalúa la escena, sus ojos se entrecierran ligeramente al vernos a los dos acurrucados alrededor del portátil. «¿Va todo bien?», pregunta preocupada.

Ross arquea una ceja, la tensión se palpa en el aire. «Está buscando información sobre Claire Andrews», responde en voz baja.

Los hombros de Juliet se endurecen al oír ese nombre y un destello de aprensión cruza su rostro. «Ese detective dijo que se pondría en contacto con nosotros si encontraba algo», responde, con palabras teñidas de frustración.

Le sostengo la mirada, sintiendo el peso del momento. «No me basta con... esperar. Puede que no recupere la memoria a menos que la presione», le explico, con voz firme a pesar de la agitación que siento en mi interior. La urgencia de mi necesidad de respuestas se interpone entre nosotros, no expresada pero comprendida.

Entreabre los labios, pero no emite ningún sonido. Noto un destello de alarma detrás de sus ojos, pero lo contiene rápidamente. Al cabo de un momento, asiente con calma. «Lo entiendo.

Trago saliva y vuelvo a mirar el portátil. Mis ojos se fijan en una pequeña línea del segundo artículo: Algunos testigos dicen haber visto a Claire discutiendo con una mujer no identificada ese mismo día.

Me inclino hacia delante y releo la frase. Se me eriza la piel. ¿Podría haber sido yo esa mujer no

identificada? ¿Nos peleamos? ¿Sobre qué?

Hago clic en el enlace del artículo para ver si hay más detalles, pero está detrás de un muro de pago. Frustrada, cierro de golpe la tapa del portátil, sobresaltando a Mitchell, que mira con los ojos muy abiertos. «Lo siento, cariño», le digo, forzando una sonrisa.

Juliet se aclara la garganta. «Es casi la hora de comer. Vamos a meternos algo en el estómago».

Estoy a punto de protestar que no tengo hambre cuando me ruge el estómago. Tengo hambre, pero tampoco puedo deshacerme de la ansiedad que zumba en mis venas. Ross me frota suavemente la espalda, un gesto de apoyo poco habitual en él.

«Ve a comer», me dice. «Yo me quedaré con Mitchell».

Asiento con la cabeza y dejo que Juliet me guíe hacia la cocina. Mientras ella empieza a sacar cosas de la nevera, yo revoloteo junto al fregadero, intentando calmar mi mente frenética.

«Peyton», dice Juliet en voz baja, sin darse la vuelta. «Sé que estás desesperada por obtener respuestas. Pero a veces la verdad puede doler más que el no saber. ¿Estás segura de que quieres indagar en esto?».

Cruzo los brazos sobre mis tiernas costillas. «No tengo elección. Un detective se presentó en mi casa preguntando por Claire. La gente sigue insinuando que había alguien más en mi coche aquella noche. Si fue ella... tengo que averiguarlo».

Deja un par de platos en la encimera, moviéndose con esa gracia metódica tan típica de ella. «No quiero que te hagan daño».

Sus palabras podrían ser una preocupación sincera o una advertencia velada, quizá ambas cosas. Estudio su perfil, la tensión de su mandíbula mientras corta el pan. «Juliet», digo en voz baja, “me lo dirías si supieras algo, ¿verdad?”.

Se queda quieta, con el cuchillo sobre la barra de pan crujiente y la hoja reluciente bajo la tenue luz de la cocina. «Por supuesto», responde al cabo de un rato, con un tono demasiado rápido, demasiado ensayado. «Nunca te ocultaría algo tan importante».

Quiero creerla, confiar en la sinceridad que intenta transmitir, pero mis instintos me gritan lo contrario, advirtiéndome de las verdades tácitas que acechan bajo la superficie.

Después de comer, unos sándwiches de queso a la plancha que saben a cartón en mi lengua agitada por la ansiedad, decido registrar mi casa más a fondo. No sé exactamente qué busco, pero sí algo que me refresque la memoria. Tal vez encuentre pruebas de que Claire y yo nos cruzamos.

Mientras Juliet y Ross distraen a Mitchell con un juego de mesa en el salón, subo sigilosamente a mi dormitorio. La luz entra a raudales por las cortinas, iluminando las motas de polvo que bailan en el aire. Es desconcertante lo normal que parece: mi cama, mi cómoda, la foto familiar enmarcada de hace tres Navidades. Sin embargo, en algún lugar podría haber una pista que he pasado por alto.

Empiezo por los cajones de la cómoda. Calcetines, camisetas, sujetadores de diario... nada sospechoso. Lo mismo ocurre con el armario: una hilera de blusas apropiadas para el trabajo,

algunos vestidos, chaquetas. Ni rastro de ninguna prenda nueva que no recuerde haber comprado. Mi cesto está casi vacío: Juliet debe de haber hecho la colada.

Mientras examino el suelo del armario, siento una oleada de dolor en las costillas por haberme agachado. Me enderezo y me llevo una mano al costado, con una punzada de frustración. Puede que esté paranoica.

Pero entonces recuerdo el comentario del hospital sobre un vaso que olía raro, metálico. Un vaso que Juliet jura que Peyton bebió la noche anterior al accidente. Nunca investigué eso. Tenía la memoria demasiado revuelta.

Con el corazón palpitante, me escabullo por el pasillo hacia el baño de repuesto que casi nunca utilizo. Si alguien hubiera echado algo en la bebida, o si quedara algún residuo, quizá no estaría en el baño principal. Es una posibilidad remota, pero mi instinto me impulsa a seguir adelante.

Abro de un empujón la puerta del baño de invitados. Está ordenado, sin duda obra de Juliet. Un sutil ambientador floral enmascara cualquier olor rancio. Reviso la encimera, los cajones y el botiquín. No hay nada que destaque: solo artículos de aseo adicionales, bien ordenados. Giro el grifo, dejo correr el agua un momento y lo cierro.

Estoy a punto de marcharme cuando un recuerdo me golpea como un rayo: yo de pie frente al espejo del baño, con el pelo húmedo y un sabor extraño en la boca: amargo, metálico. Una figura borrosa detrás de mí me pone un vaso en la mano. «Bebe esto», susurra la figura.

Vuelvo al presente, con el corazón latiéndome con fuerza. El recuerdo es tan vívido que se me pone la carne de gallina. ¿Es Juliet la que está detrás de mí? ¿Ross? ¿O alguien más? El recuerdo es demasiado borroso para distinguir con claridad la cara o la voz.

Me tiembla el pulso al salir del baño y escudriño el pasillo como si buscara fantasmas. ¿Me drogaron aquella noche? Parece una locura, pero no puedo descartar esa posibilidad. ¿Podría eso explicar mi confusión y la pérdida de control mientras conducía bajo la tormenta?

Al doblar la esquina, veo algo que sobresale del pequeño armario de la ropa blanca que hay junto a la habitación de Mitchell: una esquina de tela rosa brillante. Es extraño; no tengo nada rosa como eso para sábanas o toallas.

Curiosa, abro la puerta del armario. En el estante superior, parcialmente oculto por las toallas dobladas, hay un jersey rosa claro que, sin duda, no es mío. Levanto la mano y lo cojo con cuidado. Se desprende, suave y perfumado con un ligero aroma floral. En la etiqueta de la talla pone M. El corazón me retumba en el pecho. Huelo el jersey y me asalta una sensación de reconocimiento. Es el mismo perfume que a veces lleva Juliet, pero más ligero, como de otra marca. O quizá sea el perfume de otra persona.

¿A quién pertenece este jersey? ¿Se lo dejó Claire aquí? Otro destello de memoria se agita: una mujer envuelta en un jersey rosa, el color empapado por la lluvia. Nos veo en mi salón, susurrando con urgencia... Parpadeo y la visión desaparece. Lo suficiente para confirmar que sí, que he visto este jersey antes.

Mi mente se acelera: Si es el jersey de Claire, entonces estuvo en mi casa. Quizá la noche del accidente. ¿Era esa «amiga» o «relación secreta» que Ross especulaba que yo podría haber ocultado a todo el mundo? El remolino de confusión se intensifica.

De repente, la puerta de Mitchell se abre de golpe. Mi hijo sale y abre los ojos al verme con el jersey rosa. «¿Mamá?», pregunta, curioso. «¿Qué es eso?

Fuerzo una sonrisa temblorosa y envuelvo la suave tela del jersey entre mis brazos como si pudiera ofrecerme algo de consuelo. «Es algo que he encontrado», le digo, con la voz un poco más firme. «Pero no es mío».

Mira el jersey, sus pequeños ojos se entrecierran en contemplación, luego se encoge de hombros y se frota la nariz distraídamente. «¿Por qué pareces tan asustado?», pregunta, con su inocente curiosidad que corta la tensión.

Le aliso suavemente el pelo despeinado de la frente, sintiendo una oleada de afecto por mi hijo. «Estoy bien, cariño. Sólo sorprendido».

Vuelve a echar un vistazo al jersey y veo cómo le da vueltas a la cabeza. «Creo que lo he visto antes», dice en voz baja, frunciendo el ceño como si intentara recuperar un recuerdo fugaz de las profundidades de su joven mente.

Se me acelera el corazón y me inclino hacia él, intrigada. «Me acelera el corazón. ¿Dónde?

Menea la cabeza lentamente, con la incertidumbre grabada en el rostro. «No lo sé. Quizá... abajo». Las palabras flotan en el aire, con la posibilidad de desenterrar momentos olvidados.

Antes de que pueda darle más detalles, el sonido de Ross llamando desde abajo rompe el momento. «¡Mitchell! Estamos preparando el próximo partido. ¿Te apuntas?» La urgencia de su voz desvía la atención de mi hijo y siento una punzada de decepción por la interrupción.

Mitchell se anima al oír hablar de un juego y baja las escaleras a toda velocidad. Me quedo, aferrando el jersey rosa, con el corazón palpitante. Otra pieza del rompecabezas que encaja con la horrible posibilidad de que Claire Andrews estuviera en mi casa la noche del accidente.

No me atrevo a hablar con Juliet ni con Ross sobre el jersey. En lugar de eso, me apresuro a volver a mi dormitorio y lo meto en un cajón para guardarlo. Ya pensaré qué hacer con él más tarde.

Cuando vuelvo al salón, veo a Ross y Juliet sentados a la mesa de centro con Mitchell, preparando «¡Lo siento!», su juego de mesa favorito. Sus risas parecen forzadas, cada uno de los adultos me mira con ansiedad, como si les preocupara que pudiera entrar en barrena.

«Mami, ¿quieres jugar? me pregunta Mitchell, mostrándome una sonrisa tentadora.

No puedo evitar la pequeña sonrisa que se dibuja en mis labios. «Quizá la próxima ronda, colega».

Asiente, contento con la respuesta, y sigue colocando los peones de colores en el tablero. Juliet me mira y siento que quiere preguntarme adónde he ido, qué he encontrado. Pero se muerde la lengua y sólo me dedica una sonrisa tensa.

El día transcurre a un ritmo tenso. Nos mantenemos ocupados con tareas insignificantes -limpieza, comida, lectura con Mitchell-, pero la corriente subterránea de secretos crepita como estática en el aire. Ross acaba marchándose a media tarde, alegando que tiene que ponerse al día con el trabajo, pero prometiendo volver mañana. Mitchell está un poco deprimido por su marcha,

pero se anima cuando Juliet le propone hacer espaguetis para cenar.

A primera hora de la tarde, Juliet y Mitchell están absortos en la cocina: Mitchell remueve la salsa bajo supervisión y se ríe cada vez que Juliet elogia sus «dotes de chef». Aprovecho el momento para escabullirme a mi dormitorio y coger el portátil. Me acuesto en la cama y abro el ordenador con el corazón palpitante.

Mi mente repite el recuerdo parcial del baño: el sabor amargo en la boca, la posible dueña del jersey rosa. Si Claire estuvo en mi casa, quizá usó mi Wi-Fi o se conectó a algo en mi ordenador... Es una exageración, pero tengo que comprobarlo.

Abro el historial de mi navegador y examino las entradas de la semana del accidente. La mayoría son típicas: Pedidos de Amazon, sitios de noticias, juegos educativos infantiles para Mitchell. Entonces mis ojos se fijan en algo de la misma noche en que estrellé el coche: una página de inicio de sesión de correo electrónico de una cuenta que no es mía. El navegador muestra una dirección de correo electrónico parcial: claireandrews... Se me paraliza el corazón. ¿Ha usado mi portátil para consultar su correo? La hora es alrededor de las 7:30 p.m. de la noche del accidente. Eso significa que Claire estuvo aquí, en mi casa, justo antes de irnos.

Mi respiración se acelera. Si ella estaba en mi casa a las 7:30 y el accidente ocurrió sobre las 8:00 u 8:15, eso nos deja poco tiempo para subirnos al coche, presumiblemente con Mitchell, y acabar en ese barranco. Las imágenes de mis pesadillas vuelven a aparecer: el metal retorcido, el aguacero, alguien gritando: «¡No puedes hacer esto!».

Intento hacer clic en el enlace del correo electrónico, pero no me deja acceder a nada: debe de haber cerrado la sesión. La frustración me corroe, pero la confirmación es suficientemente escalofriante. Claire estuvo aquí. Nos fuimos juntos. Y ahora ha desaparecido.

Una profunda ansiedad se aloja en mi pecho. ¿Dónde está? Si ambos chocamos, deberían haberla encontrado. A menos que... ella dejara el auto antes del choque, o... no, eso no tiene sentido. Mitchell vio faros detrás de nosotros. ¿Podría el tercer coche tener algo que ver con su desaparición?

Un movimiento en el pasillo me sobresalta. Cierro el portátil de golpe. Juliet aparece en la puerta, con expresión inquisitiva. «Los espaguetis están casi hechos», dice suavemente. «¿Estás bien?

Reviso mis facciones para disimular la confusión que me invade. «Estoy cansada. Enseguida voy», respondo con una sonrisa que no llega a mis ojos.

Se detiene un momento, su mirada se desvía hacia la pantalla cerrada del portátil antes de volver a mí, con la curiosidad grabada en el rostro. «¿Estás investigando más?», pregunta con un deje de preocupación en la voz.

«Más o menos», evito, la verdad se me escapa como arena entre los dedos. «Intento ver si algo me refresca la memoria». Las palabras parecen inadecuadas, un débil intento de explicar el peso de mis pensamientos.

Aprieta los labios, señal de su inquietud. «Bueno... quizá podrías tomarte un descanso», sugiere con suavidad, suavizando su tono. «No quiero que te agobies». Veo la preocupación grabada en su frente, y eso no hace más que aumentar mi sentimiento de culpa por ocultar la verdadera razón

de mi distracción.

Me tiembla el pulso. Pienso en el jersey rosa escondido en mi cajón, en el autocompletado de la cuenta de correo electrónico de Claire. Sigo sin saber si Juliet intenta protegerme u ocultar algo, o ambas cosas.

«Estoy bien», digo en voz baja, aunque el temblor de mi voz traiciona la fachada de calma que intento mantener. «Puedo arreglármelas».

Me estudia un poco más, sus ojos buscan cualquier indicio de la verdad que me resisto a compartir, luego asiente lentamente, aunque todavía puedo sentir su duda persistente. «De acuerdo.

Después de cenar, Juliet se ofrece a acostar a Mitchell para que pueda descansar. Me quedo en el salón, con el suave zumbido del lavavajillas adormeciéndome. Mi mente está a mil por hora, repasando todos los nuevos fragmentos que he descubierto en las últimas veinticuatro horas: la posibilidad de que me siguieran aquella noche, el jersey rosa, la confirmación de que Claire estaba en mi casa accediendo a su correo electrónico.

¿Podría Juliet saber lo del jersey? Quizá lo metió en el armario de la ropa blanca y se olvidó de esconderlo mejor. ¿Pero por qué esconderlo, si ese es el caso? A menos... que no quiera que me dé cuenta de que Claire estuvo aquí.

Cuando Mitchell está acostado, Juliet reaparece, con los ojos cansados y los hombros caídos. «Está inconsciente», dice en voz baja, hundiéndose en el sofá. «Ha tenido un gran día».

Esbozo una media sonrisa. «Gracias por ayudarme.

«Por supuesto», murmura, luego se frota las manos en los muslos. «Estaba pensando... quizá debería volver a mi casa esta noche. Dejarte un rato a solas».

Me tiembla el pulso. Una parte de mí quiere que se vaya, para poder seguir hurgando en la casa sin ser observado. Pero otra parte teme quedarse sola en esta casa grande y oscura con todas estas preguntas arremolinadas. Me viene a la memoria la mirada solemne del detective y se me revuelve el estómago.

«No hace falta», digo con cuidado, midiendo mis palabras. «Te agradezco que estés aquí. Pero si tienes cosas que hacer en casa...» Aprieta los labios, contemplando el peso de mis palabras. «Tengo trabajo. Pero si me necesitas...» “Estaré bien”, miento, forzando las palabras con una respiración temblorosa, sin querer aferrarme a su presencia, aunque una parte de mí anhela su compañía en este momento inquietante.

Ella asiente, poniéndose en pie. «De acuerdo. Saldré dentro de un rato. Pero llámame si te sientes mareada o abrumada». Se acerca y me aprieta suavemente el hombro, el que no está herido. «Por favor.

Suelto un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. «Lo haré.

Su mirada se desvía por el pasillo hacia la habitación de Mitchell. «Te veré mañana, Peyton».

La veo recoger su bolso y ponerse el abrigo, y el silencio de la puerta al cerrarse tras ella resuena en el silencio de la casa. A solas, una potente mezcla de alivio y temor se enrosca en mis

entrañas.

La noche avanza. Compruebo que Mitchell está dormido, abrazado a su osito de peluche, y luego me encuentro en la cocina a oscuras, tomando una taza de té de manzanilla. Me duele el hombro, pero aún no quiero tomarme otro analgésico; necesito estar alerta por si surgen más recuerdos.

La casa está demasiado silenciosa. Sigo imaginando pasos en el pasillo o un leve susurro en los rincones de mi mente. El viento de una tormenta sacude las ventanas y mi ansiedad aumenta. Siento la tentación de llamar a Ross para decirle que vuelva, pero no me atrevo a marcar su número.

En lugar de eso, camino por el salón, mientras el suave resplandor de una lámpara proyecta mi sombra por el suelo. Mi reflejo en la pantalla del televisor parece demacrado, atormentado.

Finalmente, me acomodo en el sofá y vuelvo a sacar el portátil. Claire Andrews. Mi dedo se cierne sobre el icono del navegador, pero una oleada de cansancio me golpea. Los acontecimientos del día me han agotado y el silencio de la casa me adormece.

Apoyo la cabeza en el cojín y me digo que sólo voy a cerrar los ojos un momento. Mi mente divaga... ...y un recuerdo me golpea como un puñetazo en el estómago:

La lluvia golpeando el parabrisas. Claire en el asiento del copiloto, con la respiración entrecortada por el pánico. Yo agarrando el volante, con los nudillos blancos y el corazón martilleándome. La voz de Claire, estridente: «No puedes hacer esto, Peyton. No puedes». «No tengo elección», le grito, con las lágrimas nublándome la vista. Se lanza a por el volante. Los faros parpadean en el retrovisor: hay alguien detrás de nosotros. Alguien nos persigue.

Me despierto de un tirón, jadeando, con el corazón galopando en mi pecho. Mi mirada recorre el salón, vacío y poco iluminado. La tormenta vuelve a sacudir las ventanas, pero no hay nadie.

Respiro entrecortadamente. En el recuerdo, Claire estaba en mi coche. Estábamos discutiendo, ella estaba frenética. No tengo elección. ¿Qué significa eso?

Temblorosa, me llevo una mano al esternón. El peso del miedo es asfixiante. Si Claire estaba en el coche, ¿por qué no aparece en el informe policial? ¿Por qué no la encontraron los paramédicos?

La pregunta vuelve al terror original: ¿Y si le ha pasado algo terrible y yo soy el responsable?

Un zumbido resuena en mis oídos, un remolino de adrenalina o culpa. Miro el reloj: es casi medianoche. Me obligo a levantarme, ignorando la protesta de mis costillas.

En el fondo de mi mente, me doy cuenta de algo: el detective tiene razón. Si Claire desapareció aquella noche y yo fui la última persona que la vio, soy una pieza fundamental del rompecabezas. Mi memoria no sólo podría ser la clave para resolver su desaparición, sino que podría implicarme en un crimen que ni siquiera recuerdo haber cometido.

Con manos temblorosas, apago la lámpara y me dirijo a las escaleras. Necesito descansar. Necesito claridad. Y necesito aceptar que todo apunta a una horripilante posibilidad:

Claire Andrews estaba en mi coche.

Y alguien -Juliet, Ross o quizá incluso yo- está mintiendo sobre lo que ocurrió realmente en aquel barranco.

5

Me despierto de un sueño interrumpido, desorientada por el silencio que cubre la casa. Un vistazo a mi teléfono me dice que son casi las seis de la mañana, apenas ha amanecido. Hacía siglos que no dormía así, pero siento el cuerpo agotado, como si hubiera dado vueltas en la cama toda la noche.

Por un momento me quedo en la cama, mirando al techo. Ese sueño -no, ese recuerdo- de Claire abalanzándose sobre el volante está grabado a fuego en mi mente. Cada vez que cierro los ojos, veo su cara de pánico, oigo su voz diciendo: «¡No puedes hacerlo!

Un sudor frío me recorre la piel. ¿Qué es lo que no podía hacer? ¿Por qué Claire estaba tan aterrorizada que intentó hacerse con el control del coche? Cuanto más recapitulo, más sospecho que había algo más que simple miedo a una conducción tormentosa.

Al final del pasillo, la puerta de Mitchell sigue cerrada. Probablemente esté dormido. Pensar en mi hijo me calma un poco. No puedo dejar que vea lo asustada que estoy. Tengo que mantener la calma, por él y por mí misma.

Retiro las sábanas y balanceo las piernas sobre la cama, con una mueca de dolor en las costillas. El hombro está un poco mejor, el dolor ha remitido hasta convertirse en un dolor sordo, pero sigo teniendo el cabestrillo puesto. El médico dijo que lo mejor sería una o dos semanas para que cicatrice bien.

Mientras me dirijo al baño, veo mi reflejo en el espejo del otro lado de la habitación. Tengo las mejillas hundidas y manchas oscuras bajo los ojos. Los moratones cerca del nacimiento del pelo y a lo largo de la clavícula se han desvanecido hasta adquirir un enfermizo color marrón amarillento que me hace parecer que he estado en una pelea de bar.

Bueno, básicamente he sobrevivido a un accidente casi mortal, quizá eso sea peor.

Me meto en el baño. Mientras me lavo la cara, mi mente se agita. El jersey rosa que encontré en el armario de la ropa blanca. La dirección de correo electrónico de Claire se rellena automáticamente en mi portátil. Todas las pruebas apuntan a una verdad escalofriante: estuvo aquí, en mi casa, justo antes de que subiéramos al coche. ¿Qué pasó entre nosotros para que desapareciera?

Una vez vestida con unos leggings frescos y un jersey holgado, me dirijo al vestíbulo. Entonces

me doy cuenta de que la puerta de la habitación de invitados de Juliet está cerrada. Un pinchazo de confusión: Creía que se había ido a su casa anoche.

Me acerco y pego la oreja a la puerta, pero no oigo nada. Puede que haya vuelto esta mañana temprano o que nunca se haya ido. Una oleada de inquietud me recorre. ¿Por qué habría mentido sobre su marcha?

Antes de que pueda llamar, la puerta se abre bruscamente. Casi tropiezo hacia atrás. Juliet está en la puerta, despeinada, con una camiseta y unos pantalones cortos. Ella también da un respingo y un destello de sorpresa cruza su rostro antes de recomponer las facciones.

«Dios, Peyton, me has asustado». Se lleva una mano al pecho, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. «¿Qué haces?

Me repongo y fuerzo una sonrisa para enmascarar la confusión que me invade. «Estaba a punto de preguntarte lo mismo. Creía que te habías ido a casa anoche».

Parpadea rápidamente y suelta una carcajada que parece resonar en las paredes. «Iba a hacerlo, pero... Me preocupaba que pudieras necesitar algo, así que decidí quedarme».

«¿Sin decírmelo?» pregunto con un tono de incredulidad.

Sus mejillas se colorean ligeramente, con un tenue tono rosado que capta la luz. «Me asomé a verte, pero estabas dormida. No quería despertarte».

Hay algo en su tono que me parece forzado, pero no puedo demostrar que mienta. Cruzo los brazos, intentando aparentar despreocupación. «Bueno, gracias, supongo.

Me esquiva con una elegancia rápida y práctica y se dirige al pasillo como si quisiera escapar de la tensión. «Voy a hacer café», me dice suavemente, con voz alegre. «Seguro que tienes hambre.

Miro cómo se aleja, con la sospecha retorciéndose en mis entrañas como una serpiente. ¿Por qué mentir? A menos que estuviera haciendo algo en casa que no quisiera que yo supiera, algo que pudiera deshacer el frágil hilo de confianza que nos une.

Después de un tenso desayuno -Juliet intenta actuar con normalidad, pero yo no puedo deshacerme de mi desconfianza-, me escabullo en silencio hasta mi dormitorio. Mitchell está comiendo cereales en la mesa, medio mirando los dibujos animados de la mañana, mientras Juliet mira el móvil en la cocina.

Abro el cajón, saco el jersey rosa y lo cojo entre las manos. El suave tejido es extrañamente reconfortante, pero parece la prueba de un crimen. Al acercármelo a la nariz, vuelvo a percibir ese tenue perfume floral, junto con un tufillo a algo más. ¿Miedo? Mi imaginación evoca adrenalina, sudor, ese zumbido eléctrico del pánico.

Mis ojos recorren la tela del jersey. De repente, veo algo cerca del puño derecho: una mancha oscura irregular, casi invisible sobre los hilos rosa pálido, como si hubiera sido parcialmente lavada. Me sobresalto. Podría ser vino. O café. O... sangre.

Se me seca la boca. Si es sangre, es tan débil que no la verías a menos que la buscaras. Me meto el jersey bajo el brazo, entro en el cuarto de baño y cierro la puerta. Enciendo la luz del techo e inclino el manguito bajo el resplandor. La mancha es pequeña, pero siniestra.

Los recuerdos crepitan: Claire y yo en el coche, las dos gritando, un destello abrasador de dolor. La imagen se disipa, pero mi corazón se acelera. Si Claire se hizo daño en mi casa o en mi coche, eso podría explicar la sangre.

Froto la mancha con un algodón húmedo y sale de color marrón rosáceo. Podría ser sangre vieja. Me estremezco. ¿Y si Juliet intentó lavarla antes de esconder el jersey?

La idea me revuelve el estómago. Envuelvo cuidadosamente el jersey en una bolsa de plástico y lo meto debajo del fregadero. Ya pensaré qué hacer con él más tarde. Quizá pueda llevarlo a la policía, pero aún no estoy segura de confiar en ellos... ni de confiar en lo que implica este descubrimiento.

Cuando por fin salgo del baño, la mente me da vueltas. Bajo las escaleras, forzando una expresión despreocupada. Juliet está en la cocina, enjuagando la cafetera. Miro en el salón: Mitchell sigue allí, terminando unos dibujos animados, con expresión serena. Me alegro.

Cruzo al lado de Juliet, con cuidado de mantener la voz baja para no alterar la calma del momento. «Oye, estaba pensando en salir un rato. Sólo para tomar un poco el aire», añado, tratando de sonar informal.

Ella deja la olla en el suelo, frunce el ceño preocupada y se vuelve hacia mí. «¿Adónde piensas ir? El médico dijo que aún no debías conducir, ¿recuerdas?».

Trago saliva, sin querer mostrar mi enfado por su eterna rutina de madre y gallina. «Llamaré a un taxi o haré que Ross me recoja», miento. «Es que... necesito un poco de aire fresco. Quizá pasar por la farmacia».

Sus ojos pasan por mi cara, buscando algo que no está allí. «No piensas hablar con el detective, ¿verdad?».

La pregunta es tan directa que no puedo evitar que la insinuación me erice. «¿Por qué importaría si lo hiciera? Respondo con un tono más agudo de lo que pretendía.

Ella esboza una sonrisa demasiado brillante, casi forzada. «Por nada. No quiero que te esfuerces demasiado. Necesitas descansar, después de todo lo que ha pasado».

Dudo, sintiendo el peso de su preocupación presionándome. «Juliet, el detective hizo preguntas sobre Claire. Si estaba en mi coche, y creo que puede ser, no puedo ignorarlo. No está bien dar la espalda a algo que podría ser importante».

Su expresión se tensa. «Peyton, no recuerdas ni la mitad de lo que pasó. Ir a la policía ahora podría hacerte parecer...» Se detiene bruscamente, apretando los labios como si hubiera dicho demasiado.

«¿Hacerme parecer qué? la desafío, con el pecho latiéndome con una mezcla de frustración e incredulidad.

Exhala lentamente, como si sopesara sus palabras antes de continuar. «Como si estuvieras insegura o pudieras contradecirte. Es mejor que esperes a que tu memoria esté más clara, a que puedas presentar un relato más sólido de lo sucedido».

No puedo creer lo que estoy oyendo. «¿Así que crees que debería mentir a la policía? ¿Sólo para

protegerme?»

Parece realmente afligida. «No mientas, pero no des información de la que no estés segura. ¿Y si tu memoria te está jugando una mala pasada? Podrías implicarte en algo que no has hecho».

Sus palabras se hunden, frías y pesadas, asentándose como una piedra en mi estómago. Implicarme. «¿Estás preocupada por mí?», digo despacio, eligiendo cuidadosamente mis palabras, "¿o preocupada por algo totalmente distinto?".

Ella evita mi mirada, sus ojos se desvían hacia el suelo, como si el suelo pudiera ofrecerle algún tipo de refugio. «Soy tu amiga, Peyton. Claro que estoy preocupada por ti». Su voz es firme, pero hay un trasfondo de algo no dicho.

No puedo leer su expresión: es un desconcertante remolino de genuina preocupación mezclada con la misma tensión cautelosa que me resulta tan familiar. Un sabor amargo me llena la boca, agudo e inoportuno. Ya no puedo seguir así. El peso del momento me oprime, me asfixia.

«Vale», digo, dando un paso atrás, creando un espacio físico entre nosotros que se hace eco de la distancia emocional. «No iré a la policía». Todavía. La palabra flota en el aire, una promesa y una amenaza a la vez, dejando el futuro incierto.

Se relaja, los hombros se ablandan. «Bien. Alarga la mano, como si fuera a apretarme el brazo, pero me alejo. Su mano queda en el aire, una pausa incómoda antes de volver a la cafetera.

Acabo enviando un mensaje de texto a Ross para ver si me lleva con el pretexto de que necesito más vendas y un cabestrillo nuevo de la farmacia. Mi mensaje es breve: «¿Puedes recogerme en 30 minutos? Tengo que hacer unos recados».

Su respuesta es casi instantánea:

«Claro, enseguida voy».

Encuentro una excusa para escabullirme -algo sobre que necesito un descanso de la casa- y Juliet no protesta mucho esta vez. Sospecho que cree que solo voy a tomar el aire, pero tengo un plan: la biblioteca.

En la farmacia, Ross me ayuda a elegir unos vendajes más fuertes para el hombro. Es extrañamente amable y se queda cerca de mí mientras recorremos los pasillos. Mitchell está con Juliet en casa, probablemente para bien, dado lo tensas que están las cosas.

Cuando salimos de la farmacia, me dirijo a Ross en el aparcamiento, donde el sol de la mañana lucha por abrirse paso entre las nubes cada vez más densas. «¿Puedes dejarme en la biblioteca? le pregunto, tratando de mantener un tono de voz informal.

Levanta una ceja, con un atisbo de curiosidad en su expresión. «¿Para qué?

Dudo, mordiéndome el labio mientras busco una razón convincente. «Para... investigar», respondo finalmente, esperando que mi vaga respuesta sea suficiente.

Frunce el ceño, pero no discute. Durante el trayecto, miro por la ventanilla y el paisaje se desdibuja. Mi mente repite la conversación con Juliet, cómo insistió en que no hablara con la policía. Intenta controlar la narración. ¿Pero es para protegerme a mí o para protegerse a sí

misma?

Ross no tarda en llegar a la biblioteca, un pequeño y pintoresco edificio de ladrillo situado cerca del bullicioso centro de la ciudad, flanqueado por arbustos en flor que han empezado a marchitarse bajo el frío. Su vista evoca recuerdos agridulces de tardes tranquilas pasadas entre las estanterías, perdido en historias.

«¿Quieres que te espere?», me dice, aparcando el coche y mirando entre la entrada de la biblioteca y yo.

«No, está bien», respondo, intentando parecer más segura de lo que me siento. «Llamaré a un taxi cuando termine».

Parece inseguro, con la preocupación marcada en sus rasgos. «¿Seguro que estás bien?

Me fuerzo a asentir, intentando que mi voz suene firme a pesar del malestar que hierve a fuego lento bajo la superficie. «Estaré bien».

Me mira a la cara durante un largo rato, buscando señales de verdad en mis palabras. Finalmente, asiente con la cabeza, su expresión se suaviza ligeramente y se inclina para abrirme la puerta del pasajero. «Tranquila, Peyton», me dice mientras salgo al aire fresco, sintiendo el peso de su preocupación en el fondo de mi mente.

Salgo con cuidado con mi hombro herido y veo cómo se aleja el coche de Ross. El viento me agita el pelo y transporta el aroma de los libros antiguos desde las ventanas de ventilación de la biblioteca.

Dentro, la biblioteca está en silencio, las motas de polvo flotan en haces de luz difusa. Aspiro, ese reconfortante olor a papel y tinta me calma los nervios. Una sola bibliotecaria está sentada en el mostrador, registrando los libros. Me mira con una sonrisa cortés y vuelve a su trabajo.

Me dirijo directamente a la sección de ordenadores públicos: ocho puestos con un poco de privacidad gracias a los altos tabiques. Sólo hay uno ocupado, el de un adolescente con los auriculares puestos. Me acomodo en el puesto más alejado y me registro como invitado.

Mis dedos se ciernen sobre el teclado. Claire Andrews. Ya he rastreado los sitios web de noticias en casa, pero tal vez pueda encontrar más detalles o archivos más profundos aquí sin la presencia de Juliet asomando por encima de mi hombro.

Al teclear su nombre, siento un déjà vu. Los resultados de la búsqueda son similares a los que vi antes: artículos de prensa sobre el caso de la persona desaparecida. Pero intento profundizar más, escudriñando los tablones de anuncios locales, las publicaciones en las redes sociales, cualquier cosa que pueda sugerir un vínculo entre Claire y yo.

Pasan diez minutos, luego veinte. Me empieza a doler el hombro de tanto inclinarme hacia delante. Justo cuando estoy a punto de rendirme, me tropiezo con una publicación en un grupo local de Facebook dedicado a personas desaparecidas. Alguien llamado Margaret Bishop ha publicado una captura de pantalla de una foto de Instagram: Claire riéndose delante de un restaurante, con fecha de hace seis meses. En los comentarios, alguien escribió: «Ella estaba viendo a un hombre casado, eso es todo lo que sé. He oído que acabó mal».

Se me acelera el pulso. Un hombre casado. ¿Podría haber sido Ross? ¿O alguien completamente

distinto? Si Claire era la «otra mujer», quizá por eso estaba en mi casa; quizá me estaba enfrentando a ella. Pero eso no explica el jersey rosa ni la posibilidad de que yo estuviera cerca de ella.

Sigo hojeando las respuestas. Otro comentario: «Tenía una amiga llamada J...». Se corta, el resto oculto tras el botón «ver más». Hago clic en él, pero la captura de pantalla termina ahí.

El corazón me da un vuelco. Una amiga llamada J-. ¿Julieta? Es posible. Su nombre empieza por J. O podría ser otra persona.

Mi imaginación da vueltas. ¿Podría Claire haber sido una vieja amiga de Juliet, y Juliet nos presentó? O tal vez eran compañeras de trabajo. La línea temporal es confusa.

Me froto las sienes, siento que empieza a dolerme la cabeza. Nada de esto es concluyente. Aún así, la mención de una «amiga llamada J» es una pista. Si Juliet estaba relacionada con Claire, eso podría explicar por qué insiste tanto en que guarde silencio.

Decido tentar a la suerte con otro enfoque. Entrar en mi cuenta de Facebook, que uso muy poco, es una prueba: tengo que restablecer la contraseña. Una vez dentro, reviso mis mensajes. Pero todo es de antes del accidente: felicitaciones de cumpleaños, mensajes aleatorios de grupos de madres locales.

Pero entonces me doy cuenta de algo extraño: una solicitud de amistad de Claire A. (foto de perfil en blanco, sin amigos comunes, con fecha de hace poco más de un mes). Nunca la acepté. Me tiembla el dedo sobre el ratón. ¿Por qué me enviaría Claire una solicitud desde una cuenta sin datos? ¿Una cuenta desechable? ¿Quería ocultar su identidad?

Antes de que pueda seguir investigando, el adolescente del asiento de al lado recoge sus cosas y se marcha, dejándome más expuesta en el espacio abierto. Cohibida, recojo mis notas mentalmente, sabiendo que no puedo hacer mucho más aquí sin arriesgarme a que me reconozcan o a llamar la atención. Todo mi cuerpo está en tensión.

Mientras estoy de pie, mi teléfono vibra en el bolsillo. Un mensaje de texto. El estómago se me revuelve de ansiedad. Es de un número que no reconozco.

Desconocido: Estaba en el coche contigo aquella noche. ¿Dónde está?

El corazón casi se me para. La biblioteca que me rodea se oscurece y me agarro al escritorio para estabilizarme. El mensaje es una acusación directa, un eco de mis peores temores. Un segundo mensaje aparece un instante después:

Desconocido: No puedes esconderla para siempre.

Me obligo a moverme, me alejo de los ordenadores y salgo por la puerta de la biblioteca. Fuera, el viento me lanza mechones de pelo a la cara. El pánico me nubla la vista. No puedes esconderla para siempre. ¿Dónde está?

Echo un vistazo al aparcamiento, medio esperando ver a alguien observándome: un coche oscuro, una figura con un teléfono. Pero solo hay un sedán que sale de un sitio cerca de la entrada y una madre con un cochecito que cruza la acera.

Mi teléfono vuelve a vibrar en mi mano. Casi se me cae. El mismo número desconocido:

Desconocido: No me hagas volver a preguntar.

Tanteo para bloquear la llamada, con el corazón retumbando. No tengo ni idea de si eso evitará que intenten otro método de contacto, pero es el único movimiento que puedo hacer ahora mismo. Se me eriza la piel al imaginar una amenaza invisible ahí fuera, segura de que soy responsable de la desaparición de Claire.

Y puede que lo sea; es difícil descartar esa posibilidad cuando mis propias pesadillas parecen hacerse eco de ese aterrador escenario, arañando los bordes de mi mente.

No me atrevo a volver sola a casa, y menos con Juliet esperándome allí. La idea me produce un escalofrío. En lugar de eso, cojo el teléfono y llamo a Ross. Contesta al segundo timbrazo, con voz preocupada.

«¿Peyton? ¿Va todo bien?», pregunta, percibiendo la urgencia en mi tono.

«No», susurro, luchando por estabilizar mi respiración mientras el pánico aumenta en mi interior. «Necesito que me recojas».

«¿Dónde estás? Su voz es firme, dispuesta a ayudar.

«Sigo en la biblioteca», respondo, mirando a mi alrededor como si las sombras pudieran estar escuchando.

«Enseguida voy», me asegura, y siento que me invade un destello de alivio.

Llega en diez minutos, con los neumáticos crujiendo sobre la grava suelta del aparcamiento. Me apresuro a sentarme en el asiento del copiloto con el corazón palpitante. Me mira, sorprendido por mi expresión desorbitada.

«¿Qué ha pasado?», me pregunta, girándose en el asiento del conductor para mirarme, con el ceño fruncido por la preocupación.

Levanto el teléfono con dedos temblorosos y la pantalla se ilumina con mensajes siniestros. «Alguien me está mandando un mensaje. Dicen que saben que Claire estaba en mi coche. Quieren saber dónde está».

La cara de Ross palidece, el color se le va de las mejillas mientras procesa el peso de mis palabras. «¿Has visto quién era?»

«No, era un número desconocido», respondo, con la voz apenas por encima de un susurro. Me llevo una mano a las costillas y siento una punzada de ansiedad. «Ross, tengo miedo. ¿Y si... y si soy la razón por la que Claire ha desaparecido?».

Sacude la cabeza rápidamente, con expresión resuelta, mientras pone una mano firme sobre la mía, apoyándome en este momento de pánico. «Oye, no saquemos conclusiones precipitadas. No lo sabemos», me tranquiliza, con su mano firme e inquebrantable.

Las lágrimas amenazan con derramarse. «Pero la recuerdo en mi coche. Estaba allí. Ahora estoy seguro. Y estaba asustada, como si huyera de algo. O de alguien».

Ross exhala pesadamente. «Entonces quizá estabas intentando ayudarla. O... o quizá estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado».

Sacudo la cabeza. «¿Y Juliet? ¿O esa amiga llamada J- del tablón de anuncios? Sospecho que Juliet conocía a Claire. Me ha estado presionando para que guarde silencio, y he encontrado un jersey rosa que podría ser de Claire, escondido en mi armario».

Los ojos de Ross se abren de par en par. «¿Un jersey rosa?».

Asiento con la cabeza y le hablo de la leve mancha de sangre. Su expresión pasa de la sorpresa a la alarma. «Peyton, eso es grave. Tenemos que decírselo al detective».

Hago una mueca, recordando las advertencias de Juliet. Pero este es exactamente el tipo de pruebas que necesita la policía. Quizá yo no sea la culpable, quizá lo sea Juliet. La idea me hace un nudo en el estómago, pero no puedo ignorarla.

Ross arranca el motor. «Vamos a un sitio donde podamos hablar en privado», dice.

Conduce hasta una pequeña cafetería a las afueras de la ciudad, lejos de las cafeterías de moda de la zona principal. Es un lugar oscuro, con unas cuantas cabinas acogedoras y carteles antiguos en las paredes. Sólo hay un par de clientes con ordenadores portátiles, así que nos sentamos en un rincón.

Me siento con el cabestrillo incómodamente apoyado, intentando no sacudirme las costillas doloridas. Ross pide un té para los dos: manzanilla para mí y desayuno inglés para él. Llega rápidamente, con el vapor enroscándose en el aire fresco.

«Me dice en voz baja, inclinándose hacia mí: «Cuéntamelo todo».

Le describo con detalle cómo encontré el jersey en el armario de la ropa blanca, la pequeña mancha en el puño, el perfume que no es mío. Menciono el descubrimiento automático del correo electrónico de Claire en mi portátil, el recuerdo onírico de ella abalanzándose sobre el volante. Todo sale a borbotones, mi voz tiembla.

El rostro de Ross se vuelve cada vez más sombrío, la luz de sus ojos se apaga a medida que se asienta el peso de mis palabras. «¿Y crees que Juliet podría haber escondido el jersey?», pregunta, con la voz apenas por encima de un susurro.

«No sé quién más podría hacerlo», respondo, con el corazón acelerado al pensarlo. «Mitchell no lo haría. Y alguien lo puso detrás de las toallas en ese armario, como si no quisieran que lo viera, como si fuera un secreto que debiera guardarse».

Ross tamborilea con los dedos sobre el tablero de la mesa, el sonido rítmico resuena en la silenciosa cabina. «¿Y si Juliet supiera lo tuyo con Claire? Quizá estuviera celosa o enfadada», sugiere, con el ceño fruncido por la preocupación.

La insinuación me revuelve el estómago y una sensación de inquietud se agita en mi interior. «¿Por qué iba a preocuparse por Claire y por mí? pregunto con incredulidad mientras busco en su mirada respuestas que no estoy segura de querer encontrar.

Ross se encoge de hombros, preocupado. «Juliet y tú lleváis años unidas; quizá le preocupaba que Claire la sustituyera como amiga, o quizá se enteró de algo sobre Claire que te amenazaba». Titubea, mirando su té. «O quizá Claire te estaba chantajeando, o tú a ella... Dios, no lo sé, Peyton. Esto es una locura».

Se me hace un nudo en la garganta. «Me preocupa que sea peor que eso. El mensaje decía: «No puedes esconderla para siempre». Eso implica que alguien piensa que estoy encubriendo un crimen... o un cadáver».

Ross mira a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que nadie está espiando. «Mira, creo que deberías enseñarle ese jersey al detective. Puedo llamarle. Tengo su tarjeta del día que vino».

Parpadeo, mi mente se acelera para procesar esta nueva revelación. «¿También te dio su tarjeta?».

Ross asiente lentamente, con la mirada fija en la mesa, evitando deliberadamente mis ojos. «Me hizo unas preguntas cuando aún estabas en el hospital. No quise molestarte con eso», admite, con la voz apenas por encima de un susurro.

Una pizca de sospecha me recorre y me aprieta el pecho. «¿Por qué no me lo dijiste? insisto, queriendo entender su vacilación.

Suelta un fuerte suspiro y se pasa una mano por el pelo despeinado, frustrado. «Porque sabía lo frágil que eras, tanto física como mentalmente. No quería estresarte», explica con un tono preocupado.

Me muerdo el labio. Puede que sea cierto, pero una parte de mí se pregunta si Ross tiene sus propios secretos. «De acuerdo», cedo, frotándome las sienes. «Así que le llevamos el jersey a la detective Delaney. ¿Y luego qué? Si es sangre de Claire, podría implicarme más».

La voz de Ross se suaviza. «No has hecho nada malo», insiste, aunque no estoy segura de que crea sus propias palabras. «Tenemos que confiar en la policía».

Doy un sorbo tembloroso al té, dejando que el calor se asiente en mi pecho. «De acuerdo», digo finalmente. «Hagámoslo esta tarde. Pero primero tengo que sacarlo de casa sin que Juliet lo vea».

Ross asiente. «Puedo recogerlo. Puedes mandarme un mensaje cuando Juliet esté distraída».

Me tiembla el pulso al pensar en escabullirme. «Vale», susurro. «Ya nos las apañaremos».

Después de salir de la cafetería, Ross me lleva a casa. Los nervios me zumban como un cable al descubierto durante todo el trayecto, con la tensión enroscada en los hombros. Lo miro y me doy cuenta de que agarra el volante con los nudillos blancos. Está tan inquieto como yo.

Cuando nos detenemos frente a mi casa, mi teléfono vuelve a sonar, con la misma identificación de llamada desconocida parpadeando. Me pongo tensa, pero Ross me coge el teléfono antes de que pueda. «Déjame», me dice.

Pasa el dedo para responder y pone la llamada en altavoz. El aire entre nosotros se espesa con palabras no dichas, y ninguno de los dos se atreve a romper el silencio. Durante un breve instante, sólo se oye el inquietante sonido de la estática, que llena el coche como un presagio siniestro.

Entonces, una voz distorsionada sisea a través del altavoz: «¿Peyton?»

Ross permanece en silencio, con la mirada fija en la carretera, pero yo no puedo evitar la pequeña bocanada de aire que se me escapa, un reflejo nacido de la repentina tensión que nos

envuelve.

«¡Peyton!», repite la voz, urgente. «Sé que me estás escuchando. ¿Dónde está Claire? Estabas con ella aquella noche. No puedes esconderla para siempre. Dime la verdad o...»

La llamada se interrumpe bruscamente, dejando tras de sí un silencio inquietante, puntuado únicamente por el sonido de mi corazón palpitando en mi pecho, cada latido resonando con fuerza en la quietud que nos envuelve.

Ross exhala entrecortadamente, con la respiración agitada, mientras me devuelve el teléfono y sus dedos rozan los míos durante un instante. «¿Reconociste esa voz?», pregunta, con el ceño fruncido por la preocupación.

Me quedo allí sentada, con la incertidumbre revoloteando en mi mente, luchando con la comprensión de que no puedo decir si la voz pertenecía a un hombre o a una mujer. Estaba distorsionada, amortiguada, tal vez incluso enmascarada a propósito. «No», susurro, sintiendo un subidón de adrenalina en las tripas, un recordatorio visceral del peligro que corremos.

Intercambiamos una mirada preocupada, con el peso de los miedos no expresados suspendido entre nosotros, espesando el aire. Entonces Ross actúa con decisión y apaga el motor con un chasquido que retumba en el silencio del coche. «Peyton, coge ese jersey y llama al detective. Ahora mismo. Esto ya ha ido demasiado lejos», insiste con tono urgente.

Asiento con la cabeza, con un nudo de miedo en la garganta que me aprieta al procesar sus palabras. «Sí. Hagámoslo», respondo, con la voz más firme de lo que siento, envalentonada por la determinación que compartimos en este momento.

El coche de Juliet no está en la entrada. El alivio me inunda mientras Ross y yo nos apresuramos a entrar; me alegro de no tener que esquivar sus preguntas. En la cocina, las luces están apagadas y la casa está inquietantemente silenciosa.

«¿Mitchell? llamo, encendiendo un interruptor.

No hay respuesta. La casa permanece inmóvil. Me invade el pánico: ¿Juliet se lo ha llevado a algún sitio? ¿Ha ocurrido algo?

Compruebo la habitación de Mitchell. No está. La cama está hecha, los Legos apilados ordenadamente en la estantería. Me tiembla el pulso al ver una nota en su escritorio, con la pulcra letra de Juliet:

«Fui a pasear al parque con Mitchell. Vuelvo pronto».

Exhalo como un suspiro, liberando el nudo de ansiedad que se me ha formado en el pecho. Está a salvo, al menos por el momento, y ese pensamiento me produce una oleada de alivio. Le hago señas a Ross para que se acerque, ansiosa por compartir la nota que ha disipado mis temores, y él se inclina para leerla. A medida que procesa las palabras, veo que sus hombros se relajan y la tensión que había quedado grabada en su rostro empieza a desaparecer.

«Bien. Tenemos tiempo», dice con un tono de tranquilidad en la voz. «¿Dónde está el jersey?

«Arriba, en el armario del baño», le respondo, señalando la escalera con un gesto de urgencia, consciente de que cada segundo cuenta.

Me sigue y nuestros pasos resuenan en la escalera. Una vez en mi dormitorio, cierro la puerta, con el corazón palpitante. Ross se queda junto a la cómoda mientras yo me deslizo hasta el baño y saco el jersey embolsado de debajo del lavabo.

Cuando salgo, Ross coge la bolsa de plástico y echa un vistazo al jersey rosa. Hace una mueca. «Definitivamente no es tuyo».

«Desde luego que no», le confirmo. Siento la boca de algodón. «Vamos.

Ross se mete las pruebas bajo el brazo y bajamos las escaleras. Marca el número del detective Delaney en su teléfono y se lo pone en la oreja. «¿Detective? Soy Ross Hayes. Mi ex mujer -sí, Peyton- ha encontrado algo relacionado con la desaparición de Claire Andrews...».

Se queda callado, escuchando. Yo revoloteo a su lado, apenas respirando.

«Vale», dice Ross tras una pausa. «Sí, podemos vernos allí». Cuelga el teléfono y se vuelve hacia mí. «Quiere que vayamos a la comisaría».

Se me revuelve el estómago. Es el momento de entregar el jersey y confesar nuestras sospechas. Una vez hecho, no hay vuelta atrás. Si de algún modo soy cómplice del destino de Claire, la policía no tardará en saberlo.

Ross debe ver la ansiedad reflejada en mis ojos, la forma en que se mueven como si buscaran una vía de escape. Acuna la bolsa con sumo cuidado y se acerca como si quisiera protegerme del peso del momento. «Hablaré yo si quieres», dice en voz baja, con voz firme a pesar de la tensión que se respira en el ambiente. «Pero Peyton... esta es la decisión correcta».

Trago con dificultad, el nudo en la garganta me dificulta la respuesta. «Deberíamos esperar a Mitchell...

Ross sacude la cabeza con firmeza, cortando mi protesta. «No. Dejaremos una nota para Juliet. Dile que tenemos que hacer un recado. Volveremos pronto, lo prometo».

Los nervios revolotean en mi vientre como mariposas atrapadas, cada batir de alas un recordatorio de la incertidumbre que se avecina. Juntos, garabateamos un mensaje rápido, la tinta se desliza por el papel como si llevara nuestros miedos no expresados: «Vuelve pronto, llámanos si nos necesitas. -P & R». Lo dejo sobre la mesa de la cocina, el sonido del papel al arrugarse no hace más que amplificar mi acelerado corazón.

Salimos de casa y cerramos la puerta con llave. Las nubes de tormenta se ciernen sobre nosotros y los truenos retumban débilmente a lo lejos. Se me eriza el vello de los brazos al recordar aquella fatídica noche con la lluvia golpeando el parabrisas. Claire grita en el asiento del copiloto.

Ross me abre la puerta de su coche. Dudo, observo la calle. Ni rastro de Juliet ni de Mitchell. Ni rastro del acosador desconocido que no deja de enviarme mensajes.

Me deslizo en el asiento, abrazándome a mí misma. Ross arranca el motor, la bolsa de plástico arrugándose en su regazo. Ninguno de los dos habla mientras toma la carretera en dirección a la comisaría.

Mi mente da vueltas. ¿Estoy haciendo lo correcto? ¿Ayudará este jersey a resolver la

desaparición de Claire o sólo me arrastrará más profundamente a una pesadilla?

Imagino su cara en mi memoria: el miedo grabado en ella. No puedes hacer esto, Peyton. Las palabras resuenan en mi cráneo, reverberando con cada latido de mi corazón.

Fuera, un trueno gruñe ominosamente, como si el propio cielo me estuviera advirtiendo: La tormenta aún no ha terminado.

6

Fuera, las nubes se agrupan en una masa oscura, retumbando su lejana advertencia. Ross y yo conducimos en tenso silencio hacia la comisaría, con el jersey rosa doblado en una bolsa de plástico en el asiento trasero. A cada kilómetro que recorro, mi pulso se acelera, como si siguiera el ritmo de los truenos. Me duele el hombro por la tensión de ir sentada con los brazos cruzados alrededor de las costillas.

Sigo repitiendo en mi cabeza la llamada telefónica, esa voz distorsionada: ¿Dónde está? No puedes esconderla para siempre. Me pareció una amenaza. Tal vez lo fuera.

«¿Seguro que quieres hacer esto?» Ross dice por fin, cortando el silencio en el coche. Su voz es tranquila, sus ojos me miran por el retrovisor.

Un temblor me recorre la espalda, pero me obligo a asentir. «Sí», digo, con más firmeza de la que siento. «No puedo seguir fingiendo que todo es normal. Si Claire estaba en mi coche y ha desaparecido, tengo que ayudar a encontrarla».

Ross exhala, la tensión ondula en sus hombros. «De acuerdo.»

La estación se cierne ante nosotros, un edificio achaparrado de piedra gris y cristal. El aparcamiento está medio lleno. Ross se detiene cerca de la entrada y apaga el motor. Durante un segundo, ninguno de los dos se mueve. Miro fijamente las puertas de cristal tintado, el tenue reflejo de las nubes de tormenta.

«Hagámoslo», dice finalmente Ross, volviéndose para mirarme. «No podemos echarnos atrás ahora».

Asiento con la cabeza, abro la puerta del copiloto y salgo. El aire crepita con la inminente lluvia y una ráfaga de viento hace que las hojas se arremolinen a nuestros pies. Ross saca la bolsa de plástico del asiento trasero, con expresión sombría. Juntos entramos.

El vestíbulo es estrecho e institucional: hileras de sillas de plástico, un suelo de linóleo desgastado, un mostrador con una ventana de plexiglás. Detrás hay un joven agente que nos mira con recelo.

Ross se acerca y se aclara la garganta. «Tenemos una cita con la detective Delaney», dice.

La agente asiente, coge un teléfono y murmura. Al cabo de un momento, cuelga y señala una

puerta a la derecha. «Le espera en la sala de interrogatorios B. Siga por el pasillo y gire a la izquierda».

Se me acelera el pulso. Seguimos sus indicaciones, las luces del pasillo tienen un brillo fluorescente enfermizo. La puerta de la sala de interrogatorios B está abierta. El detective Delaney está dentro, con la misma expresión cansada y penetrante que recuerdo de antes.

«Sr. Hayes, Sra. Hayes», saluda, asintiendo con un gesto casi mecánico. «Gracias por venir».

Se me eriza el vello al oír la forma de dirigirse a mí, la Sra. Hayes. El detective es plenamente consciente de nuestro divorcio, pero la distinción parece irrelevante en este momento. Es un recordatorio inoportuno del pasado, una etiqueta que tiene peso en un lugar cargado de tensión y verdades no dichas.

Nos hace un gesto para que nos sentemos. La habitación es pequeña, con las paredes pintadas de un beige apagado, una mesa y cuatro sillas. Hay una cámara montada en la esquina superior, con una luz roja que brilla débilmente. Delaney cierra la puerta tras nosotros.

Ross deja la bolsa de plástico sobre la mesa. «Esto pertenece a Claire Andrews», empieza. «Eso creemos».

Delaney arquea una ceja y se pone unos guantes de látex antes de abrir la bolsa. Levanta el jersey rosa con delicadeza y lo deja sobre la mesa. «¿Y cómo has conseguido esto?».

Ross me mira y me deja tomar la iniciativa. Se me seca la boca, pero continúo. «Lo encontré en mi casa», digo, con la voz ligeramente temblorosa. «Metido en el fondo de un armario de ropa blanca. No tengo nada parecido. Y huele como el perfume de otra persona».

Delaney me mira fijamente, su mirada inquebrantable. «¿Cuándo lo encontraste?

«Hace dos días», admito, con el corazón acelerado al recordar el momento del descubrimiento. «He estado intentando averiguar si era de Claire. Hace poco que he encajado las piezas, y ha estado consumiendo mis pensamientos».

El detective asiente, su atención vuelve a centrarse en el jersey, la tela es ahora el punto central de nuestra tensa conversación. Le da la vuelta a la manga con deliberado cuidado, dejando al descubierto una tenue mancha cerca del puño que capta la luz. «¿Esto es... sangre?»

Trago saliva con dificultad, sintiendo que me invade una oleada de ansiedad. «No estoy segura. Pero parece que podría serlo», consigo decir, con la voz apenas por encima de un susurro, mientras el pavor se instala en la boca de mi estómago.

Delaney silba por lo bajo y deja el jersey a un lado. «Haremos pruebas en nuestro laboratorio. Si es el jersey de Claire, o si hay sangre en él que coincida con su ADN, lo sabremos pronto».

La ansiedad me retuerce el estómago como un tornillo de banco y me aprieta cada vez más. «De acuerdo», respondo, con la voz más firme de lo que siento.

Delaney se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa, y me clava una mirada penetrante que casi parece un interrogatorio. «Peyton, ¿recuerdas cómo pudo entrar este jersey en tu casa? Piénsalo detenidamente; cada detalle importa».

Mi hombro se tensa. «No exactamente, pero he tenido recuerdos... atisbos de Claire en mi casa, en mi coche. Creo...» Mi voz vacila. «Creo que ella y yo nos fuimos juntos la noche del accidente».

Delaney frunce las cejas. «Pero su informe oficial decía que sólo iban usted y su hijo en el vehículo».

«Lo sé», digo, apretándome la mano buena contra la frente. «No lo recuerdo todo. Pero ahora estoy segura de que estaba allí. Mitchell incluso recuerda haber oído gritar a otra persona. Y había un segundo par de faros detrás de nosotros... como si alguien nos siguiera».

Anota esto, el bolígrafo rascando en su bloc. «¿Alguna idea de quién podría haberos estado siguiendo?».

Sacudo la cabeza con impotencia. «No lo sé. Podría haber sido...» Titubeo y miro a Ross. Mencionar directamente a Juliet me parece peligroso. Pero también lo es ocultarlo. «Podría haber sido cualquiera», termino débilmente.

La mirada del detective se desliza de mí a Ross. «¿Qué opina, señor Hayes? ¿Tenía usted o alguien más motivos para seguir a Peyton y Claire aquella noche?».

Ross se eriza ante la insinuación. «No. Estaba en casa, que yo recuerde, o con unos amigos...» Se interrumpe, inseguro. «Estábamos divorciados. No estaba siguiendo sus movimientos».

Delaney aprieta los labios. «¿Y qué pasa con la Sra. Monroe? Juliet, ¿verdad? Mencionó que encontró a Peyton después del accidente».

Un escalofrío me recorre la espalda. Me arriesgo a mirar a Ross, insegura de si debo revelar mis sospechas. Finalmente, me aclaro la garganta. «Es mi mejor amiga. Dice que yo la llamé. Pero no recuerdo esa llamada».

Delaney arquea una ceja, un destello de intriga cruza sus rasgos. «¿Has hablado de la posibilidad de que Claire estuviera en el coche con Juliet?».

«Sí, pero Juliet insiste en que sólo éramos Mitchell y yo. Niega rotundamente haber visto ninguna señal de otro pasajero, como si la sola idea fuera absurda».

El bolígrafo del detective se detiene de repente, el sonido de su punta arañando el papel llena el tenso silencio. Exhala lentamente, su mirada se desplaza hacia el jersey con renovado escrutinio, como si contuviera la clave para desentrañar el misterio. «Si esto pertenece a Claire, entonces alguien está mintiendo».

Ross se remueve en su asiento. «También hemos estado recibiendo mensajes amenazadores», dice, sorprendiéndome: se está incluyendo a sí mismo, pero en realidad soy yo quien ha recibido los mensajes. «Insinuando que Peyton sabe dónde está Claire».

Delaney me mira. «Enséñamelo».

Me tiembla la mano cuando saco el teléfono del bolsillo y abro el historial de mensajes. He bloqueado el número, pero el registro sigue ahí. Le deslizo el teléfono y le señalo la fecha y la hora.

Echa un vistazo a los mensajes y su mandíbula se tensa al procesar cada palabra. «¿No reconociste la voz que llamó?», pregunta con un tono preocupado.

«No», susurro, sintiendo que el peso de la situación me oprime el pecho. «Estaba distorsionada. Como si estuvieran usando algún tipo de modulador para disimularla».

Asiente bruscamente y su expresión cambia a una de determinación. «Veré si podemos rastrear el número. Aunque podría ser un teléfono desechable. Hemos tenido algunos de esos usados en casos de acoso, y pueden ser difíciles de rastrear».

Deja mi teléfono a un lado y se echa hacia atrás en la silla. «De acuerdo. Comprobaremos el jersey. Si es de Claire, tendremos más preguntas. En ese momento, puede que necesitemos una declaración formal de ambos, bajo juramento».

El miedo se acumula en mi vientre. «Entiendo.

«Señorita Hayes», dice suavemente, »sé que da miedo, pero si recuerda algo más de esa noche, es crucial que nos lo diga. Si usted fue la última persona que vio a Claire Andrews con vida, no podemos permitirnos información errónea ni omisiones.»

Ross se eriza ante la frase de Delaney: viva. La palabra flota en el aire, cargada de implicación y temor. Me agarro al borde de la mesa y siento que la fría superficie me muerde las palmas. «Lo... Lo intentaré», consigo decir, con la voz apenas por encima de un susurro. «Mi memoria es irregular. Pero cooperaré». El peso de sus palabras me presiona y sé que debo hacer todo lo que pueda.

Me hace un gesto apretado con la cabeza y mira a Ross, que está sentado frente a nosotros, con una expresión ilegible. «Tú también», continúa Delaney, con tono firme pero no cruel. «Si sabes algo, aunque pueda implicar a Peyton, dilo ahora y no después. Necesitamos la verdad».

A Ross se le tensa la mandíbula mientras procesa la orden. «No oculto nada», insiste, con una nota de desafío en la voz, pero noto la tensión que irradia.

Delaney lo estudia durante un largo momento y luego arranca una hoja de su bloc de notas y garabatea en ella. «Esta es mi línea directa. Si recuerdas algo más, o si recibes otro mensaje amenazador, llámame inmediatamente».

Nos ponemos de pie, el aire cargado de tensión. Delaney coloca el jersey en una bolsa de pruebas y la cierra. «Gracias por traer esto. Estaré en contacto».

Ross y yo salimos al vestíbulo, con las piernas gomosas por el cansancio. Me siento como si acabara de correr una maratón. Las luces del techo zumban débilmente, un coro para mis nervios crispados.

«¿Estás bien? me pregunta Ross, con voz grave y preocupada, mientras me toca suavemente el codo, un gesto tranquilizador que me devuelve a la realidad.

Exhalo lentamente y la tensión de mi pecho se alivia un poco mientras asiento con la cabeza. «Sí. Hicimos lo correcto». Mi voz transmite una pizca de convicción, aunque la incertidumbre permanece bajo la superficie.

Me dirige hacia las puertas de cristal y entramos en el aparcamiento. El cielo se ha cubierto de un

gris ahumado y las ráfagas de viento sacuden la valla metálica que rodea la comisaría. Me rodeo con los brazos y tiemblo de frío.

Subimos al coche de Ross. En cuanto arranca el motor, la lluvia empieza a salpicar el parabrisas. Me estremezco al oírlo, y me vienen a la memoria los recuerdos de la noche de tormenta: la lluvia torrencial, la carretera resbaladiza, mi agarre del volante con los nudillos en blanco. Y la aterrorizada súplica de Claire... ¡No puedes hacerlo!

«¿Quieres que te lleve a casa?» Ross pregunta en voz baja.

A casa. Donde Juliet podría estar esperando, o podría estar todavía fuera con Mitchell. La ansiedad se apodera de mí. «Sí... necesito ver a Mitchell», digo, con la preocupación burbujeando. «Seguro que ya ha vuelto».

Ross asiente y sale del aparcamiento. La lluvia se intensifica y los limpiaparabrisas golpean el parabrisas a un ritmo frenético.

Cuando llegamos, el coche de Juliet está en la entrada. Al menos Mitchell está aquí, pero ya no estoy seguro de lo que siento por Juliet. Nos apresuramos a entrar y la encontramos en el salón con Mitchell, leyendo un libro.

«¡Mamá!» grita Mitchell, saltando del sofá con una energía incontenible. Se lanza a mis brazos y me estremezco al sentir el empujón en las costillas, pero lo abrazo con fuerza, sintiendo el calor de su pequeño cuerpo contra mí.

Juliet deja el libro a un lado y frunce un poco el ceño mientras sus ojos nos miran a Ross y a mí, con un destello de incertidumbre bailando en su mirada. «¿Adónde habéis ido?», pregunta con voz preocupada mientras trata de interpretar la situación que se desarrolla ante ella.

Ross entra y cierra la puerta tras de sí. La lluvia golpea con fuerza las ventanas. «A la farmacia», miente suavemente. «E hice unos recados. Peyton necesitaba tomar el aire».

Me preparo para su reacción, mi corazón se acelera al pensar que podría ver a través de nuestra fachada. Pero, para mi alivio, se limita a asentir, aunque con una rigidez que sugiere que su mente también está acelerada. «¿Va todo bien?», pregunta con voz preocupada.

«Sí», responde Ross rápidamente, la palabra saliendo de su boca como un mantra practicado. «Bien.

Trago saliva, sintiendo el peso del momento en el aire, y suelto a Mitchell de mis brazos. Se queda cerca, sus ojos brillantes nos miran con una mezcla de curiosidad y confusión. «Parecéis... preocupados», observa, frunciendo el ceño.

«Mamá está cansada», le digo con dulzura, acariciándole el suave pelo en un intento de calmar su preocupación. «¿Por qué no vas a elegir una película para ver antes de cenar?».

Su cara se ilumina ante la sugerencia, la nube de preocupación se disipa y asiente con entusiasmo. «Vale», chilla, y se va corriendo hacia la tele, con sus pequeños pasos repiqueteando contra el suelo.

Con Mitchell fuera del alcance del oído, Juliet arquea una ceja y su expresión pasa de la preocupación a la curiosidad. «¿Qué está pasando?», pregunta, con un tono que exige una

respuesta.

Ross y yo intercambiamos una mirada, una conversación silenciosa entre nosotros. Él me hace un sutil gesto con la cabeza, un acuerdo tácito de que me corresponde a mí solucionar esto. Decido ofrecer una verdad a medias, una forma de desviar las preguntas más profundas. «Hablamos con el médico sobre mi medicación», murmuro, con la esperanza de mantener las cosas bajo control.

Ella entrecierra los ojos, su sospecha evidente mientras se inclina ligeramente. «¿Ah, sí?

«Sí», digo, forzando la calma en mi tono, aunque mi corazón se acelere. «He tenido pesadillas más intensas».

Me estudia un momento y luego se encoge de hombros, aparentemente sin insistir en el tema. «Bueno, si necesitas ajustar la dosis, dímelo», dice con voz entrecortada. «Voy a preparar la cena.

Mientras se dirige a la cocina, noto que Ross está a mi lado y se le nota la tensión. Sabe que algo no va bien.

Me acerco al sofá y me hundo en los cojines mientras Mitchell prepara una caricatura. El calor de su pequeño cuerpo junto a mí es un bálsamo temporal. Ross está junto a la ventana, con el teléfono en la mano, tecleando de vez en cuando. Posiblemente enviando un mensaje al detective, o tal vez confirmando su coartada con otra persona. Mi mente no puede evitar barajar todas las posibilidades.

La cena es un asunto sombrío: Juliet prepara pasta con una marinara de bote, Ross charla sin entusiasmo sobre un próximo proyecto de trabajo y Mitchell sobre los estudios. Yo ofrezco el mínimo de conversación, con la cabeza martilleándome.

Cuando terminamos de comer, Mitchell se baja de la silla y se va corriendo a lavarse los dientes, mientras Juliet no le quita ojo de encima. Ross y yo nos quedamos en la mesa, con la luz del techo proyectando sombras que se extienden por la superficie, creando una atmósfera que parece más pesada de lo que debería.

«No podemos mantenerla a oscuras para siempre», susurra Ross con urgencia, con la mirada fija en Juliet, que se aleja como si esperara que lo oyera.

Asiento despacio con la cabeza, tragando saliva contra un nudo en la garganta. «Lo sé. Pero prefiero esperar a tener algo concreto del detective. Así me siento más segura».

Exhala bruscamente, un sonido que acentúa el silencio que reina entre nosotros, y empieza a tamborilear rítmicamente con los dedos sobre la mesa, un hábito nervioso que he llegado a reconocer. «Bien.

Un repentino pitido del temporizador de la cocina me hace dar un respingo: parece que Juliet lo ha puesto en marcha por alguna razón. El móvil de Ross también zumba y se aparta para leer un mensaje. Lo miro con curiosidad, pero no me da ninguna explicación.

Juliet vuelve enseguida, con una sonrisa forzada en la cara que no le llega a los ojos. «Mitchell ya está en la cama», dice, con un tono ligero pero el cuerpo tenso. «Creo que está agotado por los acontecimientos del día».

Ross asiente en señal de comprensión, su expresión cambia a una de resolución. «Me voy», anuncia, lanzándome una mirada significativa que transmite preocupación y seguridad a la vez. «Llámame si necesitas algo, Peyton. Lo digo en serio».

«Claro», digo, con la voz hueca, haciéndome eco de la incertidumbre que flota en el aire entre nosotros.

Una vez que Ross se ha ido, Juliet recoge todo con rapidez y eficacia, sin mirarme a los ojos. La tensión es asfixiante. Finalmente, se limpia las manos en un paño de cocina, se vuelve hacia mí y esboza una sonrisa.

«Deberías descansar», dice. «Yo terminaré de limpiar».

«Gracias», murmuro, apartándome de la mesa.

Arriba, la luz del pasillo proyecta una larga sombra sobre el suelo de mi habitación. Me asomo a la habitación de Mitchell, profundamente dormido, con los labios entreabiertos y un muñeco de acción en una mano. Me da un vuelco el corazón al ver lo inocente que parece. Tengo que protegerlo, pase lo que pase.

En mi habitación, cierro la puerta y me apoyo en ella. Mis pensamientos se agitan. Ross dijo que no podíamos ocultarle nada a Juliet. Pero sospecho que ella no está en la oscuridad en absoluto: podría estar orquestando toda esta pesadilla.

Pasada la medianoche, me despierto sobresaltado de otra pesadilla: la cara de Claire pegada a la ventanilla del copiloto, las lágrimas mezcladas con la lluvia, su voz como un susurro entrecortado: «Nos matará a los dos si no nos vamos ahora».

Me incorporo, con el corazón martilleándome y un sudor frío cubriéndome la piel. Nos matará a los dos si no nos vamos ahora. Él. ¿De quién estaba hablando?

Con la respiración agitada, miro el reloj: 12:27 a.m. La casa está oscura y quieta, pero tengo la boca seca y la adrenalina me recorre las venas. Necesito agua, tal vez unas cuantas respiraciones profundas.

Sin hacer ruido, salgo de la cama y abro la puerta. El pasillo está en silencio, la luz nocturna de la esquina brilla tenuemente. Me arrastro escaleras abajo, cada paso me produce un pequeño dolor en las costillas.

En la cocina, enciendo la luz que hay sobre el fregadero, lleno un vaso de agua y bebo un largo sorbo. El silencio me parece pesado, como si alguien pudiera estar acechándome. Me tiemblan los nervios. Me recuerdo a mí misma que Juliet debe de estar durmiendo en la habitación de invitados.

Dejo el vaso y percibo un tenue resplandor en el pasillo, como una pantalla de teléfono que arroja luz por debajo de una puerta. La puerta de la lavandería está abierta. Se me acelera el pulso. ¿Por qué iba a estar Juliet ahí a estas horas?

Me acerco de puntillas. Oigo la voz de Juliet en voz baja. Está demasiado apagada para distinguir sus palabras, pero el tono es urgente, tenso. Está al teléfono, hablando en voz baja.

Trago saliva, con el corazón acelerado. No oigo frases completas, pero sí fragmentos: «No, no

puede...» y “Ya te lo he dicho, tenemos que esperar...” Luego, “Eso no me importa”, seguido de un susurro agudo: “Asegúrate”.

Silencio. Luego una última frase siseada: «Sí. Yo me encargo de Ross».

Se me hiela la sangre. Mi mente saca conclusiones descabelladas: está en contacto con quien me amenazó o está discutiendo cómo manipular a Ross. Todo me recuerda demasiado a las sospechas que se ciernen sobre nosotros.

Siento una punzada de terror. Si Juliet forma parte de algún siniestro encubrimiento, también podría ser la que está detrás de las llamadas desconocidas. ¿Pero cómo se relaciona eso con el miedo que recuerdo en la cara de Claire, la idea de un hombre persiguiéndonos?

Retrocedo con cuidado de no hacer ruido. Mi respiración se agita mientras subo las escaleras, con el agua chapoteando en el cristal. No puedo dejar que sepa que lo he oído. Una vez a salvo en mi habitación, cierro la puerta con el pecho agitado.

La conversación se repite en mi mente: «Sí. Me encargaré de Ross». ¿Manejarlo cómo? ¿Significa eso que es ella quien posiblemente organizó que alguien me amenazara? ¿O está confabulando con Ross contra mí?

No, Ross parecía realmente preocupado. Es Juliet la que sospecha cada vez más.

Dejo el vaso medio vacío en la mesilla y me tiemblan tanto las manos que tengo que sentarme en la cama para estabilizarme. Mis pensamientos se agolpan como canicas en un tarro.

A pesar del cansancio que me embarga, sé que esta noche no volveré a dormir. No sabiendo que Juliet puede estar tramando algo mucho más oscuro de lo que jamás imaginé. Si está mintiendo sobre lo de encontrarme en el lugar del accidente, si está ocultando el jersey de Claire, si está confabulada con la persona que está detrás de esos mensajes amenazadores... Un remolino de confusión enreda mi mente, pensamientos que chocan como olas que se estrellan contra una orilla rocosa: Nos matará a los dos si no vamos ahora. Las frenéticas palabras de Claire resuenan implacables en mis oídos, un inquietante recordatorio del peligro que se cierne sobre nosotros. ¿De quién tenía miedo, si no era de Juliet? La pregunta flota en el aire, sofocante por su ambigüedad.

Lo único que sé con certeza es que Juliet miente o, como mínimo, me oculta la verdad. El peso de su engaño me oprime el pecho y me impide respirar. Hasta que no pueda desenredar los hilos de sus motivos y discernir la realidad que se oculta bajo su fachada cuidadosamente elaborada, sé que no puedo confiar en ella. La confianza me parece un lujo que ya no puedo permitirme.

Un relámpago parpadea fuera, iluminando mi dormitorio durante una fracción de segundo. A continuación, un trueno hace sonar los cristales. Me envuelvo en las mantas, con la mente demasiado acelerada para descansar.

Mientras la tormenta arrecia más allá de mi ventana, una única y escalofriante certeza se cristaliza en mis pensamientos:

Claire temió por su vida aquella noche. Y quizá yo también debería hacerlo.

7

No sé cuánto tiempo permanezco tumbada en la oscuridad, con el corazón golpeando nerviosamente contra mis costillas magulladas. El sueño se niega a llegar. En cuanto se me caen los párpados, veo destellos de Claire: los ojos muy abiertos, llenos de terror, su mano aferrando la mía mientras los faros se ciernen sobre nosotros. Nos matará a los dos si no nos vamos ahora.

Él. La palabra resuena en mi mente. Si Claire tenía miedo de un hombre, ¿por qué parece que ahora es Juliet la que orquesta las mentiras? ¿Podría ser que Juliet esté protegiendo a alguien más? ¿O que ella también esté atrapada en una telaraña?

Mis pensamientos se arremolinan: La llamada de Juliet a medianoche... «Sí, me encargaré de Ross». El silencio ominoso en su voz. Su insistencia en que no hablara aún con el detective. La prueba irrefutable del suéter de Claire escondido en mi armario.

Al final, el cansancio vence. Caigo en un sueño intranquilo, atormentado por los recuerdos fracturados del accidente y los ecos de los gritos de Claire.

Me despierto con el sonido lejano del ruido de las sartenes en la cocina. Por un momento, mi corazón se alarma. Juliet. Luego oigo los pasos ligeros de Mitchell, el arrastre de pies pequeños contra el suelo de madera.

Debe de ser por la mañana. La luz gris que se filtra alrededor de mis cortinas parece pálida y sombría, como si el sol se hubiera rendido antes de intentarlo. El teléfono de la mesilla marca las 7:18. No es demasiado temprano, pero me siento como si apenas hubiera dormido.

Con cautela, levanto las piernas de la cama. Tengo el hombro rígido, pero me duele un poco menos que el día anterior. Sin embargo, las costillas siguen protestando cada movimiento con un dolor sordo.

En el baño, me echo agua fría en la cara y me estremezco al ver mi reflejo. Tengo un moratón reciente en la clavícula y los ojos llenos de cansancio. Aun así, enderezo los hombros y me recuerdo a mí misma que tengo una razón para seguir adelante: Mitchell. Tengo que protegerlo y desentrañar la verdad, por aterradora que sea.

Abajo, el aroma de los huevos revueltos flota en el aire. Se me revuelve el estómago ante la idea de enfrentarme a Juliet tan pronto después de oír su críptica llamada de anoche.

Cuando entro en la cocina, Mitchell está sentado en un taburete junto a la isla, riéndose de algo que dice Juliet. Ella le pone huevos revueltos en el plato. Al verme, esboza una amplia sonrisa. «Buenos días. ¿Cómo has dormido?»

Necesito toda mi fuerza de voluntad para no retroceder ante ella. Me fuerzo a sonreír, pero la tensión se nota en mi voz cuando respondo. «Bien», miento, intentando sonar despreocupada a pesar de la aspereza que se filtra. «Gracias.

Mitchell balancea las piernas bajo el taburete, su energía juvenil me contagia cuando me mira. «Juliet me ha dicho que podemos ir hoy al parque si no llueve». Su entusiasmo suena como una campana, brillante y esperanzador, cortando momentáneamente la tensión que se aferra al aire.

Mi mirada se desvía hacia la ventana. El cielo sigue cubierto de nubes, pero el chaparrón de anoche debe de haberse disipado durante la noche. Algunas gotas de lluvia caen sobre el cristal. El pronóstico, sin embargo, ¿no decía el telediario que las tormentas podrían continuar toda la semana?

Esbozo una sonrisa temblorosa por el bien de Mitchell, con la esperanza de reflejar su entusiasmo. «Podría ser bonito. ¿Te encuentras bien?»

Asiente enérgicamente con la cabeza, dando un buen bocado a su tostada. «¡Sí! Ya no me duelen los moratones». La forma en que se le iluminan los ojos con cada palabra me hace sentir calor en el corazón.

Se me retuercen las tripas al recordar el accidente, el terrible choque que lo había dejado en el asiento trasero. Me acerco y le doy un suave beso en la coronilla, una promesa silenciosa de protección. «Me alegro», susurro, con la voz apenas por encima de un murmullo.

Juliet se apoya en la encimera, cruzada de brazos, con una expresión ilegible. «¿Café?», me ofrece, inclinando la cabeza hacia la humeante cafetera, cuyo aroma flota en el aire como una manta reconfortante.

«No», le digo, tragando saliva contra el nudo de desconfianza que se me ha formado en la garganta. «Estoy bien. La tensión flota entre nosotros, pesada y tácita.

Ella se encoge de hombros y se limpia las manos en un paño de cocina. «Como quieras. Su tono es despreocupado, pero percibo un atisbo de preocupación en sus ojos cuando se da la vuelta.

El trasfondo es espeso. Casi puedo sentir cómo busca en mi cara un atisbo de sospecha, o quizá de culpabilidad. El silencio se alarga, sólo roto por la animada masticación de Mitchell.

Finalmente, digo: «Mitchell, ¿por qué no te vistes si quieres ir al patio?».

Con un estallido de energía, salta del taburete y sus zapatitos apenas hacen ruido en el suelo. «¡Vale, mamá!», exclama, con los ojos brillantes de emoción. Sale corriendo de la cocina, dejando su tostada a medio comer, con la corteza dorada sin tocar, como si fuera un tesoro olvidado en su búsqueda de aventuras.

En cuanto se va, la cálida sonrisa de Juliet se desvanece y es sustituida por algo más frío. Deja la sartén en el fregadero con un ruido seco. «¿Hay algo que quieras decirme?», pregunta en voz baja, sin levantar la vista.

Me tiembla el pulso. «¿Qué quieres decir?

Tensa los hombros. «Ayer Ross y tú desaparecisteis durante horas y luego volvisteis con cara de disgusto. Ahora estás actuando... raro».

Trago saliva. Ella sospecha. «Sólo necesitaba ver al médico», digo, usando la misma mentira de antes. «Es estresante, lidiar con estas pesadillas. Ross quería apoyarme».

Aprieta los labios y por fin se gira para mirarme. «¿Y no se te ocurrió invitarme?».

Un destello de ira se enciende en mi pecho. Así que ahora quiere que la invite a todo. Pero mantengo un tono comedido. «Necesitaba pasar un rato con Ross. Es el padre de Mitchell».

Ella entrecierra los ojos, pero esboza una sonrisa tensa. «Por supuesto.

Se hace un silencio incómodo. Apoyo la mano en el respaldo de la silla de la cocina, deseando poder espiar sus pensamientos. ¿Sospecha que le llevamos el jersey de Claire al detective? Sí. Yo me encargaré de Ross. Sus palabras resuenan siniestramente.

Me armo de valor y siento el peso del momento presionándome. «¿Juliet?» Empiezo, mi voz tiembla ligeramente, traicionando la agitación interior. «Te oí hablar por teléfono anoche. Algo sobre cómo tratar a Ross».

Se pone rígida, su expresión cambia mientras el color se drena de sus mejillas, dejándola momentáneamente vulnerable. «¿Estabas escuchando a escondidas?

«Iba a por agua», le digo, con la frustración a flor de piel y la rabia encendida en el pecho. «Te oí susurrar en el lavadero y parecía algo serio.

Se recupera rápidamente y arroja el paño de cocina sobre la encimera con un movimiento brusco que refleja su irritación. «Era sólo una llamada privada sobre... sobre algunas cosas personales».

«Eso es impreciso», digo, con el corazón latiéndome en el pecho mientras me corroe la incertidumbre. «¿Con quién hablabas?

Sus ojos se desvían, evitando mi mirada como una cobarde. «No es asunto tuyo, Peyton».

Una enfermiza sensación de terror se abre paso por mis entrañas, retorciéndose como un cuchillo. «Vale», digo, dándome la vuelta para disimular mi frustración. «Entonces no te sorprendas si tengo preguntas». Las palabras flotan en el aire, cargadas de implicaciones tácitas.

Me mira fijamente, con expresión feroz, mientras coge su taza de café con un movimiento rápido y decidido. «Yo no soy el enemigo aquí», dice, con voz baja y una mezcla de frustración y desafío.

«Entonces empieza a comportarte como si lo fueras», respondo, y las palabras se me escapan de los labios antes de que pueda contenerme, el impulso alimentado por el creciente calor del momento.

Veo que aprieta la mandíbula, señal inequívoca de su irritación, pero antes de que pueda responder o siquiera formular una réplica, las pesadas pisadas de Mitchell resuenan en el tenso silencio de la habitación. Los dos nos quedamos en silencio, con el aire cargado de conflictos sin resolver, cada uno de nosotros tambaleándose con el peso de nuestros pensamientos no

expresados.

A última hora de la mañana, las nubes se disipan un poco y Juliet lleva a Mitchell al parque infantil, aunque me doy cuenta de que no me invita. Una parte de mí se siente aliviada. Ahora mismo no puedo soportar sus galanterías forzadas.

En cuanto se van, me escabullo hasta el salón, donde el ambiente familiar me resulta sofocante en su ausencia. Cojo el móvil, con el estómago revuelto por una mezcla de ansiedad y expectación, y le envío un mensaje a Ross:

Peyton: Juliet es muy sospechosa. Tenemos que hablar cuanto antes.

Su respuesta llega casi al instante, atravesando el silencio como un salvavidas:

Ross: Voy para allá. 15 minutos.

Exhalo, una oleada de alivio me inunda. Me alegro. Necesito a alguien de mi lado o, al menos, alguien que parezca estar de mi lado. La idea de enfrentarme a Juliet sola es insoportable, y sólo puedo esperar que la presencia de Ross me ayude a navegar por la enmarañada red de tensión que flota en el aire.

Cuando Ross llega, estoy dando vueltas por el salón como un animal enjaulado, con los pensamientos dándome vueltas. Entra por la puerta principal y mira a su alrededor como si buscara a Juliet.

«¿Dónde están?», pregunta en voz baja y con urgencia, con un deje de preocupación en el tono.

«En el parque», le contesto, frotándome los brazos para tratar de resguardarme del frío que entra por la ventana abierta. «Se han ido hace unos minutos».

«Bien», murmura, frunciendo el ceño mientras cierra la puerta tras de sí con un suave chasquido. Se vuelve hacia mí, con los ojos llenos de urgencia, una tormenta de emociones arremolinándose bajo la superficie. «Peyton, tengo noticias de la detective Delaney».

El corazón me da un salto en el pecho, un repentino torrente de adrenalina me recorre. «¿Ya?» pregunto, con la voz apenas por encima de un susurro, con el peso de sus palabras suspendido en el aire.

Ross asiente y saca el teléfono del bolsillo. «Quiere que volvamos esta tarde. No ha querido contármelo todo, pero ha dicho que el suéter ha revelado algo importante. Quiere interrogarte de nuevo, oficialmente».

Un remolino de ansiedad me revuelve las tripas, una sensación nauseabunda que me impide concentrarme. «¿Significa eso que era sangre de Claire?». La pregunta flota en el aire, cargada de insinuaciones.

La mandíbula de Ross se tensa y puedo ver la preocupación grabada en sus rasgos. «No lo sé. Pero me ha dado a entender que es importante», contesta, con voz baja y firme, como si intentara anclarnos a los dos en esta tormenta de incertidumbre.

Me llevo una mano al esternón, sintiendo los frenéticos latidos de mi corazón contra la palma, cada golpe resonando con el eco de mi creciente temor. «Está bien. Lo haré. Tengo que hacerlo,

¿verdad? Mis palabras suenan más como una súplica que como una afirmación, como si buscara consuelo en este momento de crisis.

Me pone una mano reconfortante en el hombro y me tranquiliza con su tacto. «Lo haremos juntos. Yo conduciré», me asegura, y su expresión se suaviza con determinación. El calor de su mano me reconforta en medio del caos que se arremolina en mi mente.

Le miro a los ojos en busca de cualquier atisbo de engaño. Pero lo único que veo es preocupación, quizá incluso afecto. «Ross... ¿hay algo que me estés ocultando? ¿Algo que pueda surgir con el detective?».

Sus cejas se fruncen. «No. ¿Por qué ibas a...?

Suspiro, alejándome de él hacia el sofá. «Porque escuché a Juliet. Dijo que yo me encargaría de Ross. Como si estuviera trabajando con alguien contra nosotros. Podría tratarse de Claire».

La cara de Ross palidece. «¿Hablas en serio?»

Asiento con la cabeza. «Definitivamente está ocultando algo. Y si estaba relacionada con Claire de algún modo...». Dejo la frase en suspenso, con el miedo erizándome la piel. «Podría significar que ambos estamos en peligro».

Ross se pasa la mano por el pelo y da unos pasos. «¿Podría Juliet haber estado saliendo con Claire? ¿O quizá Claire la haya amenazado? Es decir, estamos dándole vueltas a las mismas preguntas».

«Me dijo repetidamente que no fuera a la policía», le digo. «Eso no es ser amiga. Es más como si estuviera cubriendo sus huellas».

La mirada de Ross se endurece. «Entonces también tenemos que contarle a Delaney el comportamiento de Juliet».

Se me forma un nudo en la garganta. Juliet ha sido mi mejor amiga desde siempre, pero hay demasiado en juego para protegerla si es culpable. Asiento lentamente. «Sí. Se lo contaré todo».

Salimos de casa justo antes del mediodía, sin molestarnos en dejar una nota: Juliet y Mitchell no deberían volver hasta dentro de una hora por lo menos. Ross conduce en silencio y yo miro por la ventanilla, con la ansiedad carcomiéndome por dentro. El día se ha vuelto ventoso y el cielo se ha convertido en un mosaico de nubes.

En la comisaría, el mismo agente de aspecto aburrido del mostrador avisa al detective Delaney de que hemos llegado. Al cabo de unos instantes, aparece y nos hace un gesto para que le sigamos. Esta vez nos conduce por otro pasillo a una sala algo más grande con dos mesas y una pizarra.

«Me alegro de volver a verles», dice Delaney escuetamente. «Siéntense».

Ross y yo nos sentamos uno al lado del otro, mientras el detective se deja caer en una silla frente a nosotros, abriendo de un tirón una fina carpeta que hay sobre la mesa. A través de la ventana de la puerta, veo pasar a un par de policías uniformados, pero nadie se une a nosotros.

Delaney apoya las manos en la fina carpeta, con expresión grave. «Ya están los resultados del

laboratorio».

Se me revuelve el estómago y se me hace un nudo al prepararme para la noticia. «¿Y?

Respira entrecortadamente, como si reuniera fuerzas para decir lo que sabe que va a ser difícil de oír. «Hay sangre en ese jersey y coincide con el ADN de Claire Andrews».

Aunque me había preparado para esta revelación, la confirmación me golpea con fuerza, como un puñetazo en las tripas. Mis manos se cierran en un puño sobre mi regazo, la tensión se apodera de mí, y Ross suelta una palabrota en voz baja, con el rostro ensombrecido por la preocupación.

El tono de Delaney cambia y se vuelve severo y autoritario. «Señorita Hayes, si tiene algún otro recuerdo, cualquier cosa sobre cómo pudieron herir a Claire, este es el momento de decírmelo». El peso de sus palabras flota en el aire, y puedo sentir la urgencia en su mirada, presionándome para que escarbe más profundamente en los recovecos de mi mente.

Se me seca la boca. «Ella estaba... asustada esa noche. Dijo algo sobre un hombre que quería hacernos daño, o que nos mataría. Es uno de los recuerdos que tengo».

El bolígrafo de Delaney se detiene en la página, el sonido del rasguño cesa abruptamente. «¿Alguna idea de quién podría ser este hombre?», pregunta, con una voz mezcla de curiosidad y preocupación.

Sacudo la cabeza, con la frustración quemándome los ojos como una brasa. «Sólo veo los faros en el retrovisor, brillando siniestramente en la oscuridad. No veo quién conduce». El recuerdo es borroso, los detalles se me escapan como arena.

Frunce el ceño mientras garabatea notas con urgencia. «De acuerdo. ¿Algo más?» Su tono sugiere que espera algo más, pero siento el peso de mis propias limitaciones presionándome.

Pienso en Juliet y en la llamada telefónica, en el comportamiento sospechoso, y se me retuerce el estómago. Es mi amiga desde la infancia. Pero no puedo permitirme una lealtad fuera de lugar. «Hay algo sobre Juliet», empiezo titubeando. «Dice que yo la llamé aquella noche, pero mis registros telefónicos no lo demuestran. Sigue insistiendo en que no había nadie más en el coche. Y encontré el jersey de Claire escondido en mi armario; quizá Juliet lo escondió».

Los ojos de Delaney se agudizan con interés. «¿Crees que Juliet Monroe miente sobre cómo te encontró?».

Ross asiente, interrumpiendo. «Ambos lo creemos. Le ha estado insistiendo a Peyton para que no hable con la policía. Y Peyton escuchó una llamada. Le decía a alguien que 'se encargaría de mí'».

La expresión de Delaney se oscurece. «Eso es ciertamente sospechoso».

Se hace el silencio, sólo roto por el zumbido de los fluorescentes. El detective cierra la carpeta y se inclina hacia delante. «Señorita Hayes, estamos tratando la desaparición de Claire como un probable homicidio».

Se me corta la respiración. «Homicidio», resueno, la palabra me sabe amarga en la lengua.

Él asiente sombríamente. «Han pasado casi dos semanas desde que desapareció. No hay actividad financiera en sus cuentas y ninguno de sus amigos o familiares sabe nada de ella. Ahora que hemos confirmado que había sangre suya en el jersey, es un claro indicio de que resultó herida, posiblemente de muerte».

Ross suelta un suspiro entrecortado y se agarra al borde de la mesa. Me siento mareado y se me nubla ligeramente la vista. Si Claire está muerta... y estaba en mi coche... ¿qué significa eso para mí?

Los ojos de Delaney se clavan en los míos con una intensidad que me produce un escalofrío. «Mencionaste recordar sus palabras sobre un hombre que podría mataros a las dos. ¿Crees que Juliet podría haber estado encubriendo a ese hombre?».

Hago una pausa, mis pensamientos se arremolinan como una tormenta. «No lo sé. No me imagino a Juliet haciéndole daño físico a Claire...» Ross resopla suavemente, cortando mi incertidumbre. «Pero no podemos descartarlo», insiste, con la voz tensa por la inquietud. «Realmente no tenemos ni idea de lo que es capaz».

Delaney asiente. «Investigaremos los antecedentes de Juliet Monroe. Si tuvo contacto con Claire, lo encontraremos. Mientras tanto, Srta. Hayes, me gustaría que se quedara en la ciudad y estuviera disponible para más interrogatorios.»

El miedo me atraviesa. «¿Cree que soy sospechosa?»

Levanta un hombro. «Ahora mismo, sólo digo que es una persona de interés, ya que fue la última persona confirmada que vio a Claire con vida». Su tono se suaviza. «Tus heridas y la pérdida de memoria complican las cosas, pero no podemos ignorar los hechos».

Las lágrimas me queman los ojos, las enjugo y asiento con la cabeza. «Lo comprendo.

Delaney cruza las manos. «También mantendremos una unidad haciendo patrullas adicionales cerca de tu casa, en caso de cualquier amenaza. Mencionaste mensajes de acoso; llámame inmediatamente si recibes más».

Ross y yo intercambiamos una mirada, con el alivio luchando contra el miedo. Al menos tendremos algo de protección.

«Gracias», dice Ross.

El detective se levanta. Le seguimos, con la tensión palpitando en el aire. Nos acompaña al pasillo. «Estaremos en contacto», dice Delaney, con voz firme. «Mientras tanto, tengan cuidado. Si la desaparición de Claire implica juego sucio, el responsable podría seguir vigilándoos».

Ross nos lleva de vuelta en silencio. Los truenos vuelven a aparecer en el horizonte y la humedad aprieta. La lluvia salpica intermitentemente el parabrisas. Miro las gotas serpentear por el cristal, con los pensamientos revueltos.

«¿Estás bien? aventura Ross, rompiendo por fin el pesado silencio que se cierne entre nosotros.

Sacudo la cabeza, sintiendo que el peso de la desesperación se apodera de mí. «No», admito, con la voz temblorosa por la crudeza de mis emociones. «Si Claire está muerta y estaba en mi coche... No puedo evitar sentirme responsable de lo ocurrido».

Ross aprieta la mandíbula, la determinación parpadea en sus ojos. «No sabemos si está muerta. Pero si lo está, eso no significa que tú la mataras». Sus palabras pretenden reconfortarme, pero suenan huecas ante mi sentimiento de culpa.

Se me escapa un sollozo estrangulado, el sonido me desgarra la garganta antes de que pueda contenerlo. «¿Y si hubiera podido salvarla, Ross? Me decía que teníamos que huir. Quizá no la creí, o quizá esperé demasiado para actuar». Mi corazón se acelera cuando el peso de esas decisiones no tomadas se abate sobre mí, amenazando con hundirme.

Duda un momento, me tranquiliza con la mirada y se acerca para darme un apretón tranquilizador en el hombro bueno. «No es culpa tuya que no recuerdes». Su tacto es cálido, una pequeña ancla en esta tormenta de incertidumbre y arrepentimiento.

Pero la culpa sigue revolviéndome el pecho como un ácido. La insinuación de Delaney de que soy una persona de interés persiste. ¿Y si mis lagunas de memoria esconden algo realmente incriminatorio?

Ross entra en mi casa y los neumáticos crujen sobre la grava mojada. El coche de Juliet aún no está, lo que significa que Mitchell aún no ha llegado. Mi ansiedad se dispara. «Lleva fuera un buen rato», murmuro, mirando la hora: son más de las dos de la tarde. «Seguro que están bien. Le encanta el parque infantil».

Salimos del coche y nos adentramos en la llovizna. Abro la puerta principal y entro en el salón con Ross detrás. La casa está poco iluminada y silenciosa, y un frío húmedo se cuela por la ventana abierta del otro lado.

Frunzo el ceño y voy a cerrar la ventana. Es entonces cuando me fijo en el correo que hay en la mesa auxiliar; esta vez son solo unos cuantos sobres, probablemente facturas o folletos basura. Pero sobre ellos hay un papel doblado y me quedo paralizada.

Ross estudia mi expresión y frunce el ceño, preocupado. «¿Qué pasa?», pregunta en voz baja y firme, atravesando la tensión que se respira en el ambiente.

Con dedos temblorosos, recojo lentamente la nota de la mesa, sintiendo su peso como si llevara la carga de mis miedos. No tiene remitente ni sobre protector, sólo un papel doblado que parece palpitar con intenciones siniestras. Lo despliego y descubro una línea garabateada con una letra inquietante:

No puedes esconderte para siempre.

Un escalofrío me recorre la espalda y se me hace un nudo en la garganta. Le lanzo el papel a Ross, desesperada por que comprenda la gravedad de lo que estamos afrontando. Su rostro pierde el color al darse cuenta. «¿Han vuelto a entregar esto?», susurra con incredulidad en el tono.

«Es una nota nueva», consigo ahogar, con el pánico recorriéndome las venas como una descarga eléctrica. «Quienquiera que la haya escrito sigue vigilándonos. O cree que estoy escondiendo el cuerpo de Claire. O...» Mi voz se entrecorta cuando me invade una oleada de vértigo y la habitación me da vueltas.

Ross me sostiene instintivamente y me apoya la mano en la espalda. «Tranquila», dice, con la voz tensa por la urgencia. «Tenemos que decírselo a Delaney. Ahora».

Asiento con la cabeza, apretando la nota con fuerza en el puño, con el corazón retumbando en mi pecho como una campana de alarma. Cada amenaza, cada pista conduce a la misma horrible pregunta: ¿Dónde está el cuerpo de Claire? El peso de la incertidumbre me oprime, sofocante e implacable.

Ross saca su teléfono. Justo cuando está a punto de marcar, un ruido estremecedor estalla detrás de nosotros: la puerta se abre de golpe. Nos damos la vuelta, con la adrenalina por las nubes, pero solo es Juliet, que empuja a un Mitchell empapado hacia dentro. Los dos están empapados por la lluvia, Mitchell se ríe mientras le cae agua de la capucha.

«¡Mamá!» Mitchell llama, radiante. «¡Nos ha pillado una tormenta!»

Intento sonreír, pero se me congela la cara. Juliet nos mira a Ross y a mí, y luego al trozo de papel que tengo en la mano. Aprieta los labios. «¿Qué es eso?

Ross da un paso adelante, deliberadamente, y se mete la nota en el bolsillo con un movimiento rápido, antes de que ella pueda ver su contenido. «Nada», dice, con un tono demasiado rápido que delata la inquietud que hierve a fuego lento bajo la superficie.

Mitchell, felizmente inconsciente de la tensión que flota en el aire, se quita la gabardina con una floritura exuberante. «Nos lo hemos pasado muy bien», exclama con voz brillante y llena de entusiasmo. «Dimos de comer a los patos en el parque, y entonces empezó a llover a cántaros. Fue como una atracción acuática».

Cruzo hacia él y me arrodillo para ayudarle a quitarse las zapatillas empapadas. Está sonrojado de emoción y le brillan los ojos. Quiero compartir su alegría infantil, pero el miedo se me revuelve en el estómago.

Juliet cuelga su propio abrigo en el perchero, el agua se acumula a sus pies y crea pequeños charcos que reflejan la tenue luz de la habitación. Se vuelve hacia mí, con una expresión de cansancio y alegría forzada, y me dedica una sonrisa tensa que no le llega a los ojos. «No quiso irse hasta que empezaron los truenos», dice con un deje de exasperación.

Asiento con la cabeza, intentando proyectar un aire de calma, pero no puedo reprimir el destello de sospecha que se enrosca incómodo en mis entrañas. Estuvo con él durante horas. ¿Haciendo qué, exactamente? La pregunta persiste, pesada e inoportuna.

Juliet ve la expresión sombría de Ross y enarca una ceja. «Parece que hayáis visto un fantasma», comenta, con la voz llena de curiosidad.

Ross se aclara la garganta y el sonido resuena en el tenso silencio. «Acabamos de volver de una cita», balbucea, desviando la mirada.

«¿Otra cita? Juliet se hace eco, su tono se endurece mientras procesa sus palabras, una sombra de preocupación cruza su rostro.

Antes de que Ross encuentre las palabras adecuadas para explicarse, Mitchell tira insistentemente de mi jersey, sus pequeños dedos tiran suavemente. «Mami, ¿podemos tomar chocolate caliente?», me pregunta, con su brillante impaciencia brillando a través de la turbia tensión de la habitación.

Su inocente petición me enternece el corazón, y el calor de su entusiasmo se abre paso entre las

nubes de malestar. «Claro, cariño», respondo, intentando corresponder a su entusiasmo con una sonrisa que espero que sea sincera.

Juliet se dirige a la cocina y busca la mezcla para el cacao. Me quedo de pie, con los nervios a flor de piel. Ross me aparta y me susurra: «Deberíamos salir. Llamar a Delaney por lo de la nota».

Pero la idea de dejar a Mitchell a solas con Juliet, aunque solo sea un momento, me pone la piel de gallina. Le clavo una mirada suplicante, transmitiéndole en silencio la urgencia de nuestra situación: No podemos. Todavía no. El peso de mi preocupación pesa entre nosotros, un acuerdo silencioso que permanece en el aire.

Él entiende, su expresión cambia y asiente a regañadientes en respuesta. «Más tarde», dice, con resignación y un destello de esperanza en un futuro mejor.

Nos reunimos en el salón con tazas humeantes de chocolate caliente y las ventanas traquetean bajo la fuerza del viento. Fuera, la lluvia se intensifica y las gotas azotan el cristal. Mitchell sorbe alegremente, ajeno a la tensión que espesa el aire como la niebla. Ross y yo intercambiamos miradas cautelosas, mientras Juliet sorbe la suya en silencio, con la mirada perdida entre nosotros.

Cuando Mitchell termina su taza, anuncia que se va a jugar a su habitación. Los dos le damos ánimos, aliviados de que esté a salvo y ocupado. En cuanto se va, el silencio se hace más profundo y mi pulso se acelera en los oídos.

Juliet deja la taza con un chasquido, un sonido que corta la espesa tensión de la habitación. «De acuerdo», dice en voz baja, firme pero insistente. «Algo está pasando. Quiero que me digáis qué es».

Ross y yo intercambiamos una mirada, el peso de las palabras no dichas pesa entre nosotros. Se me hace un nudo en la garganta. Nos está acorralando.

«No pasa nada», intenta desviar Ross, pero los ojos de Juliet brillan de ira, una tormenta que se está gestando tras su tranquila fachada. El aire cruje con las verdades no expresadas que se esconden bajo la superficie.

«Deja de mentir. «Me doy cuenta de que has estado tramando algo a mis espaldas. Peyton, estás diferente desde el hospital: cautelosa, desconfiada. Y tú, Ross, sigues susurrando con ella. No soy idiota».

El estómago se me revuelve de ansiedad mientras busco las palabras adecuadas. «Sólo estamos preocupados por la investigación», insinúo, intentando mantener un tono firme. «Las manos de Juliet se cierran en puños a los lados. «¿Qué pasa con ella?», exige, con una voz afilada que atraviesa la tensión de la habitación.

Dudo y siento que me tiembla la voz mientras lucho por mantener la compostura. «Fuimos a la policía otra vez. El jersey era suyo. Han confirmado que hay sangre».

Se queda muy quieta y su rostro palidece al comprender la gravedad de mis palabras. «Sangre», repite con dulzura, como si la propia palabra fuera un trago amargo que apenas puede tragar.

Ross se adelanta, su voz baja y firme, pero con una intensidad que hace que el aire parezca

cargado. «Sí. ¿Así que quizá puedas explicar cómo acabó escondido en el armario de Peyton?». La acusación cuelga entre nosotros, pesada y sofocante.

La mandíbula de Juliet trabaja en silencio, sus ojos van y vienen entre nosotros en una frenética búsqueda de respuestas. Abre la boca para hablar y luego la cierra, como si luchara contra el peso de pensamientos no expresados y la aplastante incertidumbre de qué decir a continuación.

Finalmente, se burla, una risa áspera que suena forzada, como si intentara enmascarar la creciente oleada de ansiedad. «¿Crees que yo lo puse ahí?»

«¿A que sí?» susurro, apenas capaz de mantener la voz firme.

Su garganta se estremece, la tensión en su cuerpo es palpable. «Eres mi mejor amiga», suelta, casi desesperada, como si la sola idea de la traición fuera demasiado para soportarla. «¿Por qué iba a incriminarte o a esconder pruebas en tu casa?».

Un trueno retumba fuera, haciendo sonar la ventana y haciéndose eco de la agitación que se está gestando entre nosotros. Trago saliva, el peso de sus palabras se hunde en mi interior. «No lo sé. Pero si tienes una explicación, ahora es el momento», insisto, con el corazón latiéndome en el pecho, desesperada por encontrar claridad en esta tormenta de confusión.

Ella parece desgarrada, con la indecisión grabada en cada línea de su rostro. Luego parece armarse de valor, con los labios apretados en una línea obstinada. «No lo entenderías», murmura.

Ross emite un sonido de frustración. «Entonces pruébanos».

Se le enciende la nariz. Pero antes de que pueda hablar, mi teléfono vuelve a vibrar: un mensaje de texto. Los tres nos quedamos inmóviles, mirando el aparato sobre la mesita. Una sensación enfermiza de presentimiento se apodera de mí.

Lo cojo y mi corazón se acelera al ver el mismo número desconocido parpadear en la pantalla.

Desconocido: Me dijiste que no lo dijera, pero lo recuerdo.

Me recorre un escalofrío, la sangre se me hiela al procesar las palabras. Nunca lo digas. Esa es la frase que Mitchell me repetía con tanta urgencia. Mamá, dijiste que nunca lo contara. El recuerdo me invade, pesado y sofocante, envolviéndome como una mordaza.

Juliet, cuyos agudos ojos captan mi expresión de asombro, se inclina hacia mí. «Me pregunta preocupada mientras intenta descifrar mi repentino cambio de actitud.

Trago saliva y vuelvo a leer el texto. Me invade una nueva oleada de temor. ¿La persona que ha llamado le ha robado esa frase a Mitchell? ¿O es Mitchell quien me envía mensajes? No puede ser, es solo un niño y está arriba jugando.

Ross se inclina sobre mi hombro y lee el mensaje. Sus ojos se abren de par en par. «Nunca digas nada», murmura. «Peyton, eso es lo que dijo Mitchell, ¿verdad?».

Niego con la cabeza. Mis pensamientos se dispersan como hojas en una tormenta. ¿Podría alguien estar usando las palabras de Mitchell para ponerme nerviosa? O... ¿hay algún dispositivo en la casa que capta nuestras conversaciones? Se me eriza la piel de pensarlo.

El teléfono vuelve a vibrar: otro mensaje. Puedo enseñarte dónde está.

El terror se dispara. «¿Dónde está quién?» Susurro, aunque sé la respuesta: Claire.

Ross maldice y se pasa una mano por la cara. Juliet se revuelve inquieta y su enfado anterior queda momentáneamente eclipsado por la confusión. «¿Quién envía estos mensajes?», pregunta con voz temblorosa.

Ojalá lo supiera. El miedo me atenaza por dentro, mi mente se tambalea con posibilidades: Julieta. El desconocido que nos persigue. Otro amigo o enemigo que no recuerdo.

«Ni idea», ronco. «Pero dicen que pueden indicarme dónde está Claire».

Ross coge mi teléfono y empieza a teclear. ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? Pulsa «Enviar» y los tres nos quedamos acurrucados, esperando. La lluvia azota las ventanas, el aire está cargado de tensión.

Los segundos pasan. Entonces suena el teléfono.

Desconocido: Reúnete conmigo en el viejo almacén de Pine. 8 p.m. Ven solo.

Se me hiela la sangre. El viejo almacén es un depósito en ruinas en las afueras de la ciudad. La gente lleva años quejándose de que es un imán para el tráfico de drogas y los vagabundos.

Ross me agarra el brazo con fuerza, sus dedos se clavan en mi piel. «No vas a ir», insiste, con voz grave y firme, como si pudiera impedirme físicamente que tome esta imprudente decisión.

Los ojos de Juliet se cruzan entre nosotros, con el rostro sin color y el miedo grabado en sus rasgos inconfundible. «No puedes... está claro que es una trampa», suelta, con la voz ligeramente alzada y la urgencia en el tono que delata su preocupación por mi seguridad.

Me quedo allí de pie, con los truenos rugiendo más allá de los muros. Mi mente da vueltas. Si esta persona sabe realmente dónde está Claire, o dónde podría estar su cuerpo, ¿cómo puedo negarme?

«Tengo que hacerlo», susurro, obligándome a mantener la voz firme a pesar de la agitación que siento en mi interior. «Necesito respuestas... sobre Claire, sobre todo».

Ross niega con la cabeza, su expresión se endurece, la ira chispea en sus ojos como un cable en tensión. «Es demasiado peligroso», insiste, en voz baja pero intensa, como si la mera idea de mi decisión pudiera encender un fuego que él desea desesperadamente apagar.

Me relamo los labios secos y miro a Juliet. Tiene la cara marcada por la alarma, pero también hay algo más: miedo de que me vaya. ¿Por qué no querría que encontrara a Claire?

Una resolución lenta y fría se instala en mí, envolviéndome el corazón como un tornillo de banco. «No iré sola -anuncio, con la decisión tomada y la determinación afianzada. «Se lo diré a la detective Delaney.

Ross suelta un suspiro de alivio y la tensión de sus hombros se alivia ligeramente. «Sí, involucraremos a la policía. Pueden montar una operación o algo así. Es una decisión inteligente».

Juliet se mueve en su asiento, cruzando los brazos con fuerza contra su pecho, su lenguaje corporal traiciona su malestar. «¿Seguro que es prudente? ¿Y si eso los asusta?» Su voz contiene

una nota de cautela, como si temiera las consecuencias de nuestro plan.

Entrecierro los ojos, con el peso de sus palabras suspendido en el aire. «Si dicen la verdad, ¿por qué iban a huir? Si esto es real, la policía debería encargarse». Siento un destello de desafío en mi interior, reforzado por la convicción de que descubrir la verdad merece la pena.

Nos sumimos en un tenso silencio, con el teléfono aún en la mano de Ross. La lluvia golpea en lo alto como un tambor implacable, los relámpagos parpadean en la distancia. Mi corazón se acelera, pero una feroz determinación se apodera de mí.

Claire quería que la ayudara aquella noche y fracasé. Ahora, si hay una mínima posibilidad de que esté viva, o de que encontremos su cuerpo, tengo que aprovecharla.

Ross empieza a llamar a Delaney, mientras Juliet me mira con una mezcla de ira y miedo. Y yo estoy en el ojo del huracán, sin saber qué dirección tomará todo esto, pero decidida a no echarme atrás.

Si tengo que adentrarme en la oscuridad para descubrir la verdad sobre Claire, lo haré. Incluso si eso significa enfrentarme a los peores secretos de mi pasado y descubrir quién ha estado mintiendo en mi vida todo este tiempo.

8

Un silencio tenso se apodera del salón cuando Ross se lleva el teléfono al oído. La tormenta arrecia con una nueva ráfaga de viento que sacude las ventanas. Juliet está cerca del sofá, cruzada de brazos, con el rostro pálido y sombrío. El corazón me retumba en el pecho mientras repito el mensaje de texto:

Nos vemos en el viejo almacén de Pine. 8 p.m. Ven sola.

No puedo dejar de temblar. Cada nervio de mi cuerpo está en alerta máxima: miedo y determinación a partes iguales. Si Claire Andrews sigue viva, o si su cuerpo está allí, no puedo ignorarlo. Pero no voy a meterme sola en una posible trampa mortal.

Ross se pasea por la estrecha sala de estar mientras suena la línea, la tensión es lo bastante densa como para cortar el aire. Sus ojos se desvían hacia mí, con una pregunta silenciosa entre nosotros: ¿Estamos seguros? Aprieto la mandíbula, con los músculos tensos por la incertidumbre. Me fuerzo a asentir, aunque mi corazón se acelera en señal de protesta. Tenemos que estarlo. El peso de la decisión me aprieta y siento que la gravedad del momento nos envuelve a los dos.

Por fin, una voz crepita al otro lado de la línea, rompiendo el silencio que pesa sobre nosotros. Ross me tiende el teléfono, con una mezcla de urgencia y aprensión grabada en el rostro. «Detective Delaney», dice en voz baja, como si el propio nombre tuviera un peso tangible. «Quiere hablar con usted».

Trago saliva con dificultad, el nudo en la garganta me dificulta la respiración, y le cojo el teléfono, acunándolo contra mi oreja como un salvavidas. «¿Detective?» consigo decir, con la voz más firme de lo que siento.

«Srta. Hayes», dice la voz de Delaney, tensa y preocupada, cada palabra impregnada de la gravedad de la situación. «¿Ross dice que ha recibido otro mensaje amenazador?».

«Sí», digo, mirando a Juliet, que evita mi mirada. «Quieren que me reúna con ellos en el antiguo almacén esta noche a las ocho. Dijeron que me enseñarían dónde está Claire».

Una pausa crepita en la línea, estirándose como un cable tenso. «Eso es pronto. Sra. Hayes, ¿entiende que esto podría ser una trampa?» La voz de Delaney tiene un peso de urgencia, cada sílaba pesa con las implicaciones de lo que eso podría significar.

«Sí», susurro, mi estómago se anuda dolorosamente mientras la ansiedad se enrolla dentro de mí. «Pero no puedo ignorarlo. Si... si hay alguna posibilidad de que Claire esté viva...». El pensamiento flota en el aire, un destello de esperanza se mezcla con el miedo que me consume.

Exhala. «Entiendo. Escucha con atención: bajo ninguna circunstancia debes ir sola. Organicemos una operación controlada. Coordinaré un equipo para vigilar la zona. Te mantendremos a salvo».

Mi pulso palpita de alivio y miedo a la vez. «De acuerdo», murmuro. «Gracias.

«Bien. Envíame los detalles exactos del mensaje que recibiste. Partiremos de ahí. Reúnete conmigo en la estación sobre las siete, así tendremos tiempo de prepararlo todo».

Dudo. «Pero el mensaje decía específicamente que vinieras solo. ¿No se echará atrás esta persona si ve presencia policial?».

La voz de Delaney es firme. «Esto no es negociable, señorita Hayes. Aún se está recuperando de un grave accidente y tenemos motivos suficientes para creer que podría estar en peligro. Haremos lo posible por permanecer ocultos, pero estaremos allí».

Un remolino de emociones contradictorias me aprieta el pecho: ansiedad, alivio y un abrumador sentimiento de culpa. «De acuerdo», respondo en voz baja, apenas por encima de un susurro. «Estaré allí a las siete».

El tono del detective cambia, se suaviza y me tranquiliza. «Lo resolveremos, señorita Hayes. Cuídese y hasta pronto».

Cuando cuelga, cuelgo el teléfono y suelto un suspiro tembloroso que parece haber estado atrapado dentro de mí. Ross me observa atentamente, con las cejas fruncidas en señal de preocupación. «¿Está preparando una operación encubierta?», pregunta con voz entrecortada por la incredulidad y la curiosidad.

Asiento con la cabeza. «Sí. Primero nos reuniremos con él en la comisaría». Mi mirada se desvía hacia Juliet. Parece tensa, con los ojos fijos en algún punto invisible más allá de mi hombro. «Ha dicho que bajo ningún concepto vaya sola».

Ross me frota la espalda, ofreciéndome un gesto reconfortante. «Bien.»

La mandíbula de Juliet se tensa y su expresión se endurece. «¿Y qué? ¿Va a ir la policía a espantar a esa persona?».

El calor sube a mis mejillas, una mezcla de ansiedad y determinación. «Prefiero eso a que me tiendan una emboscada o algo peor. Esto podría ser una pista legítima, Juliet. Podría ayudarnos a encontrar a Claire». Mi voz transmite una urgencia que no puedo reprimir, el peso de nuestra situación me presiona.

Ella aprieta los labios, con el rostro tenso por la tensión. «De acuerdo», responde en voz baja, con un tono que me hace dudar de lo que piensa.

Fuera cae un rayo que ilumina el salón con un destello blanco. El momento pasa y me quedo parpadeando en la repentina penumbra. Mi pulso sigue acelerado. Vamos a hacerlo. Esta noche.

El día se alarga a una lentitud atroz. En un momento dado, deja de llover, aunque el cielo

permanece gris moteado. No me atrevo a comer más que un par de tostadas para almorzar; tengo el estómago demasiado revuelto por la aprensión. Mitchell percibe la tensión y no deja de mirarme con el ceño fruncido.

No quiero que esté en casa esta noche cuando me vaya a la comisaría. ¿Y si algo sale mal? Acorralo a Ross a media tarde, hablando en voz baja en el pasillo.

«¿Puedes quedarte con Mitchell esta noche?». Pregunto, con las manos juntas delante de mí. «No lo quiero aquí, sobre todo si Juliet está enfadada».

Ross mira hacia el pasillo, donde Juliet ordena la cocina por tercera vez en el día. «Sí», acepta, con voz grave. «Hagámoslo. Puedo decir que me lo llevo a dormir a mi casa».

«Gracias», susurro, con el alivio mezclado con la culpa. Odio alterar los horarios de Mitchell, pero no puedo arriesgarme a que quede atrapado en el fuego cruzado de lo que sea que ocurra esta noche.

5:30 p.m. «Mami, ¿por qué no puedes venir tú también?». suplica Mitchell, abrazando a su osito de peluche mientras Ross recoge su bolsa de viaje. El salón está inundado de la luz dorada y mortecina de un día que se apaga.

Me agacho hasta la altura de los ojos de Mitchell, ignorando el dolor en las costillas. «Tengo que hacer unos recados de mayores, cariño», le digo con suavidad, apartándole un mechón de pelo de la frente. «Pero te veré mañana, ¿vale?».

Se muerde el labio, un pequeño gesto que revela la incertidumbre que se arremolina en su joven mente. «¿Me lo prometes?», pregunta con los ojos muy abiertos en busca de seguridad.

Me fuerzo a sonreír, desesperada por que no oiga el temblor de mi voz que delata mi ansiedad. «Lo prometo», digo, intentando inyectar seguridad a mis palabras.

Ross coge suavemente la mano de Mitchell y lo guía hacia el coche con una calma que contrasta con la tormenta que se avecina en mi interior. Los observo a través de la ventanilla, con el corazón dolorido por el peso de mi preocupación. Mantente a salvo, cariño -suplico en silencio, esperando que mi amor pueda protegerlo de algún modo de los peligros que acechan más allá de nuestra puerta.

En cuanto se marchan, me doy cuenta de que estoy solo con Juliet. Está de pie junto a la puerta, abrazada a sí misma como para protegerse de un escalofrío. «¿Adónde vas?», pregunta con voz apagada.

«La detective Delaney quiere que esté en comisaría a las siete», le digo.

Ella asiente rígida. «De acuerdo».

Se hace un silencio incómodo. El remolino de desconfianza entre nosotros es casi asfixiante. Recojo mi abrigo y compruebo la batería de mi teléfono. Cada fibra de mi ser tiembla de aprensión por lo que pueda pasar esta noche.

Juliet me sigue con la mirada, sus ojos son una intensa mezcla de preocupación y algo más que no logro distinguir. «Peyton», dice en voz baja, apenas por encima de un susurro, “por favor, ten cuidado”.

La sorpresa me recorre como una chispa en la oscuridad. Casi suena... sincero. Pero, ¿se trata de preocupación por mi seguridad o tiene miedo de que descubra algo que ha estado ocultando todo este tiempo?

Hago un pequeño gesto con la cabeza, intentando tranquilizarla aunque mi corazón se acelere por la incertidumbre. «Lo haré.

18:55 El coche de Ross se detiene delante de la comisaría. Se ha ofrecido a traerme después de dejar a Mitchell en su casa y se niega a perderme de vista. Me corroe la ansiedad, pero le agradezco que se quede. Al menos no estoy completamente sola.

El detective Delaney se reúne con nosotros en el vestíbulo, con un abrigo oscuro y un aire de urgencia concentrada. «Justo a tiempo», dice a modo de saludo. «Vamos, mi equipo está esperando atrás».

Le seguimos a través de un laberinto de pasillos hasta una sala de reuniones donde otros dos agentes de paisano y un sargento uniformado se ciernen sobre un mapa extendido sobre una mesa. El antiguo almacén de Pine Street está señalado con un círculo rojo.

«Sra. Hayes, Sr. Hayes», dice Delaney, señalando el mapa. «Colocaremos agentes aquí, aquí y aquí...» Señala el perímetro. «El edificio tiene varias entradas, así que tendremos que cubrirlas. Tendremos una pequeña presencia en el interior, oculta tras algunas de las viejas cajas y estanterías».

Intento tragarme los nervios, el nudo en la garganta me lo pone difícil. «¿Y yo? ¿Dónde voy yo?»

Delaney se encuentra con mi mirada firme y tranquilizadora. «Entrarás como te han pedido, sola, al menos visiblemente sola. Estaremos cerca, fuera de la vista, vigilando cada movimiento. Llevarás un micrófono para que podamos oír lo que se dice y responder si es necesario».

Ross se tensa a mi lado, con el ceño fruncido por la preocupación. «¿Es seguro? ¿Y si algo sale mal?»

«Haremos todo lo posible para asegurarnos de que Peyton esté protegida», dice el detective con calma. «Pero quienquiera que sea insistió en que viniera sola. Eso significa que tenemos que mantener la ilusión el mayor tiempo posible».

Me tiemblan las manos al pensar en entrar en ese lugar abandonado, sin saber quién me espera. «De acuerdo», me las arreglo. «Lo haré».

Uno de los agentes de paisano -una mujer de pelo corto y rubio- me entrega un pequeño dispositivo que parece un botón de gran tamaño. «Póntelo debajo de la chaqueta. Es un transmisor. Te oiremos, pero tú no nos oirás».

Asiento con la cabeza, con la respiración agitada. Ross me rodea con un brazo y baja la voz para que sólo yo pueda oírle. «Esto no me gusta», murmura. «Pero no tenemos otra opción».

Tiene razón. Si quiero respuestas, esta es la única manera.

7:55 p.m. Ross me deja a una manzana del almacén, por orden del detective, para no llamar la atención. Salgo a la húmeda penumbra con el corazón palpitante. El cielo está amoratado y gris,

y los restos de la tormenta del día se reflejan en charcos resbaladizos sobre el pavimento agrietado.

Delaney y los demás agentes están dispersos, presumiblemente escondidos en vehículos o entre los edificios en ruinas de los alrededores. Observo la zona mientras camino: vallas metálicas cubiertas de alambre de espino, muelles de carga oxidados, ventanas rotas. Mis pasos resuenan inquietantemente.

Un relámpago ilumina el viejo letrero que hay sobre mi cabeza: ALMACÉN DE LA CALLE PINO. La mayoría de las letras han desaparecido o están medio rotas. La estructura se cierne ante mí, con sus paredes de metal corrugado manchadas de óxido y pintadas. Se me revuelve el estómago.

Me detengo ante la puerta, una enorme corredera metálica parcialmente abierta que cruje con el viento. «Estoy aquí», murmuro, esperando que Delaney y su equipo me escuchen. Pienso en el transmisor que llevo bajo el abrigo. Ten cuidado, Peyton.

Me armo de valor y entro.

El interior está en penumbra, sólo iluminado por la tenue luz de la luna que se filtra por las ventanas rotas de arriba. En el espacio cavernoso se alinean hileras de almacenes abandonados, algunos con las puertas abiertas, otros cerrados a cal y canto con viejos candados.

El pulso me retumba en los oídos. Cualquiera podría esconderse detrás de esas unidades. El aire huele a mosto y a metal, a hormigón húmedo y a cigarrillos rancios. A lo lejos, la lluvia golpea el tejado agujereado y resuena en el vasto vacío.

«¿Hola? Llamo, mi voz rebota en las frías y duras paredes del almacén. El sonido es frágil y me quedo sin aliento al oírme tan pequeña en este inmenso vacío.

Por un momento, sólo hay silencio, una pesada manta que me envuelve, amplificando la tensión en el aire.

Luego, pisadas: un roce lento y deliberado contra el implacable suelo de hormigón. El corazón se me paraliza, un tambor salvaje resuena en mi pecho. Me asomo a la penumbra, esforzándome por distinguir una forma que acecha en las sombras, mientras mis instintos me gritan que permanezca alerta.

«Peyton», dice una voz, apagada pero reconocible. Se me revuelve el estómago. Está distorsionada, como si alguien utilizara un modulador de voz barato. Una figura sale de detrás de una hilera de estanterías. Va vestida de negro, con la cara cubierta por una capucha y la mitad inferior por un pañuelo. Incluso lleva guantes en las manos.

El miedo me inunda, pero me mantengo firme. «¿Quiénes sois? Susurro con voz temblorosa. «Dijiste que podías enseñarme a Claire».

La figura inclina la cabeza, la voz modulada resuena extrañamente. «Ella está aquí. ¿De verdad quieres verla?».

Se me hace un nudo en la garganta. ¿Claire está viva? Lanzo una rápida mirada a mi alrededor, esperando encontrar alguna señal de la presencia de Delaney. No veo nada, sólo sombras. «Sí», digo, forzando la palabra. «¿Dónde?

La figura hace un gesto con la mano enguantada. «Sígueme.

Dudo, con todos los músculos en tensión. El detective dijo que estarían cerca, pero adentrarse en este laberinto de almacenes es como caer en una trampa. Tienes que hacerlo, Peyton. Por Claire.

Doy un paso tembloroso hacia delante. La figura se gira, alejándose. Otro paso. La oscuridad parece acercarse. Mis pensamientos se arremolinan: ¿Podría ser Juliet, disfrazada? ¿Podría ser Ross, o alguien totalmente distinto?

Doblamos una esquina y pasamos junto a más unidades metálicas. Los grafitis y las manchas de óxido se mezclan en la penumbra. La figura se detiene bruscamente ante el número 12, con la puerta entreabierta. El corazón me golpea las costillas.

«Dentro», dice la voz distorsionada, resonando en las frías paredes metálicas.

Trago saliva, el terror me sube por la espalda como dedos helados. «¿Claire?» grito, con la voz apenas por encima de un susurro, llena de incertidumbre y miedo.

No obtengo respuesta, sólo un silencio escalofriante. La figura se limita a hacer un gesto hacia la puerta abierta, un movimiento casi lánguido, como si me invitara a entrar en el corazón de las tinieblas.

¿Dónde está la policía? me pregunto frenéticamente. Quizá estén esperando el momento oportuno. Ahora no puedo escapar. Me armo de valor y me asomo a la unidad. La oscuridad es absoluta y el olor a moho casi insoportable. Cojo el móvil y enciendo la linterna.

Un pálido haz de luz ilumina el suelo de cemento, lleno de escombros, trapos viejos y un par de palés de madera rotos. Se me corta la respiración cuando el haz se posa sobre algo en una esquina: una forma cubierta por una manta hecha jirones. Dios mío.

«¿Está...?» Me tiembla la voz.

La figura se para detrás de mí, bloqueando la salida. «Querías saberlo», dicen, con voz hueca. «Míralo tú mismo».

Me acerco, con el corazón en la garganta y la mente gritando advertencias. Mis zapatos crujen contra los escombros sueltos. Cada paso es como caminar por arenas movedizas. Delaney, ¿dónde estás?

Por fin, mi linterna pasa sobre la forma que hay bajo la manta. Por favor, que no sea un cadáver... Toco el borde de la manta con la punta del zapato, incapaz de arrodillarme. La tela se desliza y deja al descubierto una vieja chaqueta manchada sobre un montón de cajas de cartón vacías. Nada. El haz de mi linterna sólo revela basura.

Una oleada de confusión me invade. «¿Qué...?»

De repente, percibo movimiento. La figura arremete, agitando los brazos. Algo duro y pesado me golpea en la nuca.

El dolor me estalla detrás de los ojos y caigo desplomada, con la linterna por el suelo. Mis costillas gritan en señal de protesta. Jadeo, la vista se me nubla, la confusión se mezcla con el pánico.

«¡Para!», grito. grito, pero la figura me agarra del brazo y me lo retuerce dolorosamente. Mi bandolera se desgarra y me invade la agonía. El teléfono se aleja con estrépito y el haz de luz gira enloquecido.

Oigo un ruido metálico, como el de un cuchillo o una palanca. Mi atacante sisea: «¡No podías dejarlo así, Peyton!».

Su voz sigue siendo modulada, pero la furia crepita bajo ella. Pateo a ciegas, con la adrenalina a flor de piel. Delaney, ¿dónde estás? La oscuridad se cierra en torno a los bordes de mi visión.

Un grito lejano resuena en el almacén: «¡Policía! Manos arriba». Finalmente, llega la caballería.

Mi atacante maldice y me suelta. Retrocedo, jadeante, con la cabeza agitada. Los rayos de las linternas atraviesan la oscuridad. Veo la silueta de Delaney, con el arma en alto y los agentes desplegados tras él.

En un abrir y cerrar de ojos, el atacante sale corriendo y se adentra en el laberinto de unidades. Delaney grita órdenes: «¡Alto! No te muevas», mientras los demás agentes le persiguen.

Me desplomo contra la pared, luchando por respirar más allá del dolor en el hombro y la cabeza. Mi pecho se agita con sollozos de alivio y terror. Han tendido una trampa. Claire no está aquí. Siguen encubriendo su desaparición... Una agente se arrodilla a mi lado, con la radio crepitando en su hombro. «La ambulancia está de camino», dice, tocándome suavemente el brazo. «Quédese quieta, Srta. Hayes. Ahora está a salvo».

A salvo, pero mi mente se tambalea. Veo las linternas de los agentes rebotar salvajemente en la distancia, persiguiendo a una figura encapuchada que podría ser la clave de todo. Tengo que saber quién es. Pero la oscuridad se cierne sobre mí, un rugido en mis oídos. Mi cuerpo se hunde en el frío hormigón mientras todo se vuelve negro.

Me despierto con el zumbido de los fluorescentes, el olor antiséptico del desinfectante y el pitido sordo de las máquinas cercanas. Otra vez no. Se me revuelve el estómago. Otra habitación de hospital.

Siento los párpados como si fueran de plomo, pero los abro a la fuerza. Los azulejos blancos del techo me dan la bienvenida, junto con un goteo intravenoso fijado a mi brazo. El latido de mi cabeza me hace estremecerme. Tengo el hombro vendado de nuevo, envuelto en vendas frescas.

Una silueta junto a la puerta se adelanta: Ross. Siento alivio en el pecho. Parece despeinado, con el pelo revuelto y ojeras. «Peyton», murmura, con la voz tensa por la preocupación.

Trago saliva. Tengo la garganta seca. «Hola», balbuceo, parpadeando. «¿Qué ha pasado?

Se arrodilla junto a la cama y me coge la mano con delicadeza. «Te atacaron en el almacén. La policía te encontró inconsciente. Llevas inconsciente unas horas».

Los recuerdos se agolpan en un torrente nauseabundo: la figura encapuchada que se cernía sobre mí, el golpe estremecedor que me sumió en la oscuridad, los gritos frenéticos de Delaney resonando en mi mente. «¿Han... han cogido a la persona?». pregunto, con la voz apenas por encima de un susurro, cargada de ansiedad.

El rostro de Ross se retuerce de frustración y preocupación. «No. Se han escapado», admite, con

el tono cargado por el peso de la situación.

La decepción me oprime el pecho como una pesada piedra. «Entonces, ¿todavía no sabemos quién fue?». insisto, con la incertidumbre carcomiéndome.

Sacude la cabeza lentamente, con expresión grave. «La detective Delaney cree que podrían haberlo montado todo: te llevaron allí, dejaron esa manta para engañarte y hacerte creer que estabas más cerca de encontrarla».

Se me saltan las lágrimas, amenazando con derramarse. Nunca se trató de encontrar los restos de Claire. Era una treta para atraparme... o silenciarme. «Estuve tan cerca...» Me tiembla la voz, quebrándose bajo el peso de mi comprensión.

Ross me aprieta la mano con fuerza, un pequeño gesto de consuelo en medio del caos. «Lo sé. Me alegro de que estés viva», me tranquiliza, con un apretón cálido y firme.

La cortina se aparta bruscamente y entra el detective Delaney en persona, con una máscara de sombría determinación. «Señorita Hayes, nos ha dado un buen susto», dice, con voz firme pero llena de auténtica preocupación.

Me incorporo, ignorando la punzada que me recorre las costillas al hacerlo. «Lo siento. Intenté seguir sus instrucciones», respondo, con el corazón acelerado mientras me preparo para lo que venga a continuación.

Él asiente. «Así es. Mi equipo no esperaba que atacaran tan rápido. Debían de conocer nuestras posiciones». Su mirada se ensombrece. «Es posible que tengamos una fuga, o que estuvieran vigilando desde dentro incluso antes de que llegáramos».

Me estremezco. «Pero... me conocían. Me acusaron de no dejarlo estar».

A Delaney se le desencaja la mandíbula. «Sí. Y si sabían de la presencia policial, deben de tener recursos... o una conexión interna». Mira a Ross. «Necesito que los dos seáis extremadamente cautelosos a partir de ahora».

Ross asiente. «¿Y Juliet?», pregunta en voz baja.

El detective ladea la cabeza. «Hemos investigado a la Sra. Monroe. Sus registros públicos están limpios. No hay detenciones ni grandes problemas financieros. Sin embargo...» Vacila. «Encontramos pruebas de que ella y Claire Andrews se comunicaron hace unos seis meses. Correos electrónicos intercambiados desde un servidor privado, sin contexto, sólo unas pocas líneas que hacían referencia al «plan» y a «mantener a Peyton al margen»».

Me invade una oleada de frío. «¿Así que Juliet estaba en contacto con Claire?»

Asiente sombríamente. «No podemos probar que los correos fueran sobre algo criminal, pero muestran una conexión. La Sra. Monroe no ha mencionado nada de eso en sus declaraciones».

Aprieto los ojos. Juliet mintió. Insiste en que nunca conoció a Claire, que sólo sabía su nombre por mi confusión. La sensación de traición irradia como una herida fresca.

Las facciones de Ross se tensan de ira. «Está claro que oculta algo».

Delaney se mete las manos en los bolsillos. «Seguiremos investigando. Por ahora, señorita

Hayes, el médico quiere que pase la noche en observación: lesión en la cabeza, posible conmoción cerebral. Pero mañana debería poder irse a casa».

Quiero discutir, pero me invade una oleada de mareo que anula cualquier protesta. Me desplomo contra las almohadas, sintiendo el peso del cansancio. «Vale», consigo decir, pero mi voz sale hueca y tensa.

Delaney empieza a marcharse, luego duda y se vuelve hacia mí con expresión seria. «Esta noche pondré a un agente fuera de tu habitación, por si acaso. Quien te haya atacado podría volver a intentarlo».

Me recorre un escalofrío al recordar la amenaza que acecha más allá de estas paredes estériles. Asiento con la cabeza, sintiendo una mezcla de gratitud y miedo. «Gracias.

Y se marcha, dejándonos a Ross y a mí solos en la silenciosa atmósfera de la habitación del hospital, con el leve pitido de las máquinas marcando el silencio. Miro a Ross en busca de consuelo. «¿Mitchell?»

«Sigue en mi casa. Sano y salvo», promete Ross con firmeza, su voz firme y reconfortante. «No le he contado los detalles. Solo le dije que tenía que quedarse en el hospital para un chequeo».

Exhalo lentamente, con el alivio luchando contra el persistente dolor de cabeza. Gracias a Dios que está a salvo. «Lo siento, Ross», susurro, con la voz apenas por encima de un suspiro. «Te he metido en este lío».

Sacude la cabeza. «Estamos juntos en esto, Peyton. Si Juliet está implicada... o si hay alguien más...» Se interrumpe, con los ojos ensombrecidos por la preocupación. «Lo averiguaremos.

Cierro los ojos, conteniendo las lágrimas. Claire sigue desaparecida, el agresor ha escapado y las mentiras de Juliet se acumulan. Cada día, los secretos se multiplican y la verdad parece más lejana. Sin embargo, no puedo dejarlo. Se lo debo a Claire... y a mí mismo.

En el pasillo, pasan pasos pesados y se intensifica el pitido de un monitor cardíaco en una habitación vecina. Ross se queda en silencio, como si no supiera cómo consolarme.

Finalmente, susurro: «Ross... ¿crees que Claire sigue viva?».

Vacila y traga saliva, con la garganta en tensión, como si la pregunta se le hubiera quedado grabada. «No lo sé», admite, con la voz cargada de incertidumbre. «Pero sé que no pararemos hasta encontrarla».

Sus palabras palpitan con tranquila determinación, cada sílaba es un faro en la oscuridad que nos rodea. Aferrándome a esa frágil esperanza, asiento con la cabeza, el cansancio tirando de mí como un peso demasiado pesado para soportarlo. Mientras cierro los ojos, hago una promesa silenciosa: quienquiera que haya intentado silenciarme esta noche, no descansaré hasta saber la verdad sobre Claire. Incluso si eso significa enfrentarme a las partes más oscuras de mi propia memoria.

9

Me despierto sobresaltada, con las sábanas rígidas y almidonadas crujiendo a mi alrededor, los ojos abiertos de golpe por el resplandor de los fluorescentes. El olor clínico de la habitación del hospital me golpea como una bofetada y, por un momento, olvido dónde estoy y por qué. El pulso se me acelera en la garganta mientras observo el entorno.

Entonces todo vuelve de golpe: El antiguo almacén. El atacante encapuchado. El golpe en la cabeza. El rescate del detective Delaney. Otra oleada vertiginosa de recuerdos me invade -mi atacante siseando: «No podías dejarlo estar, Peyton»- y cierro los ojos con fuerza, obligándome a respirar.

La máquina que hay junto a la cama emite un pitido bajo que marca mis constantes vitales. Vuelvo a estar conectada a una vía, el hombro vendado y rígido, las costillas vendadas con más fuerza. Me muevo contra la almohada, con gesto de dolor.

«Estás despierta», me dice una voz tranquila.

Giro la cabeza y veo a Ross sentado en la silla de visitas, con los brazos cruzados y la postura encorvada por el cansancio. Tiene el pelo revuelto y una sombra de barba en la mandíbula. Parece que no ha dormido.

«Hola», consigo decir, con voz áspera. «¿Cuánto tiempo?

Se levanta y se acerca a la cama. «Es de madrugada», dice en voz baja. «Llevas un rato inconsciente. El médico ha dicho que es normal: otra vez tienes una conmoción, Peyton. Necesitas descansar».

La frustración me atraviesa. Otra conmoción cerebral. La última ni siquiera se había curado del todo. «Siento que mi cabeza es un imán para los objetos contundentes», murmuro malhumorada, intentando bromear, pero la punzada de dolor en la sien aplana cualquier humor.

Ross esboza una pequeña sonrisa comprensiva. «Nos has dado un susto».

«Mitchell y tú, ¿estáis bien?». El corazón me da un vuelco. «No conoce los detalles, ¿verdad?

«Sólo que tuviste una caída y necesitabas pasar aquí la noche. Estaba preocupado, pero le aseguré que estarías bien». La voz de Ross se tensa. «Lo dejé un rato con mi vecino para poder venir a ver cómo estabas».

Mi alivio se ve atenuado por el torbellino de temor que siento en las tripas. «Gracias», susurro. «No lo quiero en medio de esto».

Ross pone una mano suavemente sobre la mía, con cuidado con la vía. «No lo está. Pero Peyton... tenemos que resolver esto. La detective Delaney dijo que parecía un montaje desde el principio».

Asiento con la cabeza, haciendo una mueca por el martilleo de mi cráneo. «¿Dónde está Delaney ahora?»

«Está por aquí». Ross hace un gesto vago hacia el pasillo. «Ha vuelto a apostar a un agente fuera de tu habitación, por si alguien intenta llegar hasta ti».

El recuerdo de aquella figura encapuchada abalanzándose sobre mí, el ruido metálico de un arma o una palanca chocando contra mi cabeza, hace que se me revuelva el estómago. «Todavía no sé quién era», respiro. «Podría ser un hombre o una mujer disfrazando su voz. Son fuertes, eso es todo lo que sé».

Ross me agarra brevemente la mano y luego exhala, dando un paso atrás. «Déjame llamar a la enfermera. Dijo que quería verte en cuanto te despertaras».

Lo miro irse, sintiendo una extraña mezcla de gratitud y persistente sospecha. ¿Podría estar Ross detrás de todo esto? Mi mente rechaza la idea. Él es quien ha estado siempre a mi lado. Y el atacante... No, creo. Ross ya estaba a salvo. Además, no puedo imaginármelo arriesgando así la seguridad de Mitchell.

Un momento después entra una enfermera, toda ropa de quirófano y un trato amable pero eficiente. Me hace las preguntas de rigor: cómo me duele, si tengo mareos, si sé qué día es, quién es el presidente. Le contesto apretando los dientes, con la frustración creciente de lo frágil que me siento.

Comprueba mi goteo intravenoso con manos hábiles y anota en mi historia clínica con una eficacia que demuestra su experiencia. Su sonrisa tensa transmite calidez y profesionalidad. «El doctor vendrá pronto, señorita Hayes. Intente descansar hasta entonces, ¿de acuerdo?».

Asiento con la cabeza y vuelvo a hundirme en las almohadas, con el peso del cansancio presionándome. Ross se cierne en el fondo, con la preocupación grabada en el rostro, los ojos desviados entre la enfermera y yo, como si tratara de calcular cuánto tiempo más tendré que soportar esto.

«¿Podría comer algo de verdad?», le pregunta a la enfermera con voz preocupada. «¿Una tostada, tal vez?»

Ella asiente, su expresión se suaviza ligeramente. «Pronto traeré una bandeja de desayuno ligero. Le ayudará a mantener las fuerzas». Con eso, se da la vuelta para irse, el sonido de sus zapatos resonando en el suelo de linóleo estéril mientras desaparece por el pasillo.

Cuando la enfermera se marcha, Ross se sienta en el borde de la silla de visitas, inclinado hacia delante, con los codos apoyados en los muslos. «Mire, hay algo que tengo que decirle». Su voz es baja, casi furtiva.

Un pico de alarma. «¿De qué se trata?

Mira hacia la puerta, asegurándose de que nadie le escucha, y luego me mira. «Anoche, después de que la policía te sacara de allí, Delaney me dijo que habían encontrado un sobre pegado con cinta adhesiva en el interior de uno de los trasteros cerca de donde te atacaron. No había huellas, pero dentro había una nota que hacía referencia...» Titubea, frunciendo el ceño. «Hacía referencia a tu relación con Claire».

Se me seca la boca, una sensación de sequedad me invade mientras me esfuerzo por procesar sus palabras. «¿Mi... relación?»

Ross asiente sombríamente, con la expresión cargada por el peso de la revelación. «Era vaga, pero mencionaba que sentías algo por ella. Algo sobre la traición».

Las ondas de choque me golpean, reverberando en mi pecho como un terremoto repentino, dejándome momentáneamente sin habla. «¿Por qué diría eso? La pregunta flota en el aire, cargada de incredulidad y confusión.

Ross extiende las manos. «No lo sé. Pero dijiste que recordabas a Claire en tu coche. ¿Quizá estabais... más unidos de lo que creías?». Exhala, frotándose la nuca. «Delaney iba a enseñarte la nota él mismo, pero entonces estabas inconsciente. Dijo que intentaría analizarla más a fondo, a ver si la letra coincidía con las amenazas anteriores.»

Miro fijamente la pared estéril, con el corazón latiéndome. ¿Tenía una relación sentimental con Claire? ¿O era algún tipo de amistad más profunda? La idea me ciega. Pero los mensajes de texto, los recuerdos parciales y el vínculo no revelado de Juliet con Claire... todo se arremolina en una tormenta caótica en mi mente.

«No me acuerdo», susurro, con la voz temblorosa. «Yo... recuerdo haber sentido algo por alguien, pero nunca pensé que fuera Claire. ¿Podría ser una mentira para despistarnos?».

La postura de Ross se hunde por la incertidumbre. «Puede ser. O quizá eso es lo que Juliet ocultaba; quizá sabía que Claire y tú estabais... liados».

Se me acelera el pulso. «¿Y trató de alejarme de ella? ¿O quizá Claire amenazó la relación de Juliet conmigo?». La ansiedad se apodera de mí. «Esto es demasiado confuso. Necesito respuestas».

Ross mira hacia la puerta. «Delaney podría tener más información. ¿Le llamo?»

«Sí, por favor.» Mi voz sale temblorosa pero decidida.

Él asiente y sale de la habitación. En cuanto se va, suelto un suspiro tembloroso. Mi reflejo en el lavabo de acero inoxidable, en el borde de la habitación, parece demacrado: pálido, magullado, con el pelo cubierto de sudor seco. Sentimientos por Claire. Traición. Nada de esto se asimila. ¿Podría haberla amado, o al menos haber estado íntimamente enredado en su vida? Si es así, ¿cómo encajaba Juliet?

Me invade una oleada de vértigo. Cierro los ojos e intento recomponer los fragmentos: El jersey rosa de Claire escondido en mi armario. Los correos electrónicos entre Juliet y Claire en los que se habla de «un plan» y de «mantener a Peyton al margen». El recuerdo de conducir bajo la lluvia, Claire gritando: «Nos matará a las dos». Una nota encontrada haciendo referencia a mis «sentimientos» por Claire.

Antes de que pueda seguir pensando en el caos que se arremolina en mi mente, la puerta se abre de nuevo. El detective Delaney entra, con una expresión entre sombría preocupación e inconfundible alivio al verme despierta. Ross le sigue de cerca, con las facciones tensas por una tensión persistente.

«Srta. Hayes», saluda Delaney, que se acerca a mi cama con una inclinación de cabeza que resulta tan formal como reconfortante en este momento de desorientación. «Me alegro de que esté consciente. ¿Cómo se siente?»

«Como si me hubiera arrollado un tren de mercancías», admito, sintiendo el peso del cansancio cubriéndome como una pesada manta. «Pero estoy vivo. Ross me habló de un sobre que encontraste».

Asiente con la cabeza y saca una pequeña bolsa de plástico del bolsillo de su abrigo. Dentro hay un trozo de papel doblado por la mitad. «Estaba pegado a una estantería a unos seis metros de donde te agredieron. Hemos buscado huellas y nada. La escritura es borrosa, quizá disimulada intencionadamente».

Con los dedos enguantados, desliza con cuidado la nota para que pueda verla a través del plástico. El corazón me da un vuelco:

Te mintió sobre todo. ¿Crees que te importaba? No eras más que un peón.

Miro fijamente las palabras y se me revuelve el estómago. Te mintió en todo. ¿Se refiere a Claire? ¿O a Juliet? La nota es ambigua. La segunda línea -¿Crees que te preocupabas por ella? Casi puedo oír la burla en el texto. No eras más que un peón. Un arrebato de ira teñido de vergüenza se apodera de mi pecho.

«¿Qué significa? murmuro, encontrándome con la mirada de Delaney.

Sacude la cabeza lentamente. «Podría referirse a Claire, a Juliet o a otra persona. Pero la sugerencia es que creías que tenías una conexión real con uno de ellos, y que te estaban utilizando».

La cara de Ross se ensombrece. «¿Así que crees que Claire podría haber estado manipulando a Peyton?».

Delaney vuelve a meter la nota en la bolsa, con los labios fruncidos. «Eso es una teoría, no un hecho. Necesitamos más pruebas. Pero dado el nuevo ángulo -que Peyton podría haber tenido una relación más profunda con Claire- es posible que Claire estuviera utilizando esa relación para sus propios fines.»

Aprieto los dientes, la frustración y la confusión se entremezclan. «O podrían ser mentiras destinadas a despistarme».

«Cierto», concede Delaney. «No podemos descartar la posibilidad de que el agresor lo escribiera sólo para confundirte. Pero concuerda con los correos electrónicos parcialmente recuperados que encontramos entre Claire y Juliet: se hablaba de un 'plan'. Claire podría haberte manipulado para ese plan, o Juliet podría haber manipulado a Claire».

Mi cabeza palpita, un dolor sordo que irradia de la herida. «Sólo quiero recordar lo que pasó aquella noche», susurro. «Porque cada nueva pista me hace cuestionar mi propia realidad».

La expresión de Delaney se suaviza un poco. «Estamos haciendo todo lo posible para reconstruirlo. Hemos emitido una orden de búsqueda y captura sobre cualquier vehículo sospechoso cerca del almacén y estamos analizando las grabaciones de seguridad de los bloques circundantes. Pero es probable que el atacante estuviera a pie o aparcado a unas manzanas de distancia».

El miedo me recorre las venas, un recordatorio implacable del peligro que acecha en las sombras. «Podrían volver a intentarlo», digo, con el peso de mi preocupación en el aire.

Asiente con gesto adusto, con expresión seria pero resuelta. «Hemos asignado a un agente para que vigile su residencia y la del señor Hayes. La seguridad de su hijo es primordial; no correremos ningún riesgo».

Ross exhala profundamente, la tensión en sus hombros se alivia un poco. «Gracias», responde, con la gratitud mezclada con la ansiedad persistente en su voz.

Delaney se mueve. «Una cosa más: nos han confirmado que Juliet Monroe trabajaba en la misma agencia que Claire, aunque en otro departamento. Lo dejó hace unos seis meses. Nunca lo mencionó en ninguna de sus declaraciones».

Me tenso. «¿Por qué no me dijo que trabajaba allí?».

Delaney tensa la mandíbula. «Es difícil de decir. Podría ser inocente, o podría ser parte de un encubrimiento mayor. Pronto la traeremos para interrogarla. Pero a menos que tengamos pruebas directas que la relacionen con la agresión o con la desaparición de Claire, no podemos detenerla.»

Se me escapa una risa hueca. «Así que... ¿esperamos?».

«Por ahora», dice Delaney, con tono firme pero compungido. «Céntrate en recuperarte. Seguiremos indagando en los antecedentes de Juliet». Hace un gesto hacia mi goteo intravenoso. «El doctor ha dicho que podrían darte el alta mañana por la mañana si los resultados de las pruebas son normales. Hasta entonces, descansa».

Suelto un suspiro entrecortado. «De acuerdo.

El detective asiente con mesura, mira a Ross y se marcha. Una nueva oleada de cansancio se apodera de mí. Juliet trabajaba con Claire. Mintió sobre eso. Intercambió correos electrónicos crípticos. Ahora me llegan notas de que Claire me utilizó, o Juliet me utilizó, o ambas. ¿Me han pillado en medio de un plan que no recuerdo?

Ross vuelve a sentarse a mi lado, con la simpatía grabada en sus facciones. «Lo siento», dice en voz baja. «Esto no hace más que empeorar».

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en la almohada. «Sí.

Las horas siguientes transcurren confusas. El personal del hospital me hace más pruebas: otro TAC, algunos controles neurológicos. Entre pinchazo y pinchazo, entro y salgo de un sueño intranquilo, atormentado por sueños retrospectivos de carreteras empapadas por la tormenta y el rostro angustiado de Claire.

En uno de los sueños, vuelvo a mi coche y los faros recorren un descampado. Claire está en el

asiento del copiloto, con el jersey rosa empapado y el rímel corrido bajo los ojos. Capto palabras que antes no recordaba:

Claire (frenética): Si se entera, estamos acabados. Por favor, Peyton, tienes que elegir.

Yo (negando con la cabeza): No quiero hacer daño a nadie... Me agarra del brazo. Es demasiado tarde. Su voz se transforma en un grito cuando el coche da un volantazo y los faros se encienden.

Me despierto de golpe, con el corazón palpitante y los ojos llenos de lágrimas. Los moratones de mis costillas protestan por el repentino movimiento y me llevo una mano al costado, estremeciéndome. Si se entera, estamos acabados. ¿Y quién se entera? ¿Julieta? ¿O alguien más?

Los relámpagos de la ventana parpadean. Ha caído otra tormenta. El golpeteo de las gotas de lluvia sobre el cristal me pone los nervios de punta. Con dedos temblorosos, me froto los restos de lágrimas de las mejillas. Ross dormita en un rincón, con los brazos cruzados y la barbilla recogida.

Una enfermera entra y comprueba mis constantes vitales. Se da cuenta de mi respiración agitada. «¿Otra vez pesadillas?», me pregunta con dulzura y mirada comprensiva.

Asiento con la cabeza, tragándome el nudo que tengo en la garganta.

Se hace de noche. Ross se ha ido a preparar a Mitchell para irse a dormir a su casa, prometiendo volver por la mañana. Estoy sola en la habitación del hospital, el pasillo en silencio salvo por el chirrido ocasional de una camilla. La luz del techo se ha reducido a un suave resplandor.

De repente, se oye un ruido de pies cerca de la puerta y un murmullo de voces. El policía que está fuera habla con alguien. Me pongo tenso, con la ansiedad a flor de piel. ¿Quién es?

La puerta se abre de golpe y Juliet se asoma. El corazón me da un vuelco y la adrenalina me inunda. La voz del policía la sigue: «La señorita Hayes necesita descansar, así que sea breve».

Juliet le hace un gesto con la cabeza y entra. Lleva una sencilla chaqueta de punto, la postura tensa. Cuando se da cuenta de mi expresión de sorpresa, levanta ambas manos, con las palmas hacia fuera, como si quisiera demostrar que es inofensiva. «Sólo quería saber cómo estabas», dice en voz baja.

Un remolino de emociones contradictorias se agita en mis entrañas: ira, miedo, confusión. «¿Por qué? consigo decir, con la voz ronca.

Se acerca y se detiene a unos metros de la cama. «Porque eres mi amigo. Casi mueres... otra vez». Sus ojos pasan por encima de mis vendas y moratones, y una auténtica preocupación ensombrece sus rasgos.

No me dejo ablandar. «La detective Delaney descubrió que Claire y tú trabajabais en la misma agencia de publicidad», digo sin rodeos, ignorando el parpadeo de dolor tras mis ojos. «¿Por qué no me lo dijiste?».

La boca de Juliet se tensa y su expresión se vuelve defensiva. «Porque sabía que daría lugar a preguntas. Trabajábamos en departamentos distintos. Apenas la conocía, Peyton», contesta con la voz entrecortada, como si intentara convencerse a sí misma tanto como a mí.

«Mentirosa», susurro, la palabra escapando de mis labios con una agudeza que me sorprende incluso a mí. «Encontraron correos electrónicos. ¿Un plan? ¿Manteniéndome al margen?». Se me acelera el pulso con el peso de la acusación, las implicaciones flotan pesadamente en el aire entre nosotros.

Parece realmente alarmada, con los ojos abiertos por la incredulidad. «¿Cómo...? La pregunta queda en suspenso, con un miedo tácito evidente en su mirada, como si se diera cuenta de la profundidad de la situación en la que se ha visto envuelta.

«Se acabaron los juegos», digo bruscamente, ignorando la orden de la enfermera de mantener la calma. Me enfurezco. «Mentiste al decir que me habías encontrado en el lugar del accidente. Mentiste sobre no conocer a Claire. Mentiste sobre tantas cosas, Juliet. ¿Por qué?

Mira hacia la puerta y baja la voz. «No es lo que crees. Claire me habló de un proyecto que quería poner en marcha. Nunca me involucré, la verdad». Entrelaza los dedos, con el rostro pálido.

El pulso me retumba en los oídos, un tambor incesante de ansiedad. «Entonces, ¿por qué me lo ocultaste? exijo, con el peso de su decepción presionándome.

Traga saliva con dificultad, su garganta se mueve como si las palabras estuvieran alojadas allí. «Porque implicaba a gente que conocías, alguien con quien Claire estaba liada. Me pidió que no te lo dijera. Me quedé atrapada en medio, en una red en la que nunca quise estar». Sus dedos se retuercen nerviosos, traicionando su ansiedad, y su rostro se vuelve más pálido.

«¿Quién? Aprieto el botón, el pavor se arrastra como una sombra, me envuelve el pecho y me aprieta.

Juliet desvía la mirada, evita la mía como si la verdad fuera demasiado peligrosa para afrontarla. «No puedo... -Se interrumpe, con la frustración cubriéndole la frente como un nubarrón. «Tengo miedo, Peyton. Si te digo la verdad, correrás más peligro del que ya corres».

La miro fijamente, con la incredulidad inundando mis sentidos. «¿Más peligro que sufrir una emboscada en un almacén abandonado?». Las palabras escapan de mis labios, teñidas de incredulidad.

Ella cierra los ojos brevemente, la culpa retuerce sus facciones de una forma que hace que me duela el corazón. «Nunca quise que te pasara eso. Intento protegerte», insiste, con una voz más suave pero aún cargada de temor.

Se me escapa una risa amarga, aguda y amarga como una pastilla tragada. «Al mentir, estás haciendo exactamente lo contrario. Quizá intentas protegerte». La acusación flota en el aire entre nosotros, densa y sofocante.

Entreabre los labios, pero no dice nada y el silencio resuena a nuestro alrededor. Fuera, un trueno retumba ominosamente, un telón de fondo premonitorio para nuestra conversación fracturada. Me coge la mano, un tímido gesto de consuelo, pero yo la aparto de un tirón, con el dolor punzándome el hombro como un cruel recordatorio de la realidad en la que estamos atrapados.

«Me dijiste que no hablara con la policía», siseo. «Dijiste que no hablara de Claire. Escondiste su jersey en mi armario. ¿Por qué, Juliet? ¿Querías inculparme o creías que me estabas salvando de

algo?».

Los ojos de Juliet rebosan lágrimas. «Yo no escondí el jersey», insiste débilmente. «Lo encontré un día en tu cesto de la ropa sucia. Me entró el pánico. No quería que lo vieras y te asustaras, así que lo escondí. Iba a deshacerme de él, pero entonces... todo pasó tan rápido».

Su explicación parece demasiado conveniente. «¿Esperas que me crea eso?»

Aprieta los labios, las lágrimas amenazan con derramarse. «Es la verdad. No tienes por qué creerme. Pero hay cosas que no sabes... sobre Claire, sobre aquella noche. Yo no soy el enemigo».

Me invade una oleada de cansancio. Estoy demasiado agotada para seguir gritando, demasiado maltratada por las medias verdades y las contradicciones. «Entonces dime quién es», susurro, con la voz entrecortada. «¿Quién me atacó? ¿Quién dejó esas notas? ¿Quién hizo desaparecer a Claire?».

Juliet vuelve a mirar hacia la puerta, como si le aterrara que alguien estuviera escuchando. Su rostro se contorsiona de angustia. «Peyton, no es seguro. Si digo demasiado...» “Entonces vete”, escupo, con las lágrimas quemándome los ojos. «Porque ahora mismo, lo único que veo es que mientes una y otra vez. Eso no es seguridad, es traición».

Se estremece, como si la hubiera golpeado. Por un momento, pienso que podría desafiarme y contarlo todo. Pero entonces sus hombros se hunden y da un paso atrás. «Lo siento», susurra. «Nunca quise que pasara nada de esto».

Sin decir nada más, se gira y cruza hacia la puerta. El policía se aparta y la deja pasar. Se va en un santiamén, dejándome temblando de rabia y desesperación.

Nunca quise que pasara nada de esto. Las palabras suenan huecas. Miro fijamente la puerta cerrada, las lágrimas resbalan silenciosamente por mis mejillas. Si de verdad quiere protegerme, ¿por qué no confiesa? ¿De quién tiene miedo?

El pitido de la máquina intravenosa es mi única compañía en el silencio que sigue. Estoy demasiado cansada para llamar a la enfermera. Me duele la cabeza como si me la estuvieran aplastando. Haciendo acopio de mis últimas fuerzas de voluntad, cojo la manta y me la subo hasta la barbilla, temblando a pesar del calor del hospital.

No puedo fiarme de Juliet, eso está claro. No puedo fiarme de la figura encapuchada que me atrajo al almacén. Ni siquiera puedo confiar en mis recuerdos fragmentados. La única persona que me ha reconfortado en esta pesadilla es Ross, e incluso con él tengo preguntas sin respuesta sobre la noche en que discutimos. Mitchell es el único inocente de verdad.

Un relámpago ilumina momentáneamente el pasillo a través de la rendija de cristal de la puerta. Otro trueno sacude la ventana. El corazón me late con fuerza y la ansiedad me rodea el pecho.

Me dice: «Si te digo la verdad, correrás aún más peligro». ¿Pero de quién? ¿Un fantasma de mi pasado? ¿De Claire, si sigue viva y manipuladora? ¿O un hombre que Claire y yo temíamos? «Nos matará a los dos».

Me pesan los párpados y mi mente es una cacofonía de pensamientos. En algún momento, me quedo dormida. Un sueño se apodera de mí: Claire está de pie en el pasillo del hospital, con el

jersey rosa y los ojos llenos de lágrimas. Dice algo que no puedo oír, se lleva un dedo tembloroso a los labios y desaparece entre las sombras parpadeantes.

Me despierto sobresaltada, con el corazón latiéndome de golpe, la luz del techo aún tenue. La tormenta se ha calmado y solo llueve suavemente. Me tiembla el cuerpo y siento un dolor que irradia desde el hombro y las costillas.

Me tapo los ojos con la palma de la mano y lucho contra las lágrimas que amenazan con derramarse de nuevo. ¿Claire? ¿Dónde estás? ¿Y por qué tengo la nauseabunda sensación de que, si la encontramos, puede que nos traiga respuestas a las que ninguno de nosotros quiere enfrentarse?

10

Estoy en casa a última hora de la mañana del día siguiente, en contra de la opinión del médico. Pero mis incesantes súplicas, más el sutil empujón de la detective Delaney, les convencieron de que me recuperaría mejor en mi propia cama que bajo el resplandor de las luces del hospital. Me han cosido el corte en el cuero cabelludo, me han vendado el hombro y me han dado instrucciones para que descanse y evite situaciones estresantes. Ni hablar.

Ross me lleva a la acera en una silla de ruedas del hospital, con el brazo en cabestrillo. El cielo está sombrío, cargado de nubes que amenazan con otra tormenta. Un agente uniformado nos sigue, con una pequeña bolsa llena de artículos de aseo y vendas de repuesto. Delaney ha insistido en el «destacamento de protección», y estoy demasiado agotada para discutir. Si un guardia armado me ayuda a dormir, que así sea.

Mientras subo al coche de Ross, el nuevo agente, el oficial Grady, vigila el aparcamiento en busca de cualquier indicio de problemas. Ross le da las gracias en voz baja antes de cerrar la puerta del pasajero.

Me echo hacia atrás y dejo que mi cabeza se apoye en el reposacabezas. Siento un dolor sordo en el cráneo y me duelen las costillas con cada bache de la carretera. Miro la cara tensa de Ross y veo líneas de preocupación más profundas que nunca.

«¿Estás bien?», murmura, con voz baja y firme, mientras saca con cuidado el coche de la entrada del hospital y los neumáticos crujen suavemente sobre la grava.

«Me he sentido mejor», respondo, con la voz áspera y tensa, como recuerdo del calvario que acabo de pasar. «Pero al menos no estoy atrapada en esa cama de hospital, mirando las paredes blancas y estériles».

Asiente en señal de comprensión y enciende el intermitente mientras recorre las calles que le son familiares. «Mitchell está con tu madre ahora mismo, haciéndole compañía mientras salimos de aquí».

Un nuevo destello de alivio. Mi madre vive a dos pueblos de aquí, pero puede ocuparse de Mitchell. Estará a salvo con ella. «Gracias», susurro. «No estaba preparada para tenerlo aquí, todavía no».

La mano de Ross me toca brevemente la rodilla en señal de simpatía. «Lo sé.»

Conducimos en silencio durante un rato, el zumbido del motor me adormece. Mi mente se agita con las últimas revelaciones: La crisis de Juliet en mi habitación del hospital, la nota que hacía referencia a mis «sentimientos» por Claire, la posibilidad de que una de ellas o las dos me hubieran utilizado. Un remolino de traición, confusión y culpa persistente se me enreda en las tripas.

Me despierto sobresaltada cuando Ross gira hacia mi calle, nuestra antigua calle. Aunque se mudó hace años, seguimos llamándola «nuestra». La familiaridad me escuece. Casas con buzones idénticos. Céspedes perfectos. Una sensación de normalidad que se burla de mi vida actual.

En cuanto entramos en mi casa, veo un sedán oscuro aparcado al otro lado de la calle. Hay una figura dentro, con la cara parcialmente oculta por el resplandor del parabrisas. Mi adrenalina se dispara, pero Ross me pone suavemente una mano en la muñeca.

«Es el destacamento de protección», dice en voz baja. «Los hombres de Delaney. No te preocupes».

Exhalo, con los hombros caídos. «Bien.

Ross me ayuda a salir del coche, me rodea la cintura con un brazo mientras cojeo hacia la puerta principal. Incluso los pequeños movimientos me producen punzadas de dolor en el hombro y las costillas. El mundo parece desteñido de color, toda mi energía agotada.

Dentro, todo está igual que antes: el salón ordenado, con un ligero aroma a limón debido a la limpieza compulsiva de Juliet. Se me revuelve el estómago. Aún puedo imaginármela sentada en el sofá, esquivando mis preguntas con medias mentiras.

Ross deja mi bolso. «Voy a echar un vistazo a la casa, a ver si está todo cerrado», dice, y desaparece por el pasillo.

Me quedo sola, me balanceo un poco y absorbo el silencio. Una oleada de vértigo me golpea y me tumbo en el sofá con cuidado, llevándome una mano a la frente. Estás bien, Peyton. Respira. Me froto el entrecejo y me duele la cabeza. Mi memoria sigue siendo un queso suizo, pero cada vez que la pincho me vienen imágenes confusas: Claire sollozando en una habitación poco iluminada, la voz urgente de Juliet susurrando: «Va a destruirlo todo». ¿O ha sido un sueño?

Ross vuelve, asintiendo. «Todo bien. Ventanas y puertas cerradas. No hay señales de que hayan forzado la entrada».

Señalo el cojín del sofá a mi lado y él se hunde. Nos quedamos un rato en silencio, escuchando el lejano retumbar de los truenos. «Ross», empiezo, con un nudo en la garganta. «Si averiguamos quién está detrás de esto -quién me atacó-, ¿y si es alguien que ambos conocemos?».

Se le desencaja la mandíbula. «Entonces dejamos que Delaney se encargue de ellos. Estoy harto de dejar que estos secretos se pudran». Vacila, frunciendo el ceño. «Hay una cosa más. El detective dijo que quiere revisar tus registros telefónicos del año pasado, para ver si puede reconstruir tu contacto con Claire. Quiere tu permiso».

Trago saliva, la sequedad de mi boca se intensifica. «Me gustaría, la verdad. Nunca pudimos arreglar los datos de mi antiguo teléfono, pero quizá la compañía telefónica aún tenga algo».

Ross asiente, con alivio brillando en sus ojos. «Bien. Se lo diré».

Volvemos a quedarnos en silencio. Pienso en Mitchell, al menos está a salvo con mi madre. Luego, sin quererlo, me imagino la cara de Juliet con lágrimas en los ojos en la habitación del hospital: Tengo miedo, Peyton... Si digo demasiado... ¿De verdad intenta protegerme o es otra mentira?

«Te prepararé un té», dice Ross bruscamente, poniéndose en pie. «Necesitas descansar».

No puedo discutir. Mi cuerpo pide a gritos descanso, tranquilidad. Pero mi cerebro no deja de dar vueltas. Cierro los ojos, apoyándome en los cojines del sofá mientras los pasos de Ross se alejan hacia la cocina. ¿Y si el siguiente recuerdo que aparece es el que lo rompe todo?

Me quedo dormida, arrullada por el constante golpeteo de la lluvia en el exterior. La oscuridad me invade como una ola y me transporta a otro sueño:

Estoy de pie en el salón, en una noche cargada de tensión. La lámpara brilla en lo alto, proyectando sombras duras. Claire está de pie junto a la ventana, cruzada de brazos. Tiene el pelo húmedo, como si hubiera estado lloviendo. Lleva ese jersey rosa que se ciñe a su esbelta figura. Tengo la boca seca y el corazón me late con una confusa mezcla de rabia y nostalgia.

Claire: Tenemos que decírselo, Peyton. Ha ido demasiado lejos.

Yo: No, yo... no puedo hacerle daño así.

Claire se acerca, con los ojos llenos de lágrimas. Me pone una mano en la mejilla, un gesto que me produce una punzada de culpabilidad y calidez. «No tenemos elección», susurra. «Juliet merece saberlo».

La lámpara parpadea y una oleada de miedo me recorre el pecho. «Si Juliet se entera de que...» Se me quiebra la voz. «Nunca me lo perdonará.

Claire aprieta su frente contra la mía y se le escapan las lágrimas. «Lo siento mucho», susurra. «Nunca quise... Entonces la puerta se abre de golpe y aparece una figura. Me doy la vuelta y el corazón me da un vuelco.

El recuerdo se rompe, se disuelve en la oscuridad y me deja sin aliento.

Me incorporo de golpe en el sofá, con el corazón latiéndome tan fuerte que me duele. Ross está a mi lado, con el rostro preocupado y una taza de té en la mano. «¿Peyton?», dice con voz urgente. «¿Estás bien?

Parpadeo rápidamente, desorientada. El salón está en penumbra, la luz del día se desvanece en un gris turbio. «Sí», jadeo, llevándome la mano al pecho. «Un sueño... un recuerdo, tal vez».

Sus ojos parpadean con preocupación. «Decías el nombre de alguien en sueños. Claire».

Un escalofrío me sacude. «Ella estaba aquí», susurro, con la mente acelerada. «En este salón. Discutimos sobre contarle algo a Juliet. Estábamos... cerca. Me tocó la cara».

La expresión de Ross se ensombrece, pero espera a que continúe.

Trago saliva, forzando las palabras. «Claire quería confesar algo que podría herir a Juliet. Y a mí

me aterrorizaba que Juliet me odiara». Otra sacudida de comprensión: Quizá Juliet descubriera la verdad de todos modos.

Ross deja el té en la mesita. «¿Qué podríais haber hecho Claire y tú para devastar así a Juliet?».

Mi mente salta a la nota sobre la traición. ¿Teníamos Claire y yo una aventura? Esa pregunta me revuelve el estómago. Pero no puedo pronunciar las palabras en voz alta. Ross ve el pánico en mi cara y me pone suavemente una mano en el hombro.

«Peyton», me dice suavemente. «Háblame. ¿Qué crees que significa?».

Sacudo la cabeza, una lágrima resbala por mi mejilla. «No lo sé. Pero... tengo la horrible sensación de que Juliet se enteró de lo nuestro. Quizá se sintió traicionada. Quizá por eso ha estado mintiendo». La idea hace que mi corazón se contraiga. Éramos los mejores amigos, y yo podría haber hecho algo imperdonable.

Ross exhala, asimilando mis palabras. «Así que dices que crees que tú y Claire...» Se detiene, dejándome rellenar el espacio en blanco.

Asiento miserablemente. «Puede ser. No es solo un recuerdo... ha habido indicios todo el tiempo. Pero nunca los relacioné. Y ahora que sale a la luz, explica por qué Juliet estaba furiosa y por qué Claire estaba tan desesperada aquella noche.»

Ross frunce el ceño. «Pero eso no explica cómo desapareció Claire, ni quién te perseguía. Si Juliet fue la que se enteró, ¿crees que intentaría matar a Claire?». Parece escéptico.

Me envuelvo en la manta y tiemblo. «No tengo ni idea. Pero quizá haya alguien más implicado. Claire dijo que nos mataría a los dos si no nos íbamos ahora. ¿Podría ser que tuviera un novio o ex marido peligroso?».

Ross entrelaza los dedos, con la mirada distante. «Es posible. Delaney está comprobando sus antecedentes, pero quizá mantuvo esa relación en secreto».

Un trueno retumba fuera, esta vez más cerca. El sedán del policía permanece aparcado al otro lado de la calle, un pequeño consuelo. Me desplomo contra los cojines, con el cansancio calándome hasta los huesos. «Deberíamos llamar a Delaney», digo en voz baja, “contarle lo de mi nuevo recuerdo”.

Ross asiente. «Le enviaré un mensaje».

Se entretiene con el teléfono y teclea un mensaje. Cierro los ojos y dejo que el dolor sordo en el hombro se mezcle con la culpa en mi mente. Si de verdad traicioné a Juliet con Claire, eso explica gran parte de la angustia de Juliet y su críptica declaración en el hospital de que no quería que yo corriera peligro. Quizá se arrepiente de su enfado, pero no se atreve a decir lo que pasó.

El teléfono de Ross zumba en su mano. Lo mira y frunce el ceño. «Delaney quiere que vayamos a la comisaría mañana por la tarde. Dice que ha habido novedades».

Me froto las sienes, intentando aliviar la creciente tensión. «¿Otro acontecimiento?».

La mandíbula de Ross se tensa, los músculos se flexionan bajo la tensión. «No lo ha especificado. Sólo ha dicho que es importante».

Me ciño la manta alrededor de los hombros y vuelvo a sentir un escalofrío de miedo. «Bien. Que sea mañana. No puedo aguantar más esta noche. Necesito un momento para respirar».

Él asiente, sus dedos hábilmente pulgar una respuesta de nuevo en su teléfono. «Nos iremos. Pero por ahora, descansa. Puedo quedarme aquí en el sofá si quieres. O si lo prefieres, puedo llevarte a mi casa».

Trago saliva. Estoy indecisa: mi orgullo me dice que puedo arreglármelas sola, pero tengo los nervios a flor de piel. Y hay un agente fuera, así que quizá sea seguro. Sin embargo, las sombras de esta casa son opresivas. «Quédate», susurro finalmente. «Al menos esta noche».

Sus hombros se relajan, como si se sintiera aliviado de que se lo haya pedido. «De acuerdo. Me quedaré en la habitación de invitados. A menos que Juliet aún...» Se detiene, con una mueca de dolor.

«No ha estado aquí», digo rotundamente. «No me he dado cuenta. Que le vaya bien». Pero una punzada de dolor acompaña a la rabia en mi voz. Cierro los ojos, dejando que el cansancio tire de mí. «Gracias, Ross.

Él asiente, apagando la luz del techo para que sólo la lámpara brille suavemente. «Intenta dormir.

Pasada la medianoche, me despierto al oír pasos. El corazón me da un vuelco cuando la adrenalina me hace perder el sueño. El salón está a oscuras, salvo por el tenue resplandor de la farola que se filtra a través de las cortinas. La lluvia golpea ligeramente las ventanas.

Contengo la respiración y escucho. La casa está en silencio, pero estoy segura de haber oído algo. El crujido de una tabla, el silencio de un movimiento.

Ross. Debe de ser Ross. Quizá se haya levantado para ir al baño o comprobar las cerraduras. Lentamente, me quito la manta de encima y me levanto, ignorando la protesta de mis costillas doloridas. Atravieso el salón de puntillas y me dirijo al pasillo que conduce a la habitación de invitados.

Un relámpago ilumina el pasillo durante una fracción de segundo. Vacío. Mi pulso se acelera. ¿Dónde estará?

Se oye un murmullo como de alguien hablando. Me quedo inmóvil, pegada a la pared. Otro relámpago revela una silueta al fondo, cerca de la puerta de mi habitación. Se me corta la respiración. No es Ross: es demasiado alto, las proporciones no son las correctas. O tal vez mis ojos se han dejado engañar por las sombras parpadeantes.

Abro la boca para gritar, pero el miedo me tapa las cuerdas vocales. La figura se acerca a la puerta de mi habitación, como si probara el picaporte. Los relámpagos vuelven a brillar y, en ese instante, veo un tenue reflejo en el pomo de la puerta: la mano de alguien, ¿con un guante?

De repente, una nueva luz se enciende detrás de mí: la pantalla del teléfono de Ross o una linterna. Debe de haber salido de la habitación de invitados que hay detrás de mí. La silueta se arremolina, sobresaltándome, y vislumbro dos ojos muy abiertos en la oscuridad antes de que la figura pase a toda velocidad por delante de mi dormitorio y se adentre en la negrura del más allá. Se oye un portazo, ¿la puerta de atrás?

Suena la voz de Ross. «¡Eh! ¿Quién está ahí?» Se precipita hacia delante con la linterna del

teléfono moviéndose a toda velocidad. Me tambaleo tras él, con el corazón palpitante. Apunta el haz de luz hacia el pasillo, iluminando nada más que un corredor vacío. La puerta trasera está entreabierta y se ve un resquicio de noche.

Corremos hacia la puerta -mi intento es más bien un cojeo- y la abrimos de par en par. La lluvia nos salpica la cara, el patio está vacío salvo por el balanceo de las ramas de los árboles. Mi agente de protección llama desde la entrada: «¿Todo va bien?». Veo su silueta corriendo por el césped.

Ross grita: «¡Hay alguien dentro! Comprobad el perímetro».

En unos instantes, el agente se reúne con nosotros en la puerta y alumbra el patio trasero con una potente linterna. Sólo se mueve el viento. Salimos con cautela, escudriñando. No se ven huellas en la hierba, sólo hojas mojadas y charcos.

Me quedo de pie, temblando, con la fría lluvia resbalándome por el pelo. Me duele el hombro y me lo agarro con la mano buena. Ross maldice en voz baja, iluminando con la luz de su teléfono los rincones oscuros del patio. La valla está intacta. No hay rastro del intruso.

El agente Grady se acerca a la puerta lateral y su linterna ilumina la madera desgastada. La empuja con fuerza, pero no se mueve: está bien cerrada. Se dirige a la puerta de la verja y prueba el pestillo con mano experta. Se mantiene firme. «Deben de haber saltado la valla», murmura, con la frustración reflejada en la voz. «Maldita sea.

Ross se vuelve hacia mí, con el ceño fruncido y la preocupación marcada en cada línea de su rostro, como si el mero hecho de pensar en mi bienestar le pesara en el corazón. «¿Estás bien?», pregunta con voz grave y urgente. «¿Te han hecho daño? Cada palabra destila preocupación, y puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que mueve su peso como si estuviera listo para entrar en acción en cualquier momento.

Sacudo la cabeza, las palabras se me atascan en la garganta. No físicamente. Pero estoy conmocionado hasta la médula. Nos apresuramos a entrar y el agente Grady nos sigue, llamando a los refuerzos para que rastreen la zona. Mi cuerpo es un gran temblor de adrenalina. Estaban en mi casa. Posiblemente escuchando. Posiblemente buscando pruebas.

«¿Cómo entraron?» Ross exige. «Todas las puertas y ventanas estaban cerradas».

El oficial Grady revisa la cerradura de la puerta trasera. «Parece que alguien la forzó». Señala unas débiles marcas de arañazos cerca del cerrojo. «Trabajo profesional».

Me desplomo en una silla de la mesa de la cocina, con cada centímetro de mí temblando. Mi mente da vueltas: ¿Podría ser esa silueta la figura encapuchada del almacén? ¿O hay un segundo conspirador? Ya no podemos confiar en que ningún sitio sea seguro.

Ross se pasa una mano por la cara, el peso de la situación claramente le está pasando factura. «Esto es una locura. A Delaney esto no le va a gustar nada».

El policía nos mira con el ceño fruncido, su expresión es una mezcla de preocupación y autoridad. «Voy a avisar. No toquéis nada que pueda ser una prueba. Tenemos que preservar todos los detalles».

Su radio crepita y sale para coordinarse con los coches patrulla que llegan. Hundo la cara entre

las manos. «Puede que estuvieran buscando algo», murmuro. «O dejando algo. ¿Quién sabe?»

Ross coge un vaso de agua y me lo pone delante. Bebo un sorbo despacio, intentando calmar las náuseas que se me agolpan en las tripas. El reflejo acuoso del vaso muestra mi rostro ceniciento, con los ojos muy abiertos por el miedo. ¿Y si vinieron a matarme, pero se asustaron?

Ross me pone una mano tranquilizadora en el hombro, su agarre firme pero suave. «Prepararé una bolsa. No nos quedaremos aquí más tiempo».

Le miro, con las lágrimas a punto de derramarse. «¿Y ahora adónde vamos?».

Hace una mueca, con el ceño fruncido. «Mi casa es una opción. O podríamos buscar un hotel. La casa de tu madre también podría servir. A cualquier sitio menos aquí». Duda un momento, sopesando sus palabras. «El agente Grady puede seguirnos para asegurarse de que estamos a salvo».

Asiento con la cabeza, demasiado agitada para poner objeciones. Necesitamos un lugar seguro, un refugio del caos en el que se han sumido nuestras vidas. Esta no es forma de vivir. La idea se me agolpa en el pecho y me recuerda el peligro que acecha en el exterior.

En pocos minutos, con la ayuda del policía, reunimos lo esencial: mi medicación, una muda de ropa, cargadores de teléfono. No dejo de mirar por encima del hombro, medio esperando que reaparezca el intruso. Todo mi cuerpo palpita de adrenalina, listo para salir corriendo.

Mientras el agente Grady se aparta para responder a la charla por radio, Ross baja la voz. «Peyton, ¿crees que Juliet podría haber hecho esto?», pregunta.

Se me encoge el corazón. «No lo sé. Vi a alguien alto... pero no pude distinguir la cara». Entonces recuerdo esos ojos, ese giro frenético. ¿Podría Julieta haberse disfrazado? Posiblemente, pero la figura parecía diferente. ¿Más masculina? ¿O me lo estoy imaginando?

Ross lee mi expresión de conflicto. «No saquemos conclusiones precipitadas. Podría ser cualquiera relacionado con Claire... o contigo».

Mi mirada se desvía hacia la foto de Mitchell y yo en la repisa de la chimenea, tomada el año pasado. Siento que una oleada de protección maternal se mezcla con el miedo. «No dejaré que me asusten», susurro con fiereza, “pero no puedo arriesgar la seguridad de Mitchell”.

Ross asiente y me abraza rápidamente. «Ya lo solucionaremos».

Quince minutos después, nos alejamos de la casa con un coche patrulla sin matrícula que nos sigue, con las luces apagadas, por las calles resbaladizas por la lluvia. Todavía se me oprime el pecho con cada respiración, cada punzada me recuerda lo cerca que estuvimos de otro enfrentamiento. El recuerdo de aquella silueta en el pasillo se cierne sobre mí.

Ross me mira desde el asiento del conductor, con el ceño fruncido por la preocupación. «Iremos a mi apartamento, te instalaremos y luego llamaremos a Delaney. Que haga una investigación completa en tu casa», me asegura, con voz firme a pesar de la tensión que se respira en el ambiente.

Trago saliva, intentando ordenar mis pensamientos. «Sí. Es que...» Me interrumpo y me rodeo con los brazos, como si eso pudiera reconfortarme. «Todo parece surrealista.

Se acerca y me aprieta la mano con suavidad, irradiando calor. «Lo sé, pero por ahora estás a salvo. Pero por ahora estás a salvo», dice, con un tono firme pero tranquilizador.

A salvo. La palabra resuena vacía en mi mente, un consuelo vacío. Ningún lugar es seguro cuando tu enemigo puede colarse por las puertas cerradas. Ese pensamiento me produce un escalofrío que agrava la sensación de miedo que se aferra a mí como una sombra.

Mientras conducimos, las luces de la ciudad manchan el parabrisas. Pasamos por calles tranquilas, tiendas cerradas y alguna gasolinera abierta las 24 horas. El aire del interior del coche está cargado de temores no expresados. Mi reflejo en la ventanilla lateral parece embrujado, con los rasgos pálidos por el paso de los faros.

Me asalta un pensamiento. «¿Crees que Juliet está detrás de este robo?».

Los dedos de Ross se flexionan sobre el volante. «No tengo pruebas, pero tiene un motivo, si tu recuerdo sobre Claire y tú es cierto. Quizá Juliet se sintió traicionada o quizá está encubriendo a otra persona».

Miro por la ventana. «Actuó tan asustada en el hospital... pero quizá fuera una actuación».

Me asalta otra posibilidad: ¿Y si el hombre que me perseguía esa noche está detrás de esto? Si Claire tenía miedo, tal vez él todavía está tratando de ocultar pruebas. Las piezas del rompecabezas se arremolinan sin encajar.

La lluvia vuelve a arreciar, golpeando el tejado en una rítmica canción de cuna. Mis pensamientos vagan hacia Mitchell, que duerme en casa de mi madre, inocente de toda esta red adulta de secretos. Tengo que protegerle. Tengo que acabar con esto.

El complejo de apartamentos de Ross es un edificio de ladrillo de tres plantas con balcones desgastados y luces fluorescentes parpadeantes. Aparca cerca de la entrada y el agente que nos sigue hace lo mismo. Recojo mi bolso y salgo a la llovizna, ignorando el dolor en las costillas.

«Vamos», dice Ross con suavidad, acompañándome al interior. Me lleva por las escaleras hasta el segundo piso, donde el pasillo está iluminado por una única lámpara que zumba. Pasamos por una fila de puertas idénticas hasta que llegamos a la suya.

El agente se ha apostado cerca de la entrada del edificio, presumiblemente para vigilar. Ross abre la puerta y enciende la lámpara del techo. El apartamento es modesto: un salón con un pequeño sofá, un rincón en la cocina y dos dormitorios. Hay un ligero olor a comida para llevar y el aire está cargado, pero es un paraíso comparado con aquella casa.

«Siento que no sea elegante», murmura Ross, dejando mi bolso en el sofá. «Abriré una ventana para que entre un poco de aire».

Logro esbozar una sonrisa temblorosa. «No pasa nada. Sólo agradezco tener un sitio donde dormir».

Cierra la cerradura y la cadena detrás de nosotros y desaparece en la cocina, rebuscando vasos. La luz del salón parpadea una vez antes de estabilizarse. Suspiro y me tumbo con cuidado en el sofá. Siento todo el cuerpo agotado, como una esponja exprimida hasta la última gota.

Ross vuelve y me ofrece un vaso de agua, cuyo frío líquido refleja la tenue luz, y luego se sienta

a mi lado en el desgastado sofá. Nos quedamos sentados en un charco de luz, la calidez del resplandor contrasta con la tensión que vibra entre nosotros como un cable tenso.

Finalmente, se vuelve hacia mí, con los ojos cargados de preocupación, como si el peso del mundo descansara sobre sus hombros. «¿Cómo tienes la cabeza? ¿Necesitas analgésicos?

Sacudo la cabeza lentamente, sintiendo que la leve sacudida me hace sentir una onda de incomodidad. «Todavía no. Estoy demasiado nerviosa para dormir».

Me pone una mano en el hombro ileso, su tacto es suave y tranquilizador. «Lo siento.

«¿Por qué? pregunto, con la curiosidad mezclada con la pesadez del aire.

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. «Por todo. Por dejarte sola después del divorcio, por no darme cuenta de que estabas lidiando con algo tan grande: Claire, Juliet, lo que fuera que estuviera pasando. Debería haber estado ahí».

Se me hace un nudo en la garganta. «Ross», susurro, amenazando lágrimas. «No es culpa tuya. Tuvimos nuestros problemas, pero... ahora has estado aquí para mí».

Él asiente, tragando con dificultad. «Aún siento que te fallé antes». Duda, luego levanta la mirada. «Si estuvieras con Claire... románticamente... ya sabes, no te juzgaría. Las cosas entre nosotros habían terminado. Ojalá te hubieras sentido segura contándomelo».

Un destello de culpa. «Si eso es lo que pasó, lo siento». Me tiembla la voz. «Pero realmente no recuerdo los detalles. Es como vislumbrar escenas de la vida de otra persona».

Me abraza con cuidado, teniendo en cuenta mis heridas. Apoyo la cara en su hombro y suelto un suspiro tembloroso. El contacto es cálido, me ancla en este mar de incertidumbre.

Al cabo de un momento, me separo. «Hablaremos con Delaney mañana», digo, endureciendo mi determinación. «Le hablaré de este nuevo recuerdo. Quizá podamos enfrentarnos a Juliet o averiguar quién más estuvo implicado».

Ross asiente, con expresión resuelta. «Sí.» Mira el reloj de la pared: las 1:14 de la mañana, los números brillan débilmente en la penumbra. «Deberíamos intentar dormir. Puedes quedarte en mi cama. Yo me quedaré aquí en el sofá».

Abro la boca para protestar, pero él levanta una mano y acalla mi protesta antes de que pueda escapar. «Necesitas una cama adecuada, Peyton. Déjame a mí».

El pecho se me llena de emoción: una mezcla de gratitud, culpa y alivio. Es abrumador, casi demasiado para soportarlo. «Vale», susurro, con la voz apenas por encima de un suspiro.

Me ayuda a levantarme y me guía hasta su dormitorio. Es pequeña y ordenada: una cama de matrimonio con sábanas azul marino, una cómoda pegada a la pared y una lámpara de lectura. Me siento incómoda, abrumada por el cansancio.

«Buenas noches», me dice suavemente, dando un paso atrás con una expresión suave que transmite su preocupación. «Estaré ahí fuera si necesitas algo».

Asiento con la cabeza, con el corazón henchido de gratitud mientras le ofrezco una leve sonrisa, un destello de calidez en medio de la pesadez del momento. «Gracias, Ross. Por todo».

Cierra la puerta tras de sí y me deja sola a la luz tenue de la lámpara de noche. Me quito los zapatos y me tumbo en la cama, con una mueca de dolor en las costillas y el hombro.

Un remolino de pensamientos se agita en mi cabeza: el intruso enmascarado, las frenéticas confesiones a medias de Juliet, el vago recuerdo del suave aliento de Claire en mi mejilla. ¿Qué éramos la una para la otra, Claire? ¿Por qué desapareciste?

Finalmente, el agotamiento se apodera de mí y me arrastra a un sueño irregular.

No sé cuánto tiempo duermo hasta que me despierta el estridente timbre de un teléfono. Me levanto de golpe, desorientada: no es mi habitación. Me duelen las costillas y ahogo un grito. El reloj de la mesilla de Ross marca las 3:26 a.m. El teléfono sigue sonando, un sonido estridente en la quietud del apartamento. Balanceo las piernas por encima de la cama y me arrastro hacia la puerta.

En el salón, Ross ya está levantado con el teléfono pegado a la oreja. Enciende una lámpara y parpadea confundido. «¿Hola? Luego, frunce el ceño: «Más despacio. ¿Quién es?

Contengo la respiración y el corazón me late a un ritmo frenético.

El rostro de Ross se contorsiona alarmado y frunce el ceño. «¿Qué quieres decir con que tienes información sobre Claire? Su voz se eleva con urgencia, y hay una pausa que se alarga dolorosamente antes de que continúe: «¿Quién eres? Hola? Hola?» El silencio que sigue es ensordecedor, sólo lo llena el lejano zumbido de la ciudad.

Cuelga el teléfono despacio, con la frustración grabada en el rostro como una tormenta en ciernes.

«¿Otro número bloqueado? Supongo, con el estómago revuelto por el miedo, un pavor frío que se instala en la boca del estómago.

Él asiente. «Sí. Dijeron: 'Si quieres saber qué le pasó realmente a Claire, ven al motel Redwood, habitación 12, mañana al mediodía. Trae a Peyton'. Luego colgaron».

Se me revuelve el estómago al pensarlo. ¿Otra citación críptica, otra trampa potencial acechando en las sombras? Ross maldice en voz baja y se pasa una mano frustrada por el pelo revuelto; la tensión que irradia es palpable.

Me froto los brazos, en un intento inútil de ahuyentar el frío que me invade, y mi mirada se dirige ansiosa hacia la ventana. El cielo nocturno es de una negrura asfixiante, la lluvia sigue lloviznando en un susurro implacable, cada gota se hace eco de mi malestar. «No podemos seguir metiéndonos en estos embrollos», digo, con la voz apenas por encima de un murmullo.

Ross me mira, con la mandíbula tensa por la determinación y un destello de desafío en los ojos. «Se lo diremos a Delaney. Que se encargue él», responde con firmeza, como si esa simple afirmación pudiera anclarnos de algún modo en la tormenta de incertidumbre que se avecina.

Asiento lentamente. El motel Redwood es un lugar destartalado en las afueras de la ciudad, conocido por los alquileres por horas y los negocios turbios. «Si realmente tienen información real, quizá la policía pueda volver a hacer acto de presencia».

Ross cuelga el teléfono, con los hombros caídos mientras el peso de nuestra situación se asienta

sobre él como un pesado manto. «¿Estamos seguros de querer hacer eso después de la última vez?». La vacilación en su voz se hace eco de la aprensión en mi corazón.

Mis costillas palpitan en señal de acuerdo, un recordatorio del peligro al que nos hemos enfrentado antes. «Sé que es arriesgado. Pero si hay alguna posibilidad de que nos lleve hasta Claire, tenemos que intentarlo». La urgencia del momento aviva mi convicción, la idea de Claire me impulsa a seguir adelante.

Abre la boca para responder, pero entonces su teléfono vibra con una repentina alerta de texto que rompe la tensión. Ambos nos quedamos inmóviles, con la mirada fija en un momento de ansiedad compartida. Ross lo coge con cautela y cambia de expresión al leer el mensaje. Veo cómo se le va el color de la cara, dejándolo pálido y visiblemente agitado.

«¿Qué? exijo, sintiendo que el miedo me oprime el pecho. El aire que nos rodea parece espesarse y la expectación se apodera de nosotros.

Me tiende el teléfono y su mano tiembla ligeramente. El mensaje es de un número desconocido:

Esta vez no traigas a la policía. O nunca sabrás la verdad.

El terror se apodera de mi corazón. El momento es demasiado oportuno, como si supieran que estamos hablando de contactar con Delaney. Ross recorre la habitación con la mirada, como si buscara una cámara oculta. ¿Nos están vigilando?

Mi respiración se entrecorta, cada palabra pesa con el peso de nuestra situación. «Nos han vuelto a amenazar. Deben de tener vigilantes que nos vigilan».

Ross asiente sombríamente, su expresión se ensombrece. «Dijeron lo mismo en el almacén: Venid solos. Pero si lo hacemos, nos arriesgamos a otro ataque, y no podemos permitirnos que nos vuelvan a pillar por sorpresa.»

Aprieto los puños con fuerza, sintiendo cómo el miedo se enfrenta a una ira creciente en mi interior. «Ya se nos ocurrirá algo. Quizá podamos avisar a la policía discretamente, sin levantar ninguna bandera roja».

Deja el teléfono sobre la mesa con un golpe seco, la tensión irradia de él como el calor de un incendio. «No podemos hacer nada. Pero tampoco podemos confiar en ellos, no después de todo lo que ha pasado».

Mi mente se agita. Motel Redwood, mañana al mediodía. Eso es hoy, técnicamente, en menos de nueve horas. Todo mi cuerpo tiembla ante la idea de enfrentarme a otra posible emboscada. Pero si no vamos, podríamos perder una pista crucial.

Ross me coge la mano, con voz baja y firme. «Lo haremos con cuidado, Peyton. Hacemos un bucle en Delaney pero en silencio. Intentamos atraerlos, obtener respuestas de forma segura».

Asiento con la cabeza, tragando saliva. «Sí», susurro. «Tengo que saber la verdad sobre Claire». Mi voz tiembla de desesperación: la verdad sobre Claire, sobre Juliet, sobre mí.

Los dedos de Ross se entrelazan con los míos. La lámpara proyecta nuestras sombras entrelazadas en la pared, parpadeando cada vez que pasan los faros de la calle. Afrontaremos esto juntos, para bien o para mal.

Fuera, la noche continúa, las nubes de tormenta se deslizan sobre la luna medio oculta. El tiempo se escapa, llevándonos inexorablemente hacia el próximo enfrentamiento. Y cada segundo que pasa aumenta mi inquietud:

¿Y si la verdad, una vez revelada, es más horripilante que cualquier secreto que hayamos descubierto hasta ahora?

11

La mañana llega demasiado pronto, proyectando una luz gris aguada a través de las persianas del apartamento de Ross. No dormí mucho después de la llamada de las tres de la madrugada, y él tampoco. Pasamos las horas acurrucados en el sofá, mirando el texto del número desconocido y planeando cómo afrontar la cita en el Redwood Motel.

Ahora son casi las diez, y tenemos menos de dos horas antes de reunirnos con ese misterioso informante. Me muevo con rigidez por la pequeña cocina, ignorando el persistente dolor en el hombro y las costillas, intentando reunir la energía necesaria para enfrentarme a otra posible emboscada.

Ross está de pie frente a mí, cruzado de brazos, con una sombra fresca como un moratón bajo cada uno de sus ojos. Acaba de hablar por teléfono con el detective Delaney, que al parecer no recibió las mejores noticias cuando le contamos lo del mensaje del motel Redwood.

«No está contento», dice Ross, frotándose la nuca. «Quiere que nos quedemos quietos y le dejemos enviar un equipo, estrictamente encubierto, sin grandes demostraciones de fuerza. Pero le preocupa que el informante vuelva a intuir una trampa».

Aprieto los labios. Se me revuelve el estómago al recordar el almacén, la facilidad con la que el atacante desapareció cuando se dio cuenta de que la policía estaba involucrada. «No podemos meternos en otra situación sin protección. Eso es un suicidio».

Ross asiente, bajando la voz. «Exactamente. Delaney dijo que podía colocar agentes de paisano en coches sin matrícula cerca del motel. Mantenerlos lo suficientemente lejos para que no asusten a nuestro contacto».

Aprieto la mano buena contra la encimera de la cocina, deseando que el miedo que se arremolina en mis entrañas se apacigüe. «De acuerdo. Probablemente sea el mejor plan. Sólo espero que quienquiera que sea no salga corriendo a la primera señal de algo raro».

Ross se acerca, con el ceño fruncido por la preocupación que invade su mirada. «Haremos esto con cuidado. En cuanto algo parezca ir mal, nos largamos».

Trago saliva con fuerza, intentando calmar mi acelerado corazón. «De acuerdo.

Se acerca a la pequeña cafetera de la encimera y acciona el interruptor con facilidad. «¿Quieres

un poco?

La idea de la cafeína me revuelve el estómago y me invade una oleada de ansiedad. «Claro», digo débilmente, intentando parecer más segura de mí misma de lo que me siento. No estoy segura de poder comer ahora, pero quizá el café me ayude a superar el cansancio que me invade y me proporcione la energía que necesito para lo que está por venir.

Cuando empieza a gotear y su fuerte aroma inunda la estrecha cocina, me dejo caer en el sofá del salón. Me duele el hombro de haber dormido en un ángulo extraño y siento todo el cuerpo como si me hubiera golpeado un tren en dirección contraria. Mente y alma incluidas.

Ross no tarda en traerme una taza, cuyo vapor se enrosca en perezosas espirales. Se para frente a mí, con una postura algo vacilante. «Peyton -dice en voz baja-, ¿seguro que estás dispuesta? Podríamos dejar que Delaney fuera solo, a ver si puede convencer al informante para que hable».

Una oleada de determinación me tranquiliza. «Quien envió el mensaje preguntó específicamente por mí. Deben tener respuestas sobre Claire... sobre esa noche». Mi voz vacila, pero sigo adelante. «Necesito saber la verdad».

Ross aprieta la mandíbula. «Está bien.»

Salimos hacia las once y media. El cielo sigue sombrío, las nubes se acumulan como moratones en el horizonte. No parece una tormenta en toda regla, más bien una llovizna interminable a punto de caer. El aire está cargado de humedad, un peso pegajoso sobre mi piel.

El agente Grady es sustituido por otro agente de paisano que nos sigue en un sedán poco llamativo a media manzana de distancia. El detective Delaney organizó los detalles: un segundo coche apostado cerca de la entrada del motel, más otros dos al final de la calle. «No intrusivo», como él lo llamó.

Ross me mira mientras recorremos las calles laterales. «¿Estás bien?

Me agarro al reposabrazos de la puerta. «Nerviosa», admito, con el pulso retumbando en mis oídos. Mi mirada se desvía hacia el retrovisor lateral, donde veo la cola del equipo de Delaney. «Pero tengo que hacerlo».

Suspira, con una mano apretando el volante. «Lo sé.

Pasamos por delante de un centro comercial, una vieja gasolinera con la mitad de los surtidores rotos y un puñado de escaparates destartalados. El motel Redwood está justo delante, con su letrero de neón parpadeando. La mayoría de las letras funcionan, aunque la «d» de Redwood se apaga y se enciende, lo que le da un aire embrujado.

El edificio en sí es una franja de habitaciones de una sola planta, con la pintura desconchada de las paredes de estuco y el aparcamiento salpicado de baches. Unos cuantos coches bordean los espacios, algunos con cristales tintados y otros con las puertas oxidadas.

Ross se detiene lentamente, observando la zona. «Habitación 12», murmura, señalando con la cabeza los números de la puerta con la pintura desconchada. Está al final de la fila.

Mi ritmo cardíaco aumenta. Cualquiera podría estar observándonos. Pasamos junto a una camioneta maltrecha aparcada frente a la habitación 10, un sedán cerca de la habitación 14. No

hay señales de policías uniformados, sólo un coche. No hay señales de policías uniformados, sólo la sutil certeza de que están al acecho.

Ross aparca el coche y apaga el motor con una firmeza que resuena en la quietud. Compartimos una mirada, la tensión crepita entre nosotros como una carga eléctrica, palpable y densa en el aire.

«¿Estás listo?», pregunta en voz baja, apenas por encima de un susurro, como si hablar demasiado alto pudiera destrozar el frágil momento.

Exhalo lentamente, mi mano tiembla alrededor del picaporte, una mezcla de ansiedad y determinación me recorre. «Como siempre», respondo, forzando una firmeza en la voz que no acabo de sentir.

La acera está agrietada y los charcos salpican la superficie irregular. Caminamos uno al lado del otro y cada paso aumenta el dolor de mi cuerpo. La puerta de la habitación 12 está pintada de verde y los números de metal están torcidos. Una única ventana mugrienta está tapada por dentro.

Levanto una mano y golpeo la puerta con los nudillos; el sonido resuena en la quietud. Mis nervios tintinean como monedas sueltas en un bolsillo. Ross está de pie a mi lado, con los puños apretados a los lados y una tensión palpable. Durante lo que parece una eternidad, reina el silencio.

Entonces, como el crujido de las cadenas en una mazmorra olvidada, un traqueteo rompe la quietud y la puerta se abre un milímetro. Un manto de oscuridad se cierne sobre el interior, y percibo el débil y acre olor de los cigarrillos rancios que sale a la deriva, aferrándose al aire como un fantasma de malas decisiones.

«Entra», ronca una voz desde las sombras. Es una voz masculina, grave y temblorosa, teñida de algo que no logro adivinar.

Ross se pone rígido a mi lado, con el cuerpo tenso como la cuerda de un arco tensado. «Preferiríamos hablar aquí fuera», responde, con tono firme, como si intentara controlar la situación antes de que se precipite hacia lo desconocido.

Otra pausa, luego la puerta se abre más, revelando una figura parcialmente oculta en las sombras. El hombre tiene el pelo grasiento, la cara tensa y los ojos brillantes de paranoia. Entra en la habitación y gesticula con mano temblorosa.

«Está bien. Pero cierra la puerta. No quiero que nos vea nadie».

Miro a Ross, que asiente con la cabeza. El plan era mantener la puerta entreabierta en la medida de lo posible, pero si queremos enterarnos de algo, tenemos que seguir el juego, al menos por un momento.

Entramos y me resisto a sentir náuseas ante el espeso olor a moho y humo de cigarrillo. La luz del techo está apagada; sólo una sucia lámpara cerca de la cama ilumina el reducido espacio. Las cortinas están cerradas.

«¿Estás solo?», pregunta el hombre, con la mirada fija en nosotros como si esperara que un equipo SWAT irrumpiera en cualquier momento. Es delgado y lleva una chaqueta arrugada que

parece dos tallas más grande, como si se la hubiera puesto con prisas.

Ross mantiene la voz neutra, calmando la tensión que flota en el ambiente. «Sí. Queremos saber qué sabe de Claire».

La mirada del hombre se desvía hacia mí y luego se aparta rápidamente; su agitación es palpable cuando empieza a caminar delante de la cama manchada, arrastrando los pies por el suelo mugriento. «¿Seguro que no has traído policías?»

Trago saliva, sintiendo el peso de su escrutinio. «No hay policías. Pero están fuera, escuchando, listos para intervenir si las cosas se tuercen.

Se lame los labios con nerviosismo, las manos le tiemblan a los lados, delatando su inquietud. «Bien. Porque si están aquí, no voy a hablar más». Vuelve a mirarme, como si me estuviera evaluando. «Eres Peyton, ¿verdad?»

«Sí», consigo decir, forzando un aire de calma en mi voz a pesar de los frenéticos latidos de mi corazón. «¿Quién eres tú?

Exhala temblorosamente, pasándose una mano por el pelo grasiento. «Me llamo Garrett. Garrett Harper. Solía... bueno, solía ser becario en la agencia de publicidad. Te reconocí por las fotos del teléfono de Claire».

Un pico de shock me recorre. «¿Claire tenía fotos mías?

Asiente con la cabeza, con los ojos clavados en el suelo, claramente incómodo bajo mi escrutinio. «Mira, no quiero problemas. Es que... Estoy muy corto de dinero, no tengo trabajo, y pensé que tal vez pagarías por información sobre Claire, así que...»

Los ojos de Ross se entrecierran, la sospecha se dibuja en su rostro. «¿Estás tratando de extorsionarnos?»

Garrett levanta las manos temblorosas en un gesto defensivo. «No, no, extorsionar no, sólo... ayudar a un tío, ¿sabes? Estoy en una situación difícil».

Mi pulso retumba con fuerza en mis oídos, una mezcla de ansiedad y curiosidad. «¿Qué sabes tú?

Se echa hacia atrás, apoyándose en la cómoda cerca de la cama. «Conocí a Claire. Ella era... tío, era otra cosa. Tenía un gran plan para denunciar algunos asuntos turbios en la agencia. Algo sobre tratos sucios de marketing, sobornos a funcionarios locales. Dijo que tenía un socio, un amigo, que iba a ayudar».

Mi mente se tambalea. ¿Juliet? Ella también trabajaba en esa agencia. «¿Socia?» Pregunto, con la voz tensa.

«Sí». Su mirada revolotea hacia mí. «¿Supongo que eras tú? O quizá tu amiga Juliet, ¿se llama así? No conozco los detalles. Pero a Claire se le fue la mano. Entonces empezó a hablar de grandes secretos, de cómo haría cualquier cosa para ocultárselos a la gente equivocada. Estaba... no sé, paranoica».

Ross se tensa. «¿Qué tiene eso que ver con Peyton?»

Garrett se inquieta, sus ojos se mueven entre nosotros. «Claire me dijo que Peyton era su póliza

de seguro», suelta, con la voz temblorosa. «Dijo que si las cosas se torcían, Peyton la respaldaría o... o se callaría, dependiendo de lo que necesitaran. Tuve la sensación de que tenía algo contra Peyton, como un chantaje. O tal vez era al revés».

Respiro con fuerza, mis costillas magulladas protestan. «No recuerdo ningún chantaje».

Se encoge de hombros, con voz amarga. «Claire era astuta, tío. Dijo que tenía pruebas -fotos, grabaciones- que os arruinarían a ti y a tu amigo si no le seguías el juego. Algo sobre una aventura o una traición. No lo sé. Nunca me contó los detalles».

Un rugido me llena los oídos, mitad pánico, mitad confusión. ¿Me estaba chantajeando Claire sobre nuestra relación? ¿O estaba chantajeando a Juliet, utilizándome como palanca? El recuerdo de Claire y yo en el salón, discutiendo cómo se lo contaríamos a Juliet, se agolpa en mi mente. ¿Podría el chantaje girar en torno a eso?

La cara de Ross es sombría. «¿Estás diciendo que Claire amenazó a Peyton?»

Garrett desvía la mirada. «Eso es lo que insinuó. Pero entonces algo cambió. Me dijo que ya no se trataba de la agencia, que había encontrado un pez más gordo, algo más peligroso. Decía que si no lo manejaba bien, alguien acabaría muerto».

Me estremezco y se me pone la carne de gallina. «¿Dijo quién era ese 'alguien'?».

Sacude la cabeza, con el pelo alborotado. «No. Sólo que tú eras la clave». Me hace un gesto. «Dijo que Peyton sabe la verdad pero que aún no se ha dado cuenta».

El corazón me late con fuerza. Ross y yo intercambiamos una mirada rápida y alarmada. Esto concuerda con todas las pesadillas y fragmentos que he recordado. Sé algo sobre aquella noche que el agresor quiere mantener oculto.

«¿Dónde está Claire ahora? exige Ross, acercándose, con la tensión que irradia de él.

Garrett se encoge de hombros. «¡No tengo ni idea! Es la pura verdad. Desapareció después de la gran tormenta. Intenté llamarla. Silencio. Luego oí que había desaparecido en las noticias».

Mi mente da vueltas. «¿Por qué llamarnos ahora, entonces? ¿Por qué tanto misterio?».

Su cara se tuerce de desesperación. «Porque estoy sin blanca y tengo miedo. También he empezado a recibir amenazas: alguien me ha llamado diciendo que si hablo, estoy muerto. Pensé... que si te lo contaba todo, quizá me pagarías o me protegerías. Sé que tienes contactos». Agita una mano temblorosa hacia las bonitas llaves del coche de Ross que lleva en el bolsillo.

La ira estalla en mi interior, un calor feroz que me enciende el pecho. «¿Arriesgas nuestras vidas por dinero?».

«¡Arriesgo la mía!», replica con los ojos muy abiertos y frenéticos, irradiando una energía inquietante. «Me imagino que quieres la verdad lo suficiente como para que merezca la pena. Si no...» Hace un gesto vago y su voz se pierde en un silencio angustioso, dejando en el aire una amenaza tácita.

La mandíbula de Ross se aprieta con fuerza, los músculos ondulan bajo la tensión de su indignación. «Esto es indignante», gruñe, con incredulidad en el tono.

Pero doy un paso adelante, con una oleada de determinación que anula el pulso del miedo que me recorre las venas. «De acuerdo. Cuéntame el resto. Todo».

Garrett respira hondo. «Ya está. Te lo juro. Claire estaba asustada-dijo que encontró pruebas sobre alguien importante en tu círculo, Peyton. Un tipo que mataría para protegerse. Eso es todo lo que sé. Ella planeaba confrontarlo o amenazar con hacerlo público».

Mi mente da vueltas. ¿Un tipo de mi círculo? ¿Podría ser Ross? Parece imposible. Pero, ¿y alguien más de mi pasado: un ex, un compañero de trabajo, un funcionario local?

«Por favor», murmura Garrett, con los hombros caídos. «Te lo he contado todo. Sólo... ayúdame a salir de la ciudad, tal vez dame unos cientos para que pueda pasar desapercibido. La gente está muriendo por esto».

Intercambio una mirada tensa con Ross. Un remolino de posibilidades se agita en mi cabeza. Si Claire estaba chantajeando a algún hombre poderoso, eso podría explicar la persecución en la noche de tormenta. Pero, ¿cómo encaja Juliet? ¿Y qué hombre de mi vida es tan peligroso como para amenazar con matarme?

Ross se cruza de brazos, un gesto de desafío que no hace sino aumentar la tensión en el ambiente. «No te vamos a pagar por rumores a medias. Si tienes pruebas -documentos, grabaciones- quizá entonces podamos hablar», afirma, con voz firme e inquebrantable.

La postura de Garrett se endurece, un parpadeo de ansiedad cruza sus rasgos. «Yo... Claire nunca me dio nada físico», balbucea, con un tono desesperado.

Me acerco y la adrenalina corre por mis venas como un reguero de pólvora. «Entonces no sirves para nada», le digo, con la impaciencia a flor de piel. «No haces más que inventar rumores. Si quieres protección, habla con la policía».

Palidece visiblemente, dando un paso atrás como si mis palabras le hubieran golpeado. «Nada de policía», dice bruscamente, con la voz teñida de pánico. «Ya te lo he dicho».

El teléfono de Ross zumba en su bolsillo, haciéndonos saltar a todos. Lo saca y mira la pantalla. «Es el detective Delaney», murmura. «Probablemente esté fuera, dándose cuenta de que no hemos salido».

La cara de Garrett se ensombrece. «¡Dijiste que nada de policías!», sisea, repentinamente frenético.

«No nos diste elección», replico. «No nos van a asesinar por tu historia a medias. Si realmente sabes quién está detrás de la desaparición de Claire, habla con Delaney. Él puede protegerte».

Los ojos de Garrett se vuelven locos, lanzándose hacia la puerta. «Mentiste», dice, con voz temblorosa. «He terminado. No voy a ir a la cárcel ni a que me dispare un psicópata».

Se abalanza sobre una bolsa de lona destartalada que hay sobre la cama. En un abrir y cerrar de ojos, saca una pequeña pistola de metal rayado y sin filo. Se me hiela la sangre. Ross se mueve delante de mí, con los brazos en alto.

«¡Eh, eh!» dice Ross, con la voz tensa por la urgencia. «Cálmate, ¿de acuerdo?»

Garrett agita la pistola erráticamente, sus manos tiemblan mientras el pánico se apodera de él. «¡No te acerques! Me voy, y si la poli viene a por mí, ¡juro que disparo!».

El terror me atraviesa, agudo y frío, mientras los recuerdos del asalto al almacén inundan mi mente, esa sensación de miedo imparable me aprieta el pecho. «No tienes que hacer esto», suplico, levantando desesperadamente los brazos en un gesto de rendición, con la esperanza de llegar a la parte de él que aún conoce la razón.

Garrett retrocede hacia la puerta, tanteando el pomo. Fuera, se acercan pasos débiles. El pomo suena desde el otro lado, tal vez Delaney o uno de sus hombres.

«No, no, no...» Garrett gime, pistola temblando en su mano. «No puedo quedar atrapado.»

El pomo gira y la puerta se abre un poco. Un agente de paisano, de unos treinta años, con expresión tranquila que se transforma en alarma cuando ve la pistola. Empieza a desenfundar su propia arma.

«¡Suéltala!», grita el agente.

Garrett entra en pánico. Dispara y el ruido ensordece la pequeña habitación. Me pitan los oídos, Ross grita y me tira al suelo. Del agujero de bala en el techo cae una lluvia de yeso.

El agente se agacha y devuelve el fuego: dos disparos. Garrett grita y se cae de espaldas sobre la cama, con el arma cayendo al suelo. Me tapo la boca, horrorizada, con el corazón latiéndome tan fuerte que siento el sabor de la sangre.

Ross me ayuda a levantarme, los dos temblando. El agente entra corriendo, pide refuerzos a gritos y se arrodilla junto a Garrett. «¡Llamen a una ambulancia!»

A través de la bruma, veo los ojos de Garrett muy abiertos por el shock, la sangre extendiéndose por su pecho. Balbucea, intentando hablar. Me acerco tambaleándome, ignorando el grito del policía de que no me acerque.

Los labios de Garrett se mueven, apenas audibles: «Te matarán a ti también...» Tose violentamente, una salpicadura de sangre cae sobre su barbilla como tinta oscura sobre papel blanco. «Demasiado poderosos...»

Me arrodillo a su lado, ignorando el dolor que irradia mi cuerpo, las lágrimas me escuecen en los ojos y amenazan con derramarse. «¿Quién?» Susurro, mi voz quebrándose bajo el peso de mi desesperación. «¡Dime quién!»

Jadea, con la respiración entrecortada en la garganta y los ojos parpadeantes como una llama moribunda. «J...» La palabra queda en el aire, inacabada, mientras lucha por respirar. La luz de sus ojos se apaga, un vacío inquietante ocupa su lugar, y su cabeza se inclina hacia un lado, dejándome en un silencio escalofriante.

Se me revuelve el estómago. J-? ¿Julieta? ¿O estaba intentando decir un nombre de hombre que empieza por J? El policía maldice, comprobando el pulso de Garrett. Se oyen más gritos y entran más agentes, abarrotando el pequeño espacio.

Ross me aparta suavemente, protegiéndome de la caótica escena. Mis pensamientos dan vueltas, entumecidos por el horror. Otra fuente potencial de respuestas, muerta antes de que pudiera

contarnos toda la verdad. Otro cadáver en esta maraña.

Entra el detective Delaney, con expresión sombría, rodeando al policía que administra los primeros auxilios. Me mira a los ojos con ira y preocupación. «¿Qué ha pasado?

Ross le explica con detalles entrecortados: La paranoia de Garrett, la pistola, la entrada forzada del agente de Delaney. Me quedo allí temblando, con el olor acre de la pólvora punzándome las fosas nasales, las rodillas débiles.

La mirada de Delaney se posa en mí. «¿Dijo algo sobre Claire?».

Trago saliva contra el nudo que se me hace en la garganta, amenazándome con lágrimas calientes. «Dijo que estaba chantajeando a alguien poderoso. Dijo... dijo que alguien con un nombre o una palabra que empezaba por J estaba detrás, o que podría matarme». Mi voz vacila, cruda por el miedo. «Entonces murió».

Delaney exhala, con expresión tensa. «Maldita sea».

Los paramédicos atraviesan la puerta, pero está claro que Garrett se ha ido. El agente que le disparó se hace a un lado, con el rostro pálido, murmurando por la radio. Un remolino de figuras uniformadas, voces apagadas y la luz deslumbrante de una lámpara consumen la lúgubre habitación del motel.

Ross me guía suavemente hacia el aire fresco del exterior, donde el día sigue transcurriendo con normalidad: los coches pasan por la calle, un camión de la basura retumba. Pero en mi interior, todo está destrozado.

«Otra pista perdida», murmuro con voz temblorosa. «Puede que supiera la verdad».

Ross me estrecha el brazo. «Aún tenemos algunas pistas», dice en voz baja, aunque también parece agitado. «Al menos sabemos que alguien con influencia está moviendo los hilos».

Pienso en Juliet. Aunque ella no es exactamente poderosa en un sentido típico. Su nombre empieza por J... pero también el de cientos de personas que conozco. James, Jeff, John. ¿Mi jefe? ¿Mi vecino? No recuerdo ninguna relación directa.

«Peyton», dice Ross suavemente, volteándome hacia él. «Averiguaremos quién es 'J'. Reagrupémonos con Delaney».

Entumecida, asiento con la cabeza. Los latidos de mi corazón retumban en mis oídos. Una persona más ha muerto por culpa de este secreto. ¿Cuántas más antes de que la verdad salga a la luz?

Una hora más tarde, el aparcamiento del motel está acordonado con cinta policial y las luces intermitentes iluminan la sombría fachada. Ross y yo prestamos declaración y repetimos los hechos al detective Delaney. Mi hombro herido palpita, mis costillas chirrían, pero la angustia emocional lo eclipsa todo. Otra vida perdida, otra respuesta a medias que no lleva a ninguna parte.

Delaney termina de hablar con el agente uniformado que efectuó los disparos y luego vuelve hacia nosotros, con la tensión grabada en el rostro. «Conseguiremos los informes balísticos, pero parece claro: él disparó primero, el agente respondió. Un desenlace trágico».

Apoyo una mano en el brazo de Ross, sintiendo la tensión que irradia entre nosotros. «Estaba a punto de nombrar a la verdadera amenaza: alguien cuyo nombre empezaba por J. Es todo lo que pudo decir antes de...». Me quedo en blanco, con el peso de las palabras no pronunciadas flotando en el aire.

Delaney exhala lentamente, como si tratara de procesar las implicaciones de lo que acabamos de compartir. «Haré que mi equipo busque entre las pertenencias de Garrett Harper. Quizá dejó algún registro o huella digital que pueda darnos una idea más clara de en qué estaba metido.»

Ross asiente pensativo, con el ceño fruncido por la preocupación. «Mencionó que Claire estaba investigando a un pez gordo. Un hombre poderoso que mataría por mantenerlo en secreto. Sea quien sea, no es solo una amenaza, es una fuerza a tener en cuenta».

«Podría ser Juliet.» Las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas, pero mi confusión es primordial. «Su nombre empieza por J. Aunque no es exactamente un pez gordo, a menos que esté relacionada con alguien más».

Delaney se frota las sienes. «Revisaremos los antecedentes de Juliet. Pero sospecho que hay otra J. Podría ser un alias. Podría ser un ejecutivo de la agencia de publicidad. Comprobaremos las listas de empleados».

Mi mirada se desvía hacia la ambulancia, donde se llevan el cuerpo sin vida de Garrett en una bolsa negra. Un sabor agrio cubre mi lengua, amargo e inquietante. Más muerte, más secretos, y con cada uno, el peso de lo desconocido se hace más pesado.

Delaney se da cuenta de mi angustia, su expresión cambia y suaviza su tono. «Por ahora, dejad que os lleve a los dos a la comisaría. Quiero que estéis en un lugar seguro mientras resolvemos esto. Es importante que os sintáis seguros en estos momentos turbulentos».

Ross me mira, su preocupación palpable en el aire entre nosotros. «De acuerdo», murmura, con voz firme pero suave, mientras me da un apretón tranquilizador en el brazo. «Nos iremos. Ya has tenido suficientes emociones para toda la vida, y yo estaré aquí contigo».

Pestañeo, conteniendo las lágrimas, y me fuerzo a asentir. No estamos cerca de descubrir el destino de Claire, pero el número de cadáveres aumenta. Mi mente repite las últimas palabras de Garrett: También te matarán a ti... Demasiado poderoso... Para cuando Delaney nos conduce a una tranquila sala de interrogatorios -más acogedora que las típicas instalaciones duras-, es casi media tarde. Mi cuerpo parece de plomo, pero me queda un destello de adrenalina. Ross se queda cerca de mí mientras Delaney nos da agua embotellada.

El teléfono del detective zumba. Mira la pantalla y frunce el ceño. «Tengo que salir», dice con voz entrecortada. «Uno de mis agentes tiene una pista sobre alguien de la agencia de publicidad».

Ross asiente. «Vete».

Cuando Delaney se marcha, el silencio pesa. Me desplomo en la silla, abrazándome las costillas, con el recuerdo de los disparos resonando en mi mente. Ross me aprieta la mano en silencio.

De repente, surge una oleada de imágenes: Claire apretando su teléfono contra mis manos, con ojos suplicantes. «Guárdame esto. Por si pasa algo. No dejes que lo encuentre».

Se me corta la respiración. «Ross», jadeo, con la vista nublada. «Acabo... de recordar algo».

Se inclina hacia delante. «¿Qué es?»

Cierro los ojos, intentando aferrarme a un destello de memoria: Estamos en mi habitación, Claire y yo. Ella está temblando, lleva ese jersey rosa. Debe de haber sido a primera hora de la tarde. Me da un teléfono, no el de siempre, sino un aparato de prepago.

Me dice: «No puede saber que lo tengo. Prométeme que lo esconderás».

En el recuerdo, vacilo, el miedo anudándome las tripas como una cuerda floja. El peso de su súplica flota en el aire. Luego, con la respiración entrecortada, asiento con la cabeza y deslizo el teléfono desechable bajo un montón de ropa doblada en mi cómoda. Se siente aliviada, sus hombros se relajan como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

Parpadeo y vuelvo al presente, con el corazón golpeándome la caja torácica como un tambor frenético. «Me dio un teléfono desechable para que lo escondiera, Ross. Dijo que 'él' no podía saber que lo tenía. Estaba aterrorizada», digo, con la urgencia de mis palabras resonando en el espacio que nos separa.

Los ojos de Ross se abren de par en par y un destello de reconocimiento recorre su rostro. «¿Todavía está en tu casa?», pregunta, con la voz tensa por la expectación.

Me esfuerzo por recordar, la niebla de la confusión nubla mis pensamientos. «No recuerdo qué pasó después del accidente. Quizá lo olvidé. O puede que lo sacara más tarde», murmuro, con la desesperación reflejada en el tono.

El pulso se me acelera y me retumba en los oídos. Si ese teléfono sigue escondido, podría contener todos los secretos de Claire. La pieza que nos falta para desenmarañar esta red de miedo y engaño.

Ross se levanta bruscamente, la silla choca contra el suelo mientras camina por la pequeña habitación, con la mente claramente acelerada. «Tenemos que encontrarlo. Probablemente es lo que el intruso buscaba anoche», exclama, con la determinación encendida en sus ojos.

Se me seca la garganta. Saben que Claire tenía un dispositivo oculto. Eso explicaría la irrupción, el rebuscar. «Tenemos que ir a comprobarlo», digo, ignorando el dolor en las costillas.

Ross duda un momento, visiblemente dividido entre la preocupación y la urgencia. «Delaney te quería en un lugar seguro», me recuerda, con la voz cargada de aprensión.

«Ross», le respondo con fiereza, mi determinación atravesando la tensión de la habitación, »ese teléfono podría ser todo lo que necesitamos. Si el intruso lo encuentra antes...».

Exhala lentamente, su mirada se desvía hacia la puerta como si esperara lo peor. «Se lo diremos a Delaney. Puede enviar un equipo a tu casa. Tal vez aún esté escondido en tu tocador, donde a nadie se le ocurriría mirar».

Sacudo la cabeza enérgicamente, con la ansiedad disparándose en mi pecho como un cable en tensión. «No podemos esperar. Ese intruso podría volver en cualquier momento, y no podemos arriesgarnos a perder nuestra oportunidad».

Ross se amasa la nuca, el peso de la decisión claramente pesando sobre él. «De acuerdo, hagámoslo. Pero no iremos solos: llevaremos al menos un agente de refuerzo».

Mi corazón late de acuerdo, la sensación de urgencia me impulsa hacia adelante. «Sí», digo, sintiendo una oleada de determinación.

Tras una larga conversación, Delaney acepta a regañadientes que recuperemos el teléfono con escolta policial. Rápidamente organiza un pequeño grupo de agentes de paisano, establece un perímetro y nos introduce en un todoterreno policial sin distintivos.

El camino de vuelta a casa es tenso. Casi espero ver el coche del intruso enmascarado saliendo a toda velocidad de mi entrada. Pero la calle parece tranquila, con una patrulla aparcada discretamente en la esquina. Las nubes amenazan con llover.

Ross y yo nos apresuramos hacia la puerta principal con dos agentes -el agente Chan y el agente McDonnell- mientras otro permanece cerca de la acera, buscando amenazas. Siento la llave fría en la mano cuando abro la puerta y entro en el silencio familiar de mi salón.

Nos dirigimos rápidamente a mi dormitorio, con la adrenalina estimulándome más allá del dolor de mis costillas. El corazón me retumba cuando abro los cajones de la cómoda y rebusco entre camisetas y pantalones doblados. La memoria me insta a mirar en el segundo cajón desde abajo.

Ross se cierne detrás de mí, buscando algún peligro. Los agentes vigilan en el pasillo, con las armas enfundadas pero preparadas.

Por fin, bajo una pila de jerséis viejos, mi mano roza algo duro y rectangular: un teléfono. Lo suelto, sin aliento. Un teléfono negro, barato y desechable. El polvo mancha la pantalla.

Lo enciendo, con el corazón en un puño. El logotipo del dispositivo parpadea y aparece una vieja pantalla de bloqueo. Milagrosamente, aún le queda batería. La fecha indica que fue hace casi dos semanas, la noche del accidente.

Ross se acerca. «¿Necesita contraseña?

Trago saliva y toco la pantalla. Aparece un mensaje: INTRODUCIR PIN. Se me hincha el pecho. Necesitamos un PIN.

Nos miramos fijamente, cada vez más frustrados. «Prueba con algo obvio», sugiere Ross, con la voz tensa. «¿El cumpleaños de Claire? Si lo sabes».

Rebusco en mi memoria. El detective dijo que Claire había nacido el 3 de mayo, lo que equivaldría al 0503, o al 530, o al 050319... La mente me da vueltas. Adivinemos la más sencilla. Tecleo 0503.

Acceso denegado.

Ross suspira. «Prueba con otra cosa».

Recuerdo un débil detalle: Claire dijo una vez que su madre se llamaba Lily, un detalle espigado de un artículo. «¿O quizá es tu cumpleaños?». Ross sugiere. «Ya que estaba tan obsesionada contigo».

Dudo. Mi cumpleaños es el 14 de agosto de 0814. Lo tecleo. Un momento de suspense. Luego,

acceso concedido.

El corazón me da un vuelco. La pantalla se abre en un menú básico: registro de llamadas, mensajes, un icono de galería. El pulso me ruge en los oídos. «Está desbloqueado», susurro. «Ha usado mi cumpleaños».

Ross se acerca, con la adrenalina a flor de piel. «Abre los mensajes».

Toco el icono de mensajes y en la pantalla aparece una breve lista de mensajes, la mayoría números sin etiquetar, cuyo anonimato me produce un escalofrío. El intercambio más reciente me llama la atención; es con uno etiquetado simplemente como «J». Se me revuelve el estómago y se me hace un nudo de ansiedad.

«J», leo en voz alta, el nombre cargado de implicaciones, el miedo acumulándose en mis entrañas como una piedra. «Podría ser la 'J' del último aliento de Garrett». El peso de esas palabras flota en el aire, engrosando la atmósfera que nos rodea.

Justo en ese momento, el agente Chan asoma la cabeza, su mirada aguda se estrecha sobre el teléfono como si tratara de descifrar los secretos que esconde. «¿Deberíamos llevarlo al equipo técnico de la estación?», sugiere, con la voz teñida de urgencia.

«Danos un minuto», interviene Ross, con la voz tensa por la tensión. «Podríamos ver quién está detrás de esto ahora mismo». Su determinación no hace más que aumentar mi propia sensación de determinación.

Con dedos temblorosos, abro el hilo y mi corazón se acelera cuando los últimos mensajes se materializan en la pantalla. Se remontan a la fatídica noche del accidente. El último mensaje de Claire dice:

«Tengo a Peyton. Está a bordo. Si no te echas atrás, lo haremos público».

Me llevo una mano a la boca, el peso de la revelación me golpea como una ola. Me ha utilizado como palanca. Mi mente da vueltas con las implicaciones, cada pensamiento más horrible que el anterior. El siguiente texto del hilo parpadea en la pantalla, una respuesta de «J», cargada de veneno y malicia: «No lo harás. Tienes demasiado que perder. Me aseguraré de que os arrepintáis».

Ross maldice en voz baja, con la frustración grabada en el rostro. «Así que amenazaron con ir a por ti. Por eso Claire intentó huir». Su voz es un gruñido grave, la urgencia de la situación amplifica la tensión en el aire que nos rodea.

Me desplazo hacia arriba, mirando los mensajes más antiguos. Hablan del dinero del silencio, hacen referencia a una cuenta bancaria, a un depósito parcial. Mis ojos se abren de par en par: Claire chantajeaba a «J» con grandes sumas de dinero.

Uno de los mensajes de J dice:

«Deja a Peyton fuera de esto. No sabe con lo que está tratando».

Se me estruja el corazón. Leo el siguiente:

Claire: «Ella está más involucrada de lo que crees. Si vienes a por mí, te arruinaré a ti... y a ella».

Exhalo temblorosamente. Claire estaba jugando a todos los bandos, utilizándome como escudo o como moneda de cambio. ¿Por qué acepté ayudarla? ¿Sabía siquiera hasta qué punto?

Ross se acerca y señala el teléfono. «Mira, cerca de la parte superior».

Un mensaje antiguo de «J» un par de semanas antes del accidente:

«Reúnete conmigo en el almacén si quieres más dinero. No traigas a Peyton».

El almacén... Mi mente parpadea hacia el lugar donde fui atacado. «Así que es el mismo edificio», respiro. «Pero no nos encontramos allí esa noche. Fue en otro sitio, en el barranco».

Ross aprieta la mandíbula. «Esto es grande. Delaney puede comprobar ese número de teléfono, ver quién está detrás del alias».

Asiento con la cabeza, con la adrenalina por las nubes. «Puede que por fin los tengamos».

Justo entonces, una tabla del suelo cruje en el pasillo. Los agentes se mueven y gritan: «Todo despejado». La voz de otro policía responde desde abajo, presumiblemente escaneando el salón.

Doy un paso atrás, abrazando el teléfono. «Llevémosle esto a Delaney».

Ross asiente y me pone una mano en la espalda mientras salimos de la habitación. La agente Chan y el agente McDonnell nos flanquean, con las armas preparadas, vigilando las esquinas. El aire está cargado de tensión, pero esta vez no hay rastro de intrusos.

En la puerta principal, me detengo y vuelvo a echar un vistazo a mi casa. El sofá, las fotos de la chimenea. Ahora todo me parece ajeno, ensombrecido por los secretos. Cerramos detrás de nosotros, con el teléfono en mi mano temblorosa. Tenemos pruebas. Pero también significa que soy más objetivo que nunca. Si «J» se da cuenta de que tenemos este teléfono... Fuera, el cielo se agita con nubes de tormenta y la llovizna se intensifica. Ross me ayuda a subir al todoterreno sin matrícula. En cuanto se cierra la puerta, me desplomo en el asiento, con la mente a mil por hora. Claire estaba chantajeando a «J», que nos amenazó a los dos. «J» podría ser el hombre al que Claire temía o... ¿podría seguir siendo Juliet? Pero los mensajes dicen «deja a Peyton fuera de esto». Eso suena más como una voz masculina o al menos una entidad separada de la cadena de emails de Juliet.

Ross sube a mi lado y le pasa el teléfono al agente Chan en el asiento delantero. «Se lo daremos al detective, que rastree ese número. Podría ser el descubrimiento que necesitábamos».

Asiento con la cabeza, apretando el hombro palpitante contra el asiento. Alivio y aprensión se enfrentan en mi interior. Por fin estamos llegando a alguna parte. Pero una sensación enfermiza de presentimiento se apodera de mi pecho. Tengo muy presente la muerte de Garrett, prueba de que «J» hará lo que sea, herir o matar a quien sea, para mantener ocultos esos secretos.

Cuando el todoterreno se aleja de la acera, veo por última vez mi casa por el retrovisor lateral. Hay una silueta cerca de la ventanilla; puede que sea mi reflejo o que haya un agente dentro haciendo una doble comprobación. En cualquier caso, me da escalofríos.

Vuelvo la mirada hacia delante y aprieto la mano de Ross. «Acabemos con esto», susurro, con la voz temblorosa por la determinación. «No puedo seguir viviendo así».

Ross asiente, con la voz tensa por la determinación. «Lo haremos».

Con el teléfono desechable en la mano, las piezas del rompecabezas empiezan por fin a alinearse. Pero la imagen que forman podría ser más oscura de lo que imaginaba. Y «J» sigue ahí fuera, esperando el siguiente movimiento, listo para destruirnos si nos acercamos demasiado a la verdad.

12

Media hora más tarde, estamos de vuelta en la comisaría. El detective Delaney nos hace pasar a una sala de conferencias segura, con las persianas cerradas para protegernos de la lúgubre luz gris del exterior. La lluvia tamborilea sin cesar sobre el tejado, un persistente silbido de fondo. Dos especialistas en tecnología vestidos de paisano se ciernen sobre el teléfono desechable de Claire, al otro extremo de la mesa, y teclean comandos en un portátil conectado con cables especializados.

Ross y yo nos sentamos a un lado de la mesa, con los brazos cruzados, agobiados. Ha sido un desfile interminable de sobresaltos: La muerte de Garrett, el tiroteo en el motel, y ahora el descubrimiento de estos textos incriminatorios. Sin embargo, por primera vez, tenemos algo concreto, algo que esperamos que nos lleve a la verdadera identidad de «J».

El detective Delaney está de pie detrás de los técnicos, con los brazos cruzados, estudiando la pantalla del teléfono mientras los especialistas extraen datos de él. Por fin, uno de ellos, una mujer de pelo corto de unos treinta años, se vuelve y asiente a Delaney.

«Hemos extraído del dispositivo los mensajes de texto, las listas de contactos y los registros de llamadas», dice. «Todo está encriptado, salvo lo que la Sra. Hayes ya ha accedido. Pero aún podríamos extraer metadatos que apunten al propietario del otro teléfono en esos hilos de texto.»

La mirada de Delaney se desplaza hacia mí. «¿Recuerdas algo más sobre este quemador? ¿Mencionó Claire algún nombre o alguna pista sobre quién podría ser 'J'?».

Me froto los brazos, la manga de la camisa tirando de mi hombro magullado. «Nada más que lo que vimos en los textos. Ella dijo: 'Él no puede saber que lo tengo'. Estaba aterrorizada». Me tiembla la voz al recordar los ojos desesperados de Claire.

Ross se pasa una mano por la cara. «Quienquiera que sea 'J', estaba pagando a Claire dinero por su silencio. Ella amenazó con hacerlo público si él hacía daño a Peyton».

Delaney exhala y se vuelve hacia los técnicos. «Busca el número en todas las bases de datos que tenemos. Necesitamos una identificación, o una pista sobre quién compró esa línea».

El técnico de pelo corto asiente enérgicamente. «En ello».

Su compañero, un hombre alto y delgado con gafas, habla. «Los teléfonos prepago son

complicados, pero a veces el usuario se escabulle. Si utilizaron una tarjeta de crédito en el momento de la compra o si llamaron o enviaron un mensaje de texto a otra línea que no sea de quemador, podemos rastrearlos.»

«Háganlo», dice Delaney con firmeza. Luego nos hace señas para que nos apartemos de la mesa donde trabajan los técnicos. Baja la voz. «Intentaremos por todos los medios identificar a 'J.' Pero puede que tardemos un día o más, sobre todo si han utilizado credenciales falsas».

Ross me mira, con la tensión erizada. «No tenemos un día. Quienquiera que entrara en casa de Peyton podría volver. El que preparó la emboscada en el almacén aún anda suelto».

A Delaney se le desencaja la mandíbula. «Tenemos un equipo vigilando tu casa y el apartamento del señor Hayes. En cuanto tengamos algo, lo sabrás».

Me abrazo a mí misma, tratando de ignorar el dolor latente en mis costillas. «¿Y Juliet? Dijiste que la traerías para interrogarla». Mi corazón se retuerce al oír su nombre, un remolino de ira y dolor. «Es la única otra persona de la que sospechamos que podría saber lo del chantaje de Claire. Aunque no sea el pez gordo, está enredada».

Delaney aprieta los labios, su expresión se endurece mientras continúa. «Nos hemos puesto en contacto con ella. Ha accedido a venir a la comisaría, pero está dando largas... dice que tiene una emergencia familiar de la que no puede escapar ahora mismo.»

Ross asiente, con el ceño fruncido por la preocupación. «Es sospechoso», murmura, con el peso de la incertidumbre flotando en el aire.

«Podría ser auténtico, pero no descartamos nada». Delaney mueve su peso. «Seguiremos presionando. Mientras tanto, mantén la guardia alta. Tenéis mi línea directa: llamadme si ocurre algo inusual».

Ross y yo compartimos una mirada cansada. Lo inusual se ha convertido en nuestra nueva normalidad. Delaney se excusa para consultar con los técnicos, dejándonos desplomados en las gastadas sillas junto a la pared.

Al cabo de un momento, Ross me da un suave apretón en la mano. «Al menos estamos más cerca. El teléfono debería darnos algo, ¿no?».

«Sí», murmuro, aunque me corroe una oleada de dudas. A Garrett lo mataron a tiros antes de revelar el nombre. ¿Y si los datos del teléfono también llegan a un callejón sin salida? Estoy harta de callejones sin salida... y de la propia muerte.

Pasa una hora. El zumbido de las luces fluorescentes de la comisaría, el trasiego de agentes por el pasillo, el clic constante de los teclados de los técnicos... todo me pone de los nervios. Cada vez que se abre la puerta, me da un vuelco el corazón, esperando que identifiquemos a «J». Cada vez, nos encontramos con un cortés movimiento de cabeza: «Todavía no».

Finalmente, Delaney regresa y nos hace un gesto para que le sigamos a un despacho más pequeño. Dentro, un escritorio desordenado está lleno de carpetas y un bocadillo a medio comer. Cierra la puerta y se encoge de hombros disculpándose.

«Siento el desorden». Aparta una pila de carpetas de una silla para que pueda sentarme. Ross está de pie detrás de mí, con los brazos cruzados. «Nuestro equipo técnico sigue en ello», continúa

Delaney, »pero mientras esperamos, quiero volver a examinar a los jugadores conocidos. Quizá se nos haya pasado algo».

Me froto la sien. «Te refieres a Juliet. O a alguien más de mi círculo».

Delaney asiente. «Exactamente. Juliet Monroe podría estar ocultando información crítica, pero no tenemos pruebas de que sea capaz de sobornar o chantajear. Es posible que simplemente estuviera involucrada tangencialmente en la agencia de publicidad. Tampoco podemos ignorar que Claire dijo que un hombre te perseguía, Peyton. Mitchell recuerda haber visto faros en el retrovisor, y tu nuevo recuerdo sugiere que Claire estaba preocupada por «él»».

Ross se apoya en la pared, con la tensión marcada en sus rasgos. «Así que podríamos estar tratando con un hombre poderoso llamado 'J'. Eso me lleva a sospechar de un director general o un funcionario local. ¿Hay algún ejecutivo 'J' en la agencia de publicidad? ¿O clientes importantes con un nombre que empiece por J?».

Delaney saca una carpeta de su escritorio. «Tenemos listas parciales de la agencia de publicidad. Hay un James Cartwright que figura como director financiero, un John Holbrook que estaba en la alta dirección. También tenemos a Jonathan Reese, el director general. Cualquiera de ellos podría ser el «J» que buscamos, suponiendo que sea tan directo».

Se me revuelve el estómago. Tantas posibilidades. ¿Cómo lo reducimos? «¿Mencionó Juliet alguna vez a alguien en concreto del equipo ejecutivo?»

Delaney pasa las páginas. «No en sus declaraciones oficiales. Fue asistente en el departamento creativo por un tiempo, luego renunció. No se menciona la participación directa con los ejecutivos. Pero eso no significa que no se cruzara con ellos, o que Claire no la mantuviera al tanto de algo».

Ross me aprieta el hombro. «Podría ser el momento para una confrontación directa con Juliet. Está ocultando algo. Tenemos que acorralarla antes de que más gente salga herida».

Los labios de Delaney se comprimen. «De acuerdo. Presionaré para que la interroguen. Si vuelve a dar largas, consideraremos traerla por la fuerza, al menos para hablar».

Se me retuerce el corazón. Es Juliet, mi mejor amiga desde la infancia. Pero los nudos de la traición me aprietan. Si está encubriendo a algún peligroso ejecutivo, ha elegido su bando. «De acuerdo», susurro. «Pero, por favor, puede que ella no sea la principal amenaza. Está asustada, detective».

Me mira con firmeza, su mirada inquebrantable y llena de una intensidad que me hace sentir a la vez apoyada y aprensiva. «Lo tendremos en cuenta», me asegura, con voz baja y firme.

Estamos a punto de salir del despacho de Delaney cuando una agente asoma la cabeza, con un deje de urgencia en su comportamiento. «Detective, la Sra. Monroe pregunta por la Sra. Hayes», anuncia con tono enérgico y profesional.

La mención del nombre de Juliet me oprime el corazón. Ross se endereza a mi lado y frunce el ceño mientras procesa la noticia. «¿Juliet está aquí?», pregunta con incredulidad.

«Ha venido a la recepción hace cinco minutos», explica la agente, con la mirada entre nosotros. «Dijo que necesitaba ver a Peyton inmediatamente».

Delaney arquea una ceja, su expresión cambia a una de sospecha mezclada con intriga. «Qué oportuno», comenta, con la voz cargada de escepticismo. «Llévala a la sala de interrogatorios A. Yo observaré desde detrás del cristal. Veamos qué tiene que decir».

Me aprieto el esternón con la palma de la mano y siento que me tiembla el pulso. «Hablaré con ella», digo, con la voz tensa por el miedo y la rabia residual. «Mejor que acorralarla en mi porche».

Ross me pone una mano tranquilizadora en el brazo y me mantiene en el momento. «Yo también voy», dice, con voz firme y decidida.

Delaney asiente bruscamente, con expresión seria. «De acuerdo. Pero deja que Peyton dirija el interrogatorio, si se siente cómoda. La señorita Monroe podría callarse si se sintiera acosada», aconseja, con su experiencia evidente en la cuidadosa elección de sus palabras.

Trago saliva, sintiendo el peso de la situación asentarse sobre mí como una espesa niebla. Me preparo para lo que me espera y respondo: «Hagámoslo».

Entramos en una pequeña habitación con paredes de tonos neutros, una sola mesa y tres sillas. A un lado hay un gran espejo que sé que es un cristal unidireccional. La luz del techo zumba débilmente. Juliet está sentada a la mesa, jugueteando con su móvil. Levanta la vista cuando llegamos, con la ansiedad grabada en el rostro.

Se me revuelven las tripas al verla. Lleva un jersey sencillo y vaqueros, el pelo recogido en una coleta apresurada y ojeras. La última vez que hablamos fue en mi habitación del hospital, donde se negó a confesar nada.

«Peyton», dice en voz baja, apenas por encima de un susurro, mientras se levanta y su postura delata su inquietud.

Levanto una mano y me detengo a unos metros de ella, creando un espacio que se siente pesado por las palabras no dichas. «Hablemos.

Ross viene detrás de mí, con los brazos cruzados sobre el pecho, una especie de guardián silencioso. Juliet se percata de su presencia y su cuerpo se tensa instintivamente al verle, pero al cabo de un momento asiente con la cabeza y se hunde en la silla, con los hombros caídos, como si el peso de la situación la oprimiera.

Tomo asiento frente a ella, la pequeña mesa que nos separa parece un abismo de distancia. «¿Por qué estás aquí, Juliet? Pregunto con voz firme pero cargada de urgencia, con la esperanza de atravesar la niebla de incertidumbre que nos rodea.

Ella mira a Ross y luego a mí. «Porque he oído que has encontrado algo... un teléfono. Un teléfono que pertenecía a Claire». Su mirada parpadea, revelando sus nervios. «Los detectives me llamaron de nuevo, dijeron que tenían preguntas. Sumé dos más dos».

Ross entrecierra los ojos, con la sospecha grabada en el rostro. «¿Por arte de magia has decidido venir ahora, después de ignorar las llamadas de Delaney durante días y días?».

Juliet exhala bruscamente, la tensión en el aire palpable, y le ignora deliberadamente. «Peyton, ¿podemos hablar a solas? Su voz transmite urgencia, como si el peso de sus palabras pudiera romper la frágil calma que nos envuelve.

Mi mandíbula se tensa ante su petición, una oleada de desafío surge dentro de mí. «No. Se acabaron los secretos, Juliet. Si quieres hablar, hazlo aquí, delante de todos nosotros». La firmeza de mi tono flota en el aire, desafiándola a responder.

Ella traga saliva y echa un vistazo al espejo: es casi seguro que el detective está al otro lado. «Está bien. Le tiembla la voz. «Quiero disculparme. Intentaba protegerte. Pensé que si no recordabas todo, estarías a salvo de la gente a la que Claire estaba chantajeando».

Se me acelera el pulso. «Así que sabías lo del chantaje».

Ella asiente, con los hombros caídos. «Claire me dijo que tenía información sucia sobre algunos ejecutivos de alto nivel, además de cosas personales sobre ti, Peyton. No me di cuenta de lo lejos que había llegado hasta que me dijo que iba a reunirse contigo esa noche, que ibas a estar a su lado. Intenté detenerla. Te llamé y te advertí de que conducir con tormenta era peligroso, pero no me hiciste caso».

La luz fluorescente del hospital zumba sobre mi cabeza, picándome los ojos. «Me dijiste que recibiste una llamada mía, no al revés».

Su rostro palidece. «Sí, mentí sobre eso. No quería que la policía pensara que estaba implicada. Pero te llamé esa noche, varias veces. Finalmente contestaste, sonando frenética. Luego la línea se cortó».

Ross se enfada. «¿Por qué no dijiste la verdad desde el principio?

Juliet se mira las manos entrelazadas. «Porque tenía miedo de que me culparan por no detenerte. Y... estuve en el lugar del accidente. Llegué justo después de que ocurriera. Me entró el pánico».

Mi corazón se estremece. «¿Así que nos estabas siguiendo esa noche?»

Ella asiente, con lágrimas en los ojos. «Sí, pero no para hacerte daño. Me preocupaba que hicieras algo imprudente si Claire te convencía para que te enfrentaras a 'J.' Encontré tu coche en el barranco. Mitchell y tú estabais inconscientes. No vi a Claire por ninguna parte».

Inhalo bruscamente, la pieza del puzzle encaja en su sitio: Juliet llegó después del accidente y sólo nos descubrió a Mitchell y a mí. Claire debía de haberse ido, quizá se la llevaron a rastras o huyó. «¿Omitiste ese detalle porque...?».

A Juliet se le saltan las lágrimas. «Porque sabía lo que parecería. La policía preguntaría por qué te seguí, sospecharía de mí. Y si 'J' descubría que me estaba entrometiendo, podría ser la siguiente. Me entró el pánico, Peyton. Lo siento».

La voz de Ross vibra de ira. «Dejaste que Peyton creyera que estaba sola. Nunca le dijiste a la policía lo de Claire».

Juliet solloza. «De verdad creí que Claire se había escapado sola. No me di cuenta de que había desaparecido por completo. Supuse que aparecería más tarde o revelaría su chantaje. Cuando no lo hizo, me asusté. Empecé a mentir y todo se volvió una espiral».

Un temblor me recorre mientras proceso sus palabras. «¿Quién es ese 'J'? ¿Conoces su identidad?»

La mirada de Julieta se desvía. «Yo... sospecho que es James Cartwright, el director financiero de la agencia de publicidad. Claire insinuó que estaba malversando fondos y sobornando a funcionarios locales. Tenía pruebas: documentos, grabaciones. Es poderoso, Peyton. Él fue quien la amenazó».

James Cartwright. El nombre está en la lista de ejecutivos de la agencia. «¿Así que crees que él es el que nos perseguía esa noche?»

Parece abatida. «Sí. Claire dijo que él haría cualquier cosa para silenciarla. Creo que se acostaba con él para aprovecharse. Pero entonces... de alguna manera tú te involucraste. Ella me dijo que ustedes dos... podrían haberse acercado. No conozco los detalles». Su voz vuelve a temblar. «Por favor, créeme, nunca quise hacerte daño».

Me agarro al borde de la mesa. James Cartwright. Un nombre que empieza por J. Ejecutivo de alto nivel, los recursos para perseguirnos a Claire y a mí en la oscuridad. «¿Por qué no me contaste todo esto antes?». Exijo, con la ira encendida. «Tanta gente ha salido herida por culpa de estas mentiras».

El rostro de Juliet se arruga. «Tenía miedo. Pensé que si lo recordabas todo, volverías a enfrentarte a él. Y que te mataría. O a mí. O a los dos». Levanta los ojos llorosos para encontrarse con los míos. «Lo hice todo mal, pero te juro, Peyton, que intentaba mantenerte con vida».

Mi pecho se agita con una maraña de emociones: traición, furia, una pizca de compasión. Ross se adelanta y me fulmina con la mirada. «¿Dónde está Claire ahora?

Juliet niega con la cabeza, salpicada de lágrimas. «No lo sé. Sigo esperando que esté escondida. Pero ha pasado mucho tiempo. Tengo miedo de que él -Cartwright- se haya deshecho de ella».

Me arden los ojos. Otra pieza cae en su lugar. James Cartwright debe ser la «J» a la que Claire chantajeaba. Él la amenazó, ella amenazó con hacerlo público, y yo me vi arrastrado. Si esto es cierto, por fin tenemos un nombre para Delaney.

Respiro entrecortadamente. «Juliet», le digo en voz baja, »¿por qué no denunció lo de Cartwright? Delaney podría haberte protegido».

Se seca las lágrimas de las mejillas. «Porque no tengo pruebas, y él tiene un ejército de abogados. No soy nadie. Estaba segura de que se saldría con la suya y vendría a por mí. Pensé que si pasaba desapercibida, todo se olvidaría».

Ross murmura una maldición en voz baja. «Esto es una locura. Pero al menos tenemos un nombre que dar al detective. Si Cartwright está detrás de todo...»

Juliet moquea y asiente. «Díselo. Cartwright no se detendrá. Si encontraste el teléfono que Claire escondió, probablemente tenga datos suficientes para enterrarlo, si la policía puede demostrar que es legítimo».

Me enderezo, recordando el odioso mensaje de texto de «J» que nos amenazaba a Claire y a mí. «Tenemos un teléfono. Está en manos de Delaney».

Los ojos de Juliet se abren de par en par. «Entonces corres más peligro que nunca. Cartwright ya debe saberlo. Vendrá a por ti».

Una sacudida de miedo me recorre la espina dorsal, pero me fuerzo a contener el pánico. «Tenemos protección policial. Es hora de que se enfrente a la justicia. Los registros telefónicos deberían llevarnos hasta él».

Se estremece. «Eso espero.

La puerta se abre detrás de nosotros, y Delaney entra, con expresión tensa. Ha estado escuchando por el altavoz. «Así que, Sra. Monroe», dice con voz quebradiza, "¿está acusando a James Cartwright de chantaje, soborno y posiblemente asesinato?".

Juliet se vuelve hacia él, tragando saliva. «Sí. Yo...»

Levanta una mano. «Tendrá que hacer una declaración formal. Acompáñeme».

Ella asiente, levantándose, con lágrimas aún en las mejillas. Antes de irse, se vuelve hacia mí, con voz temblorosa. «Peyton... lo siento mucho por todo. Espero que algún día puedas perdonarme».

Se me hace un nudo en la garganta de emoción. Recuerdo todos nuestros años de amistad: fiestas de pijamas, cumpleaños, apoyándonos mutuamente cuando nos rompían el corazón. Parece que fue hace toda una vida. «No lo sé», digo, con las lágrimas quemándome los ojos. «Primero... sobrevivamos a esto».

Exhala temblorosamente, con la respiración agitada como una frágil hoja atrapada por una ráfaga de viento, y deja que Delaney la guíe fuera de la habitación. La puerta se cierra detrás de ellos, sellando la pesada tensión y dejándonos a Ross y a mí solos en la penumbra.

Se mueve alrededor de la mesa, con sus pasos suaves contra el suelo, y me apoya suavemente una mano tranquilizadora en el hombro. «Por fin se ha sincerado», dice, con voz baja y firme, como si intentara anclarnos a los dos en este momento caótico. «Al menos sobre Cartwright».

Asiento, con el corazón palpitante. «Si esa es la verdad, entonces sabemos quién es 'J'. James Cartwright, director financiero». Mi mente nada con las piezas del rompecabezas encajando: el chantaje, el dinero del silencio, el plan de infiltración de Claire. «Tenemos que confirmarlo con los datos del teléfono».

Ross frunce el ceño. «Delaney cotejará el número de teléfono de Cartwright. Pero si es él, aún tenemos que preocuparnos de si ha cubierto sus huellas».

Miro fijamente la pared en blanco, con los hombros caídos en señal de resignación. «Y sobre si Claire se ha ido para siempre», susurro, con el peso de esa posibilidad presionándome como una pesada piedra, aplastando mi espíritu.

La mano de Ross me acaricia la mejilla, su tacto cálido y tranquilizador, mientras me gira suavemente la cara hacia él. «Oye», dice suavemente, su voz es un bálsamo tranquilizador en medio de la confusión, »encontraremos un final. De una forma u otra».

Asiento con la cabeza, apartando las lágrimas que amenazan con derramarse. Cierre. Una palabra triste y vacía que resuena en mi mente, sobre todo si significa confirmar la muerte de Claire. Pero en el fondo, sé que tengo que afrontarlo, por insoportable que sea la verdad.

Sólo esperamos unos minutos más antes de que Delaney regrese, con aspecto sombrío pero

decidido. «Muy bien», dice, »Juliet nos ha dado una declaración acusando a James Cartwright. Afirma que Claire y tú descubristeis su corrupción. Eso concuerda con los datos telefónicos, que muestran un número que hemos rastreado parcialmente hasta un desechable comprado cerca de la oficina de Cartwright.»

Mi corazón palpita. «¿Es suficiente para un arresto?»

Delaney hace una mueca. «No podemos arrestar a un director financiero basándonos sólo en pruebas circunstanciales. Necesitamos más. Pero es suficiente para una orden de registro. Cartwright es poderoso, pero nos moveremos con cuidado».

Ross da un paso adelante, con la voz tensa por la urgencia. «Podría huir o intentar silenciar a Peyton. ¿No es razón suficiente para detenerlo?»

Delaney suspira. «Lo mantendremos vigilado. Mientras tanto, pediré una orden para registrar su oficina, su casa. Si es tan descuidado como insinuó Claire, encontraremos algo».

Me rodeo el torso con los brazos, intentando calmar el remolino de miedo. «¿Qué pasa con Claire? ¿La declaración de Juliet menciona alguna pista de dónde podría estar?».

Delaney sacude la cabeza, con pesar en los ojos. «Nada concreto. Pero si Cartwright la secuestró o le hizo daño, registrar su propiedad podría revelar alguna pista. Si sigue viva, lo averiguaremos».

Viva. La palabra parpadea en mi mente como una vela tenue.

Ross me frota la espalda, estoico. «¿Qué podemos hacer para ayudar?»

Delaney esboza una leve sonrisa. «Mantente a salvo, mantén tu destacamento de protección. No te acerques tú mismo a Cartwright. Si realmente está detrás de esto, es peligroso».

Asiento con la cabeza, una sensación plomiza de miedo se apodera de mí. «De acuerdo». Mi mente se acelera: ¿Y si intenta huir? La idea de que huya de la ciudad antes de que la policía se abalance sobre él me revuelve el estómago.

Delaney nos acompaña fuera de la sala de interrogatorios y me aparta mientras Ross consulta su teléfono. «Sé que estás agotado», dice el detective en voz baja. «Pero te quiero bajo vigilancia las veinticuatro horas del día hasta que esto se resuelva. Cartwright podría darse cuenta de que Juliet se ha vuelto loca».

Trago con fuerza, el peso de mis palabras se asienta pesadamente en mi pecho. «No quiero poner a mi madre o a Mitchell en peligro...». No puedo deshacerme de la imagen de ellos atrapados en el fuego cruzado de esta creciente situación.

«También pondremos un agente en casa de tu madre», me asegura Delaney, con voz firme y segura. Me pone una mano tranquilizadora en el hombro, un ancla en medio del caos que se arremolina a nuestro alrededor. «Le cogeremos, Peyton. Aguanta».

Siento un nudo en la garganta, con las emociones burbujeando bajo la superficie. «Gracias», consigo responder, agradecida por su compromiso con nuestra seguridad.

Asiente con la cabeza, la determinación en sus ojos es palpable, antes de alejarse para dar

instrucciones a otro agente, su presencia es una fuerza breve pero tranquilizadora en la tormenta de incertidumbre.

Ross y yo salimos de la comisaría, flanqueados por un policía uniformado. La oscuridad del día no se ha disipado; en todo caso, se ha oscurecido. El aire sabe a lluvia inminente. Nos dirigimos hacia el coche de Ross, aparcado en el aparcamiento de visitantes.

A medio camino, un todoterreno negro se detiene cerca de la entrada de la estación. El corazón se me sube a la garganta. Ross se coloca instintivamente entre el vehículo y yo, el policía se adelanta y se lleva la mano a la funda.

La puerta del conductor se abre de golpe y sale un hombre alto con un traje impecable. Da un portazo y nos mira con una intensidad penetrante. Es mayor de lo que esperaba, quizá de unos cincuenta años, con el pelo canoso en las sienes. Su postura irradia confianza e indignación.

«¡Peyton Hayes!», ladra desde el aparcamiento, avanzando a grandes zancadas. El policía se mueve para bloquearle. «Apártese, agente», le contesta. «Soy James Cartwright, director financiero de la agencia de publicidad Stanton-Adams».

Una fría sacudida de miedo me aprieta las tripas. Está aquí: James Cartwright, el hombre que sospechamos que está detrás de todo.

El agente se pone a su altura. «Señor, retroceda.

Cartwright se burla y me lanza una mirada furiosa por encima del hombro del oficial. «¿Se atreve a calumniarme con estas ridículas acusaciones? ¿Cree que puede entrar así como así, agitar unos registros telefónicos y arruinar mi reputación?».

Ross se adelanta, con voz grave y peligrosa. «Aléjate de ella».

Los ojos de Cartwright se encienden y miran a Ross. «No tienes ni idea de con quién estás tratando». Su voz baja, cargada de desprecio. «He trabajado toda mi vida para construir esa agencia. No dejaré que unos don nadies entrometidos lo echen todo abajo».

Se me eriza la piel; el policía planta una mano en el pecho de Cartwright, instándole a retroceder. «Señor, le pido que abandone el lugar. Está acosando a un testigo».

El labio de Cartwright se curva en una sonrisa burlona. «¿Testigo de qué? ¿De los delirios de una paranoica?». Me mira de nuevo. «Claire Andrews era una estafadora de poca monta que intentó chantajearme. Probablemente se esté pudriendo en alguna cuneta porque se cruzó con la gente equivocada. No te atrevas a culparme de eso».

La rabia se enciende en mi pecho. «Tenemos tus mensajes, tus amenazas», siseo, con la voz temblorosa. «Nos perseguiste aquella noche. Hiciste desaparecer a Claire. Lo sabemos todo».

Se ríe, áspero y chirriante. «Todo lo que tienen son rumores. Y si sigue presionando, Srta. Hayes, se arrepentirá. Tengo un ejército de abogados. La enterraré a demandas hasta que esté en bancarrota».

Ross gruñe, dando un paso adelante, pero el policía le detiene. Otro agente se acerca corriendo, con la radio en marcha, para calmar los ánimos. Cartwright sonríe. «Adelante, llama al resto del cuerpo. Estaré fuera a la hora de comer. No tienes pruebas reales».

El dolor y la furia luchan en mi interior; mi cuerpo se estremece con la adrenalina, viejas heridas palpitan. Respiro con fuerza. «No te tenemos miedo», consigo decir, aunque el corazón me galopa. «La policía encontrará a Claire o demostrará que tú la mataste. De una forma u otra, se acabó».

Entrecierra los ojos. «No me pongas a prueba, Peyton». Su voz baja, crepitando con amenaza. «Si descubro que tienes algo mío, como ese teléfono, me aseguraré de que sufras por ello».

Un relámpago parece brillar detrás de mis ojos ante su amenaza. Este es el hombre que nos aterrorizó, que probablemente secuestró o asesinó a Claire. El policía ladra una orden: «¡Las manos sobre el capó, ahora!», mientras otro agente flanquea a Cartwright.

Cartwright levanta ambas manos, con una sonrisa burlona en la cara. «Oh, por favor, arréstenme». Su tono rebosa arrogancia. «Mis abogados harán su agosto. Ya lo verán».

A pesar de su chulería, los agentes le cachean. Una multitud de transeúntes se reúne a una distancia prudencial para contemplar el espectáculo. Me tiembla el pulso. Siento que Ross tiembla a mi lado, conteniéndose para no abalanzarse sobre el hombre.

Un agente encuentra un papel doblado en el bolsillo del pecho de Cartwright y lo examina. Cartwright frunce el ceño. «Documentos comerciales confidenciales», suelta. «El agente hace caso omiso de su queja y le entrega el papel al segundo, que le echa un rápido vistazo. Sus expresiones se ensombrecen. «Señor, tenemos motivos para detenerle para interrogarle».

La expresión de Cartwright es de pura furia, con el rostro contorsionado por la ira, pero no hace ningún movimiento para resistirse cuando los agentes le agarran firmemente por los brazos, sin ceder. «Esto es un error», escupe con veneno, cada palabra impregnada de indignación. «¡Os demandaré a todos y cada uno de vosotros!».

Tomo aire, la realidad de la situación me golpea como un maremoto, la cabeza me da vueltas con una mezcla de miedo y adrenalina. Lo están deteniendo; quizá tengamos una oportunidad de mantenerlo alejado de las calles. Ese pensamiento enciende un destello de esperanza en mi interior, y Ross me pasa instintivamente un brazo por los hombros, ofreciéndome un abrazo protector que me tranquiliza en este momento caótico.

La furiosa mirada de Cartwright se abre paso entre la multitud y se posa de nuevo en mí. «Esto no ha terminado», gruñe, la amenaza pesa en el aire mientras los agentes empiezan a guiarlo hacia un coche patrulla que le espera. «Haré que ardas por esto». Sus palabras se ciernen ominosas, una nube oscura sobre lo que debería ser un momento de alivio.

Casi se me doblan las rodillas. El policía que está a mi lado me tranquiliza. Veo cómo meten a Cartwright en la parte trasera del coche y cierran la puerta. Incluso enjaulado tras un cristal, su mirada irradia odio.

Ross se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos. «Tenemos que hablar con Delaney, ahora. Si Cartwright te ha amenazado delante de media comisaría, eso tiene que ser suficiente para retenerlo, ¿no?».

Trago con fuerza, las lágrimas pinchando en las esquinas de mis ojos. «Es despiadado. Hará lo que sea para conseguir lo que quiere». El peso de mis palabras se hunde en el aire entre nosotros, cargado con la verdad de su naturaleza despiadada.

Ross me agarra con fuerza del brazo, sus dedos se clavan como si quisieran anclarme al momento. «Pero nosotros también», dice, con una potente mezcla de rabia y protección en la voz que me produce un escalofrío. «No se va a librar de esto. No después de lo que ha hecho».

Asiento con la cabeza, con el corazón latiéndome violentamente en el pecho. Por favor, que esto sea el principio de su caída. El pensamiento es una frágil esperanza, pero parpadea brillantemente, impulsándome a creer que la justicia podría finalmente alcanzarle.

Dentro de la comisaría, los agentes se apresuran a tramitar la detención de Cartwright. Delaney nos conduce a un pasillo separado. «Le interrogaremos», dice. «Su arrebato en el aparcamiento es motivo, como mínimo, para presentar cargos por acoso. Y si los documentos de su bolsillo son incriminatorios, podemos aprovecharlo».

Me froto el hombro magullado, el dolor me recuerda el caos que acaba de desatarse, mientras la adrenalina sigue corriendo por mis venas como un cable en tensión. «Ten cuidado», susurro, con voz baja y urgente. «Se cree intocable».

La mandíbula de Delaney se tensa, la determinación se dibuja en sus rasgos. «Igual que muchos criminales que acabaron entre rejas. Eso ya lo veremos», responde, con un tono resuelto e inquebrantable.

La mano de Ross se posa en mi espalda, una presencia reconfortante en medio de la tensión. «¿Y ahora qué pasa con nosotros?», pregunta con voz preocupada mientras busca respuestas en mi rostro.

Delaney suspira y echa un vistazo al caos. «Me gustaría que se quedaran aquí un poco más. Te mantendremos informada si surge algo durante el interrogatorio. Y Peyton: si confirmamos que el teléfono de Cartwright es el de los mensajes de Claire, se acabó el juego para él».

Siento la garganta seca, pero la esperanza parpadea. «Gracias», consigo decir.

Asiente y se aleja para coordinarse con los agentes que están fichando a Cartwright.

Ross me guía hasta un banco del pasillo, donde nos desplomamos uno junto al otro. La tensión de mi cuerpo no ha disminuido, pero siento un poco de alivio: Está detenido, al menos por ahora. Si la policía lo hace bien, no tendrá otra oportunidad de escabullirse ni de venir a por mí.

Apoyo la cabeza en el hombro de Ross y cierro los ojos contra el resplandor fluorescente. Mi pecho se agita con el remolino de emociones contenidas. Puede que estemos a punto de hacer justicia para Claire... y para mí. Si tan sólo pudiéramos demostrar la culpabilidad de Cartwright, recuperar el paradero de Claire o confirmar su destino.

La mano de Ross cubre la mía. «Estamos tan cerca», murmura.

Asiento con la cabeza, las lágrimas amenazan con derramarse. Mi mente evoca la imagen de Claire con su jersey rosa, agarrada a mi brazo en el coche. «No podemos dejar que gane», me dijo en algún recuerdo o sueño. A pesar de sus manipulaciones, no merecía desaparecer en la oscuridad.

Por favor, que haya respuestas... pronto. Porque no puedo soportar otro día viviendo con miedo, esperando a que las sombras ataquen de nuevo.

13

Tras horas de tensa espera en un pasillo sin ventanas, Ross y yo empezamos a sentir el peso del cansancio presionando con fuerza. El banco de plástico ofrece poca comodidad y mi cuerpo magullado protesta cada vez que cambio de postura. Sin embargo, a pesar de la incomodidad física, me recorre una corriente de esperanza: James Cartwright está detenido. Si la policía consigue detenerlo, puede que por fin estemos a salvo, o más cerca de conocer el destino de Claire.

Sin embargo, la aprensión se me revuelve en el estómago. Los hombres como Cartwright no caen fácilmente.

Ross y yo compartimos una botella de agua de la máquina expendedora de la estación. Fuera, la lluvia golpea el tejado con un ritmo constante. Los fluorescentes proyectan un resplandor estéril y agotador. De vez en cuando, un agente se apresura a pasar con una carpeta o un susurro urgente, y mi pulso se acelera, preguntándome si habrá noticias sobre el interrogatorio de Cartwright. Pero nadie se detiene a ponernos al día.

Finalmente, el detective Delaney aparece al final del pasillo. Su paso es decidido y su expresión es una mezcla de frustración y alivio cauteloso. El corazón me da un vuelco. Ross se endereza y deja la botella de agua a un lado.

«¿Alguna novedad? suelto antes de que Delaney pueda hablar.

Exhala y nos hace un gesto para que le sigamos hasta un pequeño despacho vacío. El estrecho espacio está lleno de archivadores metálicos y un ordenador anticuado sobre una mesa. Una vez dentro, Delaney cierra la puerta tras nosotros.

«Cartwright ha pedido un abogado», dice, con voz queda. «Se niega a contestar preguntas sobre Claire o el teléfono. Alega ignorancia, dice que todos estáis mintiendo o equivocados. Su abogado está de camino».

Mi esperanza se desinfla como un globo pinchado. «Así que no habla», digo, con la voz entrecortada.

Delaney sacude la cabeza. «Ni una palabra, aparte de los desvaríos que oímos en el aparcamiento. Lo retenemos como sospechoso de acoso y posible obstrucción, y los documentos que encontramos en su bolsillo sugieren negocios turbios. Eso podría darnos tiempo».

Ross frunce el ceño, su frustración se hace evidente en las tensas líneas de su rostro. «Pero no es suficiente para una acusación de asesinato. Y Claire sigue desaparecida, lo que lo complica todo».

«Exacto», responde Delaney con gesto adusto, con la mandíbula tensa. «Podemos retenerlo por poco tiempo, pero sin pruebas concretas que lo relacionen con la desaparición de Claire, podría salir libre fácilmente, dejándonos sin nada».

Un frío miedo me recorre el pecho, una agobiante sensación de urgencia crece en mi interior. «El teléfono que encontramos, ¿no prueba que estaba enviando amenazas? Tiene que significar algo, ¿no?»

Delaney se pasa una mano por el pelo. «Necesitamos un vínculo sólido entre su grabador personal y los mensajes. El número de teléfono está parcialmente rastreado hasta una tienda cercana a la oficina de Cartwright, pero usó información falsa para comprarlo. Esperamos que las imágenes de seguridad de la tienda lo muestren, o que su tarjeta de crédito haya sido usada. Pero aún no hemos llegado a eso».

Trago saliva, la desesperación me corroe. «¿Puedes registrar su casa o su oficina ahora? La declaración de Juliet decía que escondía pruebas».

Delaney asiente. «He solicitado una orden. Un juez la está revisando. Una vez aprobada, haremos un barrido completo de sus propiedades. Si encontramos algo relacionado con Claire, o su cuerpo, o incluso registros financieros, eso podría confirmarlo».

La frase su cuerpo me produce una punzada en el pecho. Me invade una oleada de culpa y tristeza. Ross me coge la mano y me frota el dorso con pequeños círculos. Sé que intenta apoyarme, pero mi mente se atasca en el recuerdo de los ojos de Claire, abiertos y llorosos en ese último destello de recuerdos: No tenemos elección, Peyton... «Mientras tanto -continúa Delaney-, te aconsejo encarecidamente que permanezcas bajo protección policial. Si Cartwright sale bajo fianza o es puesto en libertad, no dudo de que intentará tomar represalias».

Ross me aprieta la mano. «Eso haremos. Podemos ir a mi apartamento o a casa de la madre de Peyton, donde sea más seguro».

Delaney asiente. «Destinaré a los agentes en consecuencia. Y Juliet, por su parte, la mantendremos aquí un poco más para un interrogatorio más formal. Está hablando, pero necesitamos detalles».

Aprieto los labios. Una parte de mí quiere volver a enfrentarse a Juliet y exigirle más respuestas. Pero estoy agotada. Mi cuerpo, mi mente y mi corazón han pasado por un infierno. No estoy seguro de poder soportar otro enfrentamiento con ella ahora mismo.

«De acuerdo», susurro. «Gracias.

La expresión de Delaney se suaviza. «Estamos haciendo todo lo posible, Sra. Hayes. Con suerte, al final del día, tendremos la orden y empezaremos a registrar las propiedades de Cartwright».

Ross y yo intercambiamos una mirada. Estamos cerca -tan cerca- de desentrañarlo todo. Pero el silencio de Cartwright se cierne como una amenaza. Si consigue zafarse, ¿quién sabe lo que hará después?

Al anochecer, la lluvia amaina y nos permiten marcharnos. Delaney ordena a un par de agentes de paisano que nos escolten hasta el apartamento de Ross, donde presumiblemente me quedaré hasta que puedan confirmar que Cartwright sigue entre rejas o hasta que sepamos algo más. Mi madre me envía mensajes de texto informándome sobre Mitchell: está a salvo, devorando felizmente brownies caseros y viendo dibujos animados. Saberlo alivia un poco mis maltrechos nervios.

Ross me lleva a su modesto apartamento y enciende la lámpara del salón. El lugar parece más vacío que antes, como si la tensión de los últimos días le hubiera quitado toda calidez. Incluso el ligero olor a comida para llevar ha desaparecido, sustituido por el frío del aire viciado.

Uno de los policías de paisano, el agente Bergen, se apostó frente a la puerta principal. Otro se instala en un coche al otro lado de la calle. Es minucioso, pero hace poco para aliviar el nudo en mi pecho. Cartwright podría tener recursos, cómplices... podría no actuar solo.

Ross cierra la puerta tras nosotros. «Deja que te acomode», dice suavemente, guiándome hacia el sofá.

Me hundo en los cojines y me duelen las costillas. La rigidez del hombro también ha vuelto con fuerza. Un día de estrés constante no ha ayudado. Cuando Ross desaparece en la cocina, probablemente para buscar agua o medicinas, dejo que la cabeza se me hunda en el sofá y cierro los ojos.

Un remolino de recuerdos, a medio formar e irregulares, se agolpan en mi cabeza: Claire deslizando aquel teléfono desechable en mi mano, con ojos suplicantes. La salvaje persecución bajo la lluvia, con los faros acechando. Juliet sollozando, confesando sus mentiras. La cara furiosa de Cartwright en el aparcamiento.

Me froto los ojos, deseando poder huir de todo, pero no hay escapatoria. Necesitamos una resolución. Necesitamos saber si Claire está viva o... se ha ido. El peso de la incertidumbre me oprime el pecho y me cuesta respirar. La idea de su ausencia se cierne sobre mí como una nube oscura, amenazando con tragarse todo.

Ross vuelve y me da un vaso de agua con mano firme. «Toma. Se sienta a mi lado, con las cejas fruncidas por la preocupación, un recordatorio silencioso del vínculo que compartimos en este tumultuoso momento. «Tómate los analgésicos. Estás temblando». Su voz transmite una urgencia que me saca de mis pensamientos en espiral.

Me doy cuenta de que me tiemblan las manos, una manifestación física de mi agitación interna. Saco una pastilla del frasco, que siento como un salvavidas y una carga a la vez. Me la trago, el agua me refresca la garganta seca, un breve momento de alivio. Noto que la tensión de mi cuerpo disminuye poco a poco, aunque solo sea un poco.

«Gracias», susurro, con la voz apenas por encima de un suspiro. «Has sido muy bueno conmigo. Siento haberte metido en este lío otra vez». La culpa persiste, pesada y sofocante, como una sombra que se niega a alejarse de mí. Miro a Ross con la esperanza de que comprenda la profundidad de mi gratitud y la confusión que se agita en mi interior.

Deja el vaso sobre la mesita y se vuelve hacia mí con una sonrisa de dolor. «Peyton, compartimos un hijo. No me estás arrastrando; estoy exactamente donde quiero estar,

ayudándote». La calidez de sus ojos despierta algo reconfortante en lo más profundo de mí.

Dejo escapar un suspiro tembloroso. «De acuerdo», digo en voz baja, intentando no insistir en la complicada historia que compartimos. «Así que ahora esperamos. Espero que la policía encuentre las pruebas en casa de Cartwright. Y que no pague antes la fianza».

Ross me rodea suavemente con un brazo, con cuidado de no sacudirme el hombro herido. «Esperaremos», repite, con la voz cargada de frustración, reflejo de la agitación que flota en el aire entre nosotros. «Odio sentirme impotente», admite, y el peso de sus palabras se apodera de nosotros.

Un pitido de su teléfono llama nuestra atención y rompe la tensión. Comprueba la pantalla y suelta un suspiro cansado. «Es mi jefe, comprobando mi estado. Hace días que no voy a trabajar», me dice y me mira con una expresión entre preocupada y obligada.

Me siento culpable y se me revuelven las tripas. «Deberías ir mañana o...», empiezo, pero la idea de que me abandone aunque solo sea un momento me resulta insoportable.

Ross niega con la cabeza, inflexible. «No voy a dejarte sola hasta que esto se resuelva. Mi jefe lo entenderá», me tranquiliza, su tono no deja lugar a discusiones.

La gratitud y la culpa se me enredan en la garganta, una mezcla agridulce que amenaza con abrumarme. Me arden los ojos de lágrimas no derramadas, el peso del momento me oprime el corazón. Apoyo la cabeza en su hombro, buscando consuelo en su presencia. «Gracias», susurro, las palabras apenas salen de mis labios, pero transmiten la profundidad de mi agradecimiento.

Permanecemos sentados en silencio durante un largo minuto, escuchando el zumbido de la lámpara de techo. La tensión entre nosotros se ha suavizado, sustituida por una tranquila alianza. Nunca esperé volver a estar tan cerca de Ross, pero la vida se ha torcido de un modo que no podía imaginar.

Al final, me pesan los ojos. El analgésico hace efecto, atenuando los bordes afilados de mis heridas. Ross me lleva al dormitorio, su dormitorio, y me pide que descanse. El policía de fuera nos vigilará toda la noche.

Caigo en un sueño intranquilo, con la mente agitada por los acontecimientos del día. Las imágenes se mezclan en un sueño vívido:

Claire está de pie en un pasillo oscuro, empapada por la tormenta, con el jersey rosa roto por la manga. Una sombra se extiende detrás de ella, una silueta alta con una pistola. Claire se vuelve y me mira a los ojos. «Me lo prometiste», susurra con voz temblorosa. «Dijiste que me ayudarías».

Alargo la mano, pero un torrente de agua inunda el pasillo. Claire es arrastrada, su grito se pierde en el aguacero. La silueta gira, revelando la cara de Cartwright contorsionada por la rabia. Se abalanza sobre mí y sisea: «Te destruiré, Peyton...».

Me despierto jadeando, agarrándome el hombro, con las costillas palpitantes. La oscuridad envuelve la habitación, sólo interrumpida por el débil resplandor de una farola a través de la ventana. Respiro entrecortadamente. Por un momento, no sé qué es real.

Un suave golpe en la puerta interrumpe el sofocante silencio y oigo la voz de Ross, teñida de preocupación. «¿Peyton? ¿Estás bien?»

Trago saliva con dificultad, obligándome a incorporarme, el peso del sueño aún pesa sobre mi pecho. Mi corazón sigue latiendo con fuerza en mis oídos, un implacable tamborileo de ansiedad. «Sí», consigo decir, con la voz apenas por encima de un susurro. «Sólo una pesadilla».

La puerta se abre con un chirrido y Ross entra, la tenue luz del pasillo ilumina su rostro preocupado. «Estás empapada en sudor», murmura, acercándose a la cama. Me pone una mano en la frente. «Estás temblando.

Me rodeo con los brazos, intentando ahuyentar el escalofrío que me cala hasta los huesos, luchando contra las lágrimas que amenazan con derramarse. «Estoy bien», miento, con la voz temblorosa a pesar de mis esfuerzos por parecer convincente.

Ross suelta un profundo suspiro, un sonido cargado de comprensión, mientras se hunde en el borde de la cama y el colchón se hunde bajo su peso. «Te conozco», dice con suavidad, buscándome la verdad en los ojos. «No fue sólo una pesadilla». Su tono es firme pero tranquilizador, como si intentara salvar la distancia entre mi bravuconería y la cruda vulnerabilidad que hay debajo.

Un sollozo me sube por la garganta. Antes de que pueda reprimirlo, ya estoy llorando, silenciosa pero incontrolablemente. Ross se acerca y me abraza con cuidado. «No pasa nada», murmura, acariciándome el pelo.

Me aferro a él y las lágrimas se mezclan con la culpa y el miedo. «No paraba de decirme que le había prometido ayudarla», me ahogo, »pero no lo hice. Ni siquiera recuerdo lo que le prometí». La sensación de traición de mi propia mente es abrumadora.

Ross me abraza con fuerza. «No te merecías nada de esto. Claire te arrastró, te manipuló. Intentaste ayudar, pero era más grande que vosotros dos». Su voz es suave, empática, pero los ecos de mi sueño persisten.

Finalmente, las lágrimas se apaciguan, dejándome exhausta. Ross coge un pañuelo de la mesilla y me lo da. Me sueno la nariz, sintiéndome tonta, pero él no me juzga. Se queda ahí, lo bastante cerca para tranquilizarme.

«¿Quieres que me quede aquí contigo?», me dice en voz baja. «O puedo dejarte espacio».

Me trago el nudo de la garganta. Una parte de mí quiere el consuelo de otra persona cerca; las pesadillas son demasiado vívidas. Pero otra parte duda, recordando los complicados sentimientos que hay entre nosotros.

«Quédate», susurro finalmente. «Sólo... hasta que me duerma».

Él asiente, acercando la silla de la esquina a la cama. «De acuerdo.

Me hundo contra la almohada y cierro los ojos. La oscuridad se cierne sobre mí, pero la presencia de Ross alivia parte del terror. Encontraremos las respuestas, Claire, te lo prometo en silencio, y nos encargaremos de que el hombre que te hizo daño se enfrente a la justicia... Me despierto con la luz del día filtrándose a través de las persianas, Ross todavía en la silla, dormitando ligeramente. Me duele el hombro, pero menos que antes. Los medicamentos deben de estar haciendo efecto. Parpadeo, adaptándome al nuevo día. Cartwright podría seguir detenido, me recuerdo a mí misma, con un atisbo de alivio.

Llaman suavemente a la puerta del dormitorio. «¿Sr. Hayes? ¿Señora Hayes? El detective Delaney al teléfono», llama el agente Bergen desde el salón.

Ross se despierta de un salto y se incorpora. Aparto las mantas y me levanto con una mueca de dolor. «Vamos», digo, con la ansiedad a flor de piel. Cualquier llamada de Delaney puede ser buena o mala noticia.

Localizamos al agente Bergen en la cocina, con el teléfono fijo pegado a la oreja mientras habla con alguien al otro lado. Nos mira y luego le pasa el teléfono a Ross, que rápidamente lo pone en altavoz para que ambos podamos oír cómo se desarrolla la conversación.

La voz de Delaney crepita a través de la estática, teñida de la urgencia de la madrugada. «Buenos días. Tengo algunas novedades para ti. En primer lugar, el abogado de Cartwright consiguió que le pusieran en libertad bajo fianza anoche. Ya está en libertad».

Una oleada de pavor me constriñe el estómago, un nudo frío de ansiedad me aprieta por dentro. «Genial», murmuro amargamente, con sarcasmo en mis palabras. «¿Ahora puede estar en cualquier parte?

«Todavía tiene que entregar su pasaporte», responde Delaney. «Le estamos vigilando, y he asignado a un infiltrado para que vigile sus movimientos. Pero, sí, de momento está libre».

La mandíbula de Ross se tensa. «¿Y la orden judicial?».

El tono de Delaney se aclara ligeramente. «La tenemos. Mi equipo registró el despacho de Cartwright esta mañana temprano; supongo que no esperaba que actuáramos tan rápido. Encontramos libros financieros sospechosos y referencias a un almacén secreto. Ahora vamos a comprobarlo».

Dejo escapar un suspiro tembloroso. «¿Habéis encontrado algo sobre Claire?»

«Todavía no», admite Delaney. «Pero acabamos de empezar a buscar. Si está viva, quizá la retuvo en otro lugar. O si... se deshizo de ella...». Su voz se suaviza. «Seguiremos buscando cualquier rastro».

Ross cierra los ojos, irradiando frustración. «Entonces, ¿qué necesitas de nosotros?».

Delaney hace una pausa. «Me gustaría que Peyton volviera a la comisaría, a ver si algún documento que hayamos encontrado le refresca la memoria. Pero no hasta que pueda asegurarme de que Cartwright no está dando vueltas. Os escoltaremos a los dos».

Trago saliva. «De acuerdo. Lo que ayude».

Él exhala. «Mantén la guardia alta. Juliet también dio más detalles: confirmó que Cartwright usaba empresas fantasma. Eso concuerda con los libros de contabilidad. Una vez que tengamos una imagen más clara, podríamos arrestarlo por cargos mayores».

Mi pulso parpadea con esperanza, una pequeña llama encendida en la oscuridad. Si pueden atraparlo financieramente, tal vez el resto se desenrede, exponiendo todo lo que se oculta bajo la superficie. «Gracias», consigo decir, con la voz apenas por encima de un susurro.

«Aguanta», responde Delaney, con un tono firme pero urgente. «Volveré a llamar dentro de una

hora con instrucciones. Mis agentes se quedan con usted. Manténgase a salvo».

La línea se corta, dejando tras de sí un silencio inquietante. Ross cuelga el teléfono con cuidado, con la tensión profundamente grabada en el rostro y una tormenta gestándose tras sus ojos.

«Ha salido», susurro, con el pavor revoloteando en mis entrañas como una nube oscura. «Y nosotros volvemos a mirar por encima del hombro, esperando a que caiga el siguiente zapato».

El agente Bergen, con su presencia firme y tranquilizadora, cruza los brazos sobre el pecho. «La mantendremos a salvo, Sra. Hayes. Tenemos órdenes de mantenernos en alerta máxima y nos lo tomamos muy en serio».

Ross asiente, deslizando su brazo alrededor de mí en un abrazo protector, un gesto de consuelo en medio del caos. «Al menos han encontrado algo en su despacho. Eso es un avance, una señal de que no estamos completamente a oscuras».

Exhalo con dificultad, sintiendo que la presión en el pecho me pesa. «Si sabe que la policía está registrando su propiedad, podría atacar a la desesperada. O peor aún, podría huir y desaparecer en las sombras antes de que podamos atraparlo».

Bergen sacude la cabeza. «Le tenemos vigilado. Si intenta huir, lo sabremos». Pero el destello de incertidumbre en su mirada me dice que ni siquiera él puede garantizar que Cartwright no se escape.

A pesar de la tensión, tomamos un desayuno ligero: tostadas y huevos revueltos que prepara Ross. Doy unos bocados a la fuerza, sin apetito pero consciente de que necesito sustento. Las horas pasan lentamente. Mi teléfono permanece en silencio, sin nuevos mensajes de números desconocidos. Sólo eso ya es un alivio.

Al mediodía, Delaney llama. Nos quiere a Ross y a mí en la comisaría después de comer. Revisaremos unos documentos recién descubiertos. «También hemos encontrado algo que podría relacionarse con Claire», dice crípticamente por teléfono, negándose a dar más detalles. La posibilidad me da un vuelco al corazón. ¿Una señal de su destino?

A la una de la tarde, estamos en otro coche sin matrícula, volviendo a la comisaría con el agente Bergen conduciendo y otro agente siguiéndonos. El paisaje urbano pasa a la deriva bajo un cielo peltre. Veo mi reflejo en la ventanilla: los ojos empañados, el vendaje asomando por debajo del cuello de la camisa, el cabestrillo en el hombro. Parezco un superviviente de alguna guerra. En cierto modo, lo soy.

En la comisaría, Delaney se reúne con nosotros en una oficina pequeña y desordenada, normalmente reservada para delitos financieros. Pilas de papeles y libros de contabilidad abiertos llenan el escritorio. Una pizarra blanca con garabatos desordenados de números está apoyada contra la pared.

«Acabamos de registrar la caja fuerte personal de Cartwright en la oficina», dice Delaney, haciéndonos señas para que nos acerquemos. Levanta una pequeña carpeta. «Dentro hemos encontrado estas fotos». Las extiende sobre el escritorio.

El corazón me da un vuelco. Son instantáneas mías, tomadas a distancia, probablemente con un teleobjetivo. Una me muestra entrando en casa. Otra me muestra en el aparcamiento de un

supermercado, con Mitchell a mi lado. En todas ellas parezco ajena a ser fotografiada. Se me eriza la piel.

Ross maldice en voz baja, como un gruñido. «¿La estaba acosando?»

Delaney asiente, con expresión sombría. «Eso parece. Posiblemente como palanca. También tenía fotos similares de Claire y algunas de Juliet. Creó un dossier detallado sobre vosotros tres». Su tono está cargado con el peso de las implicaciones.

Me llevo una mano temblorosa a la boca, con las tripas revueltas por la repulsión. Lleva observándonos quién sabe cuánto tiempo. La sensación de violación es abrumadora, una ola de frío me invade. No puedo deshacerme de la idea de este hombre acechando en las sombras, documentando cada uno de nuestros movimientos.

Delaney pasa otra página, el sonido es nítido y discordante en el silencio. Aparecen notas mecanografiadas: direcciones, matrículas, referencias a las horas exactas en que salí de casa. Se me revuelve el estómago. «Ha documentado toda mi rutina», susurro, con voz apenas audible cuando me doy cuenta de la realidad.

La furia de Ross se enciende como un reguero de pólvora, iluminando sus rasgos con una intensidad feroz. «Es un psicópata», declara, con la ira hirviendo a fuego lento bajo la superficie, palpable y peligrosa.

Delaney recoge las fotos. «Utilizaremos esto para reforzar nuestro caso de acoso, hostigamiento y posible conspiración. Pero aún no confirma el asesinato ni la ubicación exacta de Claire».

Me trago la bilis que tengo en la garganta. «¿Qué más habéis encontrado?»

La expresión de Delaney cambia. «Hemos descubierto un disco duro externo. Está encriptado y nuestro equipo técnico está trabajando en él. Juliet insinuó que podría contener vídeos o grabaciones de audio de Claire, algún tipo de prueba de los crímenes de Cartwright. Si lo desbloqueamos y encontramos pruebas de violencia contra Claire, será crucial».

Un leve destello de esperanza se agita. «Eso podría mostrarnos lo que le pasó».

«Exacto», asiente Delaney, con tono sombrío pero decidido. «También hemos encontrado una llave de un almacén cerca del río. Estamos enviando un equipo allí ahora para investigar».

Me tenso. «Si la ha escondido allí...». Me asalta el recuerdo del viejo almacén, el olor a moho y óxido. Mi mente evoca la horrible imagen de tropezar con los restos de Claire. Trago saliva. «¿Podemos ir contigo? Necesito saberlo».

Delaney duda, frunce el ceño mientras sopesa las implicaciones de mi petición. «No puedo dejaros entrar en una posible escena del crimen. Va contra el protocolo y no puedo arriesgarme a comprometer la investigación. Pero si encontramos algo, te prometo que te lo diré inmediatamente».

Ross me frota suavemente la espalda, ofreciéndome un pequeño consuelo en medio de la incertidumbre que flota en el aire. «Esperaremos. Sólo... por favor, manténganos informados. Necesitamos saber qué está pasando».

Delaney asiente, su expresión se suaviza ligeramente. «Por supuesto. Me aseguraré de que sean

los primeros en saber si descubrimos algo importante».

Pasamos otra hora angustiosa en la sala de espera de la comisaría, tomando café tibio en vasos de papel. Los agentes entran y salen a toda prisa, los teléfonos suenan y todo el lugar bulle de energía. Mis nervios siguen crispados. Ross intenta distraerme con charlas ociosas, pero no puedo dejar de inquietarme.

Por fin aparece Delaney, con expresión sombría. El corazón me da un vuelco. «Hemos registrado el almacén. No hay rastro de Claire», dice en voz baja. «Estaba casi vacío, sólo algunas cajas viejas de documentos. Posiblemente relacionados con los sobornos de Cartwright. Los estamos trayendo. Pero no hay pruebas de que haya un cadáver o alguien retenido allí».

Me agacho contra la pared, el peso de la desesperación presionándome, las lágrimas ardiendo calientes contra mis mejillas. «Entonces... ella no está allí». Siento las palabras como una pesada piedra en la garganta.

Ross cierra los ojos, exhalando lentamente, como si tratara de librarse de la atmósfera opresiva que nos rodea. «Queda la posibilidad de que esté en otra parte. O se haya ido para siempre». Su voz transmite una gravedad que me hace sentir un nudo en el estómago.

Delaney asiente, con un destello de simpatía en la mirada, aunque matizada por la dura realidad a la que nos enfrentamos. «Seguiremos buscando. La búsqueda del disco duro es nuestra próxima gran oportunidad». Su determinación atraviesa la oscuridad y ofrece un rayo de esperanza en medio de la incertidumbre.

Me fuerzo a contener la oleada de decepción. Estamos tan cerca, pero cada pista se desvanece. Cartwright sigue libre bajo fianza, capaz de ocultar o destruir más pruebas. Claire, ¿dónde estás? Mi mente grita la pregunta sin cesar.

Mientras Ross sale para informar a mi madre por teléfono, yo me quedo en el pasillo, fuera del despacho de Delaney. Unos pasos resuenan detrás de mí. Me giro y veo a Juliet acercándose, con los ojos enrojecidos como si hubiera estado llorando.

Me pongo rígido, inseguro de poder soportar otro enfrentamiento. Se detiene a unos metros, retorciéndose las manos. «Peyton», dice en voz baja. «Me interrogaron durante horas. Les he contado todo lo que sé».

Trago saliva y busco su rostro. Parece realmente rota, con la culpa grabada en su expresión. «¿Te creyeron?» Pregunto con un tono quebradizo.

Ella asiente, con lágrimas en los ojos. «Sí. De momento me dejan ir, pero tendré que testificar si esto va a juicio. Quería decir...» Vacila, la voz le tiembla. «Lo siento de nuevo, por todo. Sé que no puedo borrar las mentiras, pero quiero ayudar a atraparlo».

La miro fijamente, con un tumulto de ira y lástima revoloteando en mi interior. «Si de verdad quisieras ayudar, habrías confesado antes. Quizá Claire estaría a salvo ahora». Las palabras son amargas, pero también están impregnadas de dolor. Veo cómo se le derrumba la cara.

Se quita las lágrimas de las mejillas. «Lo sé. No puedo deshacer mi cobardía. Estaba aterrorizada. Pero me doy cuenta de que eso no es excusa». Sus ojos miran al suelo, con los hombros caídos. «¿Me perdonarás alguna vez?»

El dolor de mi pecho se intensifica. Una parte de mí quiere abrazarla, mi más vieja amiga, y encontrar consuelo en el vínculo que una vez compartimos. Otra parte se enfurece por su traición y el daño causado. Han pasado tantas cosas. Me muerdo el labio, amenazada por las lágrimas.

«Yo... no lo sé», susurro con sinceridad. «Ahora mismo, no».

El rostro de Juliet se contorsiona de dolor, pero asiente. «Lo comprendo. Seguiré cooperando con la policía. Si necesitan algo más de mí... lo haré». Mira por encima del hombro hacia el bullicio del vestíbulo de la comisaría y luego vuelve a mirarme. «Cuídate, Peyton. Por favor, cuídate».

Antes de que pueda responder, se da la vuelta y se marcha, con los hombros temblorosos. Se me hace un nudo en la garganta y se me saltan las lágrimas. Todo está roto. Incluso si Cartwright cae, las amistades, la confianza... no puedo imaginar cómo recomponer nada de eso.

Ross me encuentra allí, con los ojos brillantes de lágrimas no derramadas, y me pasa suavemente un brazo por los hombros, ofreciéndome una sensación de consuelo en medio del caos. «¿Qué ha pasado?», me pregunta con voz suave y tranquilizadora, como si supiera lo mucho que me duele.

«Juliet», consigo decir, con la voz entrecortada. «Me ha vuelto a pedir perdón. Es que... No puedo soportarlo ahora». El peso de mis emociones amenaza con desbordarme y lucho por mantener la compostura.

Él asiente, con una mirada de comprensión en los ojos, y empieza a guiarme hacia la salida. «Vayamos a casa, o a mi casa», sugiere suavemente. «Podemos descansar un poco. Delaney llamará en cuanto el equipo técnico descifre el disco duro». Sus palabras ofrecen un pequeño destello de esperanza, una promesa de respiro en un mundo que parece demasiado pesado para soportarlo.

Resoplo, me apoyo en él y dejo que me guíe fuera de la estación. Cada paso es como vadear la melaza, con las piernas pesadas por la pena y el cansancio. Si Cartwright realmente asesinó a Claire... si de algún modo formé parte de la cadena de acontecimientos que la llevaron a arriesgarlo todo... ¿cómo puedo vivir sabiéndolo?

Regresamos escoltados al apartamento de Ross. El día se alarga hasta la noche sin ningún avance del equipo técnico. Cada vez que suena el teléfono, mi corazón se acelera, pero no recibo ninguna llamada con una respuesta definitiva. Camino por el salón, ignorando el dolor palpitante en las costillas, con la mente desbordante de hipótesis: ¿La enterró Cartwright en algún lugar remoto? ¿La encerró en un sótano? ¿Sigue viva, esperando que la encontremos?

Ross trata de calmarme, de convencerme para que descanse, pero el sueño se me escapa. Las horas pasan como una lenta marcha del terror. Fuera, el cielo se oscurece. Los coches pasan por la calle, ajenos a nuestra crisis. El agente Bergen permanece junto a la puerta, mirándonos con simpatía cada vez que salimos del dormitorio o de la cocina.

A las diez de la noche, estoy desplomada en el sofá, con los ojos arrugados por el cansancio. Ross pasa los canales de la televisión, pero no ve nada. Por fin, suena el teléfono: el número de Delaney. Se me acelera el pulso y contesto con el altavoz.

«¿Señora Hayes?» La voz de Delaney, tenue. «Hemos desbloqueado algunos archivos del disco duro de Cartwright. Es... preocupante».

Mi agarre en el teléfono se tensa. «¿Qué quieres decir?»

Exhala. «Hay un archivo de vídeo etiquetado como 'Seguro 2'. Muestra a Claire en un enfrentamiento con Cartwright; parece que lo grabó en secreto. Discuten sobre el dinero del silencio. Él la amenaza, dice que la matará si le traiciona. Ella se mantiene firme, dice que tiene a Peyton de su lado...»

Mi corazón se aprieta. La mano de Ross encuentra la mía. «¿Realmente... le hizo algo a ella en cámara?»

«No. Está viva al final del vídeo, pero obviamente en peligro. La fecha es de la noche anterior a la tormenta». La voz de Delaney baja. «Hay otro fragmento de imágenes de la noche de la tormenta, pero es todo estático, con fallos, sólo unos segundos de Claire gritando. Difícil de entender. La fecha es 8:14 p.m. -cerca de la hora de tu accidente».

Un escalofrío me recorre la piel. Ella también intentó grabar el enfrentamiento de aquella noche, con la esperanza de capturar pruebas del peligro que corría. «¿Puedes ver a quién le está gritando? Pregunto, con desesperación en mi voz.

«Es casi todo estático», responde Delaney, con un tono cargado de frustración. «Vemos un reflejo parcial de los faros, la lluvia salpicando la lente. Ella grita: '¡No me toques! Luego se corta bruscamente, dejándonos con más preguntas que respuestas».

Una oleada de náuseas me golpea y me hace un nudo en el estómago. «¿Así que no podemos probar que era Cartwright el que estaba en el coche con ella?». murmuro, con el peso de la incertidumbre presionándome como una pesada carga.

«No de forma concluyente. Pero combinado con el otro clip, es condenatorio. También encontramos referencias a transferencias bancarias que coinciden con el dinero del silencio. Estamos construyendo un caso sólido, Peyton. Esto podría ser suficiente para acusarlo de conspiración, chantaje, y posiblemente intento de asesinato. Seguiremos buscando pruebas de lo que pasó después de ese vídeo».

Me reclino contra Ross, las lágrimas me queman los ojos. «Pero ni rastro de dónde puede estar».

El silencio de Delaney lo dice todo. Finalmente, se aclara la garganta. «Seguiremos buscando. Lo prometo. Por ahora, me despido. Mi equipo trabajará toda la noche. Quería que supiera que hemos encontrado más pruebas».

«Gracias», dice Ross, con la voz entrecortada.

Delaney termina la llamada. El salón se queda en silencio, el peso de las nuevas revelaciones aplastante. Claire estuvo a punto de desenmascarar a Cartwright, de utilizarme como palanca. Ese último fragmento -su grito en la tormenta- resuena en mi mente.

Ross suelta un suspiro tembloroso. «Esto es... intenso. Pero es suficiente para encerrar a Cartwright, ¿verdad?».

Cierro los ojos y se me escapa una lágrima. «Eso espero. Pero hasta que no encuentren el cuerpo de Claire o ella reaparezca, nunca estaremos seguros de toda la verdad.» Me tiembla la voz con la última palabra: cuerpo. Es como si ya la estuviera llorando.

Ross me abraza suavemente. «Al menos ya no estamos solos. La poli tiene pruebas de verdad». Me besa la coronilla, con voz gruesa. «Lo solucionaremos, Peyton».

Asiento contra su hombro. Un remolino de emociones -dolor, ira, alivio- se agita. Fuera, retumban los truenos, como si el cielo compartiera nuestra confusión. Pero me aferro a Ross, dejando que me ancle en este mar de incertidumbre. Hemos llegado tan lejos, hemos arriesgado tanto. No podemos detenernos ahora, no hasta que Cartwright responda por lo que ha hecho y se conozca el destino de Claire.

Mientras la tormenta arrecia de nuevo, cierro los ojos y rezo para que mañana nos acerque al final. Porque esta pesadilla prolongada no puede continuar. De un modo u otro, necesitamos la verdad, aunque nos destroce.

14

No duermo mucho esa noche. Cada vez que cierro los ojos, veo la expresión aterrorizada de Claire en las imágenes granuladas y llenas de estática que describió Delaney: su grito engullido por la tormenta y la oscuridad. Lo arriesgó todo para desenmascarar a James Cartwright, y ahora tenemos pruebas esparcidas entre archivos encriptados, libros de contabilidad ocultos y registros de dinero subrepticio. Suficiente para construir un caso contra él, tal vez. Pero no lo suficiente para encontrarla.

Ross dormita en el sofá, con un brazo sobre la frente y el ceño fruncido por un sueño inquieto. Un agente permanece apostado frente a la puerta del apartamento, vigilando de vez en cuando. La lluvia golpea con fuerza las ventanas y me siento atrapada en un ciclo interminable de tormentas.

Al amanecer, me quedo medio dormida. Cuando por fin me despierto a plena luz del día, Ross ya está levantado, con el teléfono en la mano y la boca tensa. Me mira cuando salgo del dormitorio.

«Hola», me dice en voz baja. «¿Cómo te encuentras?

Me froto los ojos y encojo el hombro bueno. «Como si hubiera peleado seis asaltos con un peso pesado». Aún me duelen las costillas, me palpita el hombro y mi mente está atascada reproduciendo las secuencias parciales de los últimos momentos de Claire. «¿Se sabe algo de Delaney?»

Ross niega con la cabeza. «Todavía nada. Dijo que llamaría si había novedades. Siguen revisando las cajas del almacén de Cartwright».

Me desplomo en una silla de la cocina, sintiendo el peso de la decepción. «Esperaba un milagro», admito, con la voz temblorosa. «Como alguna pista que apunte a que Claire sigue viva».

Ross exhala, acercándose a la estufa para encender el café. «No podemos descartarlo», dice, aunque su tono es apagado. «Pero si está ahí fuera, no sé por qué no se ha presentado».

Me muerdo el labio, las lágrimas me escuecen en los ojos mientras el peso de la incertidumbre me presiona. «Miedo, tal vez. O... algo peor», susurro, con las palabras apenas escapando de mi garganta.

Cruza la pequeña cocina con decisión, su presencia es un ancla reconfortante mientras me aprieta suavemente la mano. «Lo afrontaremos juntos, sea cual sea el resultado», me asegura, con voz firme y tranquilizadora, un salvavidas en este momento turbulento.

Asiento con la cabeza, conteniendo la oleada de emoción que amenaza con desbordarme, forzando una sonrisa acuosa en mis labios a pesar de la pesadez de mi corazón. «De acuerdo», consigo decir, tratando de reunir el valor que sé que voy a necesitar.

El día se alarga en un limbo incómodo. Fuera, la lluvia amaina por fin, dejando las calles resbaladizas y grises. Dos agentes permanecen cerca: uno en un coche en la acera y otro en el vestíbulo del apartamento. Cartwright sigue en libertad bajo fianza, presumiblemente enfurecido en algún lugar.

Ross y yo intentamos pasar el rato. Él vuelve a pasar los canales de televisión, pero cada programa se convierte en una neblina de estática en mi mente. Hago scroll sin pensar en mi teléfono, ignorando el sordo latido de mis costillas.

Por fin, justo después del mediodía, suena el teléfono: Delaney. Contesto con el pulso acelerado y pongo el altavoz para que Ross lo oiga.

La voz de Delaney es tenue pero urgente: «Sra. Hayes, tenemos una novedad. Acabamos de descubrir más cosas en el disco duro. Uno de nuestros técnicos ha encontrado una carpeta oculta: grabaciones de audio que Claire hizo la semana antes de desaparecer».

Siento un nudo en la garganta que me deja momentáneamente sin habla. ¿«Grabaciones de audio»? consigo preguntar, con la voz apenas por encima de un susurro.

«Sí, presumiblemente almacenadas en su teléfono o en algún dispositivo que siempre llevaba consigo. Son cortas, como notas personales, fragmentos de sus pensamientos. Por ahora solo hemos escaneado uno, pero... te menciona a ti».

Un escalofrío me recorre, me sube por la espalda y se instala en la boca del estómago. «¿Qué dice? exijo, con el corazón latiéndome mientras me preparo para cualquier revelación que pueda venir a continuación.

Suspira, revolviendo papeles. «Habla de ti, te llama su 'as en la manga'. Dice que eres la clave para protegerla de Cartwright. Suena... conflictiva, casi arrepentida de haberte arrastrado. Pero también dice que si le pasa algo, quiere que le cuentes lo que sepas».

Mi corazón se retuerce. «No sé nada más», susurro. «Al menos... no conscientemente».

«Estamos peinando el resto del audio. Algunos están corruptos o encriptados. Pero esto podría ayudarnos a construir una línea temporal: demostrar que Cartwright tenía motivos para silenciar a Claire». Delaney hace una pausa. «Además, recibimos un chivatazo de que Cartwright se reunió ayer con un piloto privado. Podría estar preparándose para huir».

Ross maldice en voz baja, con la frustración grabada en sus facciones. «Así que se está saltando la fianza».

«Estamos vigilando de cerca los aeródromos locales, pero si intenta utilizar una pista privada en otro lugar, la cosa se complica. Nos estamos coordinando con la policía estatal para cubrir todas nuestras bases».

Me hundo en el asiento, con un gran temor en el estómago. «Si huye antes de que lo acusemos de la desaparición de Claire...» Me quedo muda, con el peso de la idea en el aire, sofocante y llena de ansiedad.

«No dejaremos que eso ocurra», asegura Delaney, aunque su voz está tensa. «Quédate sentado un rato más. Estamos tramitando una nueva orden de detención. Si podemos demostrar que Cartwright supone un riesgo de fuga, podemos revocar la fianza».

Ross me asiente con la cabeza, sus ojos brillan con una mezcla de ira y urgencia. «Entonces hazlo rápido», insiste, con la voz tensa. «Es peligroso».

«Estamos en ello», responde Delaney, con tono cortante, antes de terminar la llamada con un chasquido decisivo.

Cuelgo el teléfono, la mano me tiembla ligeramente cuando la adrenalina que me recorre amplifica mi ansiedad. Ross me lo quita suavemente de las manos, con un tacto firme y tranquilizador. «Así que si Cartwright intenta huir, básicamente se está confesando culpable», digo, con la voz hueca e impregnada de pavor.

Ross deja el teléfono con cuidado sobre la mesita, y su sonido resuena en el tenso silencio. «La policía lo atrapará», me tranquiliza, aunque puedo oír la incertidumbre que acecha bajo sus palabras.

Respiro despacio, intentando calmar mi acelerado corazón. «Estoy harta de esperar», admito, con la frustración aflorando a la superficie.

Me frota la espalda con dulzura, su calor es un pequeño consuelo en medio de la confusión. «Lo sé», dice en voz baja, con un tono comprensivo.

Una hora más tarde, mientras Ross remueve una olla de sopa en el fuego, mi teléfono recibe un mensaje de Unknown. Se me revuelve el estómago. Ross se da cuenta de mi reacción y se acerca corriendo.

Desconocido: Nos vemos en la vieja iglesia de Hazel. A las dos de la tarde. No traigas a nadie o nunca la encontrarás.

Un temblor me recorre. «Están haciendo esto otra vez», susurro, mostrándole la pantalla a Ross. El recuerdo de la emboscada en el almacén se dispara: mi cabeza palpitando tras el golpe, la figura encapuchada que desaparece cuando llega la policía.

El rostro de Ross se tensa. «Debe de ser Cartwright o alguien que trabaja para él. ¿Otra trampa?»

Se me acelera el pulso. «O quizá sea una pista. Dicen que nunca la encontraré si no vengo». El dolor en mi pecho se intensifica: se refiere a Claire.

Ross coge su propio teléfono y llama a Delaney. El detective descuelga al segundo timbrazo y Ross lee el texto al pie de la letra. La respuesta de Delaney es inmediata: «No vayas solo. Es probable que sea una trampa. Volveremos a hacer una operación controlada».

Me estremezco al recordar cómo terminó la última vez: un ataque violento en un almacén abandonado y nunca supimos nada. Ross me mira. «Tiene razón», dice, tapándose la boquilla. «No podemos arriesgarnos».

Me late el corazón. «Si es Cartwright o un socio, quizá podamos acabar con esto. O tal vez sea realmente Claire». La pizca de esperanza me produce un pulso de vértigo.

Ross frunce el ceño. «Claire no jugaría así contigo, no después de todo. Y seguimos pensando que Cartwright la tiene, o... le ha hecho daño».

Me muerdo el labio, escuchando la voz apagada de Delaney a través del teléfono. «¿Podría estar forzándola a enviar estos mensajes?» Susurro. «Quizá esté bajo coacción».

Ross se estremece y pone a Delaney en el altavoz para que pueda oírle. «Intentaremos rastrear el texto», dice Delaney, "pero es probable que se haya vuelto a enviar desde un desechable". La vieja iglesia de Hazel está abandonada, igual que el almacén. Estableceremos un perímetro, te vigilaremos a distancia si decides aparecer».

El miedo me revuelve el estómago. «La última vez, me atacaron. ¿Deberíamos arriesgarnos de nuevo?»

Un suave suspiro de Delaney. «Es su decisión, señorita Hayes. Podemos simplemente ignorarlo y esperar encontrar a Claire de otra manera. Pero si cree que hay una posibilidad real de localizarla...».

Ross interrumpe. «No. Peyton, podrían matarte».

Las lágrimas me queman los ojos. «Pero si hay siquiera un uno por ciento de posibilidades...». Mi mirada se desvía hacia la pantalla del teléfono, releyendo el texto: No traigas a nadie o nunca la encontrarás.

El tono de Delaney se suaviza. «No puedo obligarte. Pero si vas, no vayas solo. Tendremos agentes encubiertos cerca, más estratégicamente escondidos que la última vez. Te dejaremos entrar en el edificio, pero no estaremos lejos».

Miro a Ross, con el pecho apretado. «Quiero hacerlo», balbuceo, con la voz temblorosa. «No podemos dejar que el rastro de Claire vuelva a desvanecerse. Si queda algún resquicio de esperanza...».

Ross cierra los ojos. «De acuerdo», dice finalmente, con la voz desgarrada por la preocupación. «Pero esta vez, estaremos preparados».

Delaney acepta reunirse con nosotros para planear la operación. Colgamos, con una sombría resolución en el aire. El recuerdo de la emboscada en el almacén me crispa los nervios: casi morimos. Pero lo reprimo, aferrándome a la esperanza de que esta pista pueda salvar a Claire o, al menos, revelar la verdad.

Ross presiona su frente contra la mía, con voz queda. «Ten cuidado», me dice. «Pase lo que pase, quédate cerca de la salida, mantén el teléfono encendido. En cuanto se apague algo, echa a correr».

Asiento con la cabeza, el pulso me tiembla. «Corremos», corrijo. «No haré esto sin ti».

Él asiente, el dolor parpadea en sus ojos. «Lo superaremos, Peyton».

A la una y media de la tarde, Ross y yo aparcamos en un aparcamiento aislado detrás de la

comisaría, donde Delaney y un puñado de agentes esperan en coches sin matrícula. Las nubes surcan el cielo, densas de humedad, aunque la lluvia ha cesado. El ambiente es tenso.

Delaney nos informa rápidamente: un pequeño equipo de agentes de paisano se esconderá cerca de la antigua iglesia de Hazel Street, un edificio abandonado durante décadas, del que se rumorea que está embrujado. La estructura se está desmoronando y sus vidrieras están rotas. No es un lugar para los débiles de corazón.

«Llegarán por separado. Llegaremos primero y nos esconderemos», explica Delaney. «Nos mantendremos fuera de la vista a menos que usted señal, o vemos un peligro inminente. Mantén tu teléfono en altavoz para que podamos oírte».

Me froto la sien, mi hombro herido palpita bajo el cabestrillo. «De acuerdo», murmuro, con los nervios a flor de piel. «Acabemos de una vez».

Ross está a mi lado, con la mandíbula apretada, dando los últimos detalles a los agentes sobre nuestro vehículo y nuestra aproximación. Intento calmar el miedo que me invade: No pueden emboscarnos otra vez. No como en el almacén. Pero una voz interior me advierte de que esta vez podría ser peor.

Finalmente, nos separamos en nuestros respectivos coches. El equipo de Delaney sale primero. Diez minutos después, Ross y yo les seguimos. El trayecto es corto pero parece interminable, cada manzana me acelera el pulso.

Llegamos a la iglesia poco antes de las dos de la tarde. La estructura está rodeada por una valla de alambre de espino con una sección abierta para permitir la entrada. Un cartel maltrecho indica ST. MARY'S-CERRADO. Las malas hierbas ahogan el patio y los grafitis estropean las paredes. Se me seca la boca al verlo.

Ross aparca el coche cerca del bordillo, con las manos temblorosas sobre el volante. «Delaney me dijo que diera la vuelta por detrás», murmura, escudriñando la zona. Pero no hay ninguna ruta visible detrás del edificio, sólo arbustos crecidos y escalones de piedra derrumbados.

Un mensaje de texto vuelve a sonar en mi teléfono y me hace dar un respingo:

Desconocido: Dentro. Sola. AHORA.

Mi corazón se acelera, golpeando contra mi caja torácica como un pájaro atrapado. «Nos está vigilando», susurro, con la voz apenas por encima de un suspiro, mientras dirijo la mirada hacia las mugrientas ventanas. «O lo están haciendo ellos. Me quieren sola dentro».

El rostro de Ross se ensombrece, las sombras se dibujan en sus facciones. «No. No nos vamos a separar», insiste, con voz firme, aunque un temblor de preocupación persiste bajo la superficie.

Sacudo la cabeza, obligándome a templar los nervios contra la ansiedad que amenaza con abrumarme. «Volveremos a engañarlos. Puedes quedarte atrás, esconderte en las sombras. Los hombres de Delaney estarán allí, esperando».

Duda, su expresión es un tumulto de furia y miedo, luchando por dominar mientras se debate entre la decisión. Pero después de un momento, asiente, la resolución endureciéndose en sus ojos mientras se acerca a las cerraduras de la puerta. «De acuerdo. En marcha».

Salimos del coche y observamos la calle desierta. No hay otros vehículos, sólo el débil zumbido del tráfico lejano. El cielo está bajo, una cortina de nubes amenazantes. Me sudan las palmas de las manos, me duele el hombro. Por favor, que la policía esté cerca.

Nos abrimos paso alrededor de la valla y encontramos la tela metálica doblada donde alguien hizo una abertura. Un cartel oxidado en el que se lee KEEP OUT cuelga precariamente. Más allá, una puerta lateral de la iglesia está entreabierta, con la madera alabeada y desconchada.

El teléfono de Ross vibra en su bolsillo y el sonido rompe el tenso silencio. Es Delaney, su mensaje es claro: «Estamos en posición. Os vemos. Adelante». Se me escapa un pequeño suspiro de alivio: después de todo, no estamos solos. El peso del momento cambia ligeramente, permitiendo que un destello de esperanza se encienda en mi interior.

Ross se acerca, su voz se convierte en un susurro, cargado de urgencia. «Quédate detrás de mí. Intentaré cubrirme si alguien salta». Sus palabras son a la vez una orden y un consuelo, que me aíslan del caos que nos rodea.

Asiento con la cabeza, con el corazón martilleándome en el pecho como un tambor frenético. Vale, Peyton. Respira hondo. Me obligo a inhalar profundamente, el aire frío me llena los pulmones. Ya has estado aquí, has sobrevivido. Esta vez estarás preparada. La determinación se solidifica dentro de mí, cada latido de mi corazón se hace eco de la promesa que me hago a mí misma.

Entramos por la puerta abierta. El interior es oscuro y viciado, con motas de polvo que se arremolinan en los tenues rayos de luz de las altas ventanas rotas. Los bancos están volcados y podridos. Fragmentos de cristales de colores crujen bajo nuestros zapatos. El agua gotea desde un techo agrietado hasta oscuros charcos en el suelo de piedra.

«¿Hola? Llamo suavemente, con el eco de mi voz. El aire mohoso se me atasca en la garganta. Mi hombro se tensa a cada paso.

No hay respuesta. Nos adentramos más, buscando cualquier señal de movimiento. Ross mantiene un brazo cerca de mí, buscando amenazas. Los hombres de Delaney deben de estar escondidos entre los escombros o fuera, esperando. Que no cunda el pánico, me digo.

Llegamos a la nave, donde un altar derribado yace en desorden, su estructura antaño orgullosa ahora reducida a piedra rota y madera astillada. Detrás del altar se oye un leve arrastrar de pies que apenas atraviesa el opresivo silencio. Mi adrenalina se dispara y corre por mis venas como el fuego. Ross se tensa a mi lado, su cuerpo se desplaza instintivamente un poco hacia delante, preparado para cualquier cosa.

«Peyton», me llama una voz, un susurro apagado que surge de las profundidades de las sombras. «Por aquí».

No es la voz de Cartwright; es más alta, casi sin aliento, teñida de una urgencia que me produce un escalofrío. Trago saliva, con la garganta seca, y me giro para mirar a Ross. Me mira y asiente sutilmente, comprendiendo mi intención sin necesidad de palabras: Nos acercaremos despacio, con cautela.

Nos acercamos sigilosamente al altar, sorteando los bancos rotos. Mi corazón se acelera cuando veo una figura agazapada detrás de la losa de madera caída. Lleva una chaqueta con capucha, la

cara parcialmente oculta y los brazos envueltos en sí mismos. ¿Es una mujer?

Me adelanto. «¿Claire?» Pregunto, con voz inestable.

La figura se levanta bruscamente y se quita la capucha para mostrar un rostro pálido. Se me agarrotan los pulmones. No es Claire. Es más joven, quizá veinteañera, con los ojos desorbitados por el miedo. Levanta las manos temblorosas. «Tienes que ayudarme», suplica con la voz entrecortada. «Me persigue».

Ross frunce el ceño. «¿Quién es usted? ¿Enviaste tú el mensaje?

Ella asiente frenéticamente, mirando a su alrededor como si esperara que alguien saltara. «Sí, usé un teléfono desechable. Eres Peyton Hayes, ¿verdad? Soy... soy Anna. Anna Morse. Solía trabajar en la agencia de publicidad. Claire Andrews me dijo que podrías ayudarme».

Casi se me doblan las rodillas de alivio y frustración. «¿Claire te dijo que contactaras conmigo? ¿Dónde está?

El rostro de Anna se contorsiona por las lágrimas. «No lo sé. Me salvó una vez, me advirtió sobre Cartwright. Yo... le debo la vida. Me dijo que si le pasaba algo, me pusiera en contacto contigo». Se agarra a mi manga. «¿Es verdad que él... se la llevó?»

El miedo me recorre las venas. «Creemos que sí. Estamos intentando detenerle. ¿Por qué no fuiste a la policía?».

Ella sacude la cabeza, el pánico brilla en sus ojos muy abiertos. «Cartwright tiene gente por todas partes. Me amenazó después de que renunciara, me dijo que arruinaría a mi familia si hablaba. Huí, me escondí en moteles, pensé que tal vez podría escabullirme. Pero me encontró de nuevo. Entonces recordé lo que dijo Claire: «Peyton Hayes se enfrentará a él». A Anna se le quiebra la voz. «Pero ahora estoy aterrorizada de que esté vigilando. Puede que esté aquí».

Ross exhala, intercambiando una rápida mirada conmigo. «Tenemos a la policía fuera. Pueden protegerte».

La expresión de Anna se inunda de alivio, pero también de cautela. «¿Estás segura? Dijo que yo era prescindible. Que me haría lo mismo que a Claire». Le tiemblan los labios. «Le oí hablar por teléfono, jactándose de cómo ella suplicó clemencia antes de que él...» Anna no puede terminar. Estalla en sollozos.

Se me hace un nudo en el estómago, el horror palpita. Es la confirmación de que Cartwright hizo daño a Claire. Sujeto a Anna, que tiembla, y miro ansiosamente a Ross. «Tenemos que sacarla de aquí», susurro.

Él asiente, escudriñando el oscuro entorno. «Vamos, Anna. La policía está cerca».

Pero antes de que podamos movernos, una voz áspera resuena desde la entrada de la iglesia: «Alto ahí».

Mi corazón se paraliza. ¿Cartwright? Me asomo por encima de los bancos derribados. Una silueta alta entra a grandes zancadas con una pistola en alto. La luz de la luna de una ventana rota le ilumina la cara: James Cartwright. Lleva una chaqueta negra, el pelo revuelto y los ojos encendidos de furia.

Anna se queda paralizada y suelta un grito ahogado. Ross maldice y me empuja detrás de él, aunque mis costillas protestan por el repentino movimiento. La mirada de Cartwright pasa entre nosotros, oscura y asesina.

«Nunca aprendes, ¿verdad, Peyton?», se burla, acercándose. «Persiguiendo cada pista, desesperado por encontrar a esa estúpida mujer». Su mirada se dirige a Anna, que se acobarda. «No pudiste dejarme en paz, Anna. Ahora tendré que vérmelas con las dos».

Me ruge el pulso. «La policía está aquí», advierto, con la voz temblorosa. «Baja el arma».

Cartwright se ríe, el sonido hueco. «Sí, los he visto fuera, merodeando en sus coches. Qué tontos. No entraron por detrás. Tengo un coche esperando a dos manzanas; si acabo contigo rápido, aún podré escabullirme de esta ciudad».

Ross se mueve, con las manos levantadas para aplacarle. «No te saldrás con la tuya, Cartwright. Estás acabado».

La sonrisa de Cartwright se tuerce de rabia. «Ya estoy en libertad bajo fianza, Hayes. Puedo hacer lo que quiera. El dinero abre todas las puertas. Ahora apártate, a menos que quieras una bala en la cabeza».

Se me corta la respiración. Delaney está ahí fuera, pero ¿dónde están sus agentes? No podemos confiar en que irrumpan en el momento perfecto. El recuerdo del ataque al almacén arde en mi mente. No volveré a caer.

Cartwright se acerca, con la pistola apuntando a Ross. «¿Crees que no me di cuenta de que venías armado con policías? Una llamada y mis hombres los entretendrán. Estás solo aquí».

Anna gimotea, tratando de encogerse detrás de mí. Mi mano roza un trozo de madera rota, y me pregunto si puedo usarlo como arma, pero me parece inútil contra una pistola.

«¿Dónde está Claire?» exijo, armándome de valor. «¿Qué le has hecho?

Sonríe, sus ojos brillan con cruel diversión. «Intentó chantajearme, amenazó con revelar mis tratos. Le advertí. Luego se redobló y te involucró. Pensó que podríais acorralarme. Idiotas».

Se me hace un nudo en la garganta. «Eso no es una respuesta. ¿Está viva?»

Ladea la cabeza. «Era dura. Luchó contra mí más de lo que esperaba. Pero al final, aprendió que no se puede extorsionar a un hombre que tiene todas las de perder. Digamos que ya no va a amenazarme».

Un sollozo me sube por la garganta, crudo y desesperado. «Monstruo», susurro, sintiendo que las lágrimas queman como el ácido cuando amenazan con derramarse.

Ross se queda rígido, con los puños tan apretados que los nudillos se le ponen blancos. «Pagarás por lo que has hecho», gruñe, con una oscura promesa en la voz.

Cartwright se enfurece y apunta con la pistola al pecho de Ross. «Cállese. Me voy, y me llevo a esa llorona conmigo». Mueve el cañón hacia Anna. «Sabe demasiado.

Anna emite un grito ahogado, un sonido lleno de miedo y desesperación, y yo la agarro con fuerza del brazo, intentando ofrecerle algo parecido a protección. «No», digo entrecortadamente,

con la voz temblorosa por la urgencia. «No puedes...» Cartwright da un paso al frente, con una confianza que irradia de él como una nube oscura. «Puedo y lo haré. Muévete, Peyton. Último aviso». Su tono es frío, carente de toda compasión, mientras deja claro que piensa cumplir su amenaza.

La mandíbula de Ross se endurece con determinación, sus ojos brillan con desafío. «No se lo permitiremos». La convicción en su voz es inquebrantable, un escudo contra la intimidación de Cartwright.

Los ojos de Cartwright se entrecierran, su expresión cambia a una de intención letal. «Entonces muere». Su dedo aprieta el gatillo, una promesa amenazadora que flota en el aire a medida que la tensión aumenta, cada latido del corazón se hace eco del peligro del momento.

El tiempo se deforma y el pulso me estalla en los oídos. Ross se abalanza sobre mí, empujándome a un lado. Un disparo resuena, ensordecedor en la cavernosa iglesia. Astillas de madera salpican el banco detrás de mí. Anna grita, cubriéndose la cabeza.

Delaney, ¿dónde estás? Me escabullo detrás del altar caído, con el corazón palpitante. Ross está a mi lado, jadeando, ileso. Cartwright se acerca, con el eco de sus pasos.

«Patético», se burla, con el arma humeante. «Una bala más y esto se acaba».

Aprieto los dientes, buscando algún arma. Mi mirada se fija en un pesado candelabro de hierro entre los escombros. Me arrastro, ignorando el dolor en las costillas, y lo cojo. Ross se da cuenta y asiente. Si Cartwright se acerca al altar... Un destello de movimiento detrás de Cartwright me llama la atención: alguien se arrastra entre las sombras cerca de una columna rota, su forma apenas visible. ¿Un oficial? Mi corazón se acelera y, aunque no puedo ver su rostro, la esperanza se enciende en mi interior como un faro en la oscuridad.

Cartwright, ajeno al posible aliado, levanta el arma una vez más, apuntando con precisión letal al escondite de Ross. «Adiós, Hayes», se burla, con una voz cargada de malicia.

Antes de que pueda disparar, una voz grita: «¡Suelta el arma!» Los disparos suenan desde el lateral, las balas chisporrotean en el suelo de piedra cerca de los pies de Cartwright. Ruge de rabia y se esconde detrás de un banco.

«¡Ahora!» Ross sisea, agarrándome del brazo. Corremos hacia la puerta lateral, arrastrando a Anna con nosotros. Un grupo de agentes de paisano inunda la nave desde distintos ángulos, con las armas desenfundadas.

Cartwright dispara a lo loco, rompiendo una vidriera polvorienta. El estruendo resuena. Los agentes devuelven el fuego y, en medio del caos, oigo a Delaney gritar: «¡Cartwright! ¡Estás rodeado! ¡Ríndete!»

Otra ráfaga de disparos. Me agacho, con los brazos sobre la cabeza, Anna se aferra a mi lado. Ross me protege mientras nos apretamos contra un muro derruido. La adrenalina se dispara, borrando el dolor.

Entonces la voz de Delaney otra vez: «¡Alto el fuego!» Los pasos retumban. Me arriesgo a echar un vistazo por la esquina. Cartwright yace en el suelo, con una herida en el hombro llena de sangre. Los agentes se acercan y lo desarman.

Su rostro se contorsiona de agonía y odio. «Nunca me culparéis de lo de Claire», ronca. «Ella se lo buscó...» Delaney lo esposa y lo tira al suelo. «James Cartwright, queda arrestado por intento de asesinato, secuestro, extorsión y más. Tiene derecho a permanecer en silencio...»

Cartwright sisea, sus maldiciones se derraman entre dientes apretados, pero la lucha ha huido claramente de él. Los agentes se arremolinan en la zona, asegurando eficazmente la escena y garantizando que no haya más amenazas.

Mi mente se tambalea por el peso de todo lo que ha ocurrido. Anna solloza aliviada, su cuerpo se hunde en el suelo como si se hubiera quitado el peso del mundo de encima. Ross me estrecha en sus brazos, me agarra con firmeza y me tranquiliza. Hemos sobrevivido. Está atrapado.

Con la respiración agitada, dirijo la mirada hacia Cartwright, inmovilizado bajo la rodilla de Delaney, la sangre se acumula y mancha el polvoriento suelo de la iglesia, mezclándose con los escombros de la fe destrozada. «¿Dónde está? murmuro, con la voz temblorosa por la urgencia y el miedo. «¿Dónde está Claire?

No responde, sino que me mira con odio venenoso, con los ojos llenos de un oscuro desafío. Delaney sigue leyéndole sus derechos, resuelta e inquebrantable, ignorando los gruñidos de dolor que escapan de sus labios mientras lucha contra su destino.

Llegan los paramédicos, que atienden la herida de bala de Cartwright. Los agentes acordonan la iglesia con sus linternas. Ross me ayuda a salir, donde trago aire fresco. Anna me sigue, agarrada a mi mano, con las mejillas bañadas en lágrimas.

Delaney aparece instantes después, frotándose el sudor de la frente. «Va a ir al hospital custodiado», dice con firmeza. «Le interrogaremos más tarde. Buen trabajo manteniéndose con vida».

Mis rodillas amenazan con ceder, un temblor de agotamiento recorre mi cuerpo. Ross interviene y me sostiene con un agarre firme que me tranquiliza y me apoya. «Se lo debemos a tus hombres», le dice a Delaney, con voz firme pero urgente. «Nos han salvado».

El detective asiente, con expresión seria, mientras observa el cielo encapotado, las pesadas nubes que reflejan el peso del momento. «Estuvo cerca», responde, con un tono cargado de gravedad. Su mirada se desvía hacia Anna, con la preocupación grabada en sus rasgos. «Le tomaremos declaración, señorita Morse, y dispondremos protección».

Anna asiente entumecida, con los ojos muy abiertos por una mezcla de miedo e incredulidad, y la voz le tiembla mientras lucha por contener una nueva oleada de emoción. «Gracias», consigue decir, las palabras apenas superan un susurro. «Me habría matado, como a Claire». Lágrimas frescas brotan de sus ojos, brillando en la penumbra. «Su voz se interrumpe, el horror no expresado flota en el aire, un escalofriante recordatorio de lo que está en juego.

El rostro de Delaney se suaviza. «Seguiremos buscando. Ahora que Cartwright está detenido, quizá consigamos una localización. Si no habla, seguiremos investigando. No puede esconderse para siempre».

Rodeo a Anna con un brazo, ofreciéndole todo el consuelo que puedo. Mis propias lágrimas revolotean, sin saber si significan pena o alivio. Quizá ambas cosas.

Esa noche, Ross y yo volvemos a desplomarnos en su salón, con los músculos agotados por el enfrentamiento. El agente Bergen monta guardia fuera, aunque la amenaza inmediata de Cartwright está neutralizada. Está bajo llave en el hospital, a la espera de que le operen del hombro.

Pienso en los últimos momentos de Claire, en ese grito frenético grabado en su teléfono. La culpa pesa: no pude salvarla. Pero quizá al menos podamos asegurarnos de que Cartwright pague por su crimen. Anna Morse está a salvo ahora, y puede que testifique sobre lo que oyó por casualidad: Cartwright jactándose de hacer «rogar» a Claire. Se me revuelve el estómago al recordarlo.

Ross se sienta a mi lado, con los ojos apagados por el cansancio, reflejando la carga que la noche ha supuesto para los dos. «Lo hemos conseguido», dice en voz baja, con la voz ronca por la tensión y la emoción. «Está detenido».

Asiento con la cabeza, apoyada en su hombro, buscando consuelo en su presencia. «Pero esto no ha terminado», murmuro, con el corazón oprimido por la incertidumbre. «Aún no sabemos si Claire está viva».

Suspira y me toca el pelo con la mano. «No. Pero Delaney tiene pruebas suficientes para acusar a Cartwright. Si coopera o si la nueva búsqueda arroja un cuerpo o alguna señal de ella, lo sabremos.»

Las lágrimas escuecen en mis ojos. «Quería creer que podría haber sobrevivido, que tal vez estaba escondida en alguna parte. Pero la forma en que Anna describió a Cartwright hablando...» Mi voz se quiebra, recordando su arrogancia letal. «La destruyó».

Ross me estrecha en un suave abrazo, acunándome la cabeza. «Lo siento mucho.»

Suelto un sollozo tembloroso, la adrenalina del día se desploma en un maremoto de dolor. Si Claire se ha ido de verdad, sólo puedo esperar que sus últimos días no estuvieran llenos de terror. El recuerdo de aquel jersey rosa, la suavidad con la que me tocó la mejilla... Me pregunto si algo de todo aquello era sincero o si yo no era más que un peón. En cualquier caso, no se merecía este final.

Ross me abraza hasta que se me pasan las lágrimas. Luego nos sentamos en silencio, sólo roto por el parloteo sordo del policía de fuera. Una débil llovizna vuelve a golpear las ventanas en una sombría canción de cuna.

«Tú también tendrás que hacer una declaración», murmura Ross al cabo de un rato, su voz baja y firme, como si intentara anclarme en la tormenta de emociones que se arremolina a nuestro alrededor. «Sobre lo que ha pasado hoy».

Asiento con la cabeza, tragando grueso mientras el peso de sus palabras se asienta en mi pecho. «Lo sé. Lo haré».

Me aparta unos mechones de pelo de la frente, con sus dedos suaves y tranquilizadores sobre mi piel. «Superaremos esto. Paso a paso».

Esbozo una sonrisa trémula, con las comisuras de los labios temblorosas mientras me aferro a sus palabras como a un salvavidas. «Lo haremos.

Mientras la lluvia se intensifica, cierro los ojos y aprieto la cara contra la camisa de Ross, dejando que su calor me ancle. Han cogido a Cartwright. Juliet ha confesado su parte. Anna Morse está a salvo. Y, sin embargo, hay un vacío en mi pecho donde antes vivía la esperanza de Claire. Tal vez algún día descubramos exactamente qué le pasó. Por ahora, tenemos el pequeño consuelo de que Cartwright no puede lastimar a nadie más.

Y la posibilidad de que, si Claire sobrevivió, encuentre la forma de volver. Por favor, envío una plegaria silenciosa, que ella haya escapado.

Pero en el fondo, sospecho que ya hemos encontrado todas las piezas de este trágico rompecabezas... excepto una última respuesta que quizá nunca llegue:

¿Dónde está Claire?

15

Pasan tres días en una nebulosa de papeleo, reuniones informativas con la policía y emociones a flor de piel. James Cartwright permanece hospitalizado, con un agujero de bala en el hombro cortesía de la policía. Mientras tanto, Delaney le acusa de intento de asesinato, conspiración, chantaje y media docena de delitos financieros. Los medios de comunicación se enteran del escándalo: un poderoso director financiero detenido de forma dramática en una iglesia abandonada, sospechoso de la desaparición de Claire Andrews. Los periodistas inundan la comisaría, el hospital y las oficinas de la agencia de publicidad.

Ross y yo observamos el caos desde una relativa seguridad. No estamos escondidos exactamente, pero Delaney insiste en seguir protegiéndonos hasta que Cartwright sea trasladado a un centro seguro. Ha presentado una moción tras otra para bloquear la libertad bajo fianza de Cartwright, alegando riesgo de fuga y tendencias violentas. Hasta ahora, un juez se ha puesto de parte de la fiscalía, lo que significa que Cartwright seguirá bajo vigilancia incluso después de que le den el alta del hospital.

A pesar de todo, mi corazón sigue en el limbo. Claire. Nadie la ha encontrado, ni viva ni muerta. La cuestión de su destino se cierne sobre mí como una nube de tormenta, crepitando con una tensión no resuelta.

Pero en la mañana del cuarto día, Delaney llama con una nota de urgencia. Nos quiere a Ross y a mí en la comisaría inmediatamente. Dice que ha habido un avance significativo.

Llegamos escoltados por dos agentes de paisano. La comisaría bulle de actividad: periodistas merodeando fuera, teléfonos que no paran de sonar. Delaney nos hace pasar a una sala de conferencias privada y cierra la puerta.

Su expresión es intensa y en sus ojos brilla la emoción. «Por fin hemos descifrado el último cifrado del disco duro externo de Cartwright», anuncia. «Y lo que hemos encontrado podría ser la clave para localizar a Claire».

Se me encoge el corazón. Ross exhala y se acerca. «¿Qué es?»

Delaney abre una carpeta que hay sobre la mesa. Dentro hay copias impresas de una cadena de correos electrónicos: densos bloques de texto, marcas de tiempo, direcciones. «Ya sabíamos que Claire chantajeaba a Cartwright», explica, »pero hemos encontrado un correo electrónico

archivado que envió a una dirección desconocida justo antes del accidente. Hace referencia a un 'piso franco' donde planeaba reunirse con alguien». Me pasa la copia impresa.

Lo escudriño atentamente, con los ojos entrecerrados ante el texto medio corrompido que parece contener secretos entre sus confusas líneas:

En un piso franco cerca del lago Covington. Aún no hay rastro de él. Si Peyton llama, entretenla. No puedo dejar que se involucre más. Enviaré pruebas pronto.

Ross se inclina más cerca, su respiración apenas un susurro. «Lago Covington... está a una hora al sur, ¿verdad?» La urgencia en su voz coincide con la tensión que se acumula en la boca de mi estómago al procesar las implicaciones de esta revelación.

Delaney asiente. «Zona rural, muchas cabañas viejas y chozas de pescadores. Si Claire se escondía allí, o planeaba hacerlo, podría haber dejado pistas. Hemos cotejado los registros de propiedad de las empresas fantasma de Cartwright. Resulta que compró dos cabañas junto al lago bajo un seudónimo».

Una sacudida de esperanza se mezcla con el miedo en mi pecho. «Así que tal vez Claire descubrió la ubicación de la cabaña y pensó que podría ayudarla a negociar. ¿O creyó que Cartwright se reuniría con ella allí?»

Delaney hace una mueca. «No está claro. El correo electrónico está medio corrompido, pero implica que ella estaba esperando a alguien. Podría haber sido un contacto, un intermediario, o incluso el propio Cartwright. No lo sabemos».

Ross se endereza. «¿Pero ahora tenemos un lugar concreto donde buscar?».

Delaney señala un mapa clavado en el tablón de anuncios que tiene detrás, un círculo rojo dibujado alrededor de una zona cercana al lago Covington. «Sí. Mi equipo está de camino ahora mismo para registrar ambas cabañas. Quería informarte, ya que has estado esperando respuestas sobre Claire».

Mi pulso palpita violentamente en mis oídos. «¿Puedo acompañarte?» suelto, con la desesperación resonando claramente en mi voz. «Necesito...

Delaney niega rotundamente con la cabeza. «Lo siento, señorita Hayes. No puedo llevar a un civil a una posible escena del crimen. Pero le prometo que la llamaré en cuanto encontremos algo importante».

La decepción me atraviesa como una espina afilada, pero logro asentir a regañadientes, intentando disimular mi frustración. Ross, siempre dispuesto a apoyarme, me pone una mano tranquilizadora en la espalda. Su gesto silencioso transmite una profunda comprensión de mi situación, un reconocimiento compartido de la ansiedad que flota en el aire entre nosotros.

Delaney cierra la carpeta y nos mira. «Por si sirve de algo, el tono del correo electrónico sugiere que Claire aún creía que podía controlar la situación. No parecía alguien que planease desaparecer para siempre».

Se me hace un nudo en la garganta. «Así que o Cartwright la interceptó... o huyó después de que todo saliera mal».

«Sí», dice Delaney suavemente. «Sé que no es mucho consuelo, pero significa que estamos un paso más cerca de averiguarlo con seguridad».

Después de esa reunión, Ross y yo volvemos a su apartamento, con el corazón palpitante. El día se alarga. Paseamos, hacemos café, ordenamos sin rumbo. Nuestros teléfonos siguen cargados y con el volumen alto. Cada zumbido o timbre me pone los nervios de punta, imaginando a Delaney llamando con noticias. Pero una hora tras otra transcurre en silencio.

Al caer la tarde, vuelven a aparecer nubes oscuras que recuerdan a la noche del accidente. Una sensación de déjà vu me recorre la piel. No puedo pasar por otra tormenta de incertidumbre.

Ross se da cuenta de mi inquietud y frunce el ceño, preocupado. Deja a un lado el trapo de limpieza, el olor a limpiador con aroma a limón persiste en el aire, y cruza el salón con pasos deliberados. «¿Quieres pedir comida para llevar?», me ofrece amablemente, su voz es un bálsamo tranquilizador contra la tensión que reina entre nosotros.

Intento sonreír, pero me siento vacía, como una máscara que no puede ocultar la preocupación que me corroe por dentro. «Tal vez. No creo que pueda comer», admito, con la voz apenas por encima de un susurro.

Él asiente con la cabeza, apartándose el pelo húmedo de la frente y mostrando las arrugas del estrés que se dibujan en su rostro. «Lo sé. Yo tampoco», responde, con el apetito perdido por el peso de la incertidumbre que se cierne sobre nosotros como las oscuras nubes del exterior.

Nos acomodamos en el sofá y ponemos de fondo una comedia sin sentido. Me apoyo en Ross, con el hombro dolorido apoyado en las almohadas. El tiempo se alarga penosamente, cada segundo es una pequeña eternidad.

Precisamente a las 17:47, suena mi teléfono. Me abalanzo sobre él, con el corazón martilleándome. El nombre de Delaney en la pantalla. Ross silencia el televisor, irradiando tensión. Contesto y pongo el altavoz.

«Delaney», digo, con la voz temblorosa mientras lucho por mantener a raya el pánico. «¿Has encontrado algo?

Exhala lentamente, con el sonido cargado por el peso de sus palabras. «Sí. Mi equipo registró la primera cabaña y no había nada sospechoso. Pero la segunda, a media milla por un sinuoso camino de tierra, tenía un sótano oculto».

Me recorre un escalofrío por la espalda, una fría oleada de terror me invade. «¿Ella estaba...?»

El tono de Delaney es cuidadoso. «Parece que había señales de que alguien vivió allí durante poco tiempo: mantas, envoltorios de comida. Encontramos rastros de sangre en el suelo. Lo estamos analizando ahora. No hay cuerpo, pero hay un viejo móvil en una esquina, destrozado. Posiblemente de Claire».

Ross cierra los ojos, el pavor aprieta su mandíbula. «¿Sangre?»

«Sí», confirma Delaney en voz baja. «Todavía no sabemos de quién. Podría ser de Claire, podría ser de otra persona. También hay un gran perno de metal en la pared, como si hubieran encadenado o inmovilizado a alguien. Procesaremos el ADN, pero llevará tiempo».

Una ola de náuseas me golpea. «Así que estaba cautiva», susurro, con las lágrimas punzantes. «Y ella podría haber...» No puedo terminar.

La voz de Delaney se suaviza. «Aún no lo sabemos. Quizá escapó o la trasladaron a otro lugar. Mi equipo seguirá buscando en los bosques de los alrededores. No puedo contener un sollozo y me llevo una mano a la boca. Ross se acerca y me rodea con un brazo. Delaney se aclara la garganta y guarda un momento de silencio.

«Peyton, lo siento», dice en voz baja. «Seguiremos buscando. Si Cartwright hizo esto, solidifica los cargos de asesinato o secuestro. Pero hasta que confirmemos un cuerpo, siempre hay una posibilidad de que se escapara. Los datos del móvil podrían aclararlo».

Resoplo, asintiendo inútilmente aunque él no pueda verme. «Gracias».

Termina prometiendo que nos pondrá al día si surge algo concluyente. La llamada termina y mi corazón se agita. Señales de cautiverio. Sangre en el suelo. Mi mente evoca a Claire, herida, encerrada en un sótano, sola en la oscuridad.

Ross me frota suavemente la espalda mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas, su tacto es un bálsamo tranquilizador en un momento de desesperación. «Oye», murmura, su voz baja y reconfortante. «No sabemos si murió allí. Podría haber escapado».

Me limpio los ojos con la manga, la tela se humedece con mi pena. «Pero la sangre... es mala, ¿verdad?». Mi voz se quiebra, cada palabra pesa con el peso de mi miedo.

Me abraza y su calor me envuelve como un escudo contra el mundo. «No lo sabemos. No asumas lo peor. Ya has oído a Delaney: hay una posibilidad».

Asiento con la cabeza, aunque sigo sintiendo un dolor en el pecho que me recuerda la incertidumbre. Nos abrazamos con fuerza en la penumbra del salón, donde el resplandor del televisor apagado proyecta sombras parpadeantes a nuestro alrededor. Su risa, antaño fuente de consuelo, parece ahora una burla cruel en medio de nuestro dolor.

Esa misma noche, Delaney vuelve a llamar con una petición sorprendente: quiere que vaya a la comisaría mañana por la mañana. Cartwright está lo bastante estable como para ser interrogado en una sala de seguridad del hospital, y Delaney sospecha que mi presencia podría hacer que confesara el destino de Claire.

Se me revuelve el estómago ante la idea de enfrentarme a Cartwright, el hombre que casi me mata y que probablemente provocó la desaparición de Claire. Pero si eso le obliga a admitir lo que hizo, tengo que intentarlo.

Ross se opone al plan al principio, preocupado de que Cartwright pueda arremeter contra mí o manipularme. Pero Delaney nos asegura que será seguro: habrá un equipo de protección y estaremos en una sala de interrogatorios vigilada. Estoy de acuerdo, a pesar del miedo que se me revuelve en las tripas. Puede que sea la única forma de saber la verdad.

La mañana siguiente amanece nublada, con amenaza de lluvia, pero aún no ha caído. Ross y yo nos dirigimos al hospital, flanqueados por dos coches de policía. El edificio bulle de enfermeras, visitantes y guardias de seguridad. Cartwright está alojado en un ala restringida, presumiblemente bajo vigilancia armada. Seguimos a Delaney por pasillos estériles, con el suelo

desgastado por años de frenesí del personal médico.

Finalmente, llegamos a una puerta en la que pone SECURE HOLDING-AUTHORIZED PERSONNEL ONLY. Un agente comprueba nuestras identificaciones y abre la puerta. En el interior hay una estrecha sala de interrogatorios con una mesa, dos sillas a un lado y una única silla al otro, donde está sentado Cartwright, esposado al reposabrazos. Tiene el hombro herido vendado y una vía intravenosa serpentea bajo la bata de hospital. Hay un guardia uniformado junto a la pared, con el arma enfundada.

La cara de Cartwright se contorsiona con furia en cuanto me ve. «Tú», gruñe, con la voz llena de veneno. «¿Sigues entrometiéndote?

Me tiembla el pulso. Me aprieto más a Ross para apoyarme. Delaney se aclara la garganta. «Señor Cartwright, esta es la señorita Hayes. Quiere preguntarle sobre Claire Andrews. Puede cooperar o procederemos con más cargos sin su aportación».

La mueca de desprecio de Cartwright se tuerce. «¿Cree que voy a hablar porque ella aparezca?» Mira mi cabestrillo y mis magulladuras con desprecio. «Pareces tan patética como siempre, Peyton».

Ross se eriza, pero Delaney levanta una mano, indicándole que mantenga la calma. Me trago el miedo que me revuelve el estómago y doy un paso adelante. «¿Dónde está? pregunto con voz temblorosa. «Encontramos la cabaña, la sangre. ¿La has matado tú?»

Los ojos de Cartwright brillan con una intensidad feroz. «Intentó arruinarme la vida. Protegí lo que es mío, y lo volvería a hacer sin pensármelo dos veces».

«Esa no es una respuesta», chasqueo, con la voz ribeteada de desesperación mientras las lágrimas amenazan con derramarse. «Sabemos que estuvo en ese sótano. ¿Le hiciste daño? ¿La enterraste en algún sitio?» El peso de mis preguntas flota en el aire, cargado de pavor.

Se ríe, un sonido grave y oscuro que me produce un escalofrío. «Era testaruda. No quería entregar las pruebas. Intenté hacerla hablar, pero... bueno, resultó inútil». La despreocupación de su tono me hiela la sangre.

A mi lado, Ross aprieta los puños, con el cuerpo tenso por la rabia apenas contenida, y da un paso adelante, pero Delaney le lanza una mirada de advertencia, recordándole que se mantenga firme.

Obligo a mi voz a mantenerse firme, a pesar de la agitación que se arremolina en mi interior. «¿Así que admites que la mantuviste cautiva?». La acusación flota en el aire, cargada con el peso de la revelación.

Se encoge de hombros, con una mueca de dolor en el hombro. «Las pruebas no sirven de nada sin un cuerpo. Tal vez escapó, corrió hacia el bosque, sangrando. Si está muerta, es por su culpa». Su mirada se desvía hacia Delaney. «Sin cadáver, no hay cargos de asesinato. Buena suerte condenándome».

La rabia hierve a fuego lento en mi pecho, un calor fundido que amenaza con desbordarse. «No puedes seguir esquivándolo. Tenemos una confesión parcial grabada, clara como el agua».

Resopla burlonamente, echándose hacia atrás como para distanciarse del peso de sus propias

palabras. «Llámalo como quieras. Esa puta me chantajeó. Me defendí, simple y llanamente».

Ross inspira bruscamente, su respiración se entrecorta mientras un temblor recorre sus hombros, traicionando la intensidad de sus emociones. «La torturaste, psicópata», sisea, casi como un gruñido, haciendo caso omiso de la advertencia urgente de Delaney de que se mordiera la lengua.

Cartwright frunce el labio. «Ahórrame el acto de justicia». Su atención vuelve a centrarse en mí, con los ojos brillantes de malicia. «Claire se volvió codiciosa. Lo quería todo. Te arrastró como palanca, pensando que me asustaría. ¿Pero adivina qué? Tú no me asustas, Peyton».

Mi estómago se revuelve. «Dijiste que podría haber escapado... ¿Estás segura?» La pregunta sale arrastrándose, erizada de esperanza y temor.

Sonríe con ojos fríos. «La dejé sangrando en ese sótano, encerrada. Cuando volví dos días después, ya no estaba. Sangre por todas partes. Debió de escaparse o pedir ayuda. O tal vez un animal la arrastró. No me preocupé lo suficiente como para comprobarlo».

Se me escapa un sonido estrangulado, entre un grito ahogado y un sollozo. Delaney me mira, preocupada, con la mano crispada como si quisiera extenderla, pero sabe que no debe hacerlo. Aun así, continúo, con la voz temblorosa. «¿Así que admites que la dejaste morir?».

Parece aburrido, encorvado en su silla como si todo esto fuera un juego, otra conversación tediosa que soportar. «Se lo hizo ella misma. Tomó sus propias decisiones. Además, si está viva, que se arrastre y testifique. Si no, no tienes nada. Sin cuerpo, no hay crimen, ¿verdad?» Sus labios se curvan en una sonrisa perezosa.

Las lágrimas me escuecen, la rabia y la angustia se mezclan en un brebaje tóxico que amenaza con ahogarme. «Eres un monstruo», susurro, las palabras salen crudas y entrecortadas. «No te saldrás con la tuya. No te lo permitiré».

Cartwright tuerce la boca. «Parece segura de sí misma, señorita Hayes. Pero un jurado necesita pruebas. Todo lo que tiene es mi palabra de que podría haberla encerrado. En el peor de los casos fue en defensa propia: ella me amenazó».

Delaney da un paso adelante, con la ira a flor de piel. «Ya basta», suelta, volviéndose hacia el guardia. «Llévenlo a su habitación. Tenemos grabada su confesión».

Cartwright suelta una carcajada burlona, un sonido cargado de desprecio. «¿Confesión? Eso ya lo veremos». Su voz permanece en el aire, una burla que me envuelve como un lazo.

Mientras el guardia lo acompaña a la salida, me devuelve la mirada, sus ojos brillan con una sonrisa depredadora que me produce escalofríos. «Nunca la encontrarás. Se ha ido». La finalidad de sus palabras pesa en la habitación, una oscura nube de desesperación.

La puerta se cierra tras él y me deja temblando, con el corazón acelerado por una mezcla de miedo y furia. Delaney detiene en silencio la grabadora en un rincón de la habitación y se vuelve hacia mí con expresión solemne. «Siento que hayas tenido que oír eso», dice suavemente, su voz es un bálsamo reconfortante tras las crueles burlas de Cartwright.

Me balanceo un poco, el mundo a mi alrededor da vueltas cuando Ross me agarra instintivamente del brazo, sujetándome. Me vienen a la cabeza las palabras de Cartwright: Se habrá escapado o habrá muerto en el intento. Es un pensamiento a la vez horrible y ligeramente

esperanzador, una retorcida dicotomía que me deja tambaleándome.

La voz de Ross está cargada de ira, cada palabra está impregnada de intensidad y convicción. «Básicamente admitió haberla secuestrado, dejándola morir. Eso basta para acusarle de asesinato, aunque no haya cadáver, ¿no?». Su determinación alimenta la mía, encendiendo una chispa de desafío dentro de mí.

La mandíbula de Delaney se tensa. «Secuestro, intento de asesinato al menos. El fiscal podría pedir homicidio si podemos demostrar la probabilidad de su muerte. La arrogancia de Cartwright acaba de darnos más munición».

Pero no es suficiente para desterrar el dolor en mi pecho, una pesadez que parece anclar mi alma. «Parecía tan seguro de que nunca la encontraríamos», susurro, con la voz apenas por encima de un suspiro. «Esperaba que se le escapara y nos revelara dónde está, que nos diera algo a lo que aferrarnos».

Ross me estrecha en un abrazo tembloroso, sus brazos me envuelven como si tratara de protegerme del peso de la desesperación. «Lo siento», murmura, con una voz cargada de empatía, y siento el calor de su sinceridad calarme hasta los huesos.

Delaney exhala profundamente, un sonido lleno de una mezcla de frustración y determinación. «Seguiremos buscando en el lago Covington y en los bosques circundantes, Peyton. Tiene que haber más cosas que descubrir, quizá incluso una pista escondida entre los árboles. No pierdas la esperanza, estamos juntos en esto».

Asiento con la cabeza, las lágrimas resbalan por mis mejillas. La voz del policía se repite en mi cabeza: No hay cuerpo, no hay final. ¿Habrá sobrevivido Claire, herida y sola? ¿O sucumbió en el desierto?

Volvemos al apartamento de Ross en un silencio desolador. Es última hora de la tarde y el cielo está cubierto por las mismas nubes opresivas. Mis hombros se hunden bajo el peso de la desesperación. Cartwright va a ir a la cárcel, no hay duda. Pero es una victoria vacía si el destino de Claire sigue siendo desconocido.

Ross aparca en silencio y me lleva arriba, donde esperan los agentes. No me atrevo a comer. El remolino de náuseas y angustia es abrumador. Me dejo caer en el sofá, abrazada a una almohada.

Ross se sienta a mi lado y me apoya una mano en la rodilla; su tacto me reconforta y me tranquiliza. «Lo siento mucho», me dice en voz baja, apenas por encima de un susurro. «Oírle admitirlo fue brutal».

Asiento con la cabeza, con la mirada fija en el espacio vacío frente a mí, perdida en un torbellino de pensamientos. «Yo... yo quería un cierre, y todo lo que hizo fue confirmar mis peores temores». Las palabras se escapan, cargadas con el peso de mi angustia.

Exhala lentamente, su voz tensa por la empatía, como si sintiera la agudeza de mi dolor. «Los hombres de Delaney podrían encontrar algo en el lago Covington o en los alrededores. No podemos rendirnos todavía». Su determinación se filtra en sus palabras, un frágil hilo de esperanza al que quiero aferrarme desesperadamente, aunque la duda persiste en los rincones de mi mente.

Un nudo en la garganta. «Si estaba herida y deambulando, han pasado semanas. Podría haberse desangrado». Se me escapa un sollozo y entierro la cara en la almohada, con las lágrimas empapando la tela.

Ross se inclina, me rodea con los brazos y murmura tonterías tranquilizadoras. Me aferro a él, dejando que la pena me destroce. El recuerdo de la sonrisa ansiosa de Claire y el jersey rosa parpadea en mi mente: no se merecía un final tan cruel.

Finalmente, me retiro y me seco los ojos. «Solo... necesito saberlo», balbuceo.

Ross asiente, con lágrimas en los ojos. «La encontraremos, de una forma u otra».

Dos días después, la policía aún no ha encontrado ningún cadáver en el lago Covington, aunque sigue rastreando el bosque con perros rastreadores y equipos de búsqueda. La historia salta a las noticias nacionales: un influyente director financiero acusado de secuestro, con una mujer desaparecida en el centro de todo.

Entonces, de la nada, recibo un mensaje en las redes sociales. Una mujer llamada Megan Stone afirma que podría haber visto a Claire en una zona remota del lago hace dos semanas. Mi corazón se estremece. Ross y yo se lo enseñamos a Delaney, que inmediatamente envía más unidades de búsqueda a esa zona.

Megan Stone es interrogada. Dice que estaba de excursión cuando vio a una mujer desorientada que coincidía con la descripción de Claire. La mujer rechazó la ayuda, cojeando hacia la maleza. Megan no sabía hasta que vio las noticias que podía ser importante.

El optimismo se dispara. Ross y yo nos aferramos a esa remota posibilidad: Claire podría haber sobrevivido en el sótano, haber escapado al desierto, demasiado asustada o delirante para buscar ayuda. Si la memoria de Megan es correcta, Claire podría estar ahí fuera, herida pero viva.

Esperamos, con la respiración contenida, a que la búsqueda de Delaney se intensifique. Pasan los días. Ross y yo apenas dormimos. Cada mañana esperamos una llamada que nos diga que han encontrado a Claire, tal vez en un refugio o vagando por la carretera.

Entonces, una mañana luminosa y fresca -sin nubes de tormenta a la vista- mi teléfono suena a las 7:15 a.m. Delaney. Casi se me para el corazón. Es aquí.

Contesto, con voz temblorosa. «¿Detective?»

Suena cauteloso y aliviado a la vez. «Peyton... la hemos encontrado. Al menos, encontramos a alguien que coincide con su descripción. La llevaron a una clínica rural anoche. Aún inconsciente, hipotérmica, severamente desnutrida. Sin identificación. El personal de la clínica la reconoció por las noticias. Acaban de llamarnos».

Las lágrimas brotan, un maremoto de emoción, e instintivamente me agarro al brazo de Ross como si fuera mi única ancla en esta tormenta de incertidumbre. «¿Está viva?» Las palabras salen a borbotones, cada sílaba mezclada de esperanza e incredulidad.

«Sí, por ahora», responde, con voz firme pero teñida de preocupación. «Está en estado crítico, pero estable. Debería venir al Hospital Regional de Covington en cuanto pueda. Existe la posibilidad de que responda a alguien que conozca, alguien que pueda llegar hasta ella en este oscuro momento.»

Se me hace un nudo en la garganta y un sollozo amenaza con escaparse. Ross, sintiendo mi agitación, cubre mi mano temblorosa con la suya, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas. «Estamos de camino», consigo decir, la determinación en mi voz se mezcla con el miedo y la esperanza mientras nos preparamos para afrontar lo que sea que nos espere.

Ross y yo corremos hacia el Hospital Regional de Covington, dos horas al sur. Un agente nos sigue, pero apenas nos damos cuenta. Mi corazón late con fuerza durante todo el trayecto. ¿Podría ser real? ¿Claire, viva, después de tanto tiempo?

En el hospital, nos recibe un médico cansado con una bata desteñida. «Está muy deshidratada, tiene varias heridas infectadas, probablemente por haber estado sujeta. Posiblemente un tobillo roto que nunca se curó bien. La estamos tratando. Aún no ha recuperado el conocimiento».

Se me saltan las lágrimas mientras miro por la ventana de la UCI a la frágil figura de la cama, con el pelo lacio, la cara amoratada y los monitores pitando suavemente. Pero... reconozco sus rasgos. Es Claire. El corazón me da un vuelco con una mezcla de alivio, culpa y profunda tristeza.

Ross me apoya una mano en el hombro. «Ha sobrevivido», susurra. Asiento con la cabeza, inundada de lágrimas. Por algún milagro, ha sobrevivido.

El médico nos hace pasar brevemente y nos advierte que no nos quedemos demasiado tiempo. Me acerco a la cama de Claire con los ojos desorbitados. Parece tan frágil. Tiene una pierna escayolada y las muñecas vendadas. Respira con dificultad a través de una mascarilla de oxígeno.

Le quito suavemente un mechón de pelo de la frente, con la voz entrecortada por la emoción. «¿Claire?» No hay respuesta, sólo el pitido constante de los monitores. Pero su pecho sube y baja, prueba de vida.

Ross se para detrás de mí, una presencia cálida. «Está aquí», murmura. «Lo ha conseguido».

Cierro los ojos y dejo escapar las lágrimas. Las monstruosas acciones de Cartwright no la han destrozado del todo. Ahora podemos afrontar juntos las secuelas: el testimonio, la recuperación, la justicia. Tendrá un futuro.

16

Tres semanas después, Claire es trasladada de Covington a un centro de rehabilitación especializado cerca de nuestra ciudad natal. Está débil, con los recuerdos borrosos por el trauma y la infección, pero lo bastante lúcida para identificar a Cartwright como su captor. Su declaración confirma el caso: la dejó en el sótano, esperando que muriera. De algún modo, escapó, arrastrándose por el bosque hasta que un extraño la encontró. Entonces volvió a huir, paranoica por la posibilidad de que Cartwright la alcanzara. Es un milagro que sobreviviera.

Cartwright es juzgado por secuestro, intento de asesinato y múltiples delitos financieros. Las pruebas son abrumadoras: los datos telefónicos, el testimonio de Claire y la corroboración de Anna Morse. Es declarado culpable de todos los cargos y condenado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. La prensa informa de su caída como un ejemplo de codicia y arrogancia.

Juliet, liberada del miedo, testifica también, ayudando a sellar la condena. Nuestra relación sigue siendo tensa: la confianza no se reconstruye fácilmente. Pero compartimos un momento fuera de la sala del tribunal, con lágrimas en los ojos, reconociendo que ambos perdimos y ganamos algo en esta terrible experiencia: una dura lección, un camino inestable hacia delante. Puede que lleve tiempo, o puede que nunca cicatrice del todo.

Ross y yo estamos junto a la cama de Claire en el hospital el día después del veredicto. Sigue pálida, con una vía intravenosa en el brazo, pero sus ojos reflejan un atisbo de alivio. La lluvia golpea la ventana, más suave que antes, más purificadora que ominosa.

Me coge la mano, con voz ronca y temblorosa. «Nunca quise meterte en esto, Peyton», murmura, con las lágrimas brillando como pequeñas joyas en la penumbra. «Creí que podría con él. De verdad que sí».

Aprieto sus dedos suavemente, sintiendo la calidez de su tacto en medio de la fría realidad de la habitación del hospital, con lágrimas acumulándose en mis propios ojos. «No pasa nada. Lo hemos conseguido. Es lo único que importa», respondo con voz firme a pesar de la avalancha de emociones que amenaza con desbordarme.

Ella asiente, con una gratitud silenciosa grabada en su expresión, sus ojos reflejan una mezcla de remordimiento y alivio. Cualquier sentimiento complicado que tuviéramos, arraigado en malentendidos y dolor pasados, queda eclipsado por la profunda sensación de alivio de haber

sobrevivido juntos a esta prueba. En este momento, encontramos consuelo en la presencia del otro, unidos por la fuerza que hemos descubierto en nuestro interior.

Ross permanece junto a la ventana, sonriendo suavemente. Ha sido mi apoyo durante esta dura experiencia, un giro sorprendente en nuestra historia postdivorcio. Quizá no estemos preparados para un reencuentro romántico, pero hemos forjado un vínculo más profundo: somos padres, amigos y supervivientes.

Claire se apoya en las almohadas y su voz tiembla con una mezcla de gratitud y vulnerabilidad. «No me abandonaste», exhala, y el peso de esas palabras se apodera del aire que nos separa.

Pestañeo y reprimo las lágrimas frescas, sintiendo la emoción crecer en mi interior. «No», susurro, con la voz apenas por encima de un suspiro. «Prometí que te ayudaría, ¿recuerdas?». El recuerdo de aquella promesa, hecha en tiempos más tranquilos, resuena en mi mente, anclándome en este momento.

Ella esboza una débil sonrisa y sus ojos brillan con lágrimas no derramadas que se deslizan por sus mejillas. «Sí. Lo hiciste». En ese simple intercambio, florece un entendimiento tácito que nos une en una determinación compartida, un testimonio de nuestra conexión duradera.

Se hace el silencio, interrumpido por el suave golpeteo de la lluvia. Aún queda mucho por curar, para Claire, para mí, para todos. Pero la pesadilla ha terminado. La hemos encontrado. Cartwright está encerrado. Y entre los escombros de secretos y mentiras, descubrimos una pizca de esperanza.

Porque a veces lo mejor que podemos hacer es salir a trompicones de la oscuridad y adentrarnos en la luz que queda, aunque al principio sea tenue, titilando como una vela que lucha contra las sombras.

Y en esa luz aprendemos a respirar de nuevo, llenando nuestros pulmones con el aire fresco de la posibilidad, sabiendo que hemos sobrevivido a la tormenta y que por fin podemos empezar a reconstruir nuestras vidas, pieza a pieza.